Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/obrasescogida01vega

661 98 I

OBRAS ESCOGIDAS

DE

VENTURA DE LA VEGA

FAK·SAVER
FOD·ARKIV

D. VENTURA DE LA VEGA

218nv

OBRAS ESCOGIDAS

DE

VENTURA DE LA VEGA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA

TOMO PRIMERO

342675
29. 10. 37.

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NUMS. 109 Y 111

1894

EDICIÓN AUTORIZADA

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCMO. SR. D. VENTURA DE LA VEGA

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LEÍDO EN LA JUNTA DEL JUEVES 23 DE FEBRERO DE 1866

POR EL GENERAL PEZUELA, CONDE DE CHESTE

Cumpliendo con el deber, honroso y grato para mí, de escribir el elogio fúnebre de nuestro difunto compañero el Sr. D. Ventura de la Vega, os lo presento ahora; si bien desnudo de las galas de imaginación y estilo con que le hubiera enriquecido cualquiera otro de los sabios varones entre quienes tengo la honra de sentarme, con merecimiento escaso en la república de las letras, revestido tal vez del curioso y puntual recuerdo de varios accidentes de la existencia del caro amigo con quien pasé mi infancia y las floridas horas de la primera juventud. Esto sin duda tuvo presente la Academia para confiarme la comisión que hoy desempeño. Pero si tal circunstancia facilita por una parte mi trabajo, no deja de ofrecer por otra el grave inconveniente de que yo vea la figura que retratar me propongo, acrecida por el cristal de mi cariño y con los colores de mi entusiasmo apasionado. Trataré de describirla, sin embargo, con imparcial criterio; y en cumplimiento de nuestros estatutos, voy á haceros, no el juicio crítico de las obras del literato insigne, sino la necrología del malogrado académico; y digo malogrado, porque la muerte nos le quita, á los umbrales de fresca ancianidad, cuando su imaginación, todavía vigorosa, dirigida por el saber y la experiencia, prometía aún sazonados frutos que hubieran enriquecido el no muy copioso caudal de nuestros buenos libros contemporáneos, contribuyendo á la gloria de las bellas letras en nuestros feos días de materialismo, ciñendo al propio tiempo con nuevas coronas aquella frente que todos recordamos, y en que parece como que hervían los gérmenes del ingenio, de la imaginación y del talento. ¡Triste recuerdo para nosotros, que, ya ancianos casi todos, hemos perdido en brevísimo tiempo á cinco de nuestros más ilustres compañeros! ¡Ay! El más duro de los males de la vejez desapiadada es ver cómo se van borrando uno tras otro del libro de la vida los nombres de los seres amados con quienes hicimos las primeras alegres jornadas del viaje por el mundo, y encontrarnos poco á poco solos, hasta no tener más compañía que nuestros achaques, ni más halago que nuestros melancólicos recuerdos. Perdonadme este desahogo del dolor que me causan dos heridas por las que aún vierte sangre el corazón: la que todos

estáis sintiendo todavía, y la que yo añado á ella con la pérdida de un hermano querido, que también compartió con el amigo de que voy á hablaros los dulces juegos de la niñez y el punzador cuidado de las aulas.

Nació D. Buena Ventura de la Vega en Buenos Aires, capital del entonces virreinato español, el día 14 de julio de 1807. Fueron sus padres D. Diego de la Vega y doña María de los Dolores Cárdenas. El primero fué destinado desde España á aquella ciudad con el empleo de contador mayor, decano del Tribunal de cuentas y visitador de Real Hacienda, y la segunda había nacido en ella, de una familia noble, establecida allí hacía largo tiempo. Esta señora, que hoy octogenaria vive todavía en su patria, y que ha sido dotada por el cielo de imaginación vehementísima y de carácter activo y varonil, perdió á su esposo á los cinco años de nacido su primogénito, y seis después tuvo valor para separarse de éste; y celosa de su educación, y esperanzada con la herencia de bienes en España que un amigo de la familia había prometido al pequeño Ventura una sola vez, acariciándole delante de la entusiasta madre, le mandó á la Península en compañía de un sacerdote su conocido, que se embarcó con el navegante de once años el día 1.º de julio de 1818, no sin haber hecho éste una resistencia que en su tierna edad revelaba ya las dotes de que en adelante había de dar tan singulares muestras en las asambleas, academias y teatros.

Llevado el rapaz el día anterior, á la fuerza y en hombros de un esclavo, al atravesar la plaza Real, alzó su vocecilla y en son declamatorio y con acento expresivo gritó, extendiendo sus bracitos por encima de las negras espaldas de su opresor membrudo: *¿Qué, no me defendéis? ¿No estáis viendo que con pretexto de educarme me van á llevar á la patria de los tiranos godos? ¡Favor! ¡Favor! ¡Salvad á un ciudadano indefenso!* Y tal efecto produjo entre los circunstantes lo sentido de sus palabras de hombre, que acompañó bien pronto con los sollozos y lágrimas de niño, que fué detenido, y hubo de intervenir la autoridad, y ser indispensable que al otro día prestara su asentimiento para el largo viaje el orador insigne, amansado con golosinas, juguetes y promesas de acompañarle de la pobre madre, que ni había de cumplirlas nunca, ni de estrechar más contra su pecho al hijo de sus entrañas, que dió á luz en días de tribulación, fugitiva de su propia casa, oculta en la choza de una humilde campesina, uniendo en pobre lecho á la congoja y los sustos de su estado los que producía en las calles de la ciudad el temeroso ruido de la revolución y de las armas.

Desembarcó Vega en Gibraltar á los dos meses y medio de navegación, y pasó á Madrid al cuidado de su tío D. Fermín del Río y Vega, mayor de la secretaría de Hacienda, quien le recibió con paternal cariño y dispuso que empezara su educación, asistiendo á la clase de rudimentos de latinidad en los Estudios imperiales de San Isidro, á cargo de los jesuítas. Más tarde, en el año de 1821, le trasladó en clase de alumno interno al colegio establecido en la calle de San Mateo por don Juan Manuel Calleja; el cual empezaba ya á gozar de la fama, después grande y merecida, á que le elevaron profesores tan sabios como Cabezas y Lista y Hermosilla. Vivero fecundo de tiernas plantas que habían de ser un día frondosísimos árboles, de allí surgieron á ser útiles y fructíferos á su patria magistrados, poetas, militares, literatos, jurisconsultos y repúblicos, como los Pardo, Alonso, Espronceda, Molíns, Ochoa, Roncali, Seoane, Montalván, los Benítez, Mazarredos y Nandines. Desde luego, y á la par de los mejores, empezó á sobresalir nuestro D. Ventura, si no por su aplicación, por su memoria prodigiosa y por las raras dotes de su penetrante y retentivo talento, que le permitían empaparse en los secretos del libro

con desflorar apenas la superficie de las hojas, proporcionándole á poca costa en los públicos exámenes lucimiento y aplauso la gracia de su acento y ademán, y la fácil soltura de su palabra; contribuyendo á conquistarle la afición y simpatía de cuantos le escuchaban lo menudo de su pequeño cuerpo, que aun edad más temprana de la que tenía figuraba. Ni se distinguía menos por los diabólicos juegos y las atrevidas invenciones, que eran la delicia de sus malignos camaradas de sala, todos de menos años que los catorce suyos, y la desesperación del celador que los cuidaba. Unas veces dibujaba por las paredes con carbón la cabeza orejona de un sátiro ó de un burro sobre un cuerpo flaquísimo, que figuraba el del sucio y viejo Muñoz que había cambiado sus honrosas divisas de cabo primero por las funciones de pedagogo de los colegiales más pequeños. Otras convocaba á la canalla chillona y descreída, y en medio de gran círculo, subido en una silla, recitaba un romance que él y Espronceda compusieron, llamándose *dos ingenios de la Corte*, y que empezaba:

Voy á daros una idea,
Aunque bastante concisa,
De un hombre á quien por oler
Le huele hasta la camisa.

Aun ahora mismo, como si fuera ayer, me parece que le estoy viendo preparándose á unos trabajos de voladura, llevando por aprendiz á mi querido hermano menor que aún no tenía once años. En el fondo de un vasto patio donde jugábamos en las horas de recreo, había en el ángulo de la izquierda un sobrado sin puertas, que había sido cochera, donde ya viejo reposaba de sus fatigas un bombé contemporáneo de la juventud de nuestro Director. El nuevo Pedro Navarro y su novísimo ayudante estaban de rodillas debajo de la caja del que fué vehículo; y mientras el uno hacía un montoncito, derramando unos cartuchos de pólvora que había llevado de su casa y escondió desde el domingo anterior, soplaba el otro una ascua, dilatando los mofletes y sacando llama que enrojecía fantásticamente el picaresco rostro de los dos diablillos. Por fortuna para su belleza futura, los sorprendió oportunamente el protagonista del romance de *los dos ingenios de la Corte*, y los llevó al calabozo á continuar allí sus estudios pirotécnicos.

Cultivaba entretanto otros de más provecho; y al paso que se resistía á su juvenil imaginación verdeante y jugosa el monótono y seco demostrar de las ciencias matemáticas, hacía prodigiosos adelantos en las humanidades y en la historia, y en las clases de adorno, especialmente en la de recitar trozos escogidos de nuestros mejores hablistas en prosa y verso; porque, como ya hemos dicho, tuvo desde muy pequeño ciega voluntad por la declamación, la cual le dominó después constantemente hasta sus últimos días, y contribuyó acaso á acortárselos más de lo que á las letras y á sus amigos convenía; y no era extraño, porque todos amamos aquello en que nos distinguimos, y tenía Vega para sobresalir en aquel arte calidades muy superiores. Su cuerpo, aunque pequeño, era proporcionado, suelto y elegante; ancha su frente, coronada de un hermoso cabello negro, liso y brillante; y su fisonomía elástica y movible, y la expresión y viveza de sus grandes ojos, y el sonido profundo, extenso, vibrante y armonioso de su voz, que manejaba como el rostro á su capricho, hacían la delicia de cuantos le veían y escuchaban, agregándose á todo un talento de imitación tan singular, que remedaba fácilmente el tono y las acciones, lo mismo del viejo que del mancebo, de la modesta señorita que del atrevido chicuelo, del

Pelayo de Quintana que del cocinero de Gorostiza; distinguiéndose sobre todo en el arte de tomar aliento y repartirlo en la duración de los períodos; con que en su boca no era nunca penoso al espectador seguir la expresión de las ideas, ni el desborde de las pasiones, con arte suma, si bien con natural efecto presentadas. Yo de mí sé decir que no he visto á nadie leer como él leía, aun en los momentos, pocos en verdad, en que por pagar tributo á la costumbre daba entonación sobrada á los versos líricos que en nuestros salones se declaman con esa monótona y lacrimosa canturía que obscurece los pensamientos si los hay, y á prestarlos no basta la verdadera armonía, producto sólo de la propia y feliz combinación de las palabras.

Pero el colegio de San Mateo sobrevivió pocos años, con gran dificultad y suprimiendo cátedras importantes, á la caída en España del gobierno constitucional. Desde su decadencia se dispersaron los distinguidos jóvenes que en él recogieron las semillas primeras de las ciencias. Vega continuó cultivándolas bajo la dirección de D. Alberto Lista, en casa de este sapientísimo sacerdote, que desdeñado por el gobierno del triste Calomarde, daba entonces lecciones particulares de historia y literatura. A ellas asistían algunos de nuestros antiguos condiscípulos; y éstos, con otros nuevos, como Segovia, Escosura, Amador, Ortiz y los Usozes, y con otros que, sin necesitar ya de las escuelas, como Bretón, Larra y Mesonero, por identidad de gustos y de estudios se nos agregaban, compusieron aquella pléyade luciente que, en los años qué transcurrieron desde el 24 en adelante, empezó á brillar en el cielo que, como dice uno de los más grandes ingenios de España y del mundo, por hallarse bajo el cenit de la Lira goza el privilegio de tener por hijos á tantos y tan famosísimos poetas.

De entonces data la Academia del Mirto que ellos fundaron, y que Lista presidía y encaminaba con sus sabios consejos. A ellos debe nuestro Vega el gusto exquisito que siempre campea en todas sus obras: gusto difícil de formar en aquellos más difíciles tiempos de transición y de mudanza para la literatura de toda Europa. Sin ellos, quién sabe si nuestro futuro autor de *El hombre de mundo* no habría extraviado su talento, despeñándolo como otros muchos por los más cavernosos precipicios del ridículo romanticismo. De entonces también datan aquella asidua asistencia al café de Venecia primero, y al del Príncipe después, que de nosotros tomó el nombre gráfico de *El Parnasillo*, y aquellas reuniones de casa del entusiasta arquitecto D. Francisco Mariategui, y del bondadoso caballerizo del rey D. Quírico de Aristizábal, en donde empezaron á desarrollarse nuestros afectos de hombres y nuestras inclinaciones respectivas. ¡Dichosos días en que mezclábamos con las más serias ocupaciones el amor, la alegría y las locuras de los pocos años, y nos ocupábamos en representar comedias, en inventar charadas y en componer versos, generalmente malos, y en hacer cabalgatas á Hortaleza con detrimento de las asentaderas de Bretón y de Alonso, no muy fuertes en el arte de andar á la jineta, y no nos apurábamos por la suerte de nuestra patria, ni por los políticos asuntos, por más que los más atrevidos y mayores de entre nosotros, que poco pasarían de las veinte navidades, creyeran entonces y crean todavía que, al fundar, como lo hicieron, una sociedad secreta llamada *Los Numantinos*, iban á regenerar con ella la patria de Lanuza.

Era Vega uno de los asistentes á esas tenebrarias reuniones á estilo masónico, que unas veces se verificaban en una imprenta, otras en una botica de la calle de Hortaleza, y otras en una cueva del Retiro, adonde recuerdo que quiso llevarme una tarde nuestro Aristogitón de diez y ocho años, manifestándome, con la risa

de su natural gracejo, que su propósito sencillo y hacedero se reducía simplemente á matar al tirano, que era en aquella sazón el rey Fernando VII, y á constituirse en república á la griega. Yo no sé de los demás, pero juzgo para mí que nuestro Ventura, que por otra parte no fué nunca aficionado á la política, jugaba en esta ocasión á las sociedades secretas; que por aquel tiempo nada nos cuidábamos del mejor ó peor sistema de gobierno; reíamos con las chanzas festivas é ingeniosas de Bretón y con la discreta locuacidad de Escosura; nos asustaban las atrevidas calaveradas del buscarruidos de Espronceda; nos burlábamos de los detestables versos que hacía entonces Larra, que acababa de venir de educarse en Francia, y dejábamos que D. Tadeo Ignacio Gil, corregidor de inartística memoria, dictase suntuarias leyes sobre lo que Vega llamó después sus únicos bienes raíces, que entonces no le asomaban por cierto al belfo labio. Juego fué sin embargo el de la sociedad de los Numantinos que llevó á la cárcel algunos de sus individuos y mantuvo á nuestro D. Ventura recluso por tres meses en el convento de Trinitarios calzados, que hoy es Ministerio de Fomento, después de haberle tenido arrestado otros tantos en las prisiones de la Superintendencia de Policía. Por fortuna, el guardián bajo cuya vigilancia fué puesto era un santo varón de condición tan benigna y tan inocentemente sabio, cuanto Vega sagaz, observador y de dúctil y dulcísimo carácter. Asistía el recluso con la mayor devoción á todos los actos de la comunidad; componía versos de asuntos sagrados; cantaba ó desentonaba en el coro con los frailes Vísperas y Maitines, y jugaba en la huerta por la tarde con los más jóvenes, ó hacía la tertulia á los más ancianos por la noche en la celda del padre González, recitándoles poesías ó entreteniéndoles con los recursos de su inagotable imaginación. Conducíase en fin con tal habilidad, que en aquellos noventa días de clausura se ganó desde los primeros de tal modo la voluntad de todos, que no sólo fué tratado á cuerpo de rey, sino que, cumplido el plazo de su feliz condena, no había forma de que el alegre y contagioso cenobita quisiera mudar de domicilio, ni que los frailes pudieran separarse del que tan sabrosamente les había suavizado las asperezas de su monástica disciplina.

Siempre quedó amigo nuestro trinitario interino de aquellos buenos sacerdotes; y ellos, en particular el padre González, lo fué verdadero en adelante para su huésped querido. Más de un mes vivió éste todavía espontáneamente en la santa casa á que le llevaron por fuerza. La tortuga, el salmón, los apetitosos bocados en fin, únicos acaso de esa clase que en aquel refectorio se comían, y las conservas y el rico soconusco que á los padres maestros regalaban, eran siempre para el mimado Benjamín, al cual fuera de allí aguardaban inquietudes y privaciones; porque en aquella sazón sus recursos eran muy escasos y no bastaban á lo más indispensable de sus necesidades, por pocas que éstas eran.

Su tío hacía ya dos años que no existía: el indiano que en Buenos Aires había prometido hacerle su heredero había muerto sin hacer testamento: Vega, en fin, no contaba más que con una hermana de su madre llamada doña Carmen Cárdenas, que vivía en Madrid con la viudedad que le había dejado su difunto esposo, el teniente coronel D. José Maestre. A su compañía volvió nuestro amigo; y por entonces ó muy poco después recibió una tiernísima carta de su madre, en la que le suplicaba encarecidamente volviera á sus brazos á consolarla de los disgustos que su otro hijo D. Diego la daba, y en la que le enviaba para hacer el viaje una libranza de cuatrocientos fuertes. Pero Ventura estaba en ese tiempo enamorado de una hija del célebre médico Rives, hermosa, de mucho talento y que cantaba como una sirena; y lo fué en efecto tanto para el poeta, que el pobre

cumplió puntualmente lo que su alma apasionada exhaló entonces en este lindo soneto:

«Cruza sin mí los espumosos mares;
Saluda, ¡oh nave!, de mi patria el muro,
Y déjame vagar triste y obscuro
Por la orilla del lento Manzanares.

Si osa turbar la paz de tus hogares
De soberbio extranjero el soplo impuro,
Otro defienda con el hierro duro
Su libertad y mis nativos lares.»

Esto decía yo cuando las olas
Sulcó la nave en que partir debía,
Y abandonó las costas españolas.

Ella al impulso plácido del aura
Voló á la orilla de la patria mía...
Y yo á los brazos me volví de Laura.

Y *triste*, aunque no *obscuro*, se quedó en efecto bogando *por la orilla del lento Manzanares*, y gastó en poco tiempo los ocho mil reales que habrían sido el último crepúsculo de la fortuna de su pobre madre. Y por cierto que me vienen ahora á la memoria recuerdos tan peregrinos de ese período de la vida del joven, que no resisto á la tentación de contarlos, por más que de sobra triviales parecieren. De las veinticinco onzas de la letra, doce fueron para doña Carmen: de las otras trece sacó para proveerse de las cosas de vestir que más necesitaba; y por cierto que fuí testigo presencial de la primera compra, que fué un par de botas, un sombrero y una capa muy elegante de casa del sastre inglés Jhonson; porque pretendía, al hacer esta adquisición prematura, que envolviéndose en ella (y lo decía haciéndolo con el manejo más rumboso) daba espera al relevo de las otras prendas, obsoletas de sobra, y se presentaba desde luego como cumplía á su esplendor y novísima opulencia. Y por cierto que en aquellas sus felices noches, creyéndose, por el desuso de llevar dinero en los bolsillos, cuando menos un Roschilde, y obligado por el recuerdo de obsequios recibidos y nunca devueltos por desgracia suya, á todos nos quería convidar á los teatros y á nadie permitía que pagase ni en el café ni en la confitería, que á menudo visitábamos. Breve fué, pues, la duración de aquel que el anfitrión consideraba inacabable tesoro; y cuando ya estaba para extinguirse, vino un triste acontecimiento á traer á la imaginación del Creso de pocos días lo deleznable y fútil de las humanas grandezas. Doña Carmen se apoderó una noche de la capa. A la otra mañana, yendo yo á ver á Ventura, temprano como solía, le hallé en la cama; y al verme se incorporó y sentó, y con acento desesperado me anunció que no podía salir conmigo ni abandonar la ropa del lecho, porque era la única que le había dejado su implacable tía. Yo le mandé alguna de mi uso, y en aquel día se le presentó la culpable, con faz entre vergonzosa y radiante, que anunciaba ganancias y tarde más bonancible. Era aquella señora tan aficionada al juego como amante de su sobrino. Nueva madre para él, le amaba con idolatría y había contribuído á la educación de su *Ventura sin ventura*, como le decía, pagando los últimos trimestres de su pensión en el colegio de San Mateo, con atraso y dificultades que realzaban el mérito de la acción, y manteniéndole y vistiéndole después bastante tiempo, sin tener más gustos que compartir con él su pobre viudedad, y acaso en obsequio suyo yendo á sufrir las veleidades de la sota de oros. Mi vieja intimidad con Vega me

permite revelar estos secretos de familia, y creo sea grato á su sombra querida que pague aquí un tributo de gratitud á la mujer excelente que en días bien tristes de universal desamparo para él le dió un asilo en su casa y otro más dulce en su corazón y cariño.

Desde esa época puede decirse que empieza la viril existencia de Vega. Hasta entonces no se había hecho cargo de que le era necesario buscarse los medios de vivir en el mundo positivo, ni se había ocupado en nada serio. Sus primeras composiciones valían muy poco, en general, y él así debió creerlo, cuando tanto cuidado ha tenido de hacerlas desaparecer. Recuerdo sin embargo algunas regulares, y que en todas había siempre algo de bueno, y trascendía en ellas el gusto excelente, que en él era como innato. Me acuerdo de un romance que compuso á los quince años, que empezaba:

Ya dora el sol naciente
Mi rústica cabaña,
Y á convidarme torna
Del bosque á la enramada.
Son mi único embeleso
El río y la montaña,
Y mis delicias todas
El colorín y el aura.

También compuso en aquella edad tan tierna unas décimas en elogio del comportamiento de la milicia nacional de Madrid el 7 de junio de 1822, y varias coplillas y versos de arte menor, medio improvisados en fiestas y convites á que con grande empeño le invitaban; porque niño y todo, era la gala y regocijo de las reuniones á que concurría. Otras veces recitaba en el cumpleaños de una señorita:

Dulce primavera, ven
Y de Dolores preciosa
Con tu guirnalda de rosa
Adorna la bella sien.
Contigo venga también
La divina Citerea;
Que aunque su hermosura sea
La madre de los amores,
Junto á la bella Dolores
La madre de amor es fea.

Y estrechado otra vez á repetir otro brindis, exclamaba:

Con dolores nace el hombre:
Con dolores muere luego:
Nadie quiere los dolores,
Y yo por Dolores muero.

Otras veces se vengaba de los que le fastidiaban; como cuando sentado al lado del consejero romano, que al eco de los versos de nuestro poeta roncaba inarmónicamente, repetía con trágica y burlesca entonación aquellos versos de los Horacios de Corneille:

«Je rends grace au ciel de n'étre pas *romain*
Pour conserver encore quelque chose d'humain.»

Y renegaba de los melindres de impertinente dama, á quien sin querer había pisado, diciéndola, ya colérico por sus recriminaciones:

No te cause admiración,
Señora, si te pisé:
¿Quién no ha de pisar un pie
Que ocupa todo el salón?

Poco tiempo más adelante, al día siguiente de haber asistido á mi lado á una representación del *Orestes* de Alfieri, traducido por Solís, me leyó este soneto que nunca se me ha olvidado:

El Parnaso tembló: Febo indignado
Despedazó su cítara de oro,
Y en abundante y encendido lloro
Melpomene bañó su rostro airado.

Carnerero, de berros coronado,
Conduce al ara el furibundo coro;
Comella, oyendo el cántico sonoro,
Desde el limbo sonríe alborozado.

Intonso y fiero, con osada planta,
Ante el marmóreo altar Solís parece
Y la segur de Góngora levanta.

Triste Racine al verla se estremece;
Baja Alfieri desnuda la garganta,
Y al sacrificio bárbaro la ofrece.

Y por cierto que no merecía el autor de *Camila* tan implacable condenación, aunque no se afeitase sino una vez al mes.

¡Ojalá que otras tragedias puestas en verso castellano valieran tanto como esa traducción del antiguo consejero del gran Máiquez y consueta de teatro del Príncipe! Su lenguaje castizo y clásico puede hacer que se le perdone un tanto de pedantería y alguna que otra transposición violenta por la exageración de latinismo que hace alguna vez pesado y obscuro su estilo; pero éste siempre es varonil y majestuoso, como el coturno exige, y algunas veces se remonta hasta ser terriblemente trágico y sublime. – Son también dignas de recuerdo, entre las demás composiciones de los primeros tiempos de Vega, tres odas sagradas y una imitación de San Juan de la Cruz, que omito repetir por ser bastante conocidas: el epitalamio á la marquesa de Quintana, hoy condesa de Oñate, tipo entonces de bellísimas mujeres; y la oda á Lista, que fué contestada por este inolvidable director nuestro, la cual conservo escrita de su puño, y en la que se ve la idea que tenía el gran maestro de la altura poética á que había de subir su discípulo, cuando en una de las estrofas dice, encomiando los precoces frutos del imberbe autor:

Así en la cuna el animoso Alcides
Las bravas sierpes domeñó, probando
Aquellas fuerzas que sentir debían
Lerna y Tifeo.

También es de por entonces este soneto en que declaró su amor á Laura, cuando la halló en el jardín de Hortaleza, escribiendo su nombre en la corteza de un árbol.

«Ese tronco que mayo adorna y viste,
Donde grabas tu nombre idolatrado,
Laura, verásle pronto deshojado,
Que á la furia del tiempo no resiste.

Vendrá el noviembre con sus lluvias triste,
Vendrá el enero con su escarcha helado,
O el huracán á desgajarle airado,
Arrebatando el nombre que esculpiste.

Templo más digno que tu nombre lleve
Donde no le destrocen vendavales,
Ni el invierno le cubra con su nieve,

Un corazón será que te ame ciego.»
Dijo Amor, y con rasgos eternales
Grabóle aquí con su buril de fuego.

Pero la más importante de las poesías sueltas de la primera época de Vega fué un canto épico, que compuso á la pacificación de Cataluña por el rey Fernando VII en 1828. He aquí algunas de sus hermosas octavas, las primeras que ocurren á mi memoria:

Miro al divino Régulo marchando,
Entre el clamor de la llorosa plebe,
Donde el fiero sayón le está aguardando
Y perecer entre tormentos debe.
A Aníbal miro con su hueste hollando
De las alpinas cumbres la honda nieve,
Y á un ejército entero haciendo frente
A Cocles miro en el cortado puente.

Vagaba así mi ardiente fantasía;
Y entre el bullir de las inquietas olas
Manzanares su frente descubría,
Coronada de juncos y amapolas:
En la siniestra mano suspendía
El blasón de las armas españolas:
Así suena su voz, y humilde para
Su blando ruido la corriente clara:

«¿Por qué de Roma tu ofuscada mente
Hazañas busca en la remota historia?
¿Para asombrar á la futura gente
No basta acaso la española gloria?
Cuando virtud y honor tu lira intente
Eternizar del mundo en la memoria,
Los campos corre de la madre España,
Y cada monte te dirá una hazaña.»

En el período que podemos llamar la segunda época de su vida literaria, sintió Vega, como íbamos diciendo antes, que en este mundo no se vive sólo con los

sueños de oro de la fama venidera y que en nuestros días de fierro, ó más bien de dinero, hay que aplicarse á alguna cosa de material provecho. Formada ya y completa su muy segura razón, sin fortuna heredada, sin carrera oficial, ni protección de arriba, ni impulso de abajo, conoció nuestro amigo que la poesía lírica (en que tanto sobresalía en todos géneros) era, si bien mina fecunda para su gloria, pobrísima veta para sus necesidades presentes. ¡Cómo había de ocultársele lo que todos sabemos de lo poco que producen en nuestra España las obras de imaginación é ingenio, casi tan poco recompensadas en nuestros días como en aquellos en que decía Lope:

Con ser tan grande, qué allegar al labio
No tuvo el Fénix portugués Camoes;
¡Y envuelven su cadáver en aloes,
Después de muerto, para más agravio!

De aquí su dedicación por largo tiempo á dar al teatro por *brevísima cuota* (y es frase suya) traducciones de comedias francesas, única ocupación literaria provechosa entonces en la patria de Garcilaso y de Cervantes. Era Vega cuando joven indolentemente perezoso, por naturaleza americana y superioridad de entendimiento. Los americanos, y muchos que no lo son, no comprenden que puedan hacerse grandes esfuerzos del ánimo, como del cuerpo, sin largos y saludables descansos. No escribía, pues, sino lo absolutamente indispensable para ganar de comer; costábale por otra parte mucho lo que componía, porque lo hacía siempre con perfección suma: así es que le producía proporcionalmente muy poco, y era él además muy sobrio y sus necesidades muy cortas. De ahí que el cargo que le hacían muchos (y nuestro excelente y erudito compañero Ferrer del Río entre ellos) de que no escribía y daba á luz más que producciones ajenas, aunque bien merecido y con benigna intención encaminado, no dejaba de tener defensa por parte del que no contaba para mantenerse sino con el fruto del que bien podía llamarse su material trabajo. Vega, sin embargo, mezclaba con sus traducciones y plagiados asuntos de teatro alguna que otra notable aunque tardía muestra de que era muy capaz de la invención dramática, y ya en 1824, cuando sólo tenía diez y ocho años de edad, escribió la comedia original en un acto *Virtud y reconocimiento*, que se ejecutó en Madrid el día 14 de octubre de aquel año, memorable en nuestros fastos dramáticos por haberse representado también en él la comedia de Bretón de los Herreros *A la vejez viruelas*. ¡Coincidencia notable para los amantes del arte: en una misma noche se estrenaron en la escena española el moderno Lope y el Moratín de nuestros días!

Las traducciones y arreglos de comedias, dramas de diversos géneros, y hasta vodevilles franceses convertidos en zarzuelas, de nuestro autor, pasan de ochenta. Todos los conocemos, todos los hemos aplaudido, y cuando no aplaudido, tenemos que confesar que nos han hecho llorar ó reir contra nuestra voluntad y nos han entretenido agradablemente muchas de las largas noches de nuestros inviernos. El gran talento de actor que Vega tenía le revelaba los efectos teatrales que había de producir una representación cómica ó trágica, y su ingenio á lo Moreto le hacia sacar partido de pensamientos ajenos, haciéndoselos propios y mejorándolos siempre; porque nuestro gran literato daba á la forma un culto ciego. Varias veces le he oído que no le gustaba una prenda literaria, por nuevo y elegante que fuera el corte, como no fuera muy perfecto el cosido. Mas, aun cosiendo él tan primorosamente, no ha dejado de escribir bastantes obras que pueden llamarse originales y de indisputable mérito; y tres sobre todo le han levantado hasta el puesto eminente

que con razón ocupa en el cielo de Alarcón y de Rojas. Ya comprenderéis que hablo de su preciosa comedia *El hombre de mundo*, que compuso el año de 1845, tan bella y más si cabe, por estar escrita en verso, que *El sí de las niñas;* del drama histórico *D. Fernando el de Antequera*, y de la tragedia *La muerte de César*. No se borrarán nunca de mi memoria las *lecturas de estreno* que tuve el gusto de oir de las dos producciones últimas. La del drama se hizo en mi casa el 13 de diciembre de 1844. Era yo entonces director general de Caballería. Me habían hecho el honor de comer á mi mesa los coroneles de los regimientos de la guarnición de Madrid y los insignes literatos duque de Frías, D. Juan Nicasio Gallego, Bretón, Segovia, el marqués de Molíns, Gil y Zárate, y el mismo Vega. La lèctura debía ser después de la comida: estaban invitadas muchas personas de ambos sexos. Ocupaba el protagonista el velador presidencial: desplegado tenía el manuscrito; pero no venían á oirle algunos que se hallaban hacía una hora de sobremesa, y todos esperaban ansiosos que aquél empezara: se les mandó á los reacios recado sobre recado, y por fin vino Bretón diciéndonos que el duque de Frías, antiguo coronel de Pavía, había confraternizado de tal modo con los otros coroneles que, entusiasmado con la relación de antiguos hechos de cargas y rebatos de los tiempos de la guerra de la Independencia y de D. Juan de Cereceda, y atacado de un acceso de amor á la primitiva profesión, no se podía hacer carrera de él. Fuímos varios á buscarle, y poco menos que á la fuerza le llevamos á escuchar el interesante drama con que nos entusiasmó á todos la entonces magnífica y todavía potente declamación de Vega. Hoy faltan de entre nosotros, además del laureado aquella noche, el duque de Frías, D. Juan Nicasio Gallego y Gil de Zárate: ¡Dios haya recibido en su seno á los cuatro esclarecidos poetas! – La lectura de la tragedia se hizo la Navidad del año de 1862 en casa del marqués de Molíns, mi querido condiscípulo, que tenía por costumbre reunirnos á sus amigos en aquella noche de cristianos recuerdos, para darnos generosamente el pasto sabroso al entendimiento de dulcísimos versos, el provechoso al alma de una breve y devota misa de gallo, y el reparador para el cuerpo de una suculenta Parasceve. Era en aquella ocasión numeroso y selecto el auditorio reunido. Entre algunas damas hermosas y discretas, que verdaderamente señoreaba la ilustre huéspeda que nos recibía, brillaban muchos de los hombres más notables de España por aquel tiempo, como el duque de Rivas, Bretón, Hartzenbusch, Galiano, Pacheco, Nocedal, Rubí, Tamayo, Ros de Olano, Ochoa, el conde de Guendulain, Segovia, Ferrer del Río, Barbieri, Apecechea, Fernández Guerra, Cueto, Cañete, Monláu, Cutanda, Campoamor, García Gutiérrez, Catalina, Lope de Ayala, González Bravo, Valera y otros cuyos nombres, aunque no menos célebres, no me ocurren ahora á la memoria. Encantados nos tuvo por espacio de tres horas el actor y autor á un tiempo. A pesar del decaimiento á que ya habían venido sus gastadas fuerzas, el arte con que daba inflexiones variadas á su voz, imitando el peculiar acento que á cada uno de los héroes correspondía, era tan propio, tan adecuado, que no parece sino que revivían delante de nosotros tales como debió verlos entre sus pórticos y triunfales arcos el Foro augusto de la Reina del mundo. A cada escena, á cada acto, nuestra admiración iba creciendo; y al terminarse la tragedia, entre la conmoción y aplausos de la concurrencia, vimos levantarse trabajosamente á un anciano postrado ya por la enfermedad aún más que por los años, el cual recibiendo en sus abiertos brazos al que en aquel instante rejuvenecían el entusiasmo y la gloria, con voz trémula exclamaba entre lágrimas que arrancaban las nuestras: *¡Eso es romano, Ventura: eso es grande!* Era la última vez que á nuestras solemnidades concurría el autor de *D. Alvaro*, y parece como que en ese abrazo le decía al

ya también herido por la mano de la muerte: *Yo voy primero: pronto irás tú á unirte conmigo.*

También *El hombre de mundo* se leyó públicamente á modo de prueba, según acostumbraba hacer el autor con sus obras predilectas, en el domicilio del Sr. don Patricio de la Escosura. No describo más minuciosamente este acontecimiento, porque no disfruté de él por hallarme viajando; pero he oído que fué una gran solemnidad literaria, por la calidad y las circunstancias de los jueces reunidos en aquella casa cuyo dueño, tan docto y amante de las musas cuanto amado y favorecido por ellas, la había por entonces convertido en su santuario una vez á la semana. Esa misma comedia, algún tiempo después, fué puesta en escena en el teatro particular que tiene la señora condesa viuda del Montijo en su quinta de Carabanchel; cuya circunstancia no quiero dejar olvidada, porque ciertas curiosidades que transmitir no corresponde á la gravedad de esa señorona que llaman *la Historia*, sólo pueden ser conocidas merced á la clase de escritos pedestres como este mío; y sin embargo, son confites muy sabrosos de gustar después del transcurso de los años á cierta clase de golosos aficionados. Es el caso que representaron personajes de la comedia el mismo autor Vega, D. Patricio de la Escosura, la condesa de San Luis, y lo más digno de memoria, que hizo admirablemente el papel de doña Clara, una señorita de diez y siete años que conocimos y tratamos. Llamábase entonces entre los jóvenes de ambos sexos del mundo ilustre y elegante de Madrid la donosa condesita de Teba, la lindísima Eugenia, la flor y gala de la coronada villa: hoy honra á nuestra patria, que es también la suya, con virtudes que alcanzan á llenar uno de los más grandes tronos de la tierra; hoy es la emperatriz de los franceses.

Pero ya vamos acercándonos al fin de nuestro cometido; y entrando en más prosaicas investigaciones, debo deciros algo sobre la carrera de oficio de Vega; que al fin la tuvo, aunque sólo *pro forma*, quien tan intensamente ocupó las facultades enteras de su alma en la literatura y la poesía. Con ingénito instinto repugnó él siempre toda ocupación ajena al cultivo de las letras. Siendo muy joven, estuvo ya amenazado de ser empleado. Fernando VII quiso verle un día, me parece que allá por el año de 1828: debía presentarle á S. M. el Sr. Grijalba, secretario de la estampilla, que gozaba de gran valimiento con el Rey; pero nuestro amigo desdeñó lo que tantos hubieran tenido por felicidad suprema; y á la hora en que debía verificarse la entrevista, nos hallamos en casa de Mariategui con nuestro Ventura sin ventura, vestido como de ordinario y diciéndonos: *El Rey me está esperando; pues bien, que espere. Si S. M. quiere verme, yo no quiero ver á S. M.* Más tarde fué nombrado agregado á la embajada de España en París. Avisáronle á las cuatro de una mañana del mes de enero que era ya hora y que la diligencia iba á salir; y él, si no hizo precisamente lo que el lebrel irlandés de Lope, dió al menos una vuelta en la cama, y levantó más hacia su barba la espesa ropa que le cubría. Sin duda no le pareció el señor embajador más digno de su visita que el mismo Fernando VII. – Pero la necesidad á todo obliga; y en 1836 fué por fin empleado nuestro poeta como auxiliar del ministerio de la Gobernación con el sueldo de doce mil reales. Debió ese destino á la protección del Sr. D. Martín de los Heros, hombre honrado, buen caballero, repúblico celoso y escritor distinguido. Este mismo protector le nombró para secretario de una comisión encargada de inspeccionar el Conservatorio de música y declamación de María Cristina; y con ese motivo conoció en él á la Sra. doña Manuela de Lema, que fué luego afamadísima en el canto y esposa suya, de quien tuvo tres hijos, de los que viven hoy dos, dignos del aprecio de

cuantos los tratan, y que siguen él uno la carrera de la administración, y el otro la militar, con provecho y lucimiento, no siendo tampoco extraño ninguno de los dos al cultivo de las letras en que tanto se señaló su padre. La carrera á que primero los destinó éste fué la que hizo inmortales á los Bazanes y Churrucas, y siendo yo ministro del ramo, unido entonces á los de Comercio y Ultramar, les proporcioné la gracia de guardias marinas: pero la madre tierna no quiso en adelante exponerlos á tan penosa profesión. Esta señora, de bastante talento y de suma piedad, influyó mucho en el espíritu, ya de suyo bien inclinado, de su esposo que la amaba tiernamente, á que le dirigiera en los actos privados de su vida, al sosiego de la conciencia y al culto de la religión santa de sus padres; y al tiempo de su muerte, que fué el día 6 de mayo de 1854, con sus consejos de siempre y su ejemplo de entonces, dejó impresiones tan vivas en el ánimo de Vega, que estuvo á punto de hacerse fraile, aun teniendo que alejarse de su patria, donde ya no los había. Decía él entonces que no comprendía cómo el liberalismo en España, permitiendo asociaciones de todo género bajo el motivo ó pretexto de fomentar intereses materiales de la sociedad, había devorado y seguía prohibiendo las que, instituídas con un fin santo para vida ejemplar y contemplativa, eran el consuelo de unos, el alivio de otros y el retirado puerto de descanso para los desengañados de las borrascas del mundo. El no halló ese puerto á la mano, y poco perseverante en sus resoluciones, fué siguiendo su mundanal camino ya empezado. Nuestro oficial de la Secretaría quedó cesante á consecuencia del pronunciamiento de septiembre de 1840, que le destituyó de su empleo; destitución infundada porque nunca tuvo Vega, como ya hemos dicho, afición á la política; y aunque fué ayudante de la milicia de Madrid, y en el movimiento de julio de 1835 estuvo entre los que invadieron la Imprenta Nacional, y escribió allí, según dicen, una alocución patriótica, arrastrado á todo por los que eran entonces amigos suyos, lo cierto es que, ya autor del drama realista *La entrada de los franceses en Madrid*, ya miliciano nacional, ya diputado moderado y subsecretario puritano, como luego diremos, Vega no se halló nunca voluntario y desahogado en estas situaciones que contrariaban los instintos independientes del poeta.

Por el año de 1847 fué cuando gozó el período de más favor en la política que estaba reservado á su orgullo, escaso en ese género de aspiraciones. Se vió elegido primero para maestro de literatura de la reina; y el admirable modo con que esta augusta señora lee en público en las solemnes ocasiones, demuestra que no se emplearon en balde sus lecciones: obtuvo luego el cargo de secretario particular de S. M., la llave de gentilhombre, la gran Cruz de Isabel la Católica, y hasta llegó á ser subsecretario de Estado. Más adelante, y siempre bajo ministerios moderados, desempeñó el descansado empleo de Fiscal de las órdenes de Carlos III, y de la que adornaba su pecho. Luego fué nombrado por el conde de San Luis, y con universal aplauso, director del teatro español. La sublevación militar del año de 1854, que cambió la faz de las cosas públicas, le devolvió por breve tiempo á su cara vida de bellas artes y bellas letras; y no puede decirse que salió de ella, cuando á la resurrección del partido conservador en 1856, el ministro de la Gobernación D. Cándido Nocedal, nuestro amado compañero, le dió el empleo de director del Conservatorio, tan análogo á sus inclinaciones, tan propio de sus conocimientos, tan descansado para su estado valetudinario, que á pesar de su larga enfermedad le conservaron en él las administraciones que se han ido sucediendo, no atreviéndose sin duda á contrariar la pública opinión, que vió en ese cargo, único acaso respetado por todos, la justa recompensa de un mérito literario por nadie combatido.

Entre los honores que obtuvo nuestro amigo he dejado para enumerar el último

el que estimaba él como más dulce para su corazón y más glorioso para su nombre. Hallándose cesante y pobre, tuvo el consuelo en su desgracia, el día 27 de enero de 1842, de ser electo individuo de la Real Academia Española, y de sentarse después el noveno en la silla señalada con la letra F. Ahora, en este sitio y con esta ocasión, no me parece que puedo pasar sin recordaros quiénes fueron los ocho ascendientes del ilustre académico cuyo elogio fúnebre habéis tenido la bondad de confiar á mis fuerzas, que flojas por cierto para tamaña carga, se van apresurando á soltarla más pronto de lo que acaso al asunto correspondía. El primero de los que ocuparon esa silla fué el P. Bartolomé Alcázar, de la Compañía de Jesús, cronista de su religión, de instrucción variada y profunda, algo pintor y arquitecto, y uno de los fundadores, en 6 de julio de 1713, de este cuerpo á que nos honramos de pertenecer. Estuvo encargado en él, entre otros asuntos, de extractar autoridades del libro de Andrés Laguna sobre Dioscórides, de definir las voces de cantería y los provincialismos de Murcia. Falleció el 14 de enero de 1721: escribió su elogio el P. Casani. El segundo fué D. Lorenzo Folch de Cardona, del Consejo de S. M., alcalde de casa y corte, afamado jurisconsulto y literato. Escribió la dedicatoria del primer Diccionario de la lengua castellana. Hizo á su ingreso el panegírico de su antecesor; se ocupaba en la Academia en extractar autoridades de Ambrosio de Morales: escribió las definiciones de la *Ch* y *M*, y falleció el 17 de diciembre de 1731. El tercero viene el P. jesuíta Carlos de la Reguera. Estaba encargado de definir las voces de varios oficios mecánicos: era cosmógrafo del Consejo de Indias, y á propuesta suya se hizo el año de 1732 una edición de *La Mosquea,* de Villaviciosa: murió el 22 de octubre de 1742. El cuarto, D. Agustín Montiano y Lujando, era oficial de la primera secretaría de Estado. Fué director y fundador de la Academia de la Historia, y en la nuestra ejerció interinamente el cargo de secretario, y en perpetuidad el de revisor. Murió el 1.° de noviembre de 1764. El quinto, D. Felipe García y Samaniego, arcediano y director primero de los Reales Estudios de San Isidro, ejerció también en la Academia el cargo de revisor, y falleció el 15 de marzo de 1796. El sexto, D. Manuel Valbuena, célebre latino y humanista, tuvo la comisión de las correspondencias latinas en nuestro diccionario. Falleció en 13 de agosto de 1821. El séptimo, D. Cándido Beltrán de Caicedo, ingresó en 14 de noviembre de 1822, y falleció en 2 de diciembre de 1826: fué también oficial de secretaría. El octavo, D. José Musso y Valiente, fué escritor laureado y filólogo esclarecido; sus trabajos en la Academia han sido muchos: ningún individuo de su seno le excedió en celo y actividad, y pocos le igualaron en espíritu de noble y desinteresado proselitismo. A él se debe el ingreso en este cuerpo de Gallego, Seoane, Revilla, Roca (hoy marqués de Molíns), y por fin el de preparar el de nuestro D. Ventura de la Vega. Murió el 2 de agosto de 1838. Su sucesor, electo honorario, como ya hemos dicho, en 27 de enero de 1842, obtuvo la vacante de número de Musso en 3 de julio de 1845. Las muestras que de académico celoso ha dado entre nosotros os son bien conocidas. Educado al principio de sus estudios con jesuítas como el fundador de su silla, oficial de secretaría como Montiano y Caicedo, consumado latino como Samaniego y Valbuena, según se patentiza por su admirable traducción de la *Eneida* de Virgilio, de que sólo nos dejó concluído el primer canto; y con muchas prendas personales de las que tenía su inmediato sucesor, nada ha perdido con él la silla que calentaron tan insignes predecesores, á los que igualaba en aplicación, celo y buen deseo, y excedía, á mi juicio, en las relevantes dotes de esa imaginación poderosa y vivísima que la naturaleza anima en muy pocas de sus criaturas predilectas.

Concediéndole aquellos preciadísimos favores, enriqueciéndole con ellos el alma,

no le fué tan pródiga en las fuerzas del cuerpo. Su salud, poco robusta en la juventud, al llegar á la mitad del camino de la vida empezó á faltarle; y yo no dudo que á ello contribuyeran muy poderosamente el trabajo necesario, la meditación no interrumpida, y sobre todo, los extraordinarios esfuerzos á que desde muy tierna edad se había entregado para pintarnos al vivo los grandes caracteres trágicos, de cuya representación tanto se poseía, que le he visto muchas veces salir con calentura de las tablas escénicas después de ejecutar con nunca vista perfección los difíciles papeles de García del Castañar, de Polinice, de Oscar y de Edipo. Todavía por el año de 1862 se dedicaba á esa clase de predilectos ejercicios en el teatro particular de la duquesa de Medinaceli, ilustradísima señora que junta á sus blasones de eminente dama la corona merecida de protectora de las artes y de artista ella misma. Pero ya meses después había venido Vega á un estado de decadencia alarmante. Los dos últimos años de su existencia puede decirse que los vivía de milagro: sólo su voluntad y su espíritu le sostenían; y ni los ataques más tenaces del asma que le atormentaba, ni la flaqueza de sus piernas que no alcanzaban á sustentar su cuerpo casi en esqueleto, ni la destrucción de sus órganos y entrañas, ni la debilidad de su cabeza, en cuyo rostro descarnado no le habían quedado más que ojos cuyo brillo mostraba como que se había acogido en ellos su alma fugitiva, nada, repito, bastaba á postrarle en el lecho, ni á impedirle el uso de sus habituales costumbres de trato literario y de social correspondencia con sus amigos, ni le quitaba la genial mansedumbre y el atractivo de su conversación siempre animada y agradable. Así que hasta una vez en que por equivocación había corrido y llegado á sus oídos el rumor de su propia muerte, no pudo ese tétrico recuerdo del fin que tan de cerca le amagaba apagar en su boca la risa y el gracejo que tenían en ella su patrio domicilio. *Lo que siento es* (decía á los que le daban su pláceme por lo incierto de la fatal noticia divulgada) *que todo el día he tenido que trabajar sin gana para poner fe de vida á mis parientes de Zamora y á los amigos que tengo en otras provincias. Consideren ustedes, si yo me hubiese muerto, por qué se lo había de negar á nadie.*

Bien veis, señores, que el que estuvo dotado por el cielo de talento grande, era aún más digno de nuestra admiración y cariño por la dulzura de su carácter y por su benigna condición. Bondadoso y condescendiente hasta rayar en debilidad, nada sabía negar y prometía hasta tal punto, que no le era humanamente posible cumplir algunas veces lo ofrecido. Los poetas noveles le consultaban y ninguno salía descontento de sus juicios: en todo hallaba alguna cosa que alabar. Generoso en su honrada medianía de fortuna de que nunca pasó, más de una vez se privó de lo que él mismo necesitaba por socorrer ajenas desventuras; y escritor de novelas conocéis á quien sacó de grave apuro poniendo en sus manos los únicos mil reales de que en aquel instante disponía. Literato, poeta, actor, jamás conoció la envidia; y más que rivales de una misma profesión, eran hermanos suyos los que como él sobresalían en el cultivo de las letras y de las artes. Sus elogios eran los primeros que honraban al que se hacía digno de aplauso; y el vituperio, aun contra los que lo merecían, nunca nació de sus labios. Religioso, desinteresado, buen amigo, padre excelente y mejor esposo, nadie como él supo sufrir con ánimo imperturbable la pobreza desanimadora, la desgracia no merecida, y los largos achaques y dolores de una vejez anticipada. No creyó nunca que tenía tan cerca de sí á la muerte; pero rígido en sus deberes de cristiano, dispuesto estaba siempre á recibirla. En los últimos años de su existencia, consumía temporadas muy largas en el templado clima de la frontera de Francia. El último invierno lo pasó respirando el tibio soplo de las brisas alicantinas, con que tuvo notable aunque ya tarda mejoría. Mariposa que no

sabe sino acudir á la luz que ha de matarla, su empeño de volver siempre á Madrid al seno de sus amigos y á la vida intelectual y artística, que era para él tan necesaria como el aliento, le trajo en mal hora desde Alicante al sutil y seco ambiente, tan mortal á su pecho, de los aires del frío Guadarrama. Entonces, empeorado hasta el punto de casi ahogarle los ataques repetidos del asma, tuvo que partir de nuevo y dirigirse hacia Bayona. Allí y en sus cercanías pasó el verano y casi todo el otoño; mas aquel su afecto invencible ya descrito, dominándole con la idea grata de ver representada su tragedia predilecta, le impulsó por vez postrera á las orillas del Manzanares, y fué á vivir á Chambery en la casa y compañía de D. Luis de la Escosura y D.ª Plácida Tablares, su esposa, gloria también de la española escena en días no muy remotos. Traía Vega de Francia colección preciosa de dibujos, de trajes y de decoraciones correspondientes á la época de la muerte de Julio César, regalo que debía al cariño generoso y á la inteligencia suma del Sr. D. Juan de Grimaldi, no menos célebre entre nosotros por su gran saber en el arte de los Roscios y de los Talmas, que estimado y querido de todos, desde los más tiernos años de nuestra juventud, por su inmenso talento y lo atractivo de su amigable trato. Solo siete días sobrevivió Vega á su instalación en la quinta de sus amigos; y entusiasmábase todavía en ellos, enseñando y explicando sus ya referidos dibujos. Pero ni el cuidado más atento y afectuoso de aquéllos, ni la asistencia eficaz de su médico y compañero inseparable el Sr. García Real, pudieron alargarle unas horas que estaban ya contadas. Instaba este doctor porque saliera Vega inmediatamente de Madrid para Alicante. Deseábalo ya también á lo último el mismo paciente, porque creía que el clima de Alicante le fortificaba. En muestra de ello quiero intercalar aquí una interesante carta suya en que así lo manifiesta; y aprovecho con este motivo la ocasión de hacer público el agradecimiento con que Vega recibió el favor que le hicisteis resolviendo por unanimidad y á propuesta del marqués de Molíns, de los señores Nocedal, Ochoa y de mí, que se le considerara como presente á las Juntas públicas y privadas de la Corporación para abonarle los honorarios que asistiendo á ellas le corresponderían. Esa carta, dirigida á mí desde Alicante con fecha 14 de enero de 1865, es como sigue: «Mi querido Juan: A la satisfacción inmensa que me ha causado la honra que me hace la Academia, se añade el saber que eres tú uno de los firmantes de la proposición, tú, mi condiscípulo, mi compañero y amigo querido de la niñez. Gracias, Juan mío, á ti y á todos los que habéis contribuído á darme este inesperado consuelo que tanto va á influir en mi estado moral; ya que en el físico, gracias á Dios, he sentido un notable alivio, desde el punto en que llegué á este delicioso clima. Aquí reina una inalterable primavera. Ni chimenea, ni brasero, ni abrigo; muchos ratos el balcón abierto y el sol bañando mi cuarto. ¡Compara esto con Madrid! – Adiós, mi Juan querido: te abraza y estrecha cordialmente tu VENTURA.»

Como íbamos diciendo, había ya entrado eficazmente en el ánimo de Vega el ansia de marchar para Alicante. Su caro compatriota y Mecenas, que siempre le había amado y protegido, el Sr. D. José Joaquín de Osma, facilitaba cuantos medios eran necesarios para el objeto. Eran las diez de la mañana del día 29 de noviembre de 1865. El enfermo hacía poco que había cumplido con sus deberes de cristiano. Empezábale á vestir su hijo mayor, porque el segundo estaba de militar servicio. Mas ¡ay! no pudo acabar Ricardo su dolorosa tarea; sintióse de repente atacado el angustiado padre del ahoguío de costumbre; y después de cinco horas de agonía, rindió su alma al Criador en los brazos del hijo y de los amigos.

El día 1.° del siguiente mes de diciembre celebrábase en la iglesia de San Se-

bastián una misa solemne de cuerpo presente por el eterno descanso del alma de D. Ventura de la Vega. Terminado el acto religioso, una enlutada y numerosa comitiva presidida por el Ministro de Fomento acompañaba á la última mansión los restos mortales del finado. Nocedal, Rubí, Hernando y Pizarroso llevaban las cintas del féretro; á los lados de la presidencia asistían el Sr. Valle, decano de la Academia Española, el Sr. Silvela, director de Instrucción pública, y el Sr. Eslava, decano de los profesores del Conservatorio. Al llegar el carro mortuorio al teatro del Príncipe, cuyas puertas y balcones estaban cubiertas de negros paños, se detuvo, y las actrices españolas allí reunidas arrojaron sobre el ataúd flores y coronas de laurel, que nada habían de aumentar á la gloria del insigne poeta y que poco aprovechaban entonces á su alma inmortal que de otro más útil y piadoso socorro pedía el tributo á nuestros apenados corazones. ¿Hasta cuándo estas paganas costumbres han de seguir sucediendo á las humildes y cristianas observadas por nuestros padres en la tierra, en que sólo se erigían estatuas para los altares de los santos y eran los predilectos elogios de los muertos las oraciones devotas de los vivos?

En el cementerio de la sacramental de San Isidro del Campo, después de un oficio de difuntos, digna y verdadera ofrenda á la memoria del caro amigo, al abrirse, para rezar sobre su cuerpo, la caja que le encerraba, nuestras lágrimas y sollozos saludaron por la última vez aquella faz querida que no volveríamos á ver más, y nuestros corazones se levantaron á Dios para pedirle el sosiego eterno en la otra vida del que ya en ésta no necesitaba más que de sufragios y oraciones. Así lo entendisteis vosotros, ilustres académicos y piadosos varones, cuando al venir á daros cuenta de esa triste ceremonia á que asistimos cuatro en representación vuestra, acordasteis que se dijeran cien misas por el alma de nuestro inolvidable compañero, y me encargasteis del fúnebre recuerdo que en este día, lleno de dolor y de desconfianza, someto á vuestro juicio.

EL HOMBRE DE MUNDO

COMEDIA EN CUATRO ACTOS, EN VERSO

PERSONAS

DON LUIS. – DON JUAN. – ANTOÑITO. – CLARA. – EMILIA. – BENITA. – RAMÓN

ACTO PRIMERO

La escena en Madrid. – Gabinete elegante en casa de don Luis. Una puerta á la derecha que da al cuarto de éste. Otra á la izquierda que conduce á lo interior. Por la del foro se sale á la calle. – Está puesta la mesa para almorzar.

ESCENA PRIMERA

CLARA, EMILIA

EMILIA

¡No, por Dios!

CLARA

Pues ello, Emilia,
Preciso es que algo resuelvas:
Así no puede seguir.

EMILIA

¡Ay, Clara!

CLARA

Tú no me dejas
Que hable á mi marido.

EMILIA

¡No!

CLARA

Tú... despedirlo... confiesas
Que no te es posible. Pues
Entonces, ¿cuál es tu idea?
¿Qué plan es el vuestro: estaros
Toda la vida con señas
Y cartitas, tú asomando
A escondidas la cabeza
Por detrás de la cortina
Del balcón, y él en la puerta
Del tirolés de ahí enfrente,
Hecho una estatua de piedra
De noche y de día? ¿A qué hora
Come ese hombre? ¿A qué hora almuerza?
Cuando se abren los balcones,
Ahí está: cuando se cierran,
Ahí está: cuando salimos
A paseo ó á las tiendas,
Detrás: si vuelvo la cara
Tal vez, da un brinco y se cuela
En algún portal, huyendo
Y tomándome las vueltas.

¿A qué vienen esas farsas,
Señor? ¿Por qué no se acerca,
Y nos habla, y viene á casa?
En fin, Emilia, me seca
Andar haciendo el papel
De una madre de comedia.
Si vivo, y Dios me da hijos,
Tendré que hacerlo por fuerza
Algún día; pero ahora,
Ni soy madre ni soy vieja.

(Mirándola, después de una pausa.)

Lo de siempre. Con callar
Sales del paso.

EMILIA

¡Y tú al tema
De siempre! ¿Qué he de decirte,
Si yo no sé?.. Pues no es buena
Que ha de venir el muchacho
Y ha de decir lo que piensa,
Y con qué intención me mira,
Y qué plan... Pues ya te acuerdas
Cuando Antoñito iba á casa
Antes, siendo tú soltera,
Qué elogios hacías de él.

CLARA

Y los hago: tiene prendas
Apreciables... Pero, Emilia,
Un niño que cuenta apenas
Veinte años, ¿piensas que puede
Hacerte dichosa?

EMILIA

Vuelta
A lo mismo. ¡Qué sé yo!
Tú que tienes experiencia
Dices que el hombre de mundo...

CLARA

Y estás viendo que la regla
No falla. Cuando se supo
Que la cosa iba de veras
Y Luis pedía mi mano...
¡Qué anónimos! ¡qué indirectas!
¡Qué pronósticos! ¡qué chismes!
Cuántas amiguitas de esas
Que dicen que nos adoran,
Y que tanto se interesan
Por nuestra suerte, vinieron
Con mil dengues y reservas
A contarme atrocidades
Del novio. «Clarita, vea
Usted lo que hace: ese hombre
Tiene una fama perversa:
Con él no ha habido mujer
Segura: tiene una lengua
De escorpión: trasnochador,
Quimerista, calavera...» –
Y yo decía: ¡mejor!

EMILIA

¿Conque, mejor? ¡Pues es buena!

CLARA

Sí: porque esas aventuras
Tiene el hombre que correrlas;
Y si no lo hace soltero...
Después de casado es ella.

EMILIA

Así será. Pero á mí
Esos que tanto se precian
De haber sido libertinos
Como Luis... Yo en su presencia
Ni me atrevo á respirar;
Y nunca tendré franqueza
Con él: todo en las mujeres
Lo censura y lo interpreta.
– ¡Ay qué hombre! – No, Clara: ¡Dios
Me libre de su tijera!
Por Jesucristo te ruego,
Hermana, que nunca sepa
Lo de Antoñito.

CLARA

¿Y no ves
Que es más fácil que lo advierta
Si seguís como hasta aquí
Y le ve de centinela?
Entonces sí que podrá
Sospechar... En fin, ¿te empeñas
En quererle? – Pues, Emilia,
Vendrá á casa.

EMILIA

¿Y Luis?

CLARA

No temas.

EMILIA

Pero cómo, sin decirle...

CLARA

Eso corre de mi cuenta.

EMILIA

¡Por Dios, Clara!...

CLARA

Yo lo haré

Con Luis de modo que crea
Que es cosa mía, que es un
Amigo... – Las once y media,
(Llama.)
Y Luis no viene á almorzar.

EMILIA

Verás cómo al fin sospecha...
Mejor es que no...

CLARA

Descuida.

ESCENA II

DICHAS, RAMÓN, que sale del cuarto de don Luis.

RAMÓN

¿Señora?

CLARA

¿Y tu amo? ¿No piensa
Almorzar?

RAMÓN

Se está vistiendo.
Le diré...

CLARA

Dile que venga,
Que le estamos esperando.

RAMÓN

Muy bien. – Ya está aquí.

CLARA

Pues ea,
Sirve el almuerzo.

(Ramón se entra á lo interior de la casa, y poco después viene con el almuerzo.)

ESCENA III

DICHAS, DON LUIS

LUIS

Perdona.
(Acariciando á Clara.)
¿He tardado, sí? – Por fuerza
Te he hecho pasar un mal rato.
Desde las ocho con media
Taza de café...

CLARA

Ya estaba
Desfallecida.

LUIS

¡Me pesa
En el alma! – Buenos días,
Emilia.

EMILIA

Felices.

CLARA

¿Piensas
Salir?

LUIS

No.

CLARA

Como te veo
Tan elegante, con esa
Corbata...

LUIS

Regalo tuyo.
Pues no: como tú no quieras
Que salgamos... – Me he vestido
Para ti.

CLARA

¡Jesús! Me llenas
De orgullo. Pues bien, yo así
Que almuerce, voy á las tiendas.

LUIS

Iremos juntos. Si no,
Mi plan, ya lo sabes, era
Pasar el día á tu lado,
Como siempre. No me queda
Más ilusión en la vida
Que tu cariño, y sintiera
Por culpa mía perder
La única cosa en la tierra
Que he creído... entre las mil
Mentiras que he visto en ella.

CLARA

¡Ay, qué galante amanece
Hoy el día!

LUIS

Sí: de veras
Te lo digo. Haber hallado
Una mujer de tus prendas,
Clara mía, es poco menos
Que un milagro.

CLARA

Eso ya peca
De exageración. – Yo estoy
Muy lejos de ser perfecta;
Y en el mundo hay infinitas
Mujeres...

LUIS

¿Que se parezcan
A ti?

CLARA

Mejores que yo.

LUIS

No las he visto.

CLARA

Pudiera
Consistir en que tampoco
Las has buscado. Y observa
Que está aquí Emilia, y según
Tu opinión, se mira envuelta
En la regla general.

EMILIA

¡Cómo ha de ser!

LUIS

No: no es esa
Mi intención. ¡Cómo es posible!..
Lo bueno también se pega;
Y Emilia es tu hermana. – Pero
No juzgues por ti y por ella
De las demás: créeme á mí,
Que soy voto en la materia.

CLARA

¡Ay, pobres mujeres! – Eso
Es juzgar con ligereza,
Luis. – Como tú no has tratado
De acercarte sino á aquellas
De quienes ya se sabía
Que eran materia dispuesta
Para aventuras galantes,
Sacas hoy la consecuencia
De que á ese círculo estrecho
Que conoces se asemejan
Todas las demás mujeres;
Y eso permite que crea
Que no es conocer el mundo,
Sino conocerle á medias.

LUIS

Bien: eso quiere decir
Que yo por mi mala estrella
He visto la parte mala...
Y ahora empiezo á ver la buena.
Siento no haber encontrado
Antes...

CLARA

No, á mí no me pesa
Que la hayas visto: al contrario.
Dicen que los calaveras
Son después buenos maridos.
Ya lo veremos. – Sintiera
Convencerme de que tiene
Alguna excepción la regla.

LUIS

No seré yo la excepción,
Te lo ofrezco. Ya estoy fuera
De combate. – La mayor
Diversión que ahora me queda
Es ponerme en un rincón
Y pasar horas enteras
Viendo cómo pillo al vuelo
Los guiños de inteligencia
De los amantes. Es mucha
Mi práctica en la materia,
Y tengo yo tan presentes
Las astucias y las tretas
Que he visto usar...

CLARA

Y has usado.

LUIS

Y como todas emplean
Los mismos medios..., me río
Cuando en una concurrencia
Veo á los pobres maridos
Que en la sala se pasean
Entre el recio tiroteo
De miradas y de señas.

CLARA

Si no te equivocas nunca,
Yo me doy la enhorabuena.

EMILIA, ap.

¡Yo no! ¡Lo va á descubrir
En cuanto entre por las puertas
Antoñito!..

LUIS

Pero es cierto,
¡Es cierto! La verdadera
Felicidad no es andar
Vagando de ceca en meca
En pos de vanos placeres.
Yo con todas mis riquezas
Jamás he sido feliz.
¡La felicidad es esta!
¡Esta que ahora gozo! Hallar
Una dulce compañera,
Una casa, una familia...
¡Esta vida me embelesa!

Bien lo ves: yo casi nunca
Salgo. De noche una vuelta
Por el café, y al teatro:
Acabada la comedia,
A casa. Pero tú, Clara,
Siento que no te diviertas
Más. Mi deseo mayor
Sería verte contenta.

CLARA

A tu lado lo estoy siempre.

LUIS

Es que yo quiero que seas
Completamente feliz,
Como yo lo soy.

CLARA

¿De veras?

LUIS

¡Ah, muy feliz! ¿No lo ves?
Tengo una confianza ciega
En ti. Vé al Prado, á tertulias,
Entra, sal, haz lo que quieras.
Vente conmigo al teatro.

CLARA

De noche me da pereza
De salir.

LUIS

¡Pero estar siempre
Sola!.. No, Clara. Que vengan
Gentes á casa: los que iban
Cuando te hallabas soltera
A visitarte.

CLARA

Si allí
No iba nadie: ya te acuerdas.
Como no fuera Antoñito...

EMILIA, ap.

¡No le digas!..

LUIS

Cierto. Ese era
Aquel jovencito...

CLARA

Sí:
Aquel...

LUIS

¡Bonita presencia!
Allí le vi algunas veces
De visita; pero apenas
Entraba yo, se marchaba.

CLARA

Es un chiquillo que empieza
A vivir: sin mundo, corto
De genio...

LUIS

Pues ya que llega
La ocasión...

EMILIA, ap.

¡Yo estoy en ascuas!

LUIS

Diré á ustedes... como muestra
De mi práctica, que entonces
Creí columbrar en cierta
Jovencita, aquí presente,
Síntomas...

EMILIA

¡Vaya! – Si piensas
Que iba por mí, te equivocas.
Yo no he sido nunca de esas
Que tú dices. Yo no miro
A nadie: yo no hago señas
A nadie; y aquí está Clara
Que diga...
(Ap. á Clara.)
¡No me desmientas!

CLARA

Es verdad. – Y ya ves tú
Si sería una completa
Locura. ¡Un chico sin pelo
De barba! ¡Qué! Sin carrera
Todavía...

LUIS

Me engañé:
Como él iba con frecuencia
Y allí no había tertulia
Ni otro objeto que pudiera
Dar aliciente...

EMILIA

Eso es.
¡Y el milagro me lo cuelgas
A mí!

LUIS

¿Pues á quién?

EMILIA

Con nadie
Puede una hablar sin que crean
Estos hombres que hay intriga
Y amores y... ¡Estamos frescas!
(Se levanta.)

CLARA

Anda, ponte la mantilla,
Que es hora de ir á las tiendas;
Y trae la mía.

EMILIA, ap. á Clara

No digas
Nada: no quiero que venga
Antoñito.

ESCENA IV

DON LUIS, CLARA

CLARA

Ya la has puesto
Como una grana. Se quema
Con tus bromas.

LUIS

Pero en fin,
¿Mi observación era cierta?

CLARA

Sí.

LUIS

¡Toma! ¡Tengo yo un ojo!..

CLARA

Pero por Dios, que no sepa
Emilia que te lo he dicho.

LUIS

¿Y por qué?

CLARA

Porque te tiembla.

LUIS

Pues yo acaso...

CLARA

Es sumamente
Tímida; y con las lindezas
Que dices de las mujeres...

LUIS

Y ese chico...

CLARA

Antes que vuelva
Emilia te contaré.
Ese chico no nos deja
A sol ni á sombra, nos sigue
Sin descanso, nos asedia.
No se ven; y ya conoces
Que la privación fomenta
El amor en esa edad.
Por eso, Luis, yo quisiera
Una cosa...

LUIS

¿Qué?

CLARA

Si tú
Una noche le trajeras...
Sin darte por entendido...
Como que me le presentas
A mí, porque fué visita
De casa...

LUIS

Pero, ¿tú piensas
Casarlos?

CLARA

¿Estás en ti?
¡Casarlos! ¿Para exponerla
A que al año se le antoje
Al niño ser calavera
Y la haga infeliz? No, no.
Lo que quiero es que se vean
A su sabor, que se juren
Amor y constancia eterna
Cada minuto, que agoten
La cartilla de ternezas
Y requiebros; y verás
Cuando sus amores pierdan
El romántico barniz
De carta, escondite y reja,
Cómo los dos se fastidian
Y se acaba la comedia.

LUIS

¡Magnífico plan! – ¡Amiga,
Te digo que eres maestra!
Hoy mismo le traigo á casa.
Tú siempre estarás alerta...

CLARA

No hay cuidado.

LUIS

No te fíes,
Que la ocasión...

CLARA

No la temas.

ESCENA V

DICHOS, DON JUAN, RAMÓN

(Ramón viene como deteniendo á don Juan, quien sin atenderle se entra con el sombrero puesto.)

JUAN

¡Qué recado! – Quita allá.

RAMÓN

Es que...

JUAN

¿Ya no me conoces?
¿Dónde está Luis?

LUIS, llegando

¿Quién da voces?

JUAN

¡Luisillo!

LUIS

¡Juan!

JUAN, le abraza

¡Voto va!
El tunante de Ramón
Quería pasar recado.
Yo que estoy acostumbrado
A colarme de rondón
En tu casa...

LUIS, indicando á Clara, con empacho

Pero ahora...

JUAN, reparando en Clara

¡Calla!

LUIS

Ya ves...

JUAN

Es verdad:
Habiendo esta novedad,
No digo nada. – ¡Señora!

(Se saludan.)

Ya se ve, como hace un año
Que al extranjero marché
Y anoche mismo llegué
Con la Mala, no es extraño
Que ignorase... Conque...

LUIS

(¡Ay, Dios,
Qué burla me espera!)

JUAN

Ha sido
Muy bien hecho. – Hemos tenido
Un pensamiento los dos.

LUIS

¿Es posible?

JUAN

¡Bravo, Luis!
¡Es guapísima! De veras.
Soberbia elección. – ¡Si vieras
La que traigo de París!

CLARA

¡Cómo!

LUIS

¿Qué?

JUAN

Cuando concluya
Un negocio... á casa voy
Y la traigo... Ha de hacer hoy
Amistades con la tuya.

CLARA

Pero...

LUIS

¡Conque tú también!..
(¡Se ha casado!.. Respiremos.)
Si al cabo todos caemos...

JUAN, se pasea, tomando algo del almuerzo

Lo demás es un belén.
Andar á salto de mata
Y esclavo de la querida...
¡Vayan al diablo! – Esta es vida
Más cómoda... y más barata.

CLARA, ap.

¡Qué frases!

LUIS

(El casamiento
No le ha hecho mudar de estilo.)

JUAN

Así se vive tranquilo... –
¡Esta tuya es un portento!
Poco te podrá gastar:
Tiene facha de hacendosa.
La mía... ¡la mía es cosa!..
Luisillo: ¿quieres cambiar?

LUIS, con risa forzada

¡Viene muy bromista!

CLARA, con ironía

¡Sí!

ESCENA VI

DICHOS, EMILIA

(Emilia trae la mantilla puesta y saca la de Clara.)

EMILIA

¿Vamos, Clarita?

CLARA, se pone la mantilla

Al instante.

JUAN

¡Ay, qué linda!.. ¡Este tunante

Las tiene á pares aquí!
¿Vive contigo?

LUIS

Sí tal:
Si es hermana...

JUAN

Me interesa
También. – ¿Cuándo una francesa
Ha de tener esa sal? –
¿Esta no tendrá querido?

EMILIA

¡Qué dice!

LUIS

Juan, sé prudente.

CLARA

(¡Hay hombre más insolente!)

JUAN

Pues, señor, yo me decido.

LUIS

¿A qué?

JUAN

Nada: que me apesta
La francesa; que esta noche
Vuelvo á soplarla en el coche...
Y me acomodo con esta.

(La toma del brazo.)

EMILIA

¡Dios mío!

CLARA, con enfado

¡Qué va usté á hacer!

JUAN

Partie carrée!

LUIS

¡Juan, repara!..

JUAN

¡Quita!

EMILIA

¡Suelte usted!

JUAN

¿No es Clara
Tu querida?

LUIS

Es mi mujer.

JUAN, sorprendido, quitándose el sombrero

¡Tu mujer!..

LUIS

Sí; y ese modo
De hablar...

JUAN, á Clara

He sido un grosero,
Señora... – Este majadero
Tiene la culpa de todo.
¿Me ves hablar disparates
Y no me avisas?

LUIS

Y á ti,
Quién te manda hablar así
Sin saber...

CLARA

No más debates.
No hay nada aquí que me choque.
El que trata solamente
Con cierta clase de gente
¿Qué extraño es que se equivoque?

JUAN

(¡Me ha pegado á la pared!)

CLARA

Vamos, niña.

LUIS

(¡Qué dirán!)

CLARA

Adiós, Luis. – Señor don Juan,
Esta casa es muy de usted.

JUAN

Hasta que mi aturdimiento
Logre el perdón alcanzar,
Vendré, aunque sepa abusar
De ese amable ofrecimiento.

EMILIA

(¡Pues como otra vez me asuste!..)

CLARA

¡Jesús! – No se necesita
Tal perdón. – Eso no quita
Que venga usted cuando guste.

JUAN

(¡Qué gracia tan seductora!..)

LUIS, á Clara

¿Te marchas?.. Saldré contigo.

CLARA

No: quédate con tu amigo.
Vamos á tiendas ahora.

JUAN

Por mí...

CLARA

No, no; que se esté.
¿Qué ha de hacer el pobre allí
Oyendo hablar de *organdí*

Y de *raso* y de *muaré*,
Y «vamos, ¿llevo el vestido?,
No sea usted tan carero?..»
Fastidiarse; y yo no quiero
Fastidiar á mi marido.

ESCENA VII

DON LUIS, DON JUAN

(Don Luis se sienta con aire formal. Don Juan permanece de pie.)

JUAN

(¡Qué graciosa criatura! –
Mi virtud está en un tris. –
¡A un amigo! – ¡Pobre Luis!
¡No tienes hora segura!)

LUIS

¡Me has dado un rato!..

JUAN

¡Qué quieres!
Si aún no he vuelto de mi espanto.
Tú que blasonabas tanto
De conocer las mujeres...
¡Tú casado!

LUIS

A esa experiencia
Que adquirí en mi juventud
Debo, Juan, esta quietud.

JUAN

Te has perdido con mi ausencia.
Si tengo el menor indicio,
¡Cuándo me voy de tu lado!
Te encontraste abandonado
Y diste en el precipicio.
Pero, sin ser adivino,
¿Quién sospecha?.. Ya se ve,
Cuando de aquí me marché
¡Ibas por tan buen camino!

LUIS

Aquello era una ilusión.
Sólo aquí la dicha existe.

JUAN

Pero, ¿cómo concebiste
Esa fogosa pasión?

LUIS

No hubo tal pasión en mí.

JUAN

Pues entonces no se explica...
A no ser que fuera... – ¿Es rica?

LUIS

No tiene un maravedí.

(Se levanta.)

Ni el dinero me movía,
Ni amor me ofuscaba el alma;
Por eso pude con calma
Observar lo que valía.
Yo que, cansado además
De esa vida borrascosa,
Iba buscando otra cosa
Sin encontrarla jamás,
Vi esta mujer hechicera:
Rompí los antiguos lazos,
¡Y he hallado, Juan, en sus brazos
Felicidad verdadera!
En fin, tú caerás también,
Y ya me dirás si miento.

JUAN

De tan fatal pensamiento
El Señor me libre, amén.

LUIS

Esas no son más que frases.
Tú estás cansado.

JUAN

No digo...

LUIS

Créeme, Juan, yo soy tu amigo:
Es preciso que te cases.

JUAN

¿Cómo es eso?.. Poco á poco.
No exijas el sacrificio
De que también pierda el juicio
Porque tú te has vuelto loco.
La amistad no llega á tanto.

LUIS

Eso dices porque ignoras
Cómo se pasan las horas
En esta vida de encanto.
Mi mujer es un tesoro,
Es un ángel: no hay ninguna
Que tales prendas reuna.
La estimaba, ¡y ya la adoro!

JUAN

Pues si no hay otra como ella,
Y esa la pillaste ya,
¿Con quién me caso?

LUIS

Otra habrá:
Confía en tu buena estrella.

JUAN

Serán mis maravedís
Lo que busque, no mi amor;
Y en ese caso es mejor
La que traigo de París.
Porque esa, si yo la pillo
En un renuncio, *laus Deo:*
La acomodo en el correo,
Y á Francia. – Créeme, Luisillo
La mujer no ama jamás.

LUIS

De soltera, poco ó nada;
Pero después de casada
Suele amar...

JUAN

A los demás.

LUIS

Hombre, alguna...

JUAN

Haré excepción
En favor de tu mujer.

LUIS

Gracias: no era menester...

JUAN

Y también, por atención,
Lo haré en favor de su hermana,
Que al fin es de la familia...

LUIS

¡Hombre!.. ¡Harías con Emilia
Una boda soberana!

JUAN

¡Sí!

LUIS

Ello habrá que desbancar
A un rival...

JUAN

¡Por eso no!
Como me empeñase yo,
¡Dónde iba el pobre á parar!

LUIS

¡Pues hazlo! Mira que es cosa
De que no tienes idea
Lo que cautiva y recrea
El cariño de una esposa.
Y no lo juzgues por ese
Con que te tiene embaucado
La francesa: amor comprado,
Por mucho que te embelese.
Ni es tampoco aquel delirio,
Aquella fiebre de amante,
Abrasadora, incesante,
Que más que gozo es martirio.
Es fuego que da calor
Al alma, sin abrasar:
Es conjunto singular
De la amistad y el amor.
Huye de ti el egoísmo,
Porque hay á tu lado un ser
Que tu pena y tu placer
Los siente como tú mismo.
En vez de frivolidad
Y de desprecio del mundo,
Se despierta en ti un profundo
Instinto de dignidad.
Quieres merecer del hombre
Respeto, aprecio, interés,
Porque refleje después
En la que lleva tu nombre.
– Ese tu eterno viajar
Por Francia, Italia, Inglaterra,
Sin que haya un punto en la tierra
Que alivie tu malestar,
¿Qué es sino cansancio, di?
¿Qué es sino un vago deseo
De encontrar más digno empleo
A la vida que hay en ti?
Pues esa eterna vagancia,
Ese vivir volandero
Que te hace tan extranjero
En España como en Francia;
La indiferencia fatal,
O el tedio más bien, que sientes
Cuando ventilan las gentes
Algún negocio formal,
Todo eso, que yo he probado
Cuando como tú vivía,
Se borra, Juan, desde el día
En que te miras casado.
Ya por el público bien
Te afanas, y en ti rebosa
Con el amor de tu esposa
El de tu patria también.
Y el alma y los ojos fijos
En su porvenir tendrás;
Porque esta patria, dirás,
Es la patria de mis hijos.
En fin, Juan, el matrimonio
Es origen, no lo dudes,

De las mayores virtudes
De la tierra. – Y... ¡qué demonio!
Mucho contra él se propala;
Pero cuando todos dan
En casarse... Vamos, Juan,
No será cosa tan mala.

JUAN, después de una pausa

¿Cuándo te casaste?

LUIS

¿Cuándo?
Hará tres meses.

(Vuelve á sentarse.)

JUAN

Corriente.
Pues voy á tener presente
Esa arenga; y si en pasando...
Vaya, no quiero alargarme,
Un año, dices lo que hoy,
Consiento por lo que soy...
¿En qué diré yo?.. en casarme.

LUIS

Tendré la misma opinión;
No es Clara de esas mujeres...

JUAN

Te lo concedo, si quieres:
Es la misma perfección.
Pero no está en ella el mal;
Y aun cuando yo tropezara
Con otra segunda Clara,
No me casaría.

LUIS

¡Hay tal!
Ni aun teniendo esa fortuna,
¿Querrías casarte?

JUAN

No.

LUIS

Pero ¿por qué?

JUAN

Porque yo
No creo, Luis, en ninguna.
Juntos corrimos el mundo:
Tú has perdido la memoria;
Yo recuerdo aquella historia
Y en su experiencia me fundo.
Todas son á cual peor:
Yo me mantengo en mis trece.
La que más santa parece
Es porque engaña mejor.

LUIS

Pues yo veo por ahí
Muchos maridos felices.

JUAN

¿Quién lo duda?

LUIS

Es que tú dices...

JUAN

Los predestinados, sí.
La culpa siempre es del hombre.
Todos tienen igual suerte;
Pero el que el riesgo no advierte
¿De qué quieres que se asombre?
El que de ellas solamente
Ha visto el falso barniz,
Se casa y es muy feliz.
No hay amigo ni pariente
Que con caridad extraña,
Como escamado le vea,
En el deber no se crea
De decirle: «¡Usted se engaña!»
Vienen la suegra y el suegro,
Y entre ellos y la mujer
Y el amante le hacen ver
Que lo que era blanco es negro. –
Pero yo que soy un galgo
Que huele á media jornada,
Y que aunque no vea nada
He de presumir que hay algo,
¿Iré á aumentar el artículo,
Bastante crecido ya,
De esa caterva que está
Constantemente en ridículo?
(Poniendo el brazo sobre el cuello de don Luis.)
¡Cuántas víctimas, oh Luis,
Hemos hecho! – ¿Qué es de aquel
Intendente?..

LUIS, sonriendo.

¿Don Gabriel?
¿El que jugaba al bis-bis?

JUAN

¡Y ella cómo te quería!

LUIS

Era un volcán.

JUAN

Y el simplón
Decía: «¡Es mucha pensión!
¡Esta Enriqueta es tan fría!»

LUIS, riendo.

¡Pobre diablo!

JUAN

¿Y tus amores
Con la rubia... con aquella?..

LUIS

¡Oh! ¡Maruja!

JUAN

Y su doncella,
¡Qué alhaja!

LUIS

Sí: la Dolores.
(Se levanta.)
Todos los días, más fija
Que el sol, á la misma hora
Con carta de su señora.

JUAN

¿Conservas aún la sortija?

LUIS

Por ahí anda.

JUAN

Te la dió
En las barbas del marido.

LUIS

Pues no era aquél muy sufrido.

JUAN

Ella le domesticó.

LUIS

¡Tenía golpes soberbios!

JUAN

Y qué caricias le hacía
Cuando más...

LUIS

¡Qué bien sabía
Fingir ataques de nervios!

JUAN

Y cuando dió en ir á misa
Sin dejar una mañana,
Y él decía: «¡Qué cristiana
Es mi Maruja!»

LUIS

¡Qué risa!
Mereció por animal...

JUAN

¡Toma!

LUIS

¡Tan corto de alcances!

JUAN

Pero entre todos tus lances
El más chistoso fué...

LUIS

¿Cuál?

JUAN

El de aquella con quien tú
Te estacionaste...

LUIS

¡Ah, sí! ¡Rosa!

JUAN

La facha más candorosa...
¡Y era el mismo Belcebú!

LUIS

¿Qué lance? – ¿Cuando me dió
Una cita por el Diario?

JUAN

No...

LUIS

¿Cuando en aquel armario
Me tuvo escondido?

JUAN

No...
Eso á cualquiera le pasa. –
Cuando urdió aquel embolismo
Para que el marido mismo
Te presentase en su casa.

LUIS, mudando de color.

¡El marido mismo!..

JUAN

¡Pues! –
¿No te acuerdas?

LUIS

Sí... Me acuerdo...

JUAN

¡Y eso que aquel no era lerdo!

LUIS

¡No era... lerdo!..

JUAN

No: al revés.
Hombre de mundo... y muy ducho...

LUIS

¿De mundo?..

JUAN

Pero es en vano:
No basta el saber humano...

LUIS

Pues, ó yo me engaño mucho...
O, vamos... aquel marido...
Era torpe. Quién da un paso
Tan... No sé; pero en su caso
Yo lo hubiera conocido.

JUAN

¡Qué habías de conocer!
Ella lo prepararía
Con aquella maestría
Que tiene toda mujer.
Con ese don infernal
De tal suerte le ofuscó,
Que al hombre le pareció
La cosa más natural.

LUIS

Es verdad... Eso sería...
(Sentándose.)

JUAN

¿Qué tienes?

LUIS

Nada.

JUAN

Ya estoy.
Estos recuerdos... – Me voy.
– Ya has hecho la tontería...
Conque, adelante: á vivir.
Adiós, chico.
(Abrazándole.)

LUIS

¿Volverás?

JUAN

¡Pues no he de volver! – Quizás
Me llegues tú á convertir.

ESCENA VIII

DON LUIS

¡El marido mismo... sí,
El marido mismo fué! –
¡Vino de tan buena fe
A llevarme!. Y luego allí
¡Qué ridículo papel!
Entre las gentes hacía!
Todo Madrid lo sabía:
Todo Madrid... menos él.
Me ha entrado un desasosiego...
(Se levanta.)
Este Antoñito... – ¡Dios mío!
Si en la relación confío,
Y le traigo á casa, y luego...
No le traigo: se acabó. –
¿Y qué pretexto he de dar?
¡Si Clara llega á notar
Que sospecho de ella!.. No. –
Porque, si no hay fundamento,
¿Qué logro? Mortificarla.
Y si le hay, es avisarla
Que se vaya con más tiento. –
Pero también, si es que existe
Ese condenado plan
Para traer el galán,
Traerle yo mismo... ¡es chiste!
Dice que á Emilia pretende,
Pero Emilia lo negaba

Y Clara titubeaba
Al explicarme... – Aquí hay duende. –
¡Qué bueno es haber corrido!
Este lance lo acredita. –
Aquel candor de Rosita
Cuando persuadió al marido,
Es una lección preciosa. –
¿Qué ardid pueden ya inventar
Que yo no haya visto usar?
¡La experiencia es mucha cosa! –
¡Y yo sin aprovecharme
De la que tengo! – Fortuna
Que en ocasión oportuna
Viene Juan á despertarme.
Yo traeré á Antoñito á casa.
– ¡Ramón!

ESCENA IX

DON LUIS, RAMÓN

RAMÓN

¿Señor?

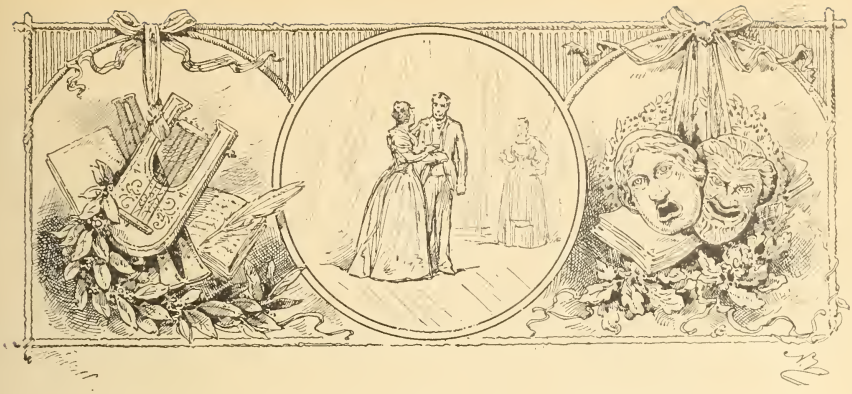
LUIS

El sombrero.

(Se va Ramón, y vuelve con el sombrero.)

Le traeré. Pero primero...
– Voy. – Yo sabré lo que pasa.
Tratemos de preparar
El campo. – ¡El tal Antoñito!.. –
Pero, ¡Dios mío!, ¿está escrito
Que ninguno ha de escapar?..

(Se va por el foro.)



ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, RAMÓN

(Salen por el foro.)

JUAN

¿Conque todos están fuera?

RAMÓN

Sí, señor.

JUAN

Por eso vuelvo.
He hallado á Luis en la calle
Tan distraído que, habiendo
Pasado yo junto á él,
Ni me ha visto. Y como tengo
Deseos de hablar contigo,
Dije: allá voy... Conque hablemos.
Explícame tú...

RAMÓN

¡Ay, señor
Don Juan! ¡Usted nos ha muerto
Con marcharse de Madrid!
¡Por ese viaje nos vemos
Casados!

JUAN

¡Tú también!

RAMÓN

No;
Pero es lo mismo. Estoy hecho
Tan marido como el amo.
Esta casa es un convento.
Sólo cada tres domingos
Me dejan ir á paseo
Un par de horas, y si tardo
Dos minutos más, ya hay gesto
En la señora.

JUAN

¡Hola! Dime:
¿Qué tal genio?..

RAMÓN

Un cancerbero
Conmigo... Me hace barrer,
Me hace ir á la compra y luego
Apuntar en un librote
Lo que traigo, con sus precios;
Y como falten dos cuartos,
Me hace devanar los sesos
Hasta que sale la cuenta
Cabal. – Yo no soy para esto:
¡El orden me mata! Usted
Que me ha visto en aquel tiempo
Dichoso ser confidente
De los íntimos secretos
Del amo, no descansar
Estudiando el mejor medio
De deslizar un billete,
De entretener á un cochero,
De acechar á algún marido,
Y mientras estaba dentro

El amo, ensayarme yo
En conquistar el afecto
De una linda camarera!..
El que se ha criado en eso
No puede... Pues ¿y propinas?
¿Y ser dueño del dinero
Sin andar jamás con cuentas
De esto pongo y esto debo?
La verdad, señor don Juan,
El amo me tira, es cierto;
Pero ya estoy hasta aquí
De escoba y de casamiento.

JUAN

¡Pobre Ramón! ¡Eres digno
De mejor suerte! Ya veo
Que tú no has hecho traición,
Como el pobre Luis, á aquellos
Principios que en nuestra escuela
Aprendiste.

RAMÓN

Nada de eso.
¡Calavera hasta la muerte!
Y en esta casa no puedo...

JUAN

Anda, déjalo correr.
Ten paciencia. Tras de un tiempo
Viene otro. Quizá aquí mismo
Las cosas muden de aspecto...
Y entonces... (Este es muy listo;
Y si no logro ponerlo
De mi parte, es imposible
Mi plan: lo descubre al vuelo)
Tú por volver á tu oficio
Darías...

RAMÓN

¡Lo que no tengo!

JUAN

Y como hombre de principios
Fijos, no te importa un bledo
Que la persona á quien sirvas
Se llame...

RAMÓN

Nada. En habiendo
Intriguilla, ya estoy yo
En mis glorias, y dispuesto
A engañar al *sursum corda!*

JUAN

Al mismo Luis.

RAMÓN

Lo que es eso...
Es mi amo...

JUAN

¡Pero es marido!

RAMÓN

¡Es verdad!

JUAN

Y en el momento
Que se casa un hombre, pierde...
¿No te acuerdas?

RAMÓN

Sí me acuerdo,
Sí, señor. Pierde... ¿Cómo era?

JUAN

Pierde todos sus derechos
Sociales y se declara...

RAMÓN

Eso es: se declara objeto
De hospitalidad. ¿Eh?

JUAN

Mal
Pronunciado; pero es eso:
Objeto de hostilidad.

RAMÓN

Pues como quien dice: ¡á ellos!

JUAN

Y si á ti se te ofreciera
Una ocasión, por ejemplo,
De ejercer tu habilidad...
Aun cuando fuera aquí dentro,
¿Renunciarías, Ramón,
A la gloria y al provecho
Que pudiera resultarte,
Por guardarle miramientos
A un amo... indigno de ti,
Débil, apóstata?..

RAMÓN

Pero
En esta casa no alcanzo
Quién pueda ser... Yo no veo...

JUAN

¿No me ves á mí?

RAMÓN

¡Usted!..

JUAN

Calla.
Este es un golpe maestro.
Tu ama es preciosa y merece

Que por compasión al menos
Se la saque de esa vida
De hacer cuentas y andar viendo
Cómo se barre y se cose;
En fin, de esos ministerios
Mecánicos.

RAMÓN

Eso sí.
¡Es un dolor! – ¡Con un cuerpo...
Y una cara... y sin pensar
En más que en quitar de enmedio
Los trastos, y en que se barra!..

JUAN

¡Oh! Verás cómo la hacemos
Que se olvide de esas cosas.

RAMÓN

¡Será muy útil!

JUAN

Te ofrezco
Trocar antes de dos meses
Este triste monasterio
En la mansión del placer.
Y tu ama dará el ejemplo.
Es decir, si tú me ayudas.

RAMÓN

¿Conque usted, por lo que veo,
Ni á sus antiguos amigos
Perdona?

JUAN

Pero, hombre; puesto
Que más tarde ó más temprano
Alguno ha de ser, yo quiero
Adelantarme. Lo haré
Como amigo. Desde luego,
Por ser él, suprimiré
El escándalo. Y te advierto
Que es sacrificio. Ya sabes
Que no parece completo
El triunfo sin la salsilla
De que corra.

RAMÓN

Es verdad; pero
En casos como este, cuando
Hay amistad de por medio...

JUAN

Y luego, hay compensaciones.
A tu amo le volveremos
Al mundo, se distraerá.
La vida que hace es un mero
Paréntesis. Ahora mismo
Casi á apostarte me atrevo
Que tiene intriga. ¿Has olido
Tú?

RAMÓN

Nada.

JUAN

Pues, ¿á que es cierto?
Tú obsérvalo bien, y como
Yo me equivoque...

RAMÓN

Veremos.
Conmigo no se franquea.
Pero me pondré en acecho,
Y no se me escapará.

JUAN

Pues avísame al momento
Que lo sepas. ¡Ya verás
Llover sobre ti de nuevo
Los lances y las propinas! –
¡Ah! Cuidado. Lo primero
Es ganar á la doncella.
Tú ya sabes el secreto:
La haces el amor: la ofreces,
Si es preciso...

RAMÓN

Está usted fresco.
¿Amor? – ¡Si es una argandeña
Como un puerco-espín! Yo, lleno
De amabilidad, por ver...
Y en fin, por matar el tiempo,
Me he acercado algunas veces...
¡Que si quieres! Siempre llevo
Una coz. – Señor don Juan,
Esto no es el bello sexo.

JUAN

Pues es preciso que insistas
En tu plan. ¿Quién dijo miedo?
Esa conquista te cubre
De gloria. ¡Ablandar un pecho
De cal y canto!

RAMÓN

Sí tal.

BENITA, dentro

¡Ramón!

JUAN

¿Quién te llama?

RAMÓN

Creo
Que es la susodicha.

JUAN

Pues
Me voy. Cómprala un pañuelo.
(Le da dinero.)
¿Qué horas tiene Luis?

RAMÓN

De noche
Va al teatro...

JUAN

¿Si? – Hasta luego.

ESCENA II

RAMÓN

Pues señor, ya empiezo yo
A encontrarme en mi elemento.
Propinas... Amores... Ande
La...

BENITA, dentro

¿Ramón?

RAMÓN

¡Otra te pego!
Es mi víctima futura.
No la respondo: con eso
Vendrá aquí, y empezaré
El plan de ataque. Allá dentro,
Con la cocinera, es cosa
Imposible. – Dicho y hecho.

ESCENA III

RAMÓN, BENITA

(Benita sale, y al verlo se queda parada con enojo. Ramón ha tomado una actitud sentimental.)

BENITA

¡Sordo!

RAMÓN

¿Quién?

BENITA

¿Pues no oye usted
Que le llaman?

RAMÓN

¿Será cierto?
¡Benita! ¿Usted me llamaba?

BENITA

Sí, señor: ¿á ver si aquello
Ha sido en la vida un cuarto
De perejil?

RAMÓN

¡Dios eterno!
¡De perejil viene á hablarme!

BENITA

Todos los días tenemos
La misma canción. La Juana
Dice que es usté un mostrenco,
Que no trae la compra bien
Casi nunca.

RAMÓN

¿Ese concepto
Tiene la Juana de mí?
¿Qué me importa? A quien yo quiero
Agradar no es á la Juana,
Sino á ese rostro de cielo
Que...

BENITA

Siempre trae las perdices
Pasadas...

RAMÓN

Pasado el pecho
Tengo yo.

BENITA

De las dos libras
De vaca, la mitad hueso...

RAMÓN

¡Usted me lo hace roer,
Ingrata!..

BENITA

El tocino, añejo.

RAMÓN

Más añejo es este amor...

BENITA

La leche, aguada...

RAMÓN

Que siento...

BENITA

Los tomates...

RAMÓN

En el alma...

BENITA

Podridos.

RAMÓN

¿Y no hay remedio
Para mí?

BENITA

Registrar antes
Las cosas.

RAMÓN

Si no es más que eso...

BENITA

¡Quite usté allá! Yo no soy
Guitarra.

RAMÓN

No puede menos,
Benita, sino que usted
Nunca se mire al espejo:
Porque si usted se mirase
Esa cara...

BENITA

¿Y qué tenemos?

RAMÓN

Que es lástima que con ella,
Y esas carnes, y ese cuerpo,
Hable usted de perejil
Y de tomates y...

BENITA

Quiero
Hablar. Porque tengo ley
A mis amas. Me trujeron
Desde que era una chiquilla
A Madrid, porque en mi pueblo
He sido hermana de leche
De la señorita; y llevo
Más de diez años con ellas;
Y miro por el gobierno
De la casa. Y me he criado
Con vergüenza. Y no consiento
Que nadie me toque, ¿estamos?
Que mi padre es cosechero
En Arganda. ¿Qué pensaba
Usted?

RAMÓN

¡Hola!

BENITA

Y si le cuento
Que usted me persigue, puede...
Yo soy única, y no tengo
Necesidad de servir,
¿Estamos? Y si me meto
En mi casa, seré reina;
¿Estamos?

RAMÓN

(¡Bueno es saberlo!)
¿Conque allá en Arganda?..

BENITA

Pues.
Y á mí nadie... en no viniendo
Con buen fin...

RAMÓN

Pues ¿con qué fin,
Que no sea santo y bueno,
Pudiera acercarme yo
A la alhaja de más precio
Del cosechero de Arganda?
(Pues este negocio es serio.)
¡Oh, Benita! ¿No sería
Un horror que algún paleto
De vara en cinto cargara
Con tan robusto majuelo?
Si usted se volviera allá
Llevando al lado un... (¡le tengo
Una aversión al vocablo!)
Llevando al lado un... mancebo...
En fin... casi un señorito...
Míreme usted...

BENITA

Yo... en viniendo
Mi padre... se lo diré...
(¡No es mal mozo!) Siendo cierto...

RAMÓN

¿Cómo cierto? Pues si traigo,
En vez de lechuga, berros,
Si se me olvida barrer,
Si dejo caer al suelo
Los platos... ¿por qué será
Sino porque me enajeno
Pensando en esta Benita
Que me ha trabucado el seso?

BENITA

Entonces... bien; porque, en fin,
¿A qué está una?

RAMÓN

¡Oh, portento
De bondad!.. (¡Es propietaria!)
¡Sí, Benita!.. El himeneo...

BENITA

¿Qué ha dicho usté?

RAMÓN

El matrimonio...

BENITA

¡Ah!

RAMÓN

Ligará con el tiempo
Esta mano...

(Va á tomársela.)

BENITA

Vaya, vaya...
Las manos quedas...

ESCENA IV

DICHOS, CLARA, EMILIA

(Clara trae un lío de compras.)

CLARA

¿Qué es esto?
¿Qué hacen ustedes aquí
En conversación? ¡Me alegro!

RAMÓN

Señora, yo bien he oído
La campanilla, mas yendo
A abrir, oí pasos y dije
A Benita: ya han abierto.

CLARA

¡Pues es oir! Porque yo
No he llamado.

RAMÓN

¿No? Pues ello...

CLARA

Salía gente, y entramos;
Conque...

RAMÓN

Pues yo...

CLARA, con severidad

Vete adentro.

RAMÓN

Jurara...

(A una mirada de Clara se va.)

(Para abadesa
No hay otra. – Yo te prometo
Que he de ayudar á don Juan...
Y te domesticaremos.)

ESCENA V

CLARA, EMILIA, BENITA

CLARA

¿Y tú, tampoco tenías
Qué hacer?

EMILIA

No la riñas.

BENITA

Tengo,
Sí, señora; pero á veces
Una...

CLARA

¿Has aplanchado el cuello
Que te dije?

BENITA

¡Cuánto ha!

CLARA

Bien.
¿Y no tienes ahí un cesto
De ropa que repasar?

BENITA

¡Como si no hubiera tiempo!

CLARA

No, señor: lo que hay que hacer,
A hacerlo. Y en fin, no quiero
Verte mano sobre mano,
Ni en conferencias...

EMILIA

Yo creo
Que la riñes sin motivo.
Ella trabaja...

CLARA

No es eso.
¿Qué sabes tú?.. – Vete al cuarto
De la labor.

ESCENA VI

CLARA, EMILIA

CLARA

Yo me entiendo.
Esta chica se va echando
A perder. Hace algún tiempo
Que sin pedirme licencia,
Cosa que jamás ha hecho,
Sale de casa y no dice
Dónde ha ido.

EMILIA

Eso no...

CLARA

Y luego
Este perillán se arrima
Demasiado; y yo sospecho...

EMILIA

¡Oh!, lo que es él... ha servido
A Luis... y de tal maestro
Tal discípulo.

CLARA, examinando los compras que ha puesto en el velador

¡Qué tema
Le tienes!

EMILIA

Ya lo estás viendo.
¿Y el hombre de esta mañana?
Verás como vuelve.

CLARA

Bueno:
Que vuelva.

EMILIA

¿A darme otro susto?

CLARA

Eso no: mira qué presto
Mudó de estilo.

EMILIA

Verás
Cómo pervierte de nuevo
A Luis.

CLARA

¡Qué afán de anunciarme!.
Si yo creyera en agüeros... –
Por fortuna, Luis se encarga
De desmentirte con hechos;
Y hoy mismo tengo una prueba...
Sin duda con el objeto
De desenfadarme, el pobre...

EMILIA

Cuál es, dime.

CLARA

Es un misterio.

EMILIA

A propósito. – ¿Querrás
Explicarme qué fué aquello
Que te dijo el tirolés
Al oído, que al momento
Te hizo dejar los pendientes
Que ibas á llevar? – Has hecho
Mal.

CLARA

Es verdad.

EMILIA

Tan baratos...

CLARA

¡Mucho!

EMILIA

¡Y de un gusto tan nuevo!
Y no tenía otro par.

CLARA

Pues esta noche has de verlos...

EMILIA

¿Dónde?

CLARA

Aquí.
(Indicando sus orejas.)

EMILIA

¡Qué dices! ¿Cómo?

CLARA

Para que vayas perdiendo
La mala opinión que tienes
De Luis, te diré el secreto
Del tirolés. Como somos
Parroquianos hace tiempo,
Me dijo aparte: «Señora,
No los lleve usted. – Le advierto
(En confianza) que ha estado
Aquí hace pocos momentos
El señor don Luis en busca
De unos pendientes, que luego
Dijo que recogería;
Y yo al punto, conociendo
Que sería un regalito
Para usted, le iba á dar estos
Que acabo de recibir.»

EMILIA

¡Hola!..

CLARA

¿Te vas convenciendo?

EMILIA

¡Vamos!..

CLARA

Yo voy á dejar
Que él me sorprenda primero;
Y en seguida le doy...
(Abriendo una cajita en que hay una sortija.)

EMILIA

¡Ya!
Yo no acertaba... – Por eso
Has comprado esta sortija.
(Mirándola.)
¡Qué linda!

CLARA

Y de poco precio.

EMILIA

No he visto ninguna...

CLARA

Ayer
Dice que las recibieron.

EMILIA

Y otra igual le queda allí.

CLARA

No hay más que las dos.

EMILIA

Por cierto,
Clara...

CLARA

¿Qué?

EMILIA

Se me han pasado
Unos deseos...

CLARA

¿Deseos
De qué?

EMILIA

Me da cortedad.

CLARA

Vamos, habla. ¿El camafeo
Aquel?..

EMILIA

No.

CLARA

¿El devocionario
Con forro de terciopelo
Y los adornos de plata?

EMILIA

No. – La otra sortija...

CLARA

Pero,
Emilia, ¿no ves que son
Para hombre?

EMILIA

Pues por eso.

CLARA

¡Cómo!

EMILIA

Vamos; que me pongo
Colorada.

CLARA

Ya comprendo.
¿Estás loca?

EMILIA

¿Por qué?

CLARA

Pues;
Para Antoñito.

EMILIA

Y no veo...

CLARA

¡Calla!

EMILIA

¿Pues qué tiene?..

CLARA

Tiene
Y mucho.

EMILIA

¡Ya! Si queremos
Interpretar como Luis...
Hasta lo más... Mira; tengo
Que corresponder también...
Vamos, te diré un secreto
En pago de ese que tú
Me has revelado. – ¿Ves esto?

CLARA

¡Hola!.. Un brazalete.

EMILIA

Sí.

CLARA

¿Cómo has sabido esconderlo?..

EMILIA

Pues él me le dió en memoria,
Llorando de sentimiento...
¡Qué bonito es! – Cuando tú
Te casaste, conociendo
Que ya con la nueva vida
No sería fácil vernos. –
Conque es preciso que yo...

CLARA

No, Emilia. – Yo no exagero
Las cosas; ya me conoces.
El brazalete... no hay riesgo
En que tú le hayas tomado;
Pero en esto sí: es muy feo
En una niña el hacer
Regalos á un muchachuelo
Con quien no ha mediado nada
Formal, dándole derecho
A jactarse...

EMILIA

Él no es capaz.
Y aquí no hay malicia.

CLARA

Pero,
Como al mundo no le consta,

Juzgará de muy diverso
Modo.

EMILIA

La que es buena...

CLARA

Debe
Además...

EMILIA

¿Qué?

CLARA

Parecerlo.

EMILIA

El mundo...

CLARA, llamando

Ven á quitarte
La mantilla; mediremos
Ese lienzo, mientras Luis
Viene.

ESCENA VII

DICHAS, RAMÓN

RAMÓN

¿Señora?

CLARA

Trae eso
A mi cuarto.

(Se van.)

ESCENA VIII

RAMÓN, luego DON LUIS

RAMÓN, recogiendo las compras

Me pilló.
Ha olido mi trapicheo
Amoroso...

(Llevandóselas.)

LUIS

¿Adónde vas?

RAMÓN

A llevar esto allá adentro.

LUIS

¿Y qué es eso? A ver, á ver.

RAMÓN

Yo no sé. Compras que ha hecho
La señora...

LUIS, mirando las compras

¿Ya ha venido?

RAMÓN

Ahí está.

LUIS

Medias... pañuelos...
¿Y esta cajita encarnada?

(La abre.)

(¡Una sortija!.. – Probemos. –

(Se la prueba.)

¡Hola!.. Pues no es para ella.
Me viene á mí. – Es para dedo
De hombre. – No hay duda. – ¡Dios mío!..
¿Para quién será?)

RAMÓN

¿Lo llevo?

LUIS

(No se me despintará.)
Sí, llévalo; y vuelve presto.

RAMÓN

(Se ha quedado pensativo.)

(Se va.)

ESCENA IX

DON LUIS

¿Será para mí? – No creo
Que esté de humor de regalos;
Porque ella, con el suceso
De esta mañana, nóté,
A pesar de sus esfuerzos,
Que se fué muy enfadada
Conmigo. ¡Tendrá hoy un gesto!.. –
De fijo: no es para mí. –
En fin, calma, y vamos viendo.
Lo primero es no ofuscarme.
El plan que traigo dispuesto
Es el mejor: la criada
Ha de saber... Yo me acuerdo
De que en todas mis intrigas
Siempre eran ellas... – Por medio
De Ramón veré si logro
Saber con maña... – No tengo
Necesidad de nombrar
A mi mujer: nada de eso.
Decir á un criado... ¡No! –
Con averiguar si es cierto
Que hay amores entre Emilia
Y Antoñito, voy derecho
A sacar la consecuencia

Precisa. – Él es listo Y luego...
¡Dádivas quebrantan peñas! –
¡Oh! Como haya algo, lo pesco.

ESCENA X

DON LUIS, RAMÓN

LUIS

¿Lo llevaste?

RAMÓN

Lo llevé.

LUIS

¿Y qué ha dicho?

RAMÓN

Regañar,
Porque he tardado en entrar.
Y yo le he dicho que usté
Al mismo tiempo llegó...

LUIS

¿Y entonces?

RAMÓN

Me ha preguntado
Si había usted registrado
El envoltorio...

LUIS

(¡Hola!)

RAMÓN

Y yo...
Le he dicho... que no.

LUIS

¡Bien hecho!

RAMÓN

Buscó esa caja encarnada...

LUIS

¿Y qué hizo con ella?

RAMÓN

Nada:
La guardó...

LUIS

¿Dónde?

RAMÓN

En el pecho.

LUIS

(Ahí es donde guardan ellas..)
Tú lo llevarías todo
Revuelto, de cualquier modo...

RAMÓN

No tal.

LUIS

¡Siempre te atropellas! –
Vamos; si he de hacer tu suerte,
Vida nueva: ya es razón
Olvidar... Quiero, Ramón,
Que trates de establecerte.
Haz lo que yo. ¿No conoces
Alguna?.. Ahí está Benita,
Muchacha honrada, bonita...
¡Oh! ¡No sabes tú los goces!..

RAMÓN

¡Sí, señor! (Saquemos raja
Por este lado también.)

LUIS

¿Y ella?

RAMÓN

Como ve mi tren ..
Ella quisiera andar maja...

LUIS

Háblala: dila que vas
Con buen fin...

RAMÓN

Eso es seguro.

LUIS

Que tu cariño es muy puro...

RAMÓN

Por supuesto.

LUIS

Y lo demás
Corre de mi cuenta.

RAMÓN, escamado

¿El qué?

LUIS

Que haya algunos regalillos...

RAMÓN

(Comamos á dos carrillos...)
Eso siempre... ¡Ya se ve!..
¡Muchas gracias!.. (¡Calla, calla!
Don Juan me mandó observar...
¿Si la querrá conquistar
Y seré yo la pantalla?)

LUIS

En fin, á ver si consiente ..

RAMÓN

(¡Adiós, majuelos de Arganda!)

LUIS

Y cuando la tengas blanda,
Le has de decir que te cuente...

RAMÓN

¿Qué?

LUIS

Yo tengo una familia
A mi cargo: soy su jefe;
Y eso de que un mequetrefe
Engañe á la pobre Emilia ..

RAMÓN

¿A la señorita?

LUIS

Pues.
Yo tengo acá mi recelo
De que cierto jovenzuelo
La anda rondando... ¡y ya ves!
¡Tan niña, tan candorosa!..
¡Ay, Ramón, me hace temblar!
¡Con cien ojos hay que estar!

RAMÓN

(¡Ya entiendo; esto es otra cosa!)

LUIS

Pregúntale tú... Averigua
Con maña si ese mocito,
Que ha de llamarse... Antoñito,
Era ya visita antigua:
Si le vió dar á entender
Que á la muchacha quería,
Y si ella correspondía...
Eso lo debe saber.
Hoy mismo quiere ese tonto
Venir aquí, y es preciso
Que yo viva sobre aviso...
¡Conque, Ramón, hazlo pronto!

RAMÓN

Por mi parte ..

LUIS

¡Sí, por Dios!

RAMÓN

(No hay duda: es la cuñadita.)

LUIS

Sonsaca bien á Benita.

RAMÓN

(¡Calla! ¡Si querrá á las dos!)

LUIS

Y por ahora, Ramón,
En prueba de tu terneza,
Como cosa tuya, empieza
Por hacerle esta expresión.

(Sacando una caja con pendientes.)

RAMÓN

¿Y qué es esto?

LUIS

Unos pendientes...

RAMÓN

¡Qué bonitos!

LUIS

Muy sencillos.
Di que con tus ahorrillos...

RAMÓN

Ya estoy.

LUIS

Y á nadie le cuentes...

RAMÓN

¡Qué he de contar!

LUIS

Bien: pues anda,
A ver si hoy mismo...

RAMÓN

Allá voy.

LUIS

Vete, que vienen.

RAMÓN

(¡Ya soy
El cosechero de Arganda!)

ESCENA XI

DON LUIS, luego CLARA

LUIS

Mi mujer. – Seamos prudentes.
¡Bonita cara traerá
Con el lance de hoy!

CLARA, saliendo

(¿Qué hará
Que no me trae los pendientes?)

(Llégase á él con aire festivo y le toma cariñosamente del brazo.)

Un buen marido, al volver
A su casa, lo primero
Que debe hacer, caballero,
Es buscar á su mujer
Y darla un abrazo; ¿estamos?

LUIS

(¿Qué cariño intempestivo
Es este? Yo no concibo...)

CLARA

Que estoy esperando, ¡vamos!,
Ese abrazo.

LUIS, la abraza

(¡Es singular!)

CLARA

¿Y nada más?..

LUIS

(¿Qué más quiere?)

CLARA

(Cuando trae algo, se muere
Por hacerlo desear.) –
¿Por dónde has andado, di?

LUIS

Por las calles... sin objeto...
He encontrado aquel sujeto...

CLARA

¿A quién?

LUIS

A Antoñito.

CLARA

¡Ah!..

LUIS

Sí.

CLARA

Y de mí, ¿te has acordado?

LUIS

(¡Muda de conversación!)

CLARA

(¡Cómo se hace el remolón!)

LUIS

Y tú, dime, ¿qué has comprado?

CLARA, tentándole los bolsillos con disimulo y fingiendo que le acaricia y le compone la corbata y el chaleco.

¿Yo?

LUIS

Sí.

CLARA

(¿Dónde los tendrá?)
Con ver tanta baratija...

LUIS

(¡Si irá á darme la sortija!)

CLARA

Nada al fin.

LUIS

(No me la da.
¡Si ahora yo se la sacara
Del pecho!..)

CLARA

(Aquí no los tiene.)

LUIS

(Pero no, no me conviene.)

CLARA

Poco has pensado en tu Clara.
Yo, como nunca me olvido
De mi Luis...

LUIS

(¡Qué soboncita!
¡Lo mismo estaba Rosita
Con aquel pobre marido!)

CLARA

Fuí á una tienda á buscar
Una holanda muy barata,
Y he comprado otra corbata
Que te quiero regalar.

LUIS

¡Hola! Otra corbata, ¿eh?
Te lo estimo. – Pero, Clara,
Extraño verte esa cara
Tan alegre y tan...

CLARA

¿Por qué?

LUIS

Por la escena que ese tonto
De Juan...

CLARA

Sí, me incomodó.
Pero ya sabes que yo
Me desenfado muy pronto.
Y como tú no has tenido
La culpa... En fin, no fué nada. –
Y luego, di, ¿quién se enfada
Con tan amable marido?
Y hoy que va á darle á su esposa
El pobre una prueba más. .

LUIS

(Ya te entiendo.) Lo dirás
Porque te traigo ..

CLARA, con viveza

¿Qué cosa?

LUIS

¿A Antoñito?

CLARA, picada

Sí: eso es.
(Pues no me los da. ¿Qué aguarda?)

LUIS

(¡Qué tal! ¡Merezco una albarda!)

CLARA

(Pues aunque los tenga un mes ..)

LUIS

(¡Paciencia!) Le he dado cita...

(¡Infame') y vendré con él...
(¡Estoy haciendo el papel
Del marido de Rosita!)

ESCENA XII

DON LUIS, CLARA, BENITA

BENITA

La sopa.

CLARA

Vamos allá.

LUIS

(Disimulo, hasta saber...)

CLARA

¿Vamos, Luisito, á comer?

LUIS

Vamos.

CLARA

(¡Caviloso está!)

ESCENA XIII

DON LUIS, CLARA, BENITA, EMILIA

EMILIA

Clara, la sopa se enfría.

CLARA, tomándole el brazo.

Te hallo triste, Luis.

LUIS

No tal.
¡Tú sí que estás hoy jovial!

CLARA

¿Te pesa?

LUIS

¡No, vida mía!

ESCENA XIV

EMILIA, BENITA

(Emilia detiene á Benita, que se iba con sus amos.)

EMILIA

Ven, escucha.

BENITA

Señorita,
Que van hacia el comedor.

EMILIA

¡Me vas á hacer un favor!

BENITA

Pero...

EMILIA

Un momento, Benita.

BENITA

¡Pronto!..

BENITA

Después que comamos,
Haces una escapatoria...

BENITA

¡Eso es! Tendremos historia:
Me regañarán los amos.

BENITA

¡Anda!..

BENITA

Y luego la señora,
Si huele que salgo así,
A quien reñirá es á mí ..

EMILIA

Yo seré tu defensora.

BENITA

¡Siempre con el papelito!..
¡Cásese usted!

EMILIA

Ya verás
Cómo no te envío más:
Va á venir aquí Antoñito.

BENITA

¡Me alegro!

EMILIA

Conque después
Irás, ¿sí?

BENITA

¿Dónde?

EMILIA

Cerquita:
A esa tienda tan bonita
De ahí enfrente...

BENITA

¿Al tirolés?

EMILIA

Sí: que te dé una sortija
Igual á otra que mi hermana
Ha llevado esta mañana.

BENITA

¿Quiere usted que yo la elija?

EMILIA

Si no hay más que una.

BENITA

Ya estoy.

EMILIA, dándola dinero.

Toma. – (Yo se la regalo.
¿Por qué ha de ser esto malo?)

BENITA

Que nos llaman.

EMILIA

Allá voy.

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

CLARA, EMILIA

(Es de noche. – Están sentadas á un velador tomando café.)

EMILIA

¿Y cuándo lo va á traer?

CLARA

Ahora mismo.

EMILIA

¡Ay!

CLARA

¿Qué te pasa?

EMILIA

¡Me lo has dicho tan de pronto!
Por poco vierto la taza
De café.

CLARA

¡No es para menos
El susto! ¡Que viene á casa
Antoñito! ¡Vea usted! –
¿No te dije esta mañana
Que iba á hacer que lo trajeran?

EMILIA

Es verdad; pero ignoraba
Que fuese ahora mismo.

CLARA

Luis
Le dijo que le esperara
En el café, y allá ha ido
A buscarle.

EMILIA

¡Estoy en ascuas!
¡Lo va á conocer!

CLARA

No temas.

EMILIA

¿Tú no le habrás dicho?..

CLARA

Nada.

EMILIA

No importa; en sintiendo pasos,
Me meto en mi cuarto.

CLARA

Vaya,
Déjate de tonterías.
Y á ver si desde hoy se acaba
El seguirnos por las calles
Y andar haciendo esas farsas.
Ya viene aquí: conque...

EMILIA

Bien.

CLARA

Díselo tú.

EMILIA

Bien.

CLARA

(Se cansan

De amores antes de un mes.)

EMILIA

A nosotros ya nos basta
Con vernos este ratito
Por las noches. – Dime, Clara,
¿Y se irá Luis al teatro?

CLARA

Sí.

EMILIA

Como hoy le dé la gana
De quedarse, nos divierte.
Yo me pongo á veinte varas
De Antoñito, y ni le miro.
Pero irá. Si él nunca falta
Al teatro: ¿no es verdad?

CLARA

Nunca.

EMILIA

A las siete se marcha,
Y hasta las doce... ¡Cinco horas!

CLARA, cavilosa

Cinco horas.

EMILIA

¡Cinco horas diarias
Para vernos! – Lo demás
Del día pronto se pasa.
Y ya me ha de parecer
Más corto con la esperanza
De que ha de llegar la noche...

CLARA

(¡Cinco horas!..)

EMILIA

¿Qué piensas?

CLARA

Nada.

EMILIA

¡Ah! – No me has dicho... ¿Te dió
Los pendientes?

CLARA

No.

EMILIA

¡A qué aguarda!

CLARA

No sé: se le olvidaría...
(No quiero que Emilia caiga
En sospechas.) Tú tampoco
Le digas una palabra.

EMILIA

Yo no.

CLARA

Quizá me reserva
Alguna sorpresa...

EMILIA

¡Calla!
Pudiera ser.

CLARA

¿Sí? – ¿Por qué?

EMILIA

Porque desde esta mañana
Se me figura que está...
Así... yo no sé... con cara
De distraído...

CLARA

No.

EMILIA

Apenas
Comimos, se fué con tanta
Prisa...

CLARA

Le estaba esperando
Antoñito.

EMILIA

¿Y cómo tardan?

CLARA

(¡Esos pendientes!.. No sé. –
No decirme una palabra
Siquiera... Y eso que yo
Bien le daba pie...)

EMILIA

¡Ay, qué ansia
Se siente cuando se espera!

CLARA

(No sé: no sé. – Estoy tentada
Por ir. Los tendrá en su cuarto.
En algún cajón...)

(Se levanta y llama.)

EMILIA

¿Te marchas?

CLARA

No. (Le voy á dar un chasco.
Se los quito, y cuando vaya
A buscarlos, en lugar
De los pendientes, se halla
Con la sortija.)

ESCENA II

CLARA, EMILIA, RAMÓN

RAMÓN

¿Señora?

CLARA

Di á Benita que me traiga
Una luz.

RAMÓN

Yo la traeré.

CLARA

No: Benita.

RAMÓN

No está en casa.

CLARA

¿Cómo es eso? – ¿Dónde ha ido?

RAMÓN

No sé, señora.

EMILIA

(¡Es desgracia!)

CLARA

¡Otra tenemos! – ¿No he dicho
Cien veces que nadie salga
Sin decírmelo?

EMILIA

(¡Ay, Dios mío!
¡Debo estar muy colorada! –
¡Pobre Benita!) Quizá...
De repente...

CLARA

¡Una muchacha
Sola, de noche!.. Tendré
Al fin que enviarla á Arganda
Con su padre, antes que aquí ..

EMILIA

Habrá ido cerca...

CLARA

Que vaya
Cerca ó lejos, nunca sale
Sin licencia una criada.
Y va de muchas.

RAMÓN

(Y el amo
También se marchó. – ¡Caramba!
¿Será cosa de que yo
Esté empleando mi labia
Para él?)

CLARA

¿Y tú no sabes?..

RAMÓN

No sé...

CLARA

¡Tú no sabes nada! –
Trae una luz.

ESCENA III

CLARA, EMILIA

EMILIA

No te enfades.
Antes nunca te enfadabas
Así. ¡Has echado mal genio!

CLARA

Es que antes era una malva
Benita, y ahora...

EMILIA

No.
En fin, dame tu palabra
De no reñirla, y...

CLARA

¡Me gusta!..

EMILIA

Y yo me encargo de echarla
Una peluca.

CLARA

¿Tú?.. ¡Buena
Peluca! – Tú la das alas
Con tus disculpas...

EMILIA

Ya ves;
Criada desde la infancia
Con ella... La quiero mucho.
Pero esta vez no me ablanda.
Y si me dejas, te ofrezco
Averiguar qué escapadas
Son éstas, y que no vuelva
Nunca más...

CLARA

Bien está: calla.

ESCENA IV

DICHAS, RAMON, con una luz

RAMÓN

Aquí está ya.

CLARA

Dame.

RAMÓN

¿Alumbro?

CLARA

No: Dame. (¡Si los hallara!
¿Y la sortija? – Aquí va.)

(Toma la luz y entra en el cuarto de don Luis.)

ESCENA V

EMILIA, RAMÓN

EMILIA

(¡He escapado en una tabla!)

RAMÓN

(¡Se va al cuarto de mi amo!..
¡Y no ha querido que vaya
Con la luz!.. ¿Pues qué irá á hacer?
Miraré por la ventana
Que da al pasillo.)

ESCENA VI

EMILIA

¡No ha sido
Poca dicha!.. – Por mi causa
Iba á sufrir otra riña
La pobre. – ¡Pero es cachaza
La suya! ¡Para una cosa
Que en dos brincos se despacha
Tanto tardar! Por fortuna,
Ya no llevará más cartas
A Antoñito... – ¡Ay! Siento pasos...
El será... – Y esa pesada
De Benita .. – Yo me escondo.

ESCENA VII

EMILIA, BENITA

Benita viene vestida con esmero, aunque de mal gusto: trae la mantilla puesta.)

BENITA

¿Señorita?..

EMILIA

¿Eres tú? – ¡Gracias
A Dios!

BENITA

Aquí tiene usted
La sortija.

EMILIA, abriendo la caja

¡Buena calma
Tienes! Te han echado menos.

BENITA

¡Ay, Jesús!

EMILIA

Pero yo estaba
Delante, y pude arreglarlo. –
¡Igualita! – Adiós.

BENITA

¿Y el ama?

EMILIA

Por allá dentro. – Me voy;
No me conozca en la cara...

ESCENA VIII

BENITA

Todo me sale á mí mal.
La señora nunca llama
A estas horas, y hoy... – Tampoco
He tardado tanto, ¡vaya!
Yo no he hecho más que alargarme
Ahí donde está mi paisana
Sirviendo... – Ya estaba yo
Rabiando por enseñarla
Mi regalo. – ¡Qué dentera
La he dado! – ¡Que rabie! – ¡Anda!

(Se mira á un espejo, dando la espalda al cuarto de don Luis.)

Estos sí que son pendientes
De lujo. No los que gasta
La pobre: de similor... –
¡Cómo relucen! – Mañana
Es domingo, y no me toca
Salir. – Iría yo á casa
De la Gabina... ¡Mal año
Para Judas! – ¡Ay qué alhaja
Es Ramón! ¡Ya tengo novio!
Y dice que el amo trata
De casarnos. ¡Ya lo creo!
¡Quién me tose á mí en Arganda
Con este avío!..

(Continúa mirándose al espejo.)

ESCENA IX

CLARA, BENITA

(Clara sale del cuarto de don Luis, con la luz.)

CLARA

(Es inútil.
Todo lo he revuelto, y nada:

No los tiene aquí. – ¡Dios mío!
¡No sé qué pensar!..) – ¡Muchacha!
(Viendo á Benita.)

BENITA, se cierra la mantilla, de modo que no se ven los pendientes.

(¡Ay!.. ¡El ama!.. ¡Me pilló!)

CLARA

¿Dónde has ido?

BENITA

Ahí cerca: á casa...

CLARA

¿A casa de quién?

BENITA

Ahí cerca.

CLARA

¿Dónde?

BENITA

A ver á la Anastasia.

CLARA

¡Y á estas horas! – ¡Calle! ¡Calle!
¡Y tan emperejilada!..

BENITA

¿Pues para qué quiere una
La ropa?

CLARA

¡Pocas palabras!
¡Oiga el arrapiezo! – Sí;
¡Pues estoy yo bien templada!..
Y va de muchas.

BENITA

Pues una
Tiene...

CLARA

No hay una que valga.

BENITA

Suele tener...

CLARA

Sin licencia,
Nunca has de salir de casa.

BENITA

Es que...

CLARA

¡Calle usted!

BENITA

A veces...

CLARA

¡Oiga! ¿Hasta la nueva gracia
De ser respondona?

BENITA

Pues
Digo bien.

CLARA

¡Jesús! ¡qué alhaja
Se ha vuelto la niña!

BENITA

¡Toma!

CLARA

Vete adentro. Y si no callas,
Mañana mismo te planto
De patitas en Arganda.
Allá, á cuidar de las viñas.

BENITA

Pues á mí no me hace falta
Cuidar de las viñas.

CLARA

¡Hola!

BENITA

Y si ahora sirvo, mañana
Puede que... No ha de ser una
Toda su vida criada.

CLARA

¡Vete!

BENITA

Y no es una ningún
Monstruo; que á nadie le falta...
Y puede que antes que muchos
Lo piensen...

CLARA

¿Qué dices?

BENITA

Nada.
(Se va.)

ESCENA X

CLARA

¿Qué quiere dar á entender?
¡Y qué tono, y qué bravatas!
¡Una chica tan humilde,
Tan dócil; que nunca alzaba
Los ojos del suelo! Vamos,
No hay duda: ese buena maula
De Ramón la ha levantado
De cascos: seguro. – Vaya,
Que Luis me hace conocer
Una gentecita. . – Y gracias

Que él no vuelva...

(Se sienta.)

Esos pendientes
Me hacen cavilar... ¿Qué aguarda,
Si son para mí? Por fuerza,
Para mí son: él no trata
Persona á quien deba hacer
Ese obsequio... y si se hallara
En necesidad de hacerlo,
Me lo diría... Es extraña
Su conducta. Y hoy... es cierto
Lo que decía mi hermana,
Está distraído. – Dios
Quiera que con la llegada
De ese calavera... Acaso
Saldrían juntos, y. . (Se levanta.) – Vaya,
Estos maridos, no hay duda,
Ofrecen muchas ventajas,
Pero también es verdad
Que á la menor circunstancia
Ya está una mujer temblando
Que vuelvan á las andadas.
¡Dios mío!, ¿qué haría yo
Para averiguar?..

ESCENA XI

CLARA, DON JUAN, RAMÓN

(Don Juan y Ramón asoman por el foro hablando, sin que al pronto los sienta Clara, que está sumergida en sus cavilaciones.)

JUAN

Me basta.
¿Y ella quién es?

RAMÓN

Aún no estoy
Seguro...

JUAN

¿Y dices que Clara
Le registra?..

RAMÓN

Sí, señor.

JUAN

El campo es mío. – Pues anda;
Y no olvides el toser...

RAMÓN

Descuide usted. – Esto marcha.

ESCENA XII

CLARA, DON JUAN

JUAN

Si ofendida, con razón,
Por aquel pasado lance,
Me permite usted que alcance
Un generoso perdón...

CLARA

(¡Este lo debe saber!)

JUAN

Sirva de merecimiento
Este mismo atrevimiento,
Que da, señora, á entender
El ansia con que lo imploro.

CLARA

Algo es ya, señor don Juan,
Que usted confiese el desmán
Que hizo agravio á mi decoro.

JUAN

Pues bien: á esas plantas puesto,
Ya que humilde he confesado...

CLARA

No, no es justo á tal pecado
Dar la absolución tan presto.

JUAN

¡Señora! – Cuando contrito
El penitente se postra
Y la humillación arrostra
De confesar su delito,
¿No alcanza siempre merced
Cuantas veces llega allí?
Pues si Dios perdona así,
¿No ha de perdonar usted?

CLARA

Al perdón que Dios envía
Va unida una penitencia.

JUAN

Ya espero con impaciencia
Que usted me imponga la mía.

CLARA

¡Muy grande tiene que ser!

JUAN

No ha de parecerme grande.
A menos que usted me mande
No volverla más á ver.

CLARA

(¡Hola! Este viene con plan.)

JUAN
Fuera precepto inhumano...
CLARA
No se canse usted en vano:
No es esa, señor don Juan.
JUAN
¡Oh placer! – Si la sentencia
No es esa, ninguna habrá
Que me cueste...
CLARA
Basta ya:
Oiga usted la penitencia.
JUAN
Pronuncie usted.
CLARA
Que en la vida,
Sin una prueba formal,
Vuelva usted á pensar mal
De toda mujer nacida.
JUAN
¡Señora!..
CLARA
Y pues hizo Dios
Que un sexo de otro dependa,
Sea usted noble y defienda
Al más débil de los dos.
JUAN
¿A eso se reduce?
CLARA
Sí.
JUAN
Pues, señora, eso no es pena.
CLARA
¿Por qué?
JUAN
Porque me condena
A ser lo que siempre fuí.
CLARA
¿Siempre fué usted?..
JUAN
Sí, señora:
El más ciego defensor
De ese sexo encantador,
Tan calumniado hasta ahora.
CLARA
¡Vea usted! – Pues á juzgar
Por el lance...
JUAN
El lance de hoy
Es la prueba de que soy
Quien se ha llegado á formar
Concepto tan elevado
De las mujeres...
CLARA
No entiendo
De qué modo...
JUAN
Conociendo
A Luis, y viendo á su lado
Una mujer... Digo mal –
Perdone usted mi franqueza: –
Un prodigio de belleza.
No pensé que á rostro tal
Se uniese una alma tan pura;
Porque, cuando así acontece,
¿Qué hombre, y menos Luis, merece
Gozar de tanta ventura?
CLARA
La defensa es ingeniosa;
Y ciertamente debía
Por tanta galantería
Manifestarme orgullosa;
Pero yo en esta ocasión
Ni la admito ni la creo.
JUAN
¿Por qué?
CLARA
Porque en ella veo
Que es todo exageración.
Usted quizá no ha advertido
Que hace, al disculparse así,
Una adulación á mí
Y una ofensa á mi marido.
Ni yo soy ese portento
Celestial que usted pondera,
Ni tampoco, aunque lo fuera,
Creo yo que hay fundamento
Para poder afirmar
Que el pobre Luis no merece...
JUAN
Quizá...
CLARA
Digo... me parece...
(Este me lo va á contar.)
JUAN
Pues ni adulo, ni exagero;
Y usted muy pronto verá

Que mi defecto es quizá
Ser demasiado sincero.

CLARA

¡Así me gusta á mí un hombre!

JUAN

¿Le gusta á usted?

CLARA

Para amigo.

JUAN

¡Ah! Si yo de usted consigo
Merecer sólo ese nombre...

CLARA

Poco á poco, caballero.
Usted me ha llamado diosa,
Y una amistad tan preciosa
No se gana así: primero
Haga usted méritos.

JUAN

Sí:
Con la amistad me contento;
Aunque es otro sentimiento
El que hay escondido aquí.

CLARA

Para amiga soy muy buena.

JUAN

¡Paciencia, ya que el destino
No me deja otro camino
Que envidiar la dicha ajena!

CLARA

No es la dicha ciertamente
Para que así satisfaga.

JUAN

¡Ay! Es dicha que no paga
El que su precio no siente.

CLARA

Pues qué, Luis...

JUAN

Si la fortuna
Me hubiera hecho poseer
Tan peregrina mujer,
No miraría á ninguna...

CLARA

Pues qué, Luis...

JUAN

Usted sería
La reina de mis amores.

CLARA

(¡Dale con echarme flores!)
Pues Luis ..

JUAN

¿Qué mujer podría
Distraerme un solo instante
Del solo objeto querido?..

CLARA

Pues Luis...

JUAN

Luis... es un marido;
Y yo sería un amante.

CLARA

Pero es un marido fiel.

JUAN

¡Oh!, sí. – Delante de gente
No querrá seguramente
Que haga usted un mal papel.

CLARA

¿Cómo? Pues qué... porque ignoro
La ofensa, ¿ya no hay ofensa?
¿Así en el mundo se piensa?

JUAN

Quedando á salvo el decoro ..

CLARA

Pues qué, ¿es justicia, es razón
Que el marido nos provoque,
Y si faltamos, invoque
Las leyes de la opinión?
¡La opinión, con ellos blanda,
Con nosotras siempre dura! –
Yo me exalto... ¡Qué locura!..
Esto es tomar la demanda...
Por mi sexo... en general...

JUAN

Ya entiendo.

CLARA

Lo que es á mí,
Gracias á Dios, hasta aquí...
Pero nunca vendrá mal
Que usted me diga... Hace ya
Tiempo que usted no le ve;
Pero como siempre fué
Su íntimo amigo, y quizá...

JUAN

(¡Bien! ¡Ya la veo venir!)

CLARA

Le guarda el mismo interés...

JUAN

Somos uña y carne...

CLARA

¡Pues!..

Y usted me podrá decir...
Yo sé que Luis, hasta el día
En que me empezó á tratar,
No ha hecho más que enamorar
A cuanta mujer veía.
Y ahora... No porque me espante,
Ni eso á mí me llegue al alma...
¡Jesús!.. ¡Tengo yo una calma!..
¡Soy mujer muy tolerante!
Pero usted lo sabe, él tiene
Esa fatal propensión;
Y una mujer de razón,
Si está advertida, previene
Esas cosas, y aun las corta...
O al menos tiene el placer
De hacerle al marido ver
Que lo sabe y no le importa.
Conque, hable usted: es forzoso:
Como amigo, desde ahora...

JUAN

¡Aún no he ganado, señora,
Ese título precioso!

CLARA

Es verdad; mas de este modo...

JUAN

¿Qué méritos he hecho yo
Para conseguir?.. No, no:
En usted es bondad todo.

CLARA

Bien: mas cuando yo me digno
Anticipar...

JUAN

No lo acepto.
Usted me impuso un precepto:
Fué muy justo: me resigno.

CLARA

Suele una al pronto creer...
Pero si después advierte...

JUAN

¡Bondad, bondad!.. De otra suerte,
¿Cómo pudiera yo ser
Elevado á tanta altura,
Al colmo de mi esperanza,
A la íntima confianza
De tan perfecta hermosura?

CLARA

Pues eso le empeña á usted...
(¡Qué terco!)

JUAN

(¡Bien va el asedio!)

CLARA

A ganar...

JUAN

(La tengo en medio
De la espada y la pared.)
Yo la ganaré, lo juro;
Que tengo constancia y fe:
Yo algún día ganaré
La amistad de un ser tan puro.
No me arredra el tiempo, no.

CLARA

Algunos logran más presto...
Hay simpatías...

JUAN

¿Qué es esto?
¿Qué ha dicho usted?.. ¡Sueño yo!

CLARA

Nada... Que si usted me aclara...

JUAN

¡Es posible, oh Dios! – Yo he sido
Tan feliz, que he conseguido
En un día, hermosa Clara,
El afecto, la amistad,
El cariño...

CLARA

Poco á poco...
Que no he dicho...

JUAN

¡Yo estoy loco
De gozo... y de vanidad!

CLARA

Amiga, sí...

JUAN

¡Tierna amiga,
Y yo un amigo sincero!

CLARA

Bien; pero la prueba espero;
Y ha de ser que usted me diga...

JUAN

Cuanto se encierra en mi pecho.
Ya no hay nada oculto aquí
Para usted. – ¿Y usted á mí
Me concederá el derecho
De exigir que entre los dos
No haya secretos?..

CLARA

(¡Me quema!)
Bien, sí: basta. – Pero...

JUAN

(Al tema.)

CLARA

Lo que urge...

(Ramón aparece á la puerta del foro, y tose.)

JUAN

(¡Maldita tos!)
¡Silencio! Es él.

(Con tono de inteligencia marcada.)

CLARA, sorprendida del tono de don Juan.

¿Quién?

JUAN

Luis.

CLARA

¿Sí?
¿Pues cómo?..

JUAN

Ramón...

CLARA

(¡Qué escucho!)

JUAN

Él nos avisa: ¡es muy ducho!

CLARA

(¡Cielos! ¡Yo no estoy en mí!)

JUAN, la indica una silla, donde ella maquinalmente se sienta, y la pone un libro en la mano, que ella toma del mismo modo.

¡Disimulo! – Ya tendremos
Ocasión. – Si usted me ayuda,
Le haremos irse, no hay duda.
¡Y usted sabrá!.. – Ya hablaremos. –

CLARA

(¡Dios mío! ¡Esto es una cita!
¡Y yo le he dado derecho!..
Estoy turbada. – ¡Qué he hecho!..
¡La curiosidad maldita!..)

JUAN

(El asunto va vencido.
Ya entre los dos al presente
Hay un secreto pendiente,
Que ella oculta á su marido.)

ESCENA XIII

DICHOS, DON LUIS, ANTOÑITO

LUIS, á Antoñito

Entre usted. – ¡Hola, Juan! ¿Tú
Por esta casa?

JUAN, atestiguando con Clara

Ahora mismo...

CLARA

Sí.

LUIS, á Clara

Aquí tienes... (¡qué encarnada
Se ha puesto!) á un amigo antiguo...

CLARA

¿Quién es?

LUIS, á Antoñito, que está retirado

Acérquese usted.

(Don Luis se coloca entre Clara y Antoñito, y observa á los dos.)

ANTONIO

Yo, señora...

CLARA

¡Hola, Antoñito!

LUIS

(¡Qué frialdad!)

CLARA

Celebro mucho...

ANTONIO

Gracias.

JUAN

(¿Quién será este chico?)

ANTONIO

(¡Qué gesto! – ¡Bien lo temí!
La hermana es el enemigo
Mayor que tengo.) – Señora ..
Este caballero quiso
Con tanto empeño traerme...
¿No es verdad?, que yo he cedido...

LUIS

(Aún querrá que le agradezca...)

CLARA

Ha hecho bien.

LUIS

Siento infinito
Que desde mi casamiento
No hayamos nunca tenido
El gusto de hallar á usted...

ANTONIO
A esta señora la he visto
Alguna vez...
LUIS
¡Ya!
CLARA, en tono de burla
De lejos.
LUIS
(Disculpa al canto!)
JUAN
(¡Era amigo
De la casa!)
LUIS
Pues señor,
Desde hoy puede usted, lo mismo
Que allá, visitar á Clara
Cuando guste. – Ya me ha dicho
Que es usted un joven franco,
Amable...
ANTONIO
¿De veras?
LUIS
Digno
De estimación...
CLARA
Sí: me debe
Tal concepto.
ANTONIO
Yo lo estimo,
Señora, y le juro á usted
Que á nada en el mundo aspiro
Tanto como á merecer
Que forme usted ese juicio
De mí. – (Bien: por la peana
Se adora al santo.)
LUIS
(Es muy niño
Para fingir. – Por Emilia
Ni siquiera le ha ocurrido
Preguntar.)
CLARA
Ya debe usted
Saber que desde el principio,
Tanto Emilia como yo...
LUIS
(¡Qué tal! – Ella abre el camino
Para que mienta.)
ANTONIO
¡Ah, sí! Emilia ..
Es verdad... le he merecido...
Pero usted, señora, usted...
LUIS
(No disimula: es novicio.)
Tiene usted razón: aquí
La persona que es preciso
Adorar es esta alhaja.
Esto no es mujer, amigo:
Esto es un ángel, un ángel
Que del cielo ha descendido
A hacer feliz á este pobre
Mortal. ¿No es cierto, bien mío?..
(Abrazando cariñosamente á Clara.)
(Que rabie... como rabiaba
Yo siempre que aquel marido
Hacía fiestas á Rosa.)
CLARA
Vamos, Luis, vamos: quietito:
No seas pesado.
(Desasiéndose con sequedad.)
LUIS
(¡Es claro!
Delante de él... – ¡Otro indicio!)
¡Qué es eso! ¿Estás triste?
CLARA
¡Hola!
Ahora es cuando yo te digo
Como antes tú me dijiste:
Luis, ¿qué acceso de cariño
Es este?
LUIS
¿Pues no estoy siempre
Del mismo modo contigo?
Tú estás hoy... No sé qué tienes...
¡Ah! Ya caigo. – Juan, ¿le has dicho
A Clara?.. ¿Has pedido ya
Perdón?..
JUAN
Venía á pedirlo;
Pero, á pesar de mis ruegos,
Aún no había conseguido
Aplacar su justo enojo,
Cuando llegaste, y...
LUIS
Pues, hijo,
A ver cómo te compones.
Si no te indulta...
JUAN
Yo abrigo

La lisonjera esperanza
De que así que me haya oído
Todo lo que iba á decir
Cuando vino á interrumpirnos
Tu llegada, lograré
El perdón que solicito.

CLARA

Si usted lo cumple...

JUAN

Señora,
Ya vió usted que iba á decirlo...

LUIS

Pues vamos, empieza; y yo
Seré juez.

JUAN

No: ahora...

LUIS

¿Has visto
La humildad con que lo pide?
¡Vamos, Clarita! Yo fío
En que por mi intercesión...
Ven acá, Juan. – Antoñito,
Venga usted á presenciar...
(¡Voy á darle otro martirio!)
Ea, en muestra de perdón,
Dale la mano.

CLARA

¡Luis!

JUAN

(Fijos
Son los toros.)

(Alargando la suya con humildad.)

LUIS

Te lo ruego.

CLARA

¡Pero, hombre!..

ANTONIO

(¡Pues el marido
Es más amable!)

LUIS

¡Clarita!
¡Vamos!..

CLARA, le da la mano.

(¡Todos son lo mismo!)

LUIS

¡Eso es! –

CLARA

(¡El hombre de mundo!)

LUIS

(¡Lo que ella se ha resistido!)

JUAN, ap. á Clara.

(¡Este momento señora!..)

CLARA, ap. á don Juan.

(¡Calle usted!)

LUIS, á Antoñito

Ya son amigos:
¿Lo está usted viendo? – (¡Si Juan
Supiera que me ha servido
De instrumento!..)

ANTONIO

¡Oh! En viendo hacer
Unas paces, me electrizo.

CLARA

Pero Emilia, ¿dónde está?

(A don Luis.)

Dile que venga: Antoñito
Querrá verla.

ANTONIO

Sí, señora.

LUIS, llamando.

¡Emilia! – (Si me desvío
De aquí, le da la sortija
En mis barbas, como hizo
Aquella...)

ESCENA XIV

DICHOS, EMILIA

EMILIA, se sorprende viendo gente extraña

¿Llamas?.. – ¡Ay Dios!..

CLARA

Ven; que hay aquí un conocido.
¿No te acuerdas?

EMILIA, se saludan con empacho.

Sí... El señor...

ANTONIO

Señorita... yo... (¡Ay!, ¡qué brincos
Me da el corazón!)

(Emilia haca señas á Antoñito de que no la mire y hable con Clara.)

LUIS

(¡Albricias!
Que ha mostrado regocijo
Al verla. – ¿Si habré yo estado
Sospechando sin motivo?..)

EMILIA, á Clara.

(¡No me entiende! – Háblale tú.)

ANTONIO

(Me hace señas. – No adivino...)

LUIS

(¡Pobre Clara!)

(Don Luis, como arrepentido de sus sospechas, va á acariciar á Clara, la cual le rechaza.)

CLARA

Quita, quita.

(A Antoñito.)

Conque, ¿sepamos qué ha sido
De usted en todo este tiempo?

(Clara y Antoñito hablan. Don Luis empieza á escamarse de nuevo.)

ANTONIO

Señora, yo...

JUAN

(Si consigo
Despertar en Luis sospechas
Por otro lado, me libro
De que las conciba acaso
De mí. – Con este chiquillo
Que la visitaba, y tiene
Facha...)

(Clara se acerca á Antoñito, se sientan y siguen hablando. – Emilia se sienta más distante y afecta no atender á nada. – Don Juan toma á don Luis del brazo, y se pasea con él. – Antoñito, en la escena muda, se vuelve alguna vez á hablar á Emilia; pero ésta lo evita siempre, haciéndole señas de que hable con su hermana.)

ANTONIO

No tengo más vicio.
Eso sí, todas las noches
Al teatro.

CLARA

No ha perdido
Usted aquella afición...

JUAN

Di: ¿quién es ese mocito?

LUIS

¿Ese?.. Un joven... que iba á casa
De Clara.

JUAN

Parece listo.

LUIS

¡Hombre, no!

JUAN

Sí tal. Así,
Con ese aire de doctrino,
Se le conoce...

LUIS

¿De veras?

JUAN

Ya sabes que yo los pillo
Al vuelo.

LUIS

Es verdad... Lo que es
Socarrón...

JUAN

¡Vaya!.. Ese niño...
Le he estado observando ..

LUIS

¿Y qué?

JUAN

Con el tiempo...

LUIS, recordando.

¡Ah!, si es el mismo
De quien te hablé esta mañana.

JUAN

¿Cuál?

LUIS

El que anda haciendo guiños...

JUAN

¿A quién?

LUIS

¿Cómo á quién? A Emilia.

JUAN

¿Sí? – Nunca lo hubiera dicho.

LUIS

¿Por qué no?

JUAN

¿Tú estás seguro?

LUIS

Yo... seguro... sí.

JUAN

Te digo
Que no puede ser.

LUIS

¿Por qué?

JUAN

Porque eso á un hombre corrido
Como yo no se le escapa.
Y me alegro; porque, chico,
La verdad... estoy haciendo
Reflexiones... y me inclino
A tu cuñadita. – Al fin,
Con todos mis aforismos,

Creo que caigo. ¡Hay en ella
Una gracia, un atractivo!..
Y sería chasco... – Pero
No: si desde que ha salido
No he dejado de mirarla...

LUIS

¿Y á él?

JUAN

También. – Nada; ni indicios
Siquiera... Me impongo yo
Con una mirada .. Y digo,
¡A esa edad! – Vamos, lo que es
Entre Emilia y él... de fijo,
No hay nada.

LUIS

Entre Emilia y él
Crees tú que no...

EMILIA

(¡Qué fastidio!
No se van.)

LUIS

(¡Será posible!
Y como Juan está frío,
Observa con más acierto
Que yo... – No hay mayor martirio
Que la duda. – En el café,
Cuando los dos nos pusimos
A beber, me pareció
Notar entre los amigos
Risitas y cuchicheos...
¡Dios mío! ¿Estaré en ridículo?
¿Iré yo por esas calles
Como iba el pobre marido
De Rosita?..)

(Un reloj de sobremesa da las ocho.)

EMILIA

Son las ocho.

ANTONIO

¿Sí? Pues lo que es hoy, prescindo
Del teatro, por el gusto...
Esto es, si no han decidido
Ustedes salir...

CLARA

No tal:
Nosotras nunca salimos
De noche. Quien va al teatro
Diariamente es mi marido.

ANTONIO

Pues ya es hora. – Y hoy estrenan
Un drama...

LUIS

Sí: ya lo he visto
Anunciado. Y siento mucho
Perderlo. Por un descuido
De Ramón... Fué tarde, y ya
No halló billetes...

EMILIA

(¡Dios mío!)

ANTONIO

No lo deje usted por eso:
Justamente... en el bolsillo
Traigo mi luneta...

(Saca un billete, y se lo ofrece.)

LUIS

No
Se prive usted...

ANTONIO

No me privo
De nada... No piense usted
Que hago ningún sacrificio.

LUIS

(Lo creo.)

ANTONIO

Tómela usted.
Yo no he de ir. Determino
Pasar la noche en la amable
Compañía...

LUIS

(¡Pues no es pillo
Que digamos!)

ANTONIO

Tome usted.

LUIS

Ya es tarde...

ANTONIO

No: si al principio
Hay sinfonía... ¡Es un drama
Precioso! – Yo le he leído. –
No lo pierda usted. Es obra
De un muchacho amigo mío.
Tiene doce cuadros.

LUIS

(¡Sopla!)

ANTONIO

¡Y qué versos tan bonitos!..

JUAN
¡Oh!, pues no debes perderlo.
LUIS
Si ya...
JUAN
Llegas en dos brincos:
Está aquí al lado.
CLARA
Sí, Luis.
Vete. ¿Qué has de hacer metido
En casa?..
LUIS
(¡Estoy sofocado!)
JUAN
¡Anda, hombre!..
(Le da el sombrero.)
CLARA
Anda.
LUIS
(¡No hay arbitrio!)
ANTONIO, le pone la luneta en la mano.
Vaya usted.
LUIS
(¡Irme yo ahora...
Y echado por Antoñito!)
JUAN, ap. á don Luis
Vete: que quiero entablar
Con Emilia...
LUIS
Pues te exijo
Que hasta que vuelva has de estarte
Aquí.
JUAN
Si me dan permiso
Estas señoras ..
EMILIA
(¡Adiós!)
CLARA, con empacho.
Bien.
LUIS
(¡La incomoda el testigo!)
Sí: acompaña á mi mujer.
(Estando Juan, no hay peligro.)
JUAN
Pierde cuidado.
LUIS
Ea, pues;
Hasta luego.
CLARA
(¡Es mucho tino!)
ANTONIO
Que usted se divierta.
LUIS
Gracias. –
(A don Juan.)
Háblala de lo que has visto
En Francia... En fin, entretenla.
(Se va.)
JUAN
Bien. – (¡Cómo allana el camino
Cuando á sí propio se pone
En ridículo un marido!)

ESCENA XV

JUAN, CLARA, ANTOÑITO, EMILIA

CLARA, á Antoñito
¿Y usted se priva de ver
Esa comedia?..
JUAN
Quizá,
Señora, no faltará
Quien lo sepa agradecer.
EMILIA
(Ya lo conoció.)
CLARA, se levanta y se acerca á un velador que hay en el otro extremo del teatro: allí se pone á hojear un libro.
(Está visto:
Luis se lo confía todo.)
JUAN, á Antoñito
¡Oh! ¡y usted lo ha hecho de un modo!..
Bien: con arte. – ¡Es usted listo!
ANTONIO
¿Usted sabe?..
(Va á levantarse.)
JUAN, haciéndole sentarse
Quieto, quieto.
Me declaro protector
De tan inocente amor.
Yo sé guardar un secreto. –
(A Emilia.)
¿Y estos méritos, señora,
Bastan á que usted perdone
Aquella ofensa?..
CLARA
(¡Se pone

A hablar con Emilia ahora!)

EMILIA

¿Y usted de dónde ha sacado?..

JUAN

¿El amor sabe ocultarse?..
Pueden ustedes hablarse
Sin tener ningún cuidado,
Mientras yo entretengo á Clara. –
Gozad, felices amantes;
Disfrutad de estos instantes
Que la fortuna os depara.
(¡Qué bonita!)

CLARA

(¡Se extasía
Con ella! – ¡Estoy impaciente!)

JUAN

Y si acaso viene gente,
Yo aviso: usted se desvía
Y obedece al menor gesto...
Déjese usted gobernar,
Joven incauto.

CLARA

(¡Qué hablar!)
¿Señor don Juan?

JUAN

(Bueno es esto:
Que me llama.)

CLARA

Usted que ha estado
En París .. ¿es tan hermosa
La Magdalena famosa,
Como muestra este grabado?

JUAN

Sí, señora: exactamente.
¡Hola!, ¡vistas de París! –
(Se sienta al lado de Clara, y siguen hablando.)

EMILIA

¡Se lo va á contar á Luis!

ANTONIO

No importa: que se lo cuente.
¡Yo no puedo resolverme
A vivir de esta manera!
El que espera desespera.

EMILIA

¿Te cansas ya de quererme?

ANTONIO

¿De quererte, vida mía?
¡Eso, jamás! – Pero sí
De no pasar junto á ti
Todas las horas del día.
Esto no es vida: ¡esto es muerte! –
En fin, decidido estoy:
Si me amas, desde hoy
Une tu suerte á mi suerte.

EMILIA

¿Qué dices?

ANTONIO

¡Prenda adorada!
Amor en el mundo es todo:
Y amándonos de este modo,
¿Qué necesitamos? Nada.
Seis años llevo: á los siete
Soy abogado: hasta allá...
Viviremos... ¡Dios dirá!
Y en abriendo mi bufete...

EMILIA

Vamos, vamos: ten paciencia...

ANTONIO

¡Qué!, ¿no te resuelves?

EMILIA

No.

ANTONIO

¡No amas tú como amo yo!..
¡No amas con esta vehemencia!.

EMILIA

Más que tú. Y porque amo así,
No quiero dar este paso,
Y que luego llegue el caso
De verte infeliz por mí.
Yo te amo sin interés;
Por amarte... – Disfrutemos
Esta dicha; y no pensemos
En lo que será después. –
Cuando esté aquí mi cuñado,
O no me mires, ó vete.

ANTONIO

¿Por qué?

EMILIA

Porque no interprete,
De ese modo depravado
Que suele, este puro amor
Que él no conoce.

ANTONIO

¡Es tormento!
¡Nos vemos sólo un momento
Y ha de haber siempre un temor!

EMILIA

¿Y qué remedio? Es en vano
(Saca la sortija.)
Desesperarse. – Oye aquí.
Para que pienses en mí...
¿Miran?

ANTONIO

No.

EMILIA, le pone la sortija.

Dame la mano.
En los momentos de ausencia
Consuélate con mirarla.

ANTONIO

¡Ah! Te juro conservarla
(Besándola.)
Mientras dure mi existencia.
(Siguen hablando.)

CLARA, á don Juan.

Pero todo eso es muy vago.

JUAN

¿Y qué quiere usted que diga?

CLARA

Lo que se dice á una amiga:
Si no, no me satisfago.
Luis se lo ha contado á usted.

JUAN

Y qué amigo es el que abusa...

CLARA

¡Bien! ¡Muy bien!.. ¿Usted se excusa?

JUAN

(Voy á tenderla una red.)
¡Ay, ese enojo inhumano
Me aterra, me desconcierta!..
Hará usted que me convierta
En el hombre más villano...

CLARA

No señor, de ningún modo.

JUAN

Bien: lo seré, lo seré.
Su secreto venderé.

CLARA

No.

JUAN

Sí: sépalo usted todo.
La engaña á usted.

CLARA, se levanta.

¡Ay! – ¿De veras?
¿Es de veras?

JUAN

¡Sí, señora! –
¿Quiere usted pillarlo ahora?

CLARA

¡Cómo!.. ¿Ahora?...

JUAN

A las primeras
Horas de la noche, sé
Que se ven en cierto puesto. –
Una mantilla... un pretesto...
Y yo la acompaño á usted.

CLARA

Y ella, ¿quién es?

JUAN

(¿Qué le digo?)

CLARA

¡Pronto!

JUAN

(Salgamos del paso
Con cualquier embuste: el caso
Es que se venga conmigo.)
Va usted á saberlo ahora.

CLARA

¿Quién es?

JUAN

Es...

CLARA

(Me desespera.)

JUAN

¡Quien no merece siquiera
Descalzar á usted, señora!

CLARA

¡Eso más!

JUAN

¡Mujer liviana!..
Vamos pronto.

CLARA

Sí.

JUAN

(¡He vencido!)
(Ramón se asoma al foro y tose.)

CLARA

¡Cielos!

JUAN

¡Él es!

CLARA

¡Mi marido!

JUAN

Disimule usted. Mañana... –

(En voz alta, mirando el libro.)

¡Qué hermosa vista! – ¿Antoñito?

ANTONIO

¿Mande usted?

JUAN

Venga usted presto.
¡Mire usted!.. ¡mire usted esto!
¡Qué estampa! – (Aquí quietecito.)

ANTONIO, queda al lado de Clara, mirando las estampas.

¡Qué hermosa!

CLARA

(¡A qué volverá!)

JUAN, se sienta al lado de Emilia.

¿Qué tal? ¿Cumplo lo que ofrezco?
Si en recompensa merezco
Que usted ..

ESCENA XVI

DICHOS, DON LUIS

(Don Luis, al asomar por el foro, se detiene, ve á Antoñito al lado de Clara, y en un arranque de cólera tira el sombrero al suelo.)

LUIS

(¡A su lado está!)

CLARA, EMILIA, ANTONIO

¡Ay!

CLARA

¿Qué tienes?

JUAN

¿Qué te ha dado?

CLARA

¿Vienes malo?

LUIS

Sí.

CLARA

¿De qué?

LUIS

De...

CLARA, le pone una silla.

Siéntate.

LUIS

Yo no sé.

ANTONIO

Yo sé lo que le ha pasado.

LUIS

¡Oiga!

CLARA

(¡Será con la dama!)

ANTONIO

¿A que sí?

JUAN

(Bien va el proyecto.)

ANTONIO

¡Le ha hecho demasiado efecto
El primer acto del drama!

LUIS

(¿Se está burlando de mí?)

ANTONIO

Es tremenda aquella escena
En que el amante envenena...

JUAN

¡Hombre! Pues si empieza así...

CLARA, con ironía.

Quizá el calor...

LUIS

Sí.

CLARA

Se irrita
La sangre...

LUIS

Sí.

CLARA

Y la cabeza...

LUIS, mirándola, escamado.

Sí.

CLARA

¡Pobre!, ¡me da tristeza!

LUIS, á Clara, levantándose.

¡No me hagas caricias!.. ¡Quita!

CLARA

(¡Ay, es verdad!.. ¡Viene ciego!
Disimulemos.) – Señores...

JUAN, toman los sombreros.

Sí: vámonos. – Son vapores...

CLARA, llama.

Una luz. – Con el sosiego...

ANTONIO

Que usted se alivie.

LUIS

Agradezco...
(A ver si tiene...) ¿Antoñito?

ANTONIO

¿Mande usted?

LUIS, alargándole la mano.

Nada: repito
Que esta casa...

ANTONIO, haciendo cortesías.

Y yo me ofrezco...

CLARA

¡No hay hombre que se corrija!

LUIS

Esa mano.

ANTONIO, le da la mano.

Yo deseo...

ESCENA XVII

DICHOS, BENITA, con una luz.

BENITA

¿Señora?

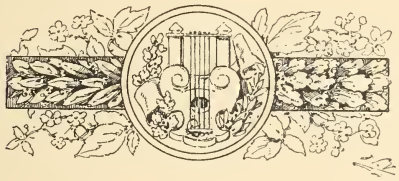
CLARA

Alumbra .. (¡Qué veo!..
¡Los pendientes!..)

LUIS

(¡La sortija!)

(Don Luis y Clara se lanzan una mirada de indignación. – Don Juan y Antoñito se despiden haciendo cortesías. – Cae el telón.)



ACTO CUARTO

La misma decoración del acto primero.

ESCENA PRIMERA

EMILIA

(Está sentada al velador, escribiendo.)

«Mi hermana ha salido á misa:
Vete hacia San Sebastián:
Te haces el encontradizo,
Y la acompañas acá.
Nos veremos un instante
Con alguna libertad;
Porque también mi cuñado
Ha salido, y no vendrá
Hasta cosa de las once,
Que es la hora de almorzar.» –

(Doblando el papel en muchos dobleces.)

No dirá que no aprovecho
Las ocasiones. – Si está,
Como acostumbra, esperando
Que me asome, en el umbral
Del tirolés, se la echo
Por el balcón. – Voy allá.

(Éntrase por la izquierda.)

ESCENA II

DON LUIS, RAMÓN

(Salen por el foro. – Don Luis con capa y embozado, con el sombrero muy calado y como recatándose. – Mientras habla, da la capa y el sombrero á Ramón, el cual los lleva dentro y vuelve luego á salir.)

LUIS

No hay duda: á la iglesia iba:
Allí la dejo. Y por más
Que he mirado dentro y fuera,
Yo no he visto al perillán
Por allí. – Me vuelvo á casa,
Porque ya se va á acabar
La misa, y no quiero que ella
Sospeche que he ido detrás. –
Allí queda de rodillas,
Sin moverse, sin mirar
A ningún lado. – ¡Dios mío!
¿Seré yo tan animal
Que me esté martirizando
Sin fundamento? – ¡Bah', ¡bah!
¿No he visto yo la sortija?
¿No la estoy viendo imitar

En todo aquellas astucias
De que fuí cómplice allá
En otro tiempo... y que tengo
Tan presentes, por mi mal? –
Vive Dios, que estoy pagando
Todo lo que he hecho pasar
A otros maridos. Parece
Castigo providencial
El mío. – Aquellos recuerdos
Siempre me han de atormentar.
¡Cosa es de volverse loco!..

(Sale Ramón.)

¿Ramón?

RAMÓN

¿Señor?

LUIS

Ven acá. –
Vamos, dime: ¿has hecho aquello?

RAMÓN

¿Pues no ha visto usted brillar
En sus orejas?..

LUIS

Y vamos,
Ya viste anoche al galán,
Que vino aquí de visita.

RAMÓN

¿A quién?

LUIS

A Antoñito.

RAMÓN

¡Ah!

LUIS

Emilia, estando yo aquí,
Disimula... es natural.

RAMÓN

(¡Qué rodeos! ¿A que piensa
Que yo se lo he de contar
A su mujer?)

LUIS

Conque, dime,
Dime: ¿has sonsacado ya
A Benita?

RAMÓN

¡Sí, señor!

ESCENA III

DICHOS, EMILIA

(Emilia sale muy alegre, y se queda cortada al ver á don Luis.)

EMILIA

Ya va el pobrecillo... – ¡Ay!
(Ya está aquí. – ¡Qué pronto ha vuelto!
Se descompuso mi plan.)

LUIS

Hola, Emilia. – (Mientras llega
Clara, quiero aprovechar...)

EMILIA

(Si no ha doblado la esquina,
Le haré señas...)

(Yéndose.)

LUIS

¿Dónde vas?
Ven aquí, querida Emilia.

EMILIA

Iba...

LUIS

Tenemos que hablar.

EMILIA

(¡Ay, Dios mío!)

LUIS, ap. á Ramón.

Vete ahora...

RAMÓN, con malicia.

¡Ya estoy!

LUIS

Luego me dirás...

RAMÓN

(Cuanto más tarde lo sepa...)

LUIS

Ponte al balcón...

RAMÓN

¡Voy allá!

LUIS

Oye: y en viendo que llega
La señora, sin tardar
Me avisas. – ¡Cuidado!

RAMÓN

¡Estoy! –
(¡Pues!, lo dije. Anda detrás
De la cuñada. En sabiendo
Que Antoñito es su rival...)

ESCENA IV

DON LUIS, EMILIA

LUIS, mirando el reloj.

(Ya no puede tardar Clara.)
Conque, Emilia, la verdad:
¿Qué tal te fué anoche?

EMILIA

¿Anoche?

LUIS

Dime: ¿estuvieron en paz
Los rivales?

EMILIA

¿Qué rivales?

LUIS

¡Vamos!.. Antoñito y Juan.
¿Quién ganó la palma?

EMILIA

Nadie.

LUIS

¡Vamos, ten franqueza!

EMILIA

¡Hay tal
Cosa! ¿No digo que nadie?

LUIS

Si Juan me ha dicho que está
Muerto por ti.

EMILIA

(Con mentira
Quiere sacar la verdad.
¡Ya está fresco!)

LUIS

¿No se estuvo
A tu lado, sin cesar
De hablarte en toda la noche?

EMILIA

Sí.

LUIS

¿Sí? – ¿Conque sí?

EMILIA

Sí tal.
(El quiere engañarme, y yo
Soy la que le va á engañar.)

LUIS

Pues... ¡Y Antoñito estaría
Ciego... dado á Barrabás!

EMILIA

¡Qué disparate!

LUIS

¿Pues cómo?

EMILIA

Hombre, ¿no te he dicho ya
Que á mí ni Antonio ni nadie
Se me ha acercado jamás
A hablarme de amor? – ¡Es mucho
Empeño de sospechar!..

LUIS

¿Conque no? Pues yo le hallé
Alterado... ¡Es natural!
Te hacía el otro el amor...

EMILIA

¡Dale! ¡que había de estar
Alterado!.. – Allí se estuvo
(Señalando al velador.)
Con mi hermana en santa paz...

LUIS

¿Dónde?

EMILIA

Allí... mirando estampas.

LUIS

(¡Estampas!..)

EMILIA

Pues: sin pensar
En el santo de mi nombre.

LUIS

(Cierto; yo los vi... ¡No hay más!
¡Infames! ¡No cabe duda!)

EMILIA

(Me ha querido sonsacar,
Pero se ha llevado chasco.)

ESCENA V

DICHOS, RAMÓN

RAMÓN

¡Señor!.. ¡Señor!.. Ahí está.

LUIS

(¡Traidora!..)

RAMÓN

Y viene...

LUIS

¿Con quién?

RAMÓN, con tristeza maliciosa.

¡Con Antoñito!

LUIS

(¡Qué tal! –

¡Digo!.. ¡y hace un cuarto de hora
Que se ha debido acabar
La misa! – En un cuarto de hora ..
– ¡Bestia!.. Si me estoy allá,
Los sigo y...)

RAMÓN

(No la conquista.
El chico la gusta más.)

(Se va.)

ESCENA VI

LUIS, EMILIA, CLARA, ANTOÑITO

(Clara sale del brazo de Antoñito, el cual trae el devocionario en la mano.)

EMILIA

(¡Pues ahí viene!)

ANTONIO

(Ya está en casa
El cuñado. ¡Voto va!)
Señorita... – Caballero...
Usted me ha de perdonar...
Al salir de misa dió
La feliz casualidad
De que encontrase á Clarita;
Y aunque no es hora de...

LUIS

¡Ya!

ANTONIO

Como anoche quedó usted
Indispuesto.., mi ansiedad
Por saber...

LUIS

¡Gracias!

ANTONIO

(¡Qué cara!)

LUIS

(¡Es situación infernal
La de un marido! – ¡Tenerlo
Aquí... y no poderlo ahogar!)

ANTONIO

¿No está usted mejor?

LUIS

Sí estoy.

ANTONIO

¡Ay! Pues si eso fué no más
Que con el acto primero,
Si usted se queda... ¡ya, ya!

LUIS

(¡Me está chuleando!)

ANTONIO

Yo fuí,
Y aún alcancé la mitad.
¡Qué drama ¡Qué versos tiene!
Hay una escena al final
Del cuadro décimo, toda
En seguidillas, que está
Versificada.. ¡Pues digo!
Y cuando van á quemar
Los dos herejes... marido
Y mujer, y cadá cual
Dice, al subir á la hoguera,
Un soneto.

LUIS

(Este truhán
Se está burlando de mí,
Y yo lo voy á matar.)

CLARA

Lo que es el drama de anoche...
El que le hizo tanto mal
A Luis... tiene un desenlace...
Que él no espera.

LUIS

(¡Se dará
Un descaro!.. ¡Yo estoy ciego!..
¡Yo voy á escandalizar!)

ANTONIO

(Para no hablarla y ver malas
Caras, me voy al portal
Del tirolés, que allí al menos...
Si se asoma...) En fin...

(Saludando.)

EMILIA

(Se va.)

ANTONIO

¡Señoras!.. ¡Señor don Luis!..

LUIS

¡Abur!.. (¡Me la has de pagar!)

ESCENA VII

DON LUIS, CLARA, EMILIA

LUIS

¡Qué larga ha sido la misa!

CLARA

¿Larga? – Pues yo... la verdad...
Como tú eres tan casero...

Creí que el tiempo que estás
En casa... aunque yo esté fuera...
No te debía pesar.

LUIS

¿Habrás rezado?..

CLARA

No. – He ido
A una diligencia.

LUIS

¿Cuál?

CLARA

He ido á la agencia.

LUIS

¡A la agencia!

CLARA

A la agencia, sí: á encargar
Criada.

LUIS

¿Para qué?

CLARA

Ven,
Emilia. – Ya lo sabrás.

ESCENA VIII

DON LUIS

Esto es hecho: no resisto.
¿Qué espero? ¿Qué hay que saber?
Todo cuanto puede ver
Un marido, yo lo he visto.
Quizá no ha echado borrón
En su honor; pero es el caso
Que la que da el primer paso
Ya demuestra la intención.
Y en la lógica del mundo
Pasa como verdadero
Que la que ha dado el primero
Da sin remedio el segundo.
La deducción será necia;
No importa; así hay que juzgar,
Y nadie puede apreciar
Mujer que el mundo no aprecia.
Mato á ese hombre... ¿Y qué se gana?
Evitar el riesgo de hoy.
Pero viene otro; y estoy
En igual riesgo mañana.
No hay remedio: una vez ya
La confianza perdida,
No se recobra en la vida.
Y pues á tiempo se está,
Evitemos desde aquí,
Evitemos ¡Dios piadoso!
El ridículo espantoso
Que va á caer sobre mí! –
Pero antes de dar el paso... –
¿Ramón? – No me ha de quedar
Escrúpulo: he de apurar
Hasta las heces el vaso.

ESCENA IX

DON LUIS, RAMÓN

RAMÓN

¿Señor?

LUIS

Ven acá, Ramón:
Cuéntame pronto...

RAMÓN

¿Qué cosa?

LUIS

Vamos, cuenta... y poca prosa.

RAMÓN

(¡Ay, cómo está! ¡Hecho un león!)

LUIS

¿Te ha contado ya Benita?..

RAMÓN

Toda su historia.

LUIS

Pues anda.

RAMÓN

Benita nació en Arganda...

LUIS

Al grano.

RAMÓN

Y desde chiquita
Se la trajo esta familia,
Que la quiere...

LUIS

(¡Estoy deshecho!)

RAMÓN

Es el ojito derecho
De la señorita Emilia.

LUIS

¿Y Emilia en fin?..

RAMÓN

¡Es honrada!..

LUIS

Pero...

RAMÓN

Y lo que es hasta el día...

LUIS

Conque...

RAMÓN, con un arranque de queja.

¡Usted no merecía
Que yo le dijese nada!

LUIS

¿Qué es esto?

RAMÓN

A un criado fiel
Que siempre guardó en su pecho...

LUIS

¿Qué dices?

RAMÓN

Que siempre ha hecho
Con usted otro papel: –
Que no fué nunca imprudente,
Ni tuvo el menor desliz
En aquel tiempo feliz
En que era su confidente,
Guardarle este desengaño.
¡Temer que vaya y lo charle!..

LUIS

¡Pero, hombre! .

RAMÓN

Vamos, tratarle
Como si fuera un extraño,
En vez de llamarle aparte
Y decirle: oye, Ramón;
Tengo aquí en mi corazón
Un secreto que contarte...

LUIS

¡Cómo!.. ¿Qué dices?..

RAMÓN

Secreto
Que confío á tu lealtad.
Oye mi debilidad...
Y ayúdame en este aprieto.

LUIS

(¡Dios mío! . Y yo que creía
Que nadie había notado...)
¿Conque tú has adivinado?..

RAMÓN

¡No, que se me escaparía!

LUIS

(¡Pues! Al que tiene la espina
De los celos, cosa es clara,
Se le conoce en la cara.
¡No hay duda, estoy en berlina!
Porque no hay pasión que dé
Entre la pícara gente
Mas tormento al que la siente,
Ni más risa al que la ve.)

RAMÓN

En diez años que he vivido
Con usted... ¿Diez años?.. ¡Más!

LUIS

Dime, dime: y los demás
¿Crees tú que lo han conocido?

RAMÓN

Ninguno se lo malicia.

LUIS

¡Respiro! – Y di: ¿hay fundamento
De temer?

RAMÓN

Señor, yo siento
Dar una mala noticia.

LUIS

¿Mala?

RAMÓN

¡Remala!

LUIS

Di, ¿cuál?
¿Qué te ha dicho esa muchacha?
Vamos, ¡pronto!.. ¡habla!.. ¡despacha!..

RAMÓN

¡Que tiene usted un rival!

LUIS

¿Un rival?.. ¿Ese canalla?..

RAMÓN

Antoñito, sí, señor:
Ese es quien hace el amor
A la...

LUIS

No la nombres... ¡Calla! –
¡Jamás tu labio revele
Ese nombre! – ¡Me sonrojo!..

RAMÓN

¡Yo lo creo! – ¡Es mucho antojo!..
¡Preferir á ese pelele!..

LUIS

(¡Venderme así!.. ¡Oh Clara... Clara!..)
Vamos... cuéntamelo todo:
Cómo empezó .. De qué modo...

RAMÓN

Antes que usted se casara.

LUIS

¡Antes!..

RAMÓN

¡Mucho antes! – Benita
Ha sido la protectora;
Y hoy riñó con la señora
Por no sé qué sortijita
Comprada para ese bicho,
Y cartas que le ha llevado;
Y el ama la ha amenazado
Con echarla. – Esto me ha dicho.

LUIS

No digas más: ¡basta ya!

RAMÓN

Usted debe despreciarla.

LUIS

Sí, la desprecio.

RAMÓN

Y dejarla ..

LUIS

Lo haré, y hoy mismo será. –
¡Ay, no te cases, Ramón!
¡No te cases, escarmienta!

RAMÓN

Ya; pero el que se contenta
Con su mujer...

LUIS

¡Qué ilusión!
¡Ya ves lo que á mí me pasa!
Me caso como un bendito:
Dejo el mundo: me limito...
A lo que tengo en mi casa...

RAMÓN

¡Ya, eso sí!

LUIS

Nada más quiero;
Y el primer recién venido...

RAMÓN

Pero usted huele á marido;
Y el otro al fin es soltero.

LUIS, ap.

¡Separación! – No se ría
Más de mí. – Voy á escribir. –
La daré para vivir
Mi hacienda de Andalucía.

ESCENA X

DICHOS, DON JUAN

JUAN

¡Hola, Luisillo! ¿Qué tal?
¿Se pasó ya el arrechucho?

LUIS, abrazándole tiernamente

¡Juan!.. ¡No te cases!

JUAN

¡Qué escucho!

LUIS

¡Tú eres mi amigo leal!

JUAN

¡Oh!, eso sí.

LUIS

¡Pues no te cases!

JUAN

¿Ni con Emilia tampoco?

LUIS

Con ninguna.

JUAN

¡Tú estás loco!

LUIS

No, Juan.

JUAN

Pues, ¿y aquellas frases?

LUIS

Ya te diré. – En este estado
No se encuentran más que abrojos.

JUAN

¡Cómo!

LUIS

Hay que cerrar los ojos...

JUAN

Pero...

LUIS

O vivir desgraciado.

(Se va á su cuarto.)

ESCENA XI

DON JUAN, RAMON

JUAN

¿Qué es esto?, ¿qué tiene?

RAMÓN

¡Toma!
¿Pues no se lo dije á usted?
Enamorado y celoso.

JUAN

¿Celoso de su mujer?

RAMON

¡Qué! No, señor. Ahora mismo
Me ha confesado de quién.

JUAN

¿De quién?

RAMÓN

De su cuñadita.

JUAN

¡Qué dices! ¿De Emilia?

RAMÓN

¡Pues!
Anda tras de ella hace mucho.

JUAN

Y me la ofrecía ayer
Por esposa. – ¡Ah, gran bribón!
¿Quiere hacerme su merced
El editor responsable? –
¡Pillo! Yo me vengaré.
Su mujer tiene sospechas...

RAMON

¿Sí? Por fuerza. Si está él
Que no disimula. Acaba
Ahora mismo de saber
Que Antoñito es preferido,
Y se ha puesto hecho un Luzbel.

JUAN

¡Ya caigo! Por eso yo
Le notaba un no sé qué...
¡Ella viene!

RAMON

Pues me voy. (Se va.)

JUAN

Si se lo digo, va á arder
La casa. – ¡Mejor! A río
Revuelto...

ESCENA XII

DON JUAN, CLARA

CLARA

Yo le diré
A mi marido...

JUAN

¡Señora!

CLARA

(¡Qué posma!)

JUAN

¡Perdone usted!
Decidido vengo ya
A cumplir aquel cruel
Precepto...

CLARA

No es necesario...

JUAN

Anoche no estaba bien
Enterado...

CLARA

Sí, por cierto ..

JUAN

Pero ya...

CLARA

Todo lo sé.
Tengo á esa digna rival
Dentro de casa.

JUAN

¡Tal vez!

CLARA

Ya recuerdo la indirecta.
Me dijo usted que es mujer
La tal, que no merecía
Descalzarme. Y así es.

JUAN

(¡Pues no es poco vanidosa!)

CLARA

Y ahora mismo, sin perder
Tiempo, la acabo de echar
De mi lado.

JUAN

¡Cómo! ¿A quién?

CLARA

A la niña desenvuelta...

JUAN

¿Es posible... tanta hiel?..
(¡A su hermana! – ¡Lo que ciegan
Los celos á una mujer!)
¿Y dónde ha de ir?..

CLARA

A la calle.

JUAN

Pero...

CLARA

¡A la calle!

JUAN

Pues qué,
¿Abandona usted así?..

CLARA

¡Infame! Corresponder
De esa manera al cariño
Con que desde la niñez
La he mimado...

JUAN

¡Eso es verdad!

CLARA

¡Así ha llegado á tener
Esos humos!

JUAN

¡Ya!

CLARA

A escaparse
De casa...

JUAN

¿De casa?

CLARA

Pues.

JUAN

(¡Qué tal, la niña inocente!)
Pero dónde quiere usted
Que vaya, sola...

CLARA

Y á ese
Hipócrita yo le haré
Entender si es noble acción
Divertirse en corromper
A una muchacha...

JUAN

¡Ese sí!
Ese merece...

CLARA

Y también
A ese alhaja de criado,
Que sin duda ha sido el que...

JUAN

¡Calma, señora! Estas cosas
Se hacen...

(En tono de intimidad amistosa.)

CLARA

También á usted.

JUAN

¿A mí?

CLARA

A usted. – Que si un momento
Pude, por satisfacer
Esta duda, tolerar
Lo que una mujer de bien
No consiente á ningún hombre
Cuyas intenciones ve,
Ya es tiempo de que usted sepa
Que se ha engañado esta vez.

JUAN

Como no diga usted eso,
Señora, por el placer
De darme unas calabazas
Que no he buscado, no sé...

CLARA

¿Va usted á hacerme la escena
Del *Desdén con el desdén?*
La sé de memoria.

JUAN

Juro
Que ningún otro interés
Que el de la amistad... (Con esta
No saco partido. – A ver
Si con la hermana, que ahora
Sale de casa...) Y en fe
De que es así... ¿Usted persiste
En la idea de expeler
A esa infeliz?..

CLARA

Sí, señor.

JUAN

Pues yo la recogeré.

CLARA

¿Usted?

JUAN

Sí, señora: yo.
Yo soy su amparo.

CLARA

Muy bien.

JUAN

Yo me la llevo á mi lado.

CLARA

Me alegro.

JUAN

¡Yo velaré
por su inocencia!

CLARA

¡Oh!, eso sí:
Por supuesto. – Herede usted
A su amigote. – Ahí está:
Cargue usted con ella.

JUAN

¿Eh?

ESCENA XIII

DON JUAN, CLARA, BENITA

(Benita sale con mantilla puesta, llorando á lágrima viva.)

BENITA

¡Señora!..

CLARA

No, no te aflijas.
Mira, el señor quiere ser
Tu protector...

BENITA, va hacia él, llorando.

¡Caballero! .

JUAN

¡Quita, quita!..

BENITA

Yo no sé
Por qué me despide.

JUAN

Bueno:
Yo tampoco.

BENITA

Quiero ver
Al amo. ¿Dónde está el amo?.

CLARA

¡Calla, infame!

BENITA

Yo sé que él
Me protege..

CLARA

¡Sal de aquí,
Bribona!

JUAN

(¡Conque ésta es!
Y ese bruto de Ramón...)

ESCENA XIV

DICHOS, RAMÓN

RAMÓN

¡Qué gritos!..

JUAN

¡Camueso!

RAMON

¿Qué?

JUAN

Si no es Emilia, ¡borrico!,
Que es ésta.

RAMON

¡Benita!

JUAN

Pues.

RAMON

¡Ay, San Francisco! ¡Por eso
Me ha querido á mí también
Casar con ella!

BENITA

¡Caramba!
Después que una cobra ley...

ESCENA XV

DICHOS, EMILIA

EMILIA

¿Qué sucede?

BENITA

¡Ay, señorita
De mi vida! Venga usted;
Que la señora me ha echado.

EMILIA

¡Te ha echado! – ¿Por qué?, ¿por qué?

CLARA

Ella lo sabe.

EMILIA

(Yo soy
La causa. ¿Qué debo hacer?)

ESCENA XVI

DICHOS, DON LUIS

(Don Luis sale de su cuarto con un papel en la mano: se detiene contemplando á Clara.)

LUIS

(¡Que oculte tanta doblez
Bajo ese aire de candor! –
Pero es preciso. – ¡Valor! –
La hablo por última vez.)

BENITA, se acerca á él llorando

¡Ay, señor! Me ha despedido.

LUIS

¡Oiga! – Tú te habrás negado
A hacer lo que te ha mandado...
– ¿No es eso, Clara?

CLARA

Eso ha sido.

LUIS

(Lo que me dijo Ramón.
Pues! – Si aún me quedara duda. .)

BENITA

Señor, si usted no me ayuda. .

CLARA

Pídele su intercesión.

LUIS

Clara... Ya es en vano todo:
No necesitas echarla.

CLARA

¿No? – Yo misma he de plantarla
En la calle de este modo.
(Va hacia ella.)

LUIS

Estáte quieta.
(Deteniéndola.)

CLARA

¡Traidor!
¿Te atreves?..

LUIS

¡No escandalices! –
Vamos, y ¿por qué no dices
La causa de ese rencor?

CLARA

¿Tú me provocas, ingrato?..
¿Quieres que en público diga
La razón que á esto me obliga? .

LUIS

Eso es echarlo á barato.
Dila, sí.

CLARA

¡Se ha visto tal!

BENITA

¡Diga usted!

EMILIA

Habla.

CLARA

¡Por vida!..

JUAN

(No hay cosa más divertida
Que una riña conyugal.)

CLARA, trayendo con violencia á Benita.

Cuenta sin avergonzarte
Lo de anoche. ¿Adónde fuiste?
Y otras mil veces ..

EMILIA

(¡Ay triste!)

CLARA

De cierto tiempo á esta parte.

BENITA

¡Ay, señorita! ¿Usted ve?..

CLARA

Vete al punto de mi casa.

LUIS

Basta, Clara: esto ya pasa...

CLARA

Vete.

LUIS, acercándose á Clara.

Yo también me iré.
Ella, porque ya no quiere,
Lo sé, servirte á tu gusto:
Yo, Clara, porque no es justo
Que, sabido, lo tolere.

CLARA

¡Luis! . ¿Qué dices?

LUIS

Sí: los dos.

CLARA

¿Quieres humillarme más?

LUIS

No finjas.

CLARA

¿Tan ciego estás?..

LUIS

Lo he resuelto. – Toma. – Adiós.
(La da el papel.)

CLARA

¿Qué es esto?
(Leyendo.)

BENITA, á Emilia

¿Lo está usted viendo?
¡Por usted! - ¡Yo bien decía!

EMILIA

No llores.

BENITA

¡Yo bien temía
Lo que me está sucediendo!

JUAN, á don Luis.

¿Conque á la chita callando
Tú te arreglabas con ella?

LUIS

¡Yo!.. ¿Con quién?

JUAN

Con la doncella.
¿Te vas á vivir á Arganda?

(Siguen hablando: don Luis muestra extrañeza.)

CLARA, leyendo.

¡Qué veo! – ¡Celos!.. ¿De quién?

EMILIA, á Benita.

Ya que es ese tu delito,
No has de salir.

CLARA, leyendo.

¡De Antoñito!
¡Luis se ha vuelto loco!

EMILIA, á Benita.

Ven.

CLARA, leyendo.

¡Separación!

EMILIA

Todo, sí,
Aunque el contarlo me aflija,
Se lo diré.

CLARA, leyendo.

¡La sortija!
¡Cómo! Si la tengo aquí.

(La saca.)

EMILIA, se acerca trayendo de la mano á Benita.

Clara: aunque al dar este paso
Me muera, hacerlo me toca;
Y quiero que de mi boca
Sepas la verdad del caso.
Yo defiendo su inocencia:
La culpada aquí yo he sido.
Cuantas veces ha salido
De casa, sin tu licencia
Y después de resistirlo,
Es porque yo la he enviado...

CLARA

¿Tú?

EMILIA

Yo: con carta ó recado ..
A quién, excuso decirlo.

CLARA

¿Y anoche?

EMILIA

Instándola mucho,
Logré que fuese... ¡hice mal!..
Por la otra sortija igual...

CLARA

¿Para Antoñito?..

LUIS

¡Qué escucho!
¿Conque hay dos sortijas?

CLARA

Sí,
Mira.

LUIS

¿Y la otra?

EMILIA

Él la tiene.

LUIS

¿Dónde está?

EMILIA

Muy pronto viene.
¿Le llamo?

LUIS

Llámale aquí.

ESCENA XVII

DICHOS, menos EMILIA

LUIS

¡Clara, Clara'.. ¡Sí, esta es!

(Mirando la sortija.)

¿Y por qué no me la diste?

CLARA

Y tú, ¿para quién trajiste
De casa del tirolés?..

LUIS

¡Ah!.. ¿Los pendientes?.. ¡Perdona!..
Quise ganarla... – Pues mira,
Toda esta infame mentira
Es obra de esa bribona.

CLARA

¡De ella! – Ven acá, Benita.
(La trae de un brazo, y don Luis á Ramón.)

LUIS, á Benita.

Tú le has dicho á este tunante
Que Antoñito...

RAMÓN

Era el amante...

CLARA

¿De quién?

BENITA

De la señorita.

LUIS, á Ramón.

¡Infame! ¿Pues no me has dicho
Que era rival mío?

RAMÓN

Sí.
Pero fué porque creí
Que usted tenía capricho
Por su cuñada.

LUIS

¡Bribón!
(Le da un puntapié: Ramón se escapa.)

JUAN

(¡Qué enredo tan singular!)

CLARA

¡A lo que has dado lugar
Con esa necia aprensión! –
Pero ¿de dónde ha nacido?..

LUIS

Ayer, hablando con Juan,
Recordé cierto galán
A quien el mismo marido...

CLARA

¡Ya!.. Y el señor, que es profundo
En esto de intrigas...

JUAN

No:
Yo no le dije. .

LUIS

Fuí yo,
Yo solo...

CLARA

¡El hombre de mundo!

ESCENA XVIII

DICHOS, EMILIA, ANTOÑITO

(Emilia sale de lo interior, Antoñito viene de la calle.)

EMILIA

Aquí viene...

ANTONIO

¡Emilia!.. – ¡Tate!

LUIS

¿Dónde estaba?

EMILIA

Ahí cerca.

ANTONIO

Pues:
En casa del tirolés.

JUAN

¡Cómo! ¿En el escaparate?

EMILIA

Todo se sabe, Antoñito.
Ha habido necesidad
De declarar la verdad.

ANTONIO

Me alegro. – Ya estaba frito,
Y resuelto, á fe de Antonio,
Sin consultar más contigo,
A presentarme á este amigo
(Por don Luis.)
Y pedirte en matrimonio.

LUIS, mirando la sortija.

¡Esa mano!.. (¡Ella es!) – Muchacha,
¿Qué dices tú?

EMILIA

Yo... si hubiera
Acabado su carrera...

LUIS

Joven es.

CLARA

Esa no es tacha.

EMILIA

¿No decías?..

CLARA

He adquirido
Convencimiento profundo
De que el tener mucho mundo
No hace feliz á un marido.
Lo que él con otros ha hecho
Cree que hacen todos con él,
Y esa sospecha cruel
Le tiene en continuo acecho.
Ella las mañas pasadas
Del marido sabe ya;
Y al menor paso que da
Cree que ha vuelto á las andadas.
De manera que á uno y otro
¿De qué les viene á servir
Tanto mundo? – De vivir
Eternamente en un potro.
Luego... á la menor sospecha...
Nunca falta algún amigo...

JUAN

(¡Adiós! Esto va conmigo...)

LUIS, fijando la vista en don Juan.

¡Hola!

JUAN

La paz ya está hecha.
Conque...

LUIS

Adiós, Juan.

JUAN

(No es extraño
Que esté tan arisca ahora.
Lleva tres meses...) ¡Señora!
(Saludando.)
(Volveré dentro de un año.)

ESCENA XIX

DICHOS, menos DON JUAN

LUIS

Di: ¿conque éste?..

CLARA

¡Te has lucido!
Sospechas del inocente,
Y de ese que es justamente...
(Don Luis hace ademán de ir tras él. Clara le detiene.)
¿Qué vas á hacer? – Ya se ha ido.
Déjalo estar.

LUIS

¡Voto á brios!
¿Conque no tenemos medio
De escapar?

CLARA

No hay más remedio
Que echarse en brazos de Dios.

LUIS

¡Ah, en los tuyos!
(La abraza.)

CLARA

Haces bien. –
Niños, á casarse pronto.

ANTONIO, á Emilia.

¡Tu mano! –

EMILIA, con vergüenza.

Anda, no seas tonto.

CLARA

Y quiero haceros también
Un pequeño regalito.
Yo tengo en Andalucía
Una posesión .. que es mía...
¿No es verdad? – Aquí está escrito.
(A don Luis, mostrando un papel que venía dentro de la carta.)

LUIS, ap. á Clara

¡Calla!..

CLARA

Luis es tan galante
Que me la ha cedido á mí...
Para que yo fuese allí
A habitar en adelante. –
Yo os la regalo; y espero
Que aceptéis...

LUIS

Pero...

CLARA, ap. á don Luis

El haber
Dudado de tu mujer
Te ha de costar el dinero.

LUIS

¡Qué quieres! ¡Lo vi de un modo
Tan claro!

CLARA

No viste nada:
Es que tu vida pasada
Viene á envenenarlo todo.
Pon en olvido profundo
Esa experiencia fatal:
Que no basta pensar mal
Para ser *hombre de mundo.*

DON FERNANDO EL DE ANTEQUERA

DRAMA HISTORICO EN TRES ACTOS, EN VERSO

PERSONAS

EL INFANTE DON FERNANDO. – RUY LÓPEZ DÁVALOS, condestable de Castilla. – FRAY VICENTE FERRER (el Santo). – EL CONDE DE URGEL. – DIEGO LÓPEZ, justicia mayor de Castilla. – FERNÁN GUTIÉRREZ DE VEGA, repostero mayor del infante. – FERNANDO DE GUZMÁN, procurador de Toledo. – DON FADRIQUE, conde de Trastamara. – DON SANCHO DE ROJAS, obispo de Palencia. – LA REINA DOÑA CATALINA. – EL REY DON JUAN II, niño de dos años. – Ricos hombres, caballeros, escuderos, pajes, procuradores, reyes de armas, soldados, etc.

La acción pasa en Toledo en el año de 1407

ACTO PRIMERO

El teatro representa el claustro que da frente á la capilla del arzobispo don Pedro Tenorio, en la catedral de Toledo. Hay á la izquierda del actor una puerta que conduce á la iglesia: á la derecha los arcos que dan al jardin. Los personajes que vienen de lo exterior salen por la derecha del foro, que es por donde se supone que continúa el otro lado del claustro que hace ángulo con el que figura la escena.

ESCENA PRIMERA

EL CONDESTABLE, DON DIEGO

(Ambos salen de la iglesia.)

EL CONDESTABLE

En este claustro, don Diego,
Quiero hablaros un instante,
En tanto que se concluyen
Los solemnes funerales
Que por el alma de Enrique
Nuestro rey, que en paz descanse,
Se están celebrando.

DIEGO

Bien
Habéis hecho, condestable,
En sacarme de la iglesia.
Dejadme por Dios, dejadme
Que vuelva en mí!.. Me ha asombrado
La elocuencia de ese fraile.

EL CONDESTABLE

¡A quién no admira y suspende
Siempre que los labios abre

Ese apóstol milagroso
De evangélicas verdades!

DIEGO

De fray Vicente Ferrer
Se cuentan prodigios grandes:
Y al ver lo que á mí me pasa
Cuando acabo de escucharle,
Que de congoja en el pecho
El corazón se me parte,
No extraño ya que convierta
Con sermones de esta clase
Los moriscos á docenas,
Los judíos á millares.
¡Dios mío! Si de tal suerte
Me ha edificado, que casi
Estoy tentado por ir
A un monasterio á encerrarme!..

EL CONDESTABLE

No, don Diego, sosegaos;
Y ese fervor empleadle
En servicio de la patria,
Que reclama en este instante
Vuestro apoyo.

DIEGO

¿El mío?

EL CONDESTABLE

Sí.

DIEGO

¿De qué manera?

EL CONDESTABLE

Escuchadme.
Desde que víctima al fin
De su dolencia constante
Murió nuestro rey, Castilla
Está sin rey que la mande.

DIEGO

¡Cómo sin rey! Pues decid:
¿En Segovia con su madre
No está el príncipe de Asturias?

EL CONDESTABLE

¡Príncipe de Asturias! Nadie
Le ha proclamado en Castilla.

DIEGO

Es cierto que á proclamarse
No llegó; mas...

EL CONDESTABLE

Si don Juan,
Que dos años no cabales
Cuenta de edad, sube al trono,
Será lo que os dije antes:
Que tendrá Castilla rey,
Pero no rey que la mande.
¡Y en qué ocasión, santo Dios!
Portugal por una parte,
Con el recuerdo orgullosa
De Aljubarrota, al combate
Se apresta, y romper intenta
Las mal concertadas paces.
El moro rey de Granada,
Faltando al pleito-homenaje,
Nos niega el tributo. El duque
De Benavente escaparse
De su prisión ha logrado,
Y al frente de sus parciales
Subir al trono pretende.
Y á tantas calamidades,
¿Qué opone Castilla? ¡Un rey
De dos años. . y durante
Su menor edad, discordias,
Tumultos, que, por alzarse
Con el poder, moverá
La ambición de nuestros grandes!
Don Diego, evitar conviene
Que vuelvan á renovarse
Los odios que se encendieron
En época no distante,
Y que el reinado del hijo
Empiece como el del padre.

DIEGO

Infundado es el temor:
Los casos no son iguales.
Niño y solo don Enrique
Cuando el trágico desastre
Del rey su padre, no extraño
Que á la regencia aspirasen
Los varones de más cuenta.
Mas, ¿quién habrá que levante
El pensamiento á esa altura
Hoy que, con derechos tales
Como ser tío del rey,

Tiene Castilla un infante,
El infante don Fernando,
Cuya prudencia admirable,
Cuyo valor sin segundo,
Cuya justicia le hacen
De todos cuantos le ven
Conquistar las voluntades?
En las Cortes que en Toledo
Quiso el rey que se juntasen,
A las que ya no pudiendo
Asistir por sus achaques,
Mandó en su nombre á su hermano,
Ruy López, ¿no le admirasteis
Como le admiramos todos?
¿No visteis cuán arrogante
Pidió á los procuradores
De las villas y ciudades
Que para la santa guerra
Contra el granadino alarbe
De un millón de oro en dineros
El servicio le otorgasen?
¿No le visteis cuán brioso,
Oprimiendo los ijares
Del fogoso palafrén,
Salió del Tajo á la margen,
Y á la numerosa hueste
De caballos y de infantes
Pasó reseña, aclamado
Por vítores á millares?
Vedle allí, de devoción
Modelo, humilde postrarse
Al pie del túmulo regio
Donde el rey su hermano yace,
Vertiendo lágrimas tiernas... –
Mas ¿á qué me canso en balde
En elogiaros sus prendas,
Si acaba de hacerlo el padre
Fray Vicente en su sermón
Con elocuencia tan grande?
Él «esperanza de un reino»
Le llamó: bien lo escuchasteis... –
Y vos que desde su infancia
Sois su amigo inseparable,
Y que mejor que ninguno
Debéis saber cuánto vale,
Extraño que al verle asir
El timón de aquesta nave,
Tanto temáis que zozobre
Entre recias tempestades.

EL CONDESTABLE

Cuantos elogios hacéis;
Cuantos hizo el venerable
Religioso; cuanto el mundo
Entero pueda elogiarle,
Aún no es posible, don Diego,
Que á igualar jamás alcance
A la alta opinión que tengo
De sus raras cualidades.

DIEGO

Pues entonces ..

EL CONDESTABLE

«Esperanza
De un reino» oisteis llamarle:
Pues escuchad el enigma
Que encierra la triste frase
De ese oráculo cristiano. –
Sin hijos que le reemplacen
En el trono de Aragón,
El rey don Martín nombrarse
Quiere un sucesor. Alega,
Entre varios aspirantes,
Don Jaime, conde de Urgel,
Los derechos de su sangre;
Y aunque cuenta en los tres reinos
Gran número de parciales,
El rey don Martín se inclina
A don Fernando, que añade
Al título de sobrino
Altas prendas personales.
¡Ah!, no hay duda: le veréis
En aquel trono sentarse.
Fray Vicente, como es justo,
Quiere á su patria llevarle;
Y ese reino de quien dijo
Que era esperanza el infante,
Es Aragón, no Castilla.
Ved si en circunstancias tales
Son fundados mis temores.

DIEGO

Pero el riesgo está distante.
Aún vive el rey don Martín...

EL CONDESTABLE

Escuchad, don Diego, aparte. –
El riesgo está muy cercano.

Avisos confidenciales
Me anuncian que su salud
Infunde temores graves.
Postrado en el lecho está,
Y se aguarda por instantes
Su muerte. De esta noticia
Don Fernando nada sabe,
Y antes que Aragón al trono
En daño nuestro le llame,
Cansados ya de disturbios
Los prelados y los grandes,
Y cada cual receloso
De que un rival se levante
Con el poder, y Castilla
Quede entregada al embate
De encontradas ambiciones,
Si no hay rey que las ataje;
En don Fernando hemos puesto
Los ojos, y por dictamen
De todos se ha decidido
Hoy mismo ..

DIEGO

¿Qué?

EL CONDESTABLE

¡Coronarle!

DIEGO

¡Qué decís!.. – Pero la reina
Es natural que reclame
Del niño don Juan su hijo
Los derechos...

EL CONDESTABLE

Será en balde.
Retirada á vida obscura,
Atenta á los maternales
Cuidados, sin que del trono
Haya gozado un instante,
Ni la ambición la domina,
Ni tiene en el reino á nadie
Que alce en su favor la voz. –
Mas para evitar que trate
De intentarlo, á vos, don Diego,
Como el más fiel y el más hábil,
Encomendamos la empresa. –
En tanto que aquí al infante
Proclamamos, vos, tomando
Diez lanzas que os acompañen,
Partís al punto á Segovia
Y lleváis nuestro mensaje
A la reina.

DIEGO

¡Yo, Ruy López!..

EL CONDESTABLE

Y cuando hagáis que se embarque
En Fuenterrabía, y lleve
Sus hijos al patrio margen
Del Támesis, do tranquila
En el hogar de Alencastre
Sus años felices vea
En dulce paz deslizarse,
Volved, don Diego, á Toledo,
Donde, á pesar de rivales
Que vuestro cargo ambicionan,
Seréis como fuisteis antes
Justicia mayor del reino;
Con la gloria de que á nadie
Sino á vos será deudor
De su corona el infante.

DIEGO

Si es la voluntad de todos...

ESCENA II

DICHOS, DON FADRIQUE, UN ESCUDERO

FADRIQUE

¡Tristes nuevas, condestable! –
Este escudero que llega
De la frontera las trae.
El moro ha roto la tregua;
Y con huestes formidables
Metiéndose por Baeza,
No hay quien sus fuerzas ataje.

EL CONDESTABLE

¡Esto más!

FADRIQUE

Hasta Quesada
Se extiende ya. Los alcaides
Que guardan las fortalezas
Cercanas á aquella parte,

En vano oponer quisieron
Su valor al fiero enjambre
De bárbaros: arrollados
Por el número, su sangre
Vertieron, quedando muertos
En tan desigual combate
Muchos nobles caballeros:
Garci-Osorio, Martín Sánchez
De Rojas, el mariscal
Juan de Herrera...

DIEGO

¡Oh lamentable
Suceso!

EL CONDESTABLE

Ya veis, don Diego,
Ya veis las plagas que caen
Sobre Castilla...

FADRIQUE

Castilla
Nos pide un rey que la salve.

EL CONDESTABLE

¡Y lo tendrá!

FADRIQUE

¡Lo tendrá!

EL CONDESTABLE

Entrad, escudero, y dadle
Al infante la noticia:
En la iglesia está: no os pare
El temor de interrumpir
Su oración: llegad á hablarle.
Entrad pronto.

(El escudero entra apresurado en la iglesia.)

ESCENA III

EL CONDESTABLE, DON DIEGO, DON FADRIQUE

EL CONDESTABLE

No perdamos
La ocasión. En este instante
Acalorada su mente
Con las preces funerales,
Con el enlutado templo,
Con la elocuencia del padre
Vicente, al oir la nueva
Es fuerza que más se exalte;
Y aprovechando nosotros
Momento tan favorable,
Ante el riesgo de la patria
Le haremos ceder.

FADRIQUE

Las calles
Que he recorrido, ocupadas
Por la militar falange
Se miran ya. La impaciencia
Pintada está en los semblantes.
Todos cercan los tablados,
Esperando que se alcen
Los pendones por el rey;
Y con fieros ademanes
Gritan á una voz que sólo
Por don Fernando han de alzarse.

DIEGO

¡Es posible!

EL CONDESTABLE

Diego López
Parte á Segovia á llevarse
A la reina y á su hijo.

DIEGO

Ya que á príncipe tan grande
Toda Castilla proclama,
No ha de haber quien me aventaje
En decisión...

FADRIQUE

Partid, pues.

EL CONDESTABLE

No os detengáis.

DIEGO

Al instante.

(Se va por el foro.)

ESCENA IV

EL CONDESTABLE, DON FADRIQUE

FADRIQUE, siguiéndole con la vista.

¿Será fiel?

EL CONDESTABLE

Su interés propio
Le pone de nuestra parte.

Ninguno ayer de esta odiosa
Comisión quiso encargarse.
Mas don Diego, que en intrigas
Cortesanas es muy hábil,
Y como letrado astuto
Hallar argumentos sabe,
En virtud de la promesa
Solemne de confirmarle
Justicia mayor, lo hará
Como ninguno.

FADRIQUE

¿Olvidasteis
Que era mi intención pedir
Al nuevo rey que nombrase
Justicia mayor del reino
A un deudo mío?

EL CONDESTABLE

¿Y no vale
Más conquistar un amigo
Que tal servicio nos hace?

FADRIQUE

¿Empezáis ya á repartir
Del reino las dignidades?

EL CONDESTABLE

¿Y vos á pedir el precio
De vuestro apoyo?

FADRIQUE

Mostrarse
Debe el rey agradecido
Con quien le hace rey.

EL CONDESTABLE

Es fácil
Que se equivoque quien piense
En el trono colocarle,
Con el fin de que un valido
A los castellanos mande.

FADRIQUE

Si no sois vos el valido,
Es posible que se engañe.

EL CONDESTABLE

¡Yo!.. ¿Qué decís?..

FADRIQUE

Recordad
Que con el fin de que acaben
Para siempre entre nosotros
Sangrientas rivalidades,
Y ante un rey que fuerte sea
Todos quedemos iguales,
Ayer pactamos de acuerdo
Dar la corona al infante.

EL CONDESTABLE

Pues bien: si propicio el cielo
Favorece nuestros planes,
Veréis quién es el mancebo
Que con humildad tan grande
Sufrió de su adusto hermano
No merecidos desaires.
Si desde su edad más tierna
Quiso benigno prestarse
A mis consejos, en breve
Podrá Castilla juzgarme.
Suba don Fernando al trono,
Y ningún miedo os espante;
Que no seré yo el valido,
Ni vos lo seréis, ni nadie.

FADRIQUE

Pasos oigo, y me parece
Que aquí don Fernando sale.

EL CONDESTABLE

Esta es la ocasión. El cielo
Me dé su apoyo.

(Dos pajes salen de la iglesia, y uno dice desde la puerta:)

PAJE

¡El infante!

ESCENA V

DICHOS, DON FERNANDO, RICOSHOMBRES, CABALLEROS

(Salen de la iglesia.)

FERNANDO

Condestable, ¿sabéis la triste nueva?

EL CONDESTABLE

El mancillado honor de nuestras armas
Venganza pide al cielo.

FERNANDO

Sí, la pide;
¡Y yo en su nombre le daré venganza!
La noble empresa que mi hermano Enrique
Con generoso esfuerzo proyectaba,
Yo cual legado suyo la recibo
Y con ardor la acabará mi espada.
Ora en el templo, al escuchar la nueva,
Juré sobre el cadáver del monarca
Su voluntad cumplir. Ardió mi pecho
En guerrero valor. Ya en las plegarias
Fúnebres escuchar me parecía
Los himnos de victoria, y en las altas
Cornisas ver, colgadas por mi mano,
Las banderas al moro conquistadas –
Por vos pregunto y á buscaros salgo
Disponed, condestable, sin tardanza
Que el ejército todo se reuna:
Su caudillo seré. Pronto la fama
A deciros vendrá si los consejos
Que de vos recibí grabé en el alma.

EL CONDESTABLE

Ese brío marcial llena mi pecho
De júbilo, señor. – Mas antes falta
Que al gobierno del reino se provea;
Y que al llevar la guerra á otra comarca,
Una guerra más cruda, más terrible
No alimente Castilla en sus entrañas.
Castilla está sin rey.

FERNANDO

Tendrálo en breve.
Por orden mía alzados en la plaza
Los tablados están. Mandad que en ellos
En el instante, con la pompa usada,
Se levanten pendones á mi vista
Por don Juan el segundo.

EL CONDESTABLE

¿Y qué esperanza

Queréis, señor, que en ese débil niño
De ventura y de paz funde la patria?

FERNANDO

Fúndela en mí, que, hasta cumplir los años
Que al rey menor las leyes le señalan,
Por voluntad de mi difunto hermano
Sabré á Castilla gobernar.

EL CONDESTABLE

No manda
Quien el poder divide. El testamento
De don Enrique nuestro rey me encarga,
Cual fiel ejecutor de sus mandatos,
Que el gobierno del reino se reparta
Entre vos y la reina.

FERNANDO

Y bien, la reina...

FADRIQUE

No ha nacido en Castilla, y esto basta.

EL CONDESTABLE

Débil mujer, ajena de experiencia,
De la corte y del trono retirada,
En su misma flaqueza á cada paso
Un estorbo hallaréis. La envidia baja,
La torpe adulación, la sorda intriga,
Monstruos que siempre en los palacios vagan,
Presto os dividirán; y á pesar suyo
La harán al fin, altiva y deslumbrada,
El placer de reinar, que hoy desconoce,
Para ella sola ambicionar mañana.
Ni ella ni vos gobernaréis entonces.
Por bandos mil Castilla destrozada,
Al arrogante portugués y al moro
No podrá resistir, y en mengua tanta
Vuestro error lloraréis. ¡Señor, no puede
Cual monarca reinar quien no es monarca!

FERNANDO

¿Qué me dais á entender?..

ESCENA VI

DICHOS, UN ESCUDERO

ESCUDERO

Señor, en nombre
De los procuradores, os demanda,
A fin de presentaros un mensaje,
Audiencia el de Toledo.

FERNANDO

Dadle entrada.

ESCENA VII

DICHOS, FERNANDO DE GUZMÁN, y otros dos procuradores

(El infante se coloca á un lado, á la cabeza de los grandes. Los procuradores se paran enfrente de él.)

FERNANDO

Ya os escucho: decid.

GUZMÁN

Señor: instados
Por el rey don Enrique, que Dios haya,
Nos, los procuradores de estos reinos,
A ayudarle en la guerra que intentaba
A los moros hacer de Andalucía:
A pesar de lo exhaustas que se hallan
Las villas y ciudades, le ofrecimos
Un millón de oro. Mas pues Dios acaba
De llamarle á su seno, ya las Cortes
Retiran el servicio.

FERNANDO

¿Por qué causa?

GUZMÁN

Señor, el rey que lo pidió no vive.

FERNANDO

Mas vivo yo, que con igual constancia
Haré la guerra, y con igual denuedo ..

EL CONDESTABLE

¡Y con mayor tal vez!

GUZMÁN

Tales demandas,
Que la miseria pública acrecientan,
Sólo al rey, por respeto, se otorgaban.

EL CONDESTABLE

Cierto: y vos no lo sois. A vuestro hermano
Débil, doliente, moribundo, nada
Negaron: era rey. – A vos, robusto,
Vigoroso, dispuesto, os lo rechazan.

FERNANDO

¿Posible es que las Cortes desconozcan
La urgente utilidad de esta campaña?
¿En los sangrientos campos de Baeza
No escucháis los clamores de venganza
De tantos esforzados caballeros
Muertos por la traición? Y cuando aguarda
El castellano ejército, sediento
De gloria y lauros, la señal de marcha,
¿Renunciaremos á tan alta empresa?
¿Consentiremos que la infiel canalla,
Talando campos, demoliendo templos,

Asolando el país, doble su audacia,
Y hasta los mismos muros de Toledo
La media luna vencedora traiga?

EL CONDESTABLE

Un medio hay de evitarlo.

FERNANDO

¿Cuál? Decidlo.

EL CONDESTABLE

¡Que os ciñáis la corona castellana!

FERNANDO

¡Yo!.. ¡Condestable!.. ¿Qué decís?..

EL CONDESTABLE

Infante:
Castilla toda por mi boca os habla.
No receléis de usurpador el nombre.
Sabe el mundo quién sois, y que esa mancha
Ennegrecer no puede al que fué siempre
Modelo insigne de virtudes tantas.
Vos no usurpáis el trono: os le da el pueblo;
Que es de remota edad costumbre sabia.
El transmitir un padre por herencia
La corona que honró con sus hazañas
A un hijo que tal vez con torpes vicios
Da segura señal de deshonrarla,
Práctica fué que estableció en mal hora
El crecido poder de los monarcas.
Por voluntad de todos y entre todos
Al más digno, otro tiempo, se entregaba
La corona real; y este derecho
Hoy con razón Castilla lo reclama.
Sí, con harta razón. Volved los ojos
A los días, señor, de vuestra infancia,
Y contemplad por lo que entonces visteis
El triste porvenir que nos aguarda.
Vos lo podéis trocar, subiendo al trono,
En porvenir de paz, dando á la fama
Vuestro feliz reinado asunto digno
Que en la futura edad el mundo aplauda.
¿Vos de quién descendéis? Si vuestro abuelo
A su hermano don Pedro con las armas
Vida y trono arrancó, y él y sus hijos
Y sus nietos en paz dichosa y larga
Cual legítimos reyes gobernaron;
¿No será más legítima y más santa
La autoridad que, sin deberla al crimen,
De su libre elección os da la patria?
Cuando os extiende, en el común peligro,
Las suplicantes manos; cuando os llama,
No al ocio, no, sino á vengar la afrenta

De Aljubarrota y de Baeza, ¿en calma
La podréis escuchar? – Cuidad no sea
Que, si á sus ruegos le volvéis la espalda,
A flaqueza más bien y á desaliento
Lo atribuya Castilla. – ¡Ah, no, se engaña!
Su salvación en vuestros ojos leo...
Caballeros, llegad. Sobre la espada
Rey le juramos.

TODOS

Sí.

EL CONDESTABLE

Procuradores,
Otorgad el servicio. Reyes de armas,
Por don Fernando el quinto alzad pendones.
¡Tenemos rey! ¡Castilla está salvada!

FERNANDO

Tened, tened. – Aprecio, caballeros,
Y eternamente grabaré en mi alma,
Que mostréis del valor de mi persona
Tal crédito tener. – Esta demanda
Que grandes, ricoshombres, caballeros,
Me presentan unánimes, dictada
No puede ser por míseras pasiones,
Por odio antiguo y criminal venganza...
No: sólo el bien del reino es el que os mueve:
Quiérolo así creer. Mas si arrastrada
De patrio celo, la conciencia os dicta
Tan dura obligación, á mí me manda
Que también á mi vez cumpla la mía...
Rechazando esa oferta. – No es de tanta
Codicia en mí ser rey, que menosprecie
El eterno borrón, la negra infamia
De despojar á un inocente niño,
Sin más apoyo ni defensa humana
Que el llanto de una madre viuda y sola,
Y faltar á la fe por mí jurada
A un rey, á un padre que en mi honor confía.
No, castellanos. La señal más alta
Con que mi gratitud mostraros puedo
Es daros hoy por rey, sin más tardanza,
Al hijo de mi hermano. – Su edad tierna
No os inspire temor: fuerza sobrada
Hay en mi corazón, hay en mi brazo
Para afirmar su trono. Si levanta
Sus estandartes el rebelde duque:
Si rompiendo los pactos Lusitania
Sus quinas junta á la morisca luna,

A su encuentro volemos, y mi lanza,
Cual si mi propio trono defendiera,
La primera será. ¡La noble causa
Que juro sostener, á Dios confío!..

ESCENA VIII

DICHOS, FRAY VICENTE FERRER, que sale de la iglesia.

FRAY VICENTE

¡Y Dios la acepta, y la victoria os guarda!

EL CONDESTABLE

(¡Fray Vicente Ferrer! ¡Oh contratiempo!)

TODOS, inclinándose ante él.

¡Padre!

FADRIQUE

Padre, llegad. Esa palabra,
Alto don que del cielo recibisteis,
Cuya elocuencia milagrosa es fama
Que mueve á gentes de diversas lenguas,
Cual si en la suya propia les hablara,
Suene en bien de Castilla, y poderosa
Nuestra razón apoye.

FRAY VICENTE

Será vana;
Que donde no hay verdad no hay elocuencia;
Y esa razón que predicáis es falsa.

EL CONDESTABLE

¿Falsa decís?..

FADRIQUE

La salvación del reino
Sólo por tal camino se afianza...

FRAY VICENTE

¡Nunca por el camino del delito
Ni hombres ni reinos salvación alcanzan!

EL CONDESTABLE

¡Hijo del Turia sois!.. ¡Queréislo todo
Para Aragón; para Castilla nada!

FRAY VICENTE

Mi ley es la de Dios: mi patria el mundo.
Do la justicia está, mi voz la ensalza;
Y do la iniquidad mis ojos miran,
Allí impávido corro á contrastarla.
Vedme aquí, pues. En vano vuestro intento
Con mentiroso nombre se disfraza:
Razón de estado la llamáis vosotros;
Mas ante Dios, iniquidad se llama.

(Al infante.)

Señor, cuya virtud en este día
Más alto que los tronos os levanta:
Si desde esa grandeza verdadera
No miráis con desdén la pompa humana;
Si os place descender de las alturas
De la humildad á las mezquinas gradas
De un pobre trono de la tierra, un trono
En galardón los cielos os preparan.
Dios os lo anuncia por mi voz. Oidme.
Rendido al peso de la edad cansada,
Don Martín de Aragón ya comparece
Al tribunal divino... De su hermana
Doña Leonor sois hijo: él no los tiene;
Y á vos, infante, su corona os guarda.

FERNANDO

La acepto, padre; que en mis venas corre
Sangre de reyes que á reinar me llama.
Yo ambiciono á mi frente una corona
Legítima ceñir: nunca usurpada.

EL CONDESTABLE

¿No sabéis que rivales poderosos
La pretenden también?

FERNANDO

La justa causa
De mis derechos vencerá. Con orden
Que al intento le di, junto al monarca
Está Fernán Gutiérrez, que en mi nombre
Los sabrá defender.

EL CONDESTABLE

También se halla
En Barcelona el ambicioso conde
De Urgel, que audaz la sucesión reclama.
Numerosos parciales le obedecen:
Temed, señor, que al fin...

FRAY VICENTE

No temáis nada.
Los grandes de Aragón, siempre leales,
El testamento de su rey acatan.

FERNANDO

Como vos, condestable, el de mi hermano
Debierais acatar.

EL CONDESTABLE

Señor, la patria...

FERNANDO

¡Vos, su testamentario! ¡Vos, su amigo!..

EL CONDESTABLE

Castilla es antes, y á su ruina marcha.
No por el de Aragón dejéis su trono.
Castellano nacisteis: castellana

Vuestra esposa nació: los hijos vuestros
También en esta tierra infortunada
Vieron la luz del sol, en esta tierra
Que abandonáis á su desdicha...

FERNANDO

Basta:
Condestable, no más. – Mandad que al punto
Se proclame á don Juan.

ESCENA IX

DICHOS, UN ESCUDERO

ESCUDERO

Al regio alcázar,
Con nuevas de Aragón, en este instante
Fernán Gutiérrez de llegar acaba.

TODOS

¡Fernán Gutiérrez!

ESCUDERO

De impaciencia lleno,
Por vos pregunta, y hacia aquí la planta
Presuroso dirige.

FERNANDO

Andad: que venga,
Que llegue.

(Vase el escudero.)

FRAY VICENTE

¡La virtud su premio alcanza!
La nueva os trae que os anunció mi labio.

EL CONDESTABLE

¡Y con ella la ruina de mi patria!

ESCENA X

DICHOS, FERNÁN GUTIÉRREZ

(Fernán Gutiérrez, apresurado y cubierto de polvo, dobla la rodilla ante don Fernando.)

FERNANDO

¡El es!

GUTIÉRREZ

¡Señor! ¡Señor!

FERNANDO

Alzad.

GUTIÉRREZ

Ha muerto
Don Martín de Aragón.

FERNANDO

¿Y á quién señala
Por sucesor del reino?

GUTIÉRREZ

A nadie.

FERNANDO

¡A nadie!

EL CONDESTABLE

(Aparte á los grandes, que se acercan á escuchar con interés.)
¡Oid!

GUTIÉRREZ

A las diversas embajadas
Que oyó el rey don Martín, y en que á la herencia
De su trono derechos se alegaban
Por el conde de Urgel, el de Gandía,
Don Fadrique el bastardo, el rey de Francia,
Y por vos, que con títulos mejores
La sucesión pedíais, el monarca
Con grave continente: «Nadie, dijo,
Más derechos que el hijo de mi hermana
A mi corona tiene. Don Fernando,
Infante de Castilla, se adelanta
Por más cercano parentesco á todos:
Esto me dicta la conciencia.» – Callan
Al escucharle, y se divulga al punto
La resuelta elección. Los días pasan;
Y estando don Martín en Valldoncella,
Monasterio cercano á las murallas
De Barcelona, acometer se siente
De dolencia mortal. La nueva infausta
Los ánimos altera: al monasterio
Corren los conselleres con el ansia
De recoger su voluntad postrera:
En la celda penetran, y le hallan
Desencajado, moribundo, dando
El último suspiro; y con turbada
Faz y altivo ademán, junto á su lecho
La condesa de Urgel.

TODOS

¡Cielos!

GUTIÉRREZ

En alta
Voz preguntan al rey: «Señor, decidnos,
A quién dejáis el trono.» El rey callaba:
Y la condesa con agudos gritos,
Moviéndole furiosa por que hablara,
«Respondedles, decía, respondedles
Que á mi esposo elegís: ¡soy vuestra hermana!»
En vano fué: sus labios no se abrieron;
Y en tan fatal silencio, rindió el alma. –
Cunde la nueva: los diversos bandos
Se empiezan á agitar. Mi voz reclama

Vuestro justo derecho... – De improviso
Llega el conde de Urgel: corre á las armas
El inmenso tropel de sus parciales,
Que acaudillan Cardonas y Moncadas;
Y cediendo el derecho á la violencia,
Rey de Aragón al conde se proclama.

TODOS

¡Rey de Aragón!

GUTIÉRREZ

Con riesgo de la vida
Logro salir de la ciudad. La marcha
Apresurando, á Zaragoza llego:
¡Igual tumulto allí! Por rey alzaban
Los de Alagón y los de Luna al conde;
Y al arzobispo, que la justa causa
De los derechos vuestros defendía,
Dieron muerte sacrílega. – Con harta
Pena, á contaros el tremendo caso
Vengo á Toledo; y al entrar, en plazas
Y calles oigo muchedumbre inmensa
De soldados y pueblo que con ansia
Me gritan al pasar: «Fernán Gutiérrez,
Venid. – ¡Castilla sus pendones alza
Por don Fernando el quinto!» Al escucharlos,
En regocijo mi dolor se cambia;
Y ya del conde y de Aragón me olvido,
Y corro enajenado á vuestras plantas.

EL CONDESTABLE

Señor, en los sucesos de este mundo,
Y no en preñados vaticinios, clara
La voluntad de Dios se manifiesta.
Ved aquí su sentencia pronunciada.
Esto es que el trono de Aragón os quita,
Porque aceptar el de Castilla os manda.

FERNANDO

¡No, condestable! Esto es más bien que el cielo
No me llama á reinar.

FRAY VICENTE

Esto es que osada
La vanidad del hombre alzarse quiere
A penetrar misterios que no alcanza.
Una es siempre la senda que inflexible
Nuestra propia conciencia nos señala.
Sígala cada cual, sin que le tuerza
De los sucesos la fortuna varia.
Vuestra senda sabéis, yo sé la mía:
Sigámosla, señor, con fe cristiana. –
Os dejo aquí luchando valeroso
Con la propia ambición, con las instancias

De un extraviado celo: tentaciones
Que á los mortales débiles halagan;
Y yo parto á Aragón. Se alza un tirano
Allí, y allí mi obligación me llama.
A su presencia iré, y en sus oídos
Retumbará con hórridas palabras
La maldición que en nombre de los cielos
Mi voz al fiero usurpador prepara.

(Se va por el foro.)

ESCENA XI

DICHOS, menos FRAY VICENTE

FERNANDO

¡Ah! ¡La santa verdad mueve su labio!

GUTIÉRREZ

Quizá la muerte en Aragón le aguarda;
Que ese conde feroz y sus secuaces
Ni á los ministros del Señor acatan.

FERNANDO

Y ese traidor le usurpa al hijo mío
Un trono que era suyo. ¡Oh negra infamia! –
Mas él lo ha dicho: maldición eterna
Sobre el usurpador los cielos lanzan:
No caerá sobre mí.

EL CONDESTABLE

¿Quién ha pensado
Jamás, señor, que sobre vos recaiga?
Sabedlo todo en fin: nuestra conciencia
Con el borrón de usurpadores carga,
Si hay en esto borrón. Lo que os pedimos
No es que usurpéis un trono con la espada:
Es que un trono ocupéis... que está vacío.

FERNANDO

¡Vacío el trono! ¿Qué decís?

EL CONDESTABLE

La planta
Ya, señor, Diego López á Segovia
Veloz encaminó; y allí se encarga
De hacer, por orden mía, que á Inglaterra
La reina viuda con sus hijos parta.

FERNANDO

¡Traidor!..

EL CONDESTABLE

Seré traidor. – Subid al trono...
Y allí mandad que mi cabeza caiga.

FERNANDO

Caerá. – Y el que obedezca de vosotros
Y al punto en pos de Diego López salga

A estorbar la traición, de condestable
El cargo heredará. Vos, Trastamara...
Vos, Manrique... ¿Ninguno me obedece?
Iré yo mismo con los hombres de armas.

FADRIQUE

Señor, ninguno os seguirá.

FERNANDO

¡Ninguno!..
Condestable, ¿qué es esto?

(Un paje se acerca al infante y le presenta la corona doblando la rodilla: todos le cercan.)

EL CONDESTABLE

A vuestras plantas
Rodando la corona de Castilla
Sin dueño está. Cien brazos se preparan
A disputarse en intestinas lides
Su ansiada posesión. Señor, tomadla.
Tomadla vos... ó la veréis hundirse
En un lago de sangre castellana.

(Don Fernando contempla agitado la corona.)

FERNANDO

¡Señor!, ¿qué me ordenáis?

ESCENA XII

DICHOS, EL ESCUDERO

ESCUDERO

La reina llega.

TODOS

¡La reina!

EL CONDESTABLE

¿Qué decís?

ESCUDERO

Acompañada
Del justicia mayor, que de Toledo
Iba á salir cuando su alteza entraba.

EL CONDESTABLE

¡Fatalidad!..

FADRIQUE

¡Y no la ha detenido!..

FERNANDO

¡Me he salvado!

ESCUDERO

Hacia aquí mueve la planta,
Trayendo de la mano al tierno niño
Que al lado suyo vacilante marcha.

EL CONDESTABLE

¿Y el pueblo? ¿Y los soldados?

ESCUDERO

Con adustos
Ojos la miran, la abren paso, y callan.

EL CONDESTABLE, al infante

¿Lo oís? El voto general se muestra.
No hagáis que ese silencio que ora guardan
Se trueque en desacato. Yo á su encuentro
Voy á salir: la llevaré al alcázar...

FERNANDO

¡Condestable, escuchad!..

EL CONDESTABLE

Señor...

FERNANDO, aparte á Dávalos.

¡Soy padre!..
¡No tentéis mi virtud!

(Dirígese rápidamente al foro y desaparece por el claustro, seguido de Fernán Gutiérrez.)

FADRIQUE.

¡No hay ya esperanza!

EL CONDESTABLE

Sí; que el amor de padre ha despertado
La ambición en su pecho. Sólo falta
Que el trono esté vacío.

FADRIQUE

¿Y de qué suerte?..

EL CONDESTABLE

La reina es débil, y á sus hijos ama
Con delirio también: no desmayemos.
El riesgo que inminente amenazaba
De que á Aragón partiese don Fernando,
Desvanecido está. Ya con más calma
Al concertado fin marchar podemos.

FADRIQUE

¡Ya se acercan aquí!

EL CONDESTABLE

¡No temáis nada!

ESCENA XIII

DICHOS, LA REINA, DON FERNANDO, DON DIEGO, EL REY NIÑO, FERNÁN GUTIÉRREZ, DAMAS.

(La reina, de luto, trae de la mano al niño don Juan: dos damas, también de luto, la siguen.)

LA REINA

Antes de buscar reposo,
En el templo quise entrar
Y al Dios del cielo rogar
Por el alma de mi esposo.
Aquí yace, hijo querido,
El padre que te dió el ser:
¡Tú no puedes conocer,
Tierna flor, lo que has perdido!
Ignóralo, ya que Dios
A esa edad penas te envía:
Yo tengo llanto, alma mía,
Para llorar por los dos.
Mas ¡ay!, respira, que el cielo
Su rigor depone ya,
Y bondadoso nos da
Junto á la pena el consuelo.
Pues no bien á los umbrales
Del santo templo llegamos,
Donde de un padre buscamos
Los despojos funerales,
Cuando Dios en su bondad
Consuela á tu triste madre,
Dándole un segundo padre
Que te ampare en tu orfandad.

FERNANDO

Como noble y como hermano,
Contad, señora, conmigo.

LA REINA

De vuestra sombra el abrigo
No vine buscando en vano,
Y vosotros, caballeros,
Que cual vasallos de ley
Lloráis la muerte del rey
Con semblantes lastimeros,
La gratitud aceptad
De mi maternal cariño,
Y acoged al tierno niño,
Que fio á vuestra lealtad. –
No bien la infausta noticia
Llegó veloz á mi oído,
Que siempre más ha corrido
La infausta que la propicia,
Con la prenda de mi amor
Dejé á Segovia, angustiada,
Y de Toledo á la entrada
Hallé al justicia mayor,
Que en nombre vuestro sin duda
Iba á buscarme, y turbado
Por el dolor, no ha acertado
A hablar á la triste viuda.
Y el pueblo, al verme pasar,
Con su silencio mostraba
Que mi presencia doblaba
Su tristeza y su pesar.
Vedle en fin: aquí tenéis
Este vástago real
Que en el trono paternal
Hoy mismo colocaréis.
Ya he visto que vuestro amor
Alzó el tablado en que debe
Por rey proclamarse en breve
De mi esposo al sucesor.
¡Dios te conserve, hijo amado,
Feliz como yo le pido!
¡Dios bendiga, oh rey querido,
Los años de tu reinado!

FERNANDO

Condestable, el rey mi hermano
A vos el fiel cumplimiento
Legó de su testamento.
Su precepto soberano
Leed, pues juntos aquí
Su viuda y su hijo están.

EL CONDESTABLE

Vuestros deseos serán
Satisfechos. Dice así:

(Leyendo.)

«En el nombre de Dios, ordeno y mando: que hasta que el príncipe don Juan mi hijo haya edad de catorce años cumplidos, sean regidores y gobernadores de sus reinos y señoríos la reina doña Catalina, mi mujer, y el infante D. Fernando, mi hermano, ambos á dos juntamente.»

LA REINA

¡A mí!, á una débil mujer
Gobernar el reino encarga!
No: con tan pesada carga

Mis hombros no han de poder.
Vos, hermano, en nombre mío,
Vos, de altas prendas dotado,
Gobernad solo el Estado:
Yo mi derecho os confío.
Si alguna vez interviene
El poder que me da el rey,
Será cuando dura ley
Derramar sangre os ordene.

FERNANDO

Ya lo oís. En mi persona
Cede su derecho todo:
Yo gobierno de igual modo
Que ciñendo la corona.
Procuradores: la guerra,
En nombre de mi sobrino,
Declaro al rey granadino
Que ha invadido nuestra tierra.
Y para salir al punto
A batallar con el moro,
Os pido el millón en oro
Que dabais al rey difunto.

GUZMÁN

Haré á las Cortes saber
Lo que entrambos demandáis.

(En actitud de marchar.)

LA REINA

¡Tened, tened! ¿Qué intentáis?
¿La guerra queréis hacer?

FERNANDO

La guerra que el rey mi hermano
Declaró al moro enemigo.

LA REINA

¡Callad! No contéis conmigo
Para ese empeño inhumano.

FERNANDO

¡Señora! Mirad que en esto
Cumplimos su voluntad.
La guerra es justa: mirad
Que todo se halla dispuesto.
Juntos en Toledo están,
Verlos pudisteis ahora,
Los hombres de armas, señora,
Y yo soy su capitán.
Hueste inmensa de guerreros
Cual nunca Castilla vió
Vuestro esposo aquí juntó.
Catorce mil caballeros,
Con cincuenta mil peones,
Seis lombardas preparadas,
Trabucos, picos, azadas,
Pertrechos y municiones.
Urge que hoy mismo salgamos,
Y para pagar la gente
El dinero conveniente
A las Cortes demandamos.

LA REINA

No, yo no demando tal.
¡Nunca de guerra me habléis!
El alma me estremecéis
Con ese nombre fatal.
De mi madre, en la niñez,
A aborrecerlo aprendí;
Que con lágrimas la oí
Recordar más de una vez
Aquella lid fratricida
Que la arrojó de este suelo
Y al rey don Pedro, mi abuelo,
Le costó el trono y la vida.
Dios la merced me otorgó
De que reinando mi esposo
Nunca ese nombre horroroso
Oyese en Castilla yo.
¿A qué turbar la quietud
Que veis al reino gozar?
¿A qué en guerras empeñar
Su lozana juventud?
¿Y vos, único sostén
De esta madre desvalida,
Nos dejáis, y vuestra vida
Corréis á exponer también?
No, hermano, no lo consiento:
No lo consintáis tampoco.

(Á los grandes.)

Yo en nombre del rey revoco
El militar llamamiento.
Condestable, en el instante
Los guerreros despedid.
¡Andad!

EL CONDESTABLE

Señora, advertid
Que con vos manda el infante.

FERNANDO

¡Despedirlos! ¿Qué intentáis?
Cuando la morisma infiel
Insulta el regio dosel,
¿Tan débil, reina, os mostráis?
De vuestro hijo cuidad,

Y dejadme á mí, señora,
Que el reino gobierne ahora.
Procuradores, marchad:
Júntense las Cortes luego;
Y que ese millón en oro
Para hacer la guerra al moro,
Que insolente á sangre y fuego
Nuestros campos atropella,
Manden que al punto se abone.

GUZMÁN

Señor, la reina se opone...
Y vos gobernáis con ella.

EL CONDESTABLE, al infante.

¡Ya lo veis!

FERNANDO

Ceded, señora,
Al ruego de vuestro hermano:
¡No liguéis la única mano
Que es hoy vuestra defensora!

EL CONDESTABLE

Ceded vos más bien, señor,
A los ruegos de Castilla.
¡Ocupe la regia silla
El ansiado sucesor!

FADRIQUE

No más dudas. ¡Levantad,
Reyes de armas, el pendón!
Haced la proclamación...

FERNANDO

¡Silencio!.. ¡Callad, callad!

LA REINA

¡Qué escucho! ¿Y os resistís
A que su lealtad, infante,
El regio pendón levante
Por mi hijo?

FERNANDO

¿Qué decís?..

LA REINA

Hijo, para hacer valer
Tus derechos aquí estoy.
A mostrarte al pueblo voy.
Sígueme.

FERNANDO

¿Qué vais á hacer?

LA REINA

Que se cumpla en el momento
Lo que el rey manda.

FERNANDO

¡Aguardad!

LA REINA, en ademán de marchar.

¡Ven, hijo!

EL CONDESTABLE, deteniéndola.

Reina, escuchad
Lo que manda el testamento.

(Lee.)

«Otro sí, ordeno y mando: que tenga al príncipe mi hijo para su crianza y enseñamiento Diego López, mi justicia mayor, con cargo de guardar, regir y gobernar su persona y su casa, hasta que él haya edad de catorce años.»

Venid, justicia mayor:
Aquí al príncipe os confío.

LA REINA

¡Arrancarme el hijo mío!

EL CONDESTABLE

¡Lo manda el rey mi señor!

LA REINA

No hay rey que pueda mandar
Lo que es duro, injusto, aleve...
¿Quién más que una madre debe
Al hijo suyo guardar?
¡Qué horror! ¿Y pudisteis vos,
Rey cruel, esposo ingrato,
Dictar ese atroz mandato?
¡Ah!.. ¡No os lo demande Dios!

EL CONDESTABLE

Mucho vuestra pena siento...

FERNANDO

Condestable, duro estáis.

EL CONDESTABLE

No quiero que me digáis
Que no cumplo el testamento.

LA REINA

Sin duda, ya en la agonía
Y con turbada razón,
Esa feroz condición
Alguno al rey le impondría.

Y lo que se opone así
A cuanto hay de más sagrado,
Debe quedar anulado.

EL CONDESTABLE

¿Queréis anularlo?

LA REINA

¡Sí!

EL CONDESTABLE

Pues oid. Si de algún modo
Creéis que la voluntad
Del rey se forzó, anulad...
Pero el testamento todo.

LA REINA

¡Todo!

FERNANDO

¡Eso no! ¡lo he jurado!

EL CONDESTABLE

Pues bien: acercaos, don Diego.
Al príncipe yo os entrego.

DIEGO, trayéndolo á su lado.

Yo lo acepto.

LA REINA

¡Hijo adorado!

(Óyese ruido de tumulto en el claustro del foro.)

VOCES DENTRO

¡La proclamación!..

ESCENA XIV

DICHOS, EL ESCUDERO

EL ESCUDERO

¡Señor!

FERNANDO

¿Qué es esto?

EL ESCUDERO

El claustro invadido
Por hombres de armas ha sido,
Que os buscan con gran clamor
Y piden...

FERNANDO, interrumpiéndole.

Ya lo adivino:
Salir contra el moro, sí.
(A sacarlos voy de aquí:
No me queda otro camino.)

(Dirígese á los hombres de armas que salen en tumulto por el foro.)

¡Llegad, amigos, llegad!
La patria en riesgo se halla.
Todo ante ese nombre calla.
¡Pronto el campo levantad! –
Inmenso ejército infiel
Sobre nosotros avanza;
¿Y aún la castellana lanza
No sale á hacer riza en él?
Hijos, ¡al triunfo!, ¡á la gloria!
Vuestro infante os acaudilla.

EL CONDESTABLE

¿Y así dejáis á Castilla?

FERNANDO

En ganando una victoria. –
Del príncipe me responde
Vuestra cabeza, don Diego. –
Fernán Gutiérrez, id luego;
Cuantas riquezas esconde
El arca de mi tesoro,
Cuanto mi palacio encierra,
Para sostener la guerra
Hacedlo trocar por oro.
En nada mi afán repara.
Hasta mis joyas tomad;
Y si es preciso, empeñad
Mi señorío de Lara.

GUTIÉRREZ

Obedezco.

(Se va por el foro.)

FADRIQUE, al infante.

El tiempo apura,
Señor.

FERNANDO

Salgamos de aquí.

(A los soldados.)

¿Me seguís, guerreros?

LOS GUERREROS

¡Sí!

FERNANDO

Mi caballo, mi armadura.
(Este es el medio que elijo
De conjurar el clamor.)
¡Marchemos!

(En actitud de marchar.)

LA REINA

¿Y os vais, señor,
Sin proclamar á mi hijo?

FERNANDO

Sí; que de la impura grey
Nos amaga la cuchilla.
Primero es tener Castilla,..
Y después tendremos rey.

ACTO SEGUNDO

Un salón en el alcázar de Toledo. A la derecha del actor, en primer término, una puerta que da á las habitaciones donde está el príncipe guardado por Diego López. Otra á la izquierda, enfrente, que conduce á las que ocupa la reina. Otra grande en el foro, cerrada; y á cada lado de ella un arco con el arranque de una galería que se pierde en ambos costados: la de la derecha da á lo exterior; la de la izquierda á lo interior del alcázar. Hay una mesa con recado de escribir y un sillón.

ESCENA PRIMERA

EL CONDESTABLE

No hay ya que vacilar. Los grandes todos
Impacientes se agitan.
Quiero evitar que por violentos modos
El ciego desacato que meditan
Lleguen á consumar. Desde el instante
Que sordo á nuestros votos el infante
Se partió con la hueste, han transcurrido
Días y días, sin haber sabido
Cuál es por fin su intento.
De la muerte del rey cunde la nueva,
Y asoma ya en el pueblo el descontento,
Porque al trono real nadie se eleva.
Cien veces he intentado
A la reina llegar, determinado
A declararla lo que el reino pide.
Mas sin hablarme siempre me despide:
Y encerrada en su estancia sin consuelo,
A nadie admite hasta cumplir el duelo.
Hoy se cumple por fin, y hoy mismo quiero
Que su destino escuche de mi boca.

Yo alcé la voz primero,
Y consumar me toca
A mí también la comenzada empresa.
¡Si acaso su promesa
Diego López cumplió, que en esa estancia
Al príncipe don Juan guarda á su lado,
Y á la reina tal vez habrá anunciado
El voto de Castilla!
Usurpando el de Urgel la regia silla
Del reino de Aragón, perdió el infante
De reinar la esperanza.
Yo observé que, al oirlo, en su semblante
Asomó la ambición y la venganza.
¡Ah! Si en aquel momento no viniera
A amedrentar su mente
La aterradora voz de fray Vicente,
Nuestro tesón al fin triunfado hubiera.
Y triunfará, lo fío.
Parta la reina con sus hijos luego,
Y al contemplar que el trono está vacío,
Cederá don Fernando á nuestro ruego.

ESCENA II

EL CONDESTABLE, UN PAJE, que sale del cuarto de la reina.

EL CONDESTABLE

¿Qué respondió la reina á mi demanda?

EL PAJE

Responderos me manda
Que ni á vos ni á ninguno escuchar quiere,
En tanto que á sus brazos no volviere
El hijo tierno cuya ausencia llora.

EL CONDESTABLE

(No le ha visto hasta ahora:
Bien cumplió Diego López lo ofrecido.)
Volved, paje, y decid que yo le pido
Un momento de audiencia.

EL PAJE

Perdonadme que os falte á la obediencia.
Su alteza me ha mandado
Que de vos no le pase otro recado.

(Se va.)

ESCENA III

EL CONDESTABLE

Airada está conmigo
Porque del hijo la privé, y en vano
Es insistir: hablarla no consigo.
Veré si los obstáculos allano
Haciendo que una audiencia
Diego López le pida con urgencia;
Que al ayo de su hijo es evidente
Que á hablar no se resista; y él, que es diestro,
La llevará un mensage en nombre nuestro
Y hará que ceda y que de aquí se ausente.

(Dirígese á la puerta de la derecha, y se detiene viendo venir al escude-ro por la galería del mismo lado.)

ESCENA IV

EL CONDESTABLE, EL ESCUDERO

EL CONDESTABLE

¿Qué me queréis?

EL ESCUDERO

Calada la visera,
Y por vos con empeño preguntando,
En la cercana galería espera
Un caballero.

EL CONDESTABLE

¿Acaso don Fernando
De su campo le envía?

EL ESCUDERO

Solamente
Que os hiciera presente,
Me ha dicho con instancia, que venía
Del reino de Aragón, y que tenía
Que hablaros al instante.

EL CONDESTABLE

¿Del reino de Aragón? Pase adelante.

ESCENA V

EL CONDESTABLE

¡De Aragón y encubierto un caballero!
¿Qué podrá ser? Hablémosle primero.

ESCENA V

EL CONDESTABLE, EL CONDE DE URGEL, que viene armado y calada la visera.

(El escudero lo introduce y se retira.)

URGEL

¿Sois el condestable vos?

EL CONDESTABLE

¿Y vos?

URGEL

Lo sabréis después.
Decidme primero: ¿es cierto
Que elevar os proponéis
Al infante don Fernando
Al castellano dosel?

EL CONDESTABLE

Nadie en Toledo lo ignora.

URGEL

Pues con el propio interés
Cerca de vuestra persona
Me envía el conde de Urgel
Con un secreto mensaje.

EL CONDESTABLE

¿El rey de Aragón?

URGEL

¡El rey
De Aragón!.. Llegará á serlo
Con tal que vos le ayudéis.

EL CONDESTABLE

¿Qué decís? ¿Estáis en vos?
Todos sabemos que fué
Proclamado en Barcelona

URGEL

Es cierto; y también lo es
Que perdió el trono aquel día,
Y se alzaron contra él
Los parciales de ese infante
Que por monarca queréis.

EL CONDESTABLE

¡Santo Dios! ¡Será posible!
Mas ¿qué es esto? Vos tal vez
Venís con dañado intento
Falsas nuevas á extender
Que nuestro designio estorben.
¿Quién os envía? ¿Por qué
Seguís encubriendo el rostro?
¡Vive Dios!, que hasta saber
Quién sois, haré que en la torre...

URGEL

¡Basta! ¡Vive Dios también,
Que impacientándome vais! –
¿No fuisteis vos, responded,
Con un secreto mensaje
De vuestro difunto rey
A Barcelona?

EL CONDESTABLE

Sí fuí.

URGEL

¿No visteis más de una vez
En aquella corte al conde?

EL CONDESTABLE

Le vi.

URGEL

¿Presentes tenéis
Sus facciones?

EL CONDESTABLE

Sí, las tengo.

URGEL, se alza la visera.

Miradme.

EL CONDESTABLE

¡El conde de Urgel!

URGEL

El mismo.

EL CONDESTABLE

¡Cielos! ¿Pues cómo?
¿Vos en Toledo?

URGEL

Después
Que en la confusión primera
Ganar el trono logré,
El parlamento se junta
Y alzando la voz en él
Mis enemigos, consiguen
A sus parciales mover;
Y recurriendo á las armas
Y lanzándose en tropel
Contra los míos, el campo
Les tengo al fin que ceder.
Firme en mis designios, corro
A Zaragoza, que fiel
Mis derechos proclamaba.
Mas, ¡oh rabia!, allí también
La desgracia me persigue.
Un hombre cuyo poder
Hace que pueblos enteros
Caigan temblando á sus pies,
De repente en la ciudad

Tremendo se deja ver,
Y lanzando contra mí
Cien anatemas y cien,
Arrastra á la muchedumbre
Que le sigue por doquier,
Y en mi presencia se pone
Con impávida altivez.

EL CONDESTABLE

¡Le conozco! Era sin duda...

URGEL

¡Sí! ¡Fray Vicente Ferrer!
En vano, en vano al acero
Llevar la mano intenté...
Fuerza superior le asiste:
Que sin poderme valer
Imprecaciones terribles
De su labio toleré.
– «No reinarás – exclamó: –
Porque el trono aragonés
Guarda Dios á don Fernando,
Príncipe insigne, que en vez
De recibir la corona
Con que orlar quieren su sien
El condestable y los grandes
De Castilla, por no ser
Traidor á su noble estirpe,
La rechaza con desdén.» –
Su voz alienta á los nobles,
Hace al pueblo enmudecer,
Y por último, me arroja
De Zaragoza también. –
A la Almunia me retiro,
Donde á juntar comencé
Gran número de parciales;
Cuando me hicieron saber
Que los tres reinos de acuerdo
Quieren que el trono se dé
Al que más derechos tenga
De los que aspiran á él.
Esta sentencia han de darla
Nueve jueces, siendo tres
Por cada reino elegidos;
Y para que á salvo estén
De que nadie sus conciencias
Pueda en su favor torcer,
La fortaleza de Caspe
Los custodia, y allí es
Donde al reino de Aragón
En breve darán un rey.

EL CONDESTABLE

¿Y quiénes los jueces son?

URGEL

Entre ellos cuento tener
De mi parte al arzobispo
De Tarragona, á Guillén
De Valseca, y otros varios...

EL CONDESTABLE

¡Si al arzobispo tenéis
En vuestro favor!..

URGEL

¡Qué importa!
Valencia ha nombrado juez
A mi mayor enemigo,
Al más poderoso...

EL CONDESTABLE

¿A quién?

URGEL

Al que protege al infante,
Y sentenciará por él,
Y arrastrará á los demás...
¡A fray Vicente otra vez!

EL CONDESTABLE

¿A fray Vicente? – No hay duda...
¡Le perdemos!..

URGEL

Viendo, pues,
Que nada ya por la fuerza
Puedo en Aragón hacer,
A Toledo me dirijo;
Porque vosotros podéis
Primero que los de Caspe
Esta cuestión resolver.

EL CONDESTABLE

¿Cómo?

URGEL

A vosotros y á mí
Nos liga el mismo interés.
Vosotros para Castilla
A don Fernando queréis:
En la herencia de aquel trono
Mi competidor es él:
Coronadle, antes que el fallo
Los jueces de Caspe den.
Y ya sin rival, es mío
El imperio aragonés.

EL CONDESTABLE

A la reina voy á hablar:
No hay tiempo ya que perder.

URGEL

¿Qué intentáis?

EL CONDESTABLE

Que con su hijo
Parta á Inglaterra...

URGEL

Tened.
Esa medida no os salva.

EL CONDESTABLE

¿Por qué?

URGEL

Porque si á ceder
El infante se negase,
Volver los hará otra vez. –
Para obligarle, es forzoso
Que el niño don Juan esté
Fuera de su alcance.

EL CONDESTABLE

¿Dónde?

URGEL

Condestable, en mi poder.

EL CONDESTABLE

¿En el vuestro?

URGEL

Sí: en el mío. –
¿Qué, dudáis?

EL CONDESTABLE

¡Conde de Urgel!..
Yo os conozco; y ese niño
Es hijo al fin de mi rey.

URGEL

¿Sospecháis?...

EL CONDESTABLE

Y con razón.

URGEL

¡Vive Dios! ¡Osado'..

EL CONDESTABLE

Ved
Que estáis, conde, en el alcázar
De Toledo, y que os perdéis. –
Templaos, y decid. ¿Qué prenda
Nos dais de que el niño esté,
No solamente al abrigo
De un atentado cruel,
Sino honrado, cual merece
Su alta cuna?

URGEL

Mi interés.

EL CONDESTABLE

No la rechazo: explicaos.

URGEL

Ya que no basta la fe
De mi palabra y la sangre
Real que anima mi ser...

EL CONDESTABLE

De vuestro interés habladme.

URGEL

¿Pues claramente no veis
Que conservando en rehenes,
Al niño don Juan, podré
Contener de don Fernando
La ambición, si alguna vez
Sus derechos á mi trono
Intentara sostener?

EL CONDESTABLE

Cierto. – Me basta la prenda.
¡Hola!

ESCENA VII

DICHOS, EL ESCUDERO

EL ESCUDERO

Señor.

EL CONDESTABLE

Disponed
De órden mía, que en Toledo
A nadie entrada se dé
Si es que viene de Aragón.
Andad.

ESCENA VIII

EL CONDESTABLE, EL CONDE

EL CONDESTABLE

Conviene tener
Oculta vuestra llegada
Y las nuevas que traéis,
Porque á oídos del infante
No lleguen hasta después.
¿Nadie aquí os conoce?

URGEL

Nadie
Conoce al conde de Urgel
Sino vos.

EL CONDESTABLE

Pues aguardad.

(Dirígese á la puerta de la derecha.)

¡Ha del alcázar!

EL PAJE, dentro.

¿Quién es?

EL CONDESTABLE

El condestable.

(Abrese la puerta y aparece el paje.)

Decid
A Diego López, doncel,
Que para asunto que importa
Aquí le aguardo.

(Retírase el paje, cerrando.)

¿Traéis

(Al conde.)

Gentes de armas de Aragón?

URGEL

Corto escuadrón, pero fiel,
Me acompaña, que emboscado
Cerca del muro dejé.

EL CONDESTABLE

Pues cuando á partir vayáis,
Haré que aviso le den
De que al alcázar se acerque,
Y esa escolta llevaréis.

ESCENA IX

DON DIEGO, EL CONDESTABLE, EL CONDE

(Abrese la puerta de la derecha, y sale por ella don Diego.)

EL CONDESTABLE

Don Diego, oid. – Aunque nada
Hemos hablado hasta ahora,
Desde que está á vuestro cargo
Del príncipe la custodia,
No imaginéis que los grandes
Aquel proyecto abandonan.

DIEGO

¿De qué proyecto me habláis?

EL CONDESTABLE

Muy flaco sois de memoria.
¿No os acordáis de aquel día
Que partisteis á Segovia?..

DIEGO

Sí me acuerdo.

EL CONDESTABLE

¿Y á qué fuisteis?

DIEGO

A custodiar la persona
De mi rey, y hasta Toledo
Conducirle y darle escolta.

EL CONDESTABLE

¿Y á mí
Me lo decís?

DIEGO

Y es notoria
En Castilla la lealtad
De que mi pecho blasona.

EL CONDESTABLE

¡Viven los cielos! ¡Don Diego!..

DIEGO, yéndose.

Si no mandáis otra cosa. .

EL CONDESTABLE

¡Oid, esperad!.. ¿Qué es esto?.. –
Mas ya lo comprendo. Os sobra
Razón. Perdonad, don Diego;
Mía fué la culpa toda;
Pues conociendo años ha
La prudencia que os adorna,
Antes de hablar olvidé
Deciros que nada importa
Que el caballero que veis

(Señalando al conde.)

De nuestros planes se imponga.

DIEGO

Yo, condestable, no temo
Que el mundo entero me oiga.

EL CONDESTABLE

Bien está; pero repito
Que hablar podéis sin zozobra.
Es un noble aragonés,
A quien su rey comisiona
Para que al niño don Juan
Allá conduzca, y le ponga
En su poder.

DIEGO

¡Cómo! ¿Al niño
Que guardo yo? – Sabedora
Del caso será la reina,
Y ella y el infante en forma
Me autorizarán...

EL CONDESTABLE

La reina
Y don Fernando lo ignoran.

Mas urge el tiempo, y es fuerza
Hoy mismo acabar la obra.
La reina, viendo partir
Al hijo que tanto adora,
Le seguirá sin remedio;
Y al ver que el trono abandonan
Lo aceptará don Fernando.
Entregadnos sin demora
Al príncipe, y...

DIEGO

Condestable,
Vuestro juicio se trastorna.
¿Yo traidor al niño rey
Y á la reina mi señora?

EL CONDESTABLE

¡Don Diego!

DIEGO

En nombre del rey
Don Enrique, que está en gloria,
Soy guardador de su hijo.

EL CONDESTABLE

¿Y la palabra?..

DIEGO

Esta honra
Nuevos deberes me impone.

EL CONDESTABLE

¿Y no es bien que se anteponga
El de salvar á Castilla?..

DIEGO

A mí tan sólo me toca
Guardar al rey, y á mi lado
Lo guardaré á toda costa.

EL CONDESTABLE

¡Vive Dios que ya os entiendo!..

URGEL

¡Y vive Dios que me enoja
La paciencia que gastáis!
Si de grado no os lo otorga,
Entrad por él, y excusad
Tantas palabras ociosas.

DIEGO

Veremos si el condestable
A ese atentado se arroja.

URGEL

Si el condestable vacila,
Entraré yo mismo.

DIEGO

¡Hola!

(A la voz de don Diego aparecen hombres de armas guardando la puerta.)

Ya veis que mis ballesteros
Ese recinto custodian.

URGEL

Mi espada se abrirá paso...

(Pone mano á la espada. El condestable le contiene.)

DIEGO

¡Guardias!

EL CONDESTABLE

¡Tened, no nos oigan!
Con violencia nada hacemos.
Idos, y dejadme á solas
Con él.

URGEL

Pero es fuerza hoy mismo...

EL CONDESTABLE

Hoy nuestro intento se logra.
Yo respondo.

DIEGO

Será en vano.

URGEL

Si dentro de breves horas
No le entregas, viejo imbécil,
Vendré por él en persona;
Y aunque huelle tu cadáver,
Te lo arrancará mi cólera.

EL CONDESTABLE

Idos, que la reina sale.

(El conde de Urgel se cala la visera, y se va.)

ESCENA X

DON DIEGO, EL CONDESTABLE, LA REINA

LA REINA

¿Ni en la estancia silenciosa
Donde llorando mi duelo
Vivo retirada y sola,
Dejaréis de importunarme?
¿Quién estas voces provoca?
¿Qué hacéis á la puerta vos
De la estancia donde mora
Mi hijo? Y ese guerrero
Que con planta presurosa
Se aleja al verme, ¿quién es?

DIEGO

Sea quien fuere, señora,
Don Diego López aquí
Al niño don Juan custodia
Y á nadie lo entregará.

LA REINA

¡Entregarlo!

DIEGO

Desde ahora
Libre entrada en su aposento
Concedo... ¡pero á vos sola!

(Entrase en el cuarto de la derecha.)

ESCENA XI

EL CONDESTABLE, LA REINA

EL CONDESTABLE

(Yo daré en tierra, villano,
Con tu fingida lealtad.)

LA REINA

¡Cielos, qué he oído! Aclarad,
Condestable, aqueste arcano.

EL CONDESTABLE

A demandaros audiencia
Cien veces aquí he llegado,
Y nunca os habéis dignado
Darme de hablaros licencia.

LA REINA

¿Qué queréis? La pena, el llanto
Engendran temores tales. .
¡Y hasta palabras fatales
Que resuenan con espanto!
Jurara yo que aquí ahora
No sé qué don Diego dijo
De entregaros á mi hijo. .
¡Ved qué ilusión!..

EL CONDESTABLE

Sí, señora.

LA REINA

¡Cómo!.. ¿Es cierto?

EL CONDESTABLE

Sí, por Dios.

LA REINA

¿Y para qué habéis tratado
De arrancarlo de su lado?

EL CONDESTABLE

Para entregároslo á vos.

LA REINA

¡Cielos!.. ¿Es posible?.. ¡A mí!..
¿Y él se niega á vuestro intento?

EL CONDESTABLE

Ya sabéis que el testamento
Le manda guardarlo.

LA REINA

¡Ah, sí!

EL CONDESTABLE

Y vos, pena muy amarga
Tendréis, separada de él.

LA REINA

¡Ah! No hay pena más cruel.

EL CONDESTABLE

¡Y separación tan larga!
Yo cumplí mi obligación
Poniendo el niño en su mano:
No me tachéis de inhumano.
Comprendo vuestra aflicción;
Y cual madre tierna creo
Que por llegarle á abrazar
Daríais sin vacilar ..

LA REINA

¡Cuanto en el mundo poseo!
Mas no será menester.
Puesto que hoy á vuestro ruego
Ceder no quiere don Diego,
Yo le obligaré á ceder.

EL CONDESTABLE

¿De qué modo?

LA REINA, sacando un pergamino.

En este escrito
Que de mi mano he trazado,
Por nulo doy lo mandado.
La guarda del rey le quito;
Y, por ser su madre, á mí
Me declaro guardadora.
Mirad.

(Se lo entrega.)

EL CONDESTABLE

Observo, señora,
Que falta una firma aquí.

LA REINA

¿La del infante?

EL CONDESTABLE

Así es:
El poder es de los dos.

LA REINA

Pues bien, condestable, vos
Que mostráis tanto interés
Por esta madre infelice,
Enviádselo al instante,
No tardéis, y que el infante
Con su firma lo autorice.

EL CONDESTABLE

Dudo que para anular
De su hermano el testamento
Preste su consentimiento.

LA REINA

¡Oh Dios! ¿Y á quién apelar?..

EL CONDESTABLE

Si al hijo vuestro queréis
Con ese afecto tan puro...

LA REINA

¿Lo dudáis?

EL CONDESTABLE

Pues bien, yo os juro
Que en los brazos lo tendréis.
La empresa á mi cargo tomo.

LA REINA

¿Vos?

EL CONDESTABLE

Sí; que poder me asiste.

LA REINA

¿Cuándo será?

EL CONDESTABLE

En vos consiste
Que sea ahora mismo.

LA REINA

¿Cómo?

EL CONDESTABLE

Dedicando vuestro amor
A su dicha, á su reposo;
Haciéndole venturoso,
Que es la grandeza mayor.

LA REINA

¿Pues qué otro objeto ambiciono?

EL CONDESTABLE

Es que con todo ese afán
No haréis feliz á don Juan,
Si le hacéis subir al trono.

LA REINA

¿Y qué he de hacer? ¡Santo Dios!

EL CONDESTABLE

Salvarle del riesgo ahora.

LA REINA

¿Cómo?

EL CONDESTABLE

Marchándoos, señora,
Con él de Castilla vos.

LA REINA

¡Cielos!

EL CONDESTABLE

De la corte ausente,
Siempre retirada allá,
Vos ignoráis... – ¡ojalá
Lo ignoréis eternamente! –
Las zozobras, los cuidados
Que rodean sin cesar
Al que se atreve á reinar.
Doy que los moros lanzados,
Que sujeto Portugal,
El príncipe, sin tener
Extranjeros que temer,
Empuñe el cetro real.
No es el extranjero encono
El peligro que le amaga:
En Castilla está la plaga
Que ha de socavar su trono.
Pondrán á su arrojo grillos,
Burlarán sus esperanzas
Prelados que mandan lanzas,
Grandes que tienen castillos.
Si es blando, dulce y humano,
Ha de ser de ellos juguete;
Y si mandar se promete
Tendrá que hacerse tirano.
Mandar don Pedro intentó,
Y fué tirano y cruel;
Y ya sabéis en Montiel
De qué manera acabó.

LA REINA, aterrada.

¡Ay!

EL CONDESTABLE

En cambio el rey difunto,
Que fué bondadoso y blando,
Sufrió desaires, llegando
Su humillación á tal punto,
Que hasta el sustento por fin
Hubo de faltarle un día,
Mientras ellos á porfía
Se holgaban en un festín.
¿Queréis que en tanto baldón
El hijo vuestro se vea?

Que rey en el nombre sea,
¿Es esa vuestra ambición?
Marchad, señora, marchad;
Y dejad que el cetro tome
Uno que á los grandes dome...

LA REINA

¿Quién?

EL CONDESTABLE

El infante.

LA REINA

¡Oh maldad!

EL CONDESTABLE

Lo demanda el reino entero;
Y yo, hincando la rodilla,
De vuestro amor á Castilla
Este sacrificio espero.

LA REINA

Alzad, alzad. – ¡Dios eterno!
Cumpliéronse mis temores.
¿Así perseguís, traidores,
A una madre, á un niño tierno?..

EL CONDESTABLE

¡No es traidor el que aquí veis,
El que os demanda de hinojos,
Con lágrimas de sus ojos,
Que os salvéis y nos salvéis!

LA REINA

Alzad, alzad... Ya penetro
Hasta el fondo el negro arcano...
¡Y es el infante, es mi hermano
Quien roba á mi hijo el cetro!

EL CONDESTABLE, se pone en pie.

¿Qué decís?..

LA REINA

Sí: de mi lado
Le aleja el remordimiento;
¡Y os hace á vos instrumento
De este feroz atentado!

EL CONDESTABLE

Señora, yo fuí testigo
De su tenaz resistencia.

LA REINA

¡Por eso huyó mi presencia!

EL CONDESTABLE

Por eso.

LA REINA

Vos sois su amigo.
Y en vano estáis procurando
Obscurecer su traición:
Que mi leal corazón
Ya me la estaba anunciando.
¡Ah, sí! Desde aquel instante
Que separada me vi
Del hijo mío, y aquí
Sola me dejó el infante,
No sé qué secreto horror
En mi corazón sentía,
Que cuantos rostros veía
Me llenaban de terror;
Y en esa estancia encerrada,
Donde mi espanto crecía
Con la soledad sombría
De esta lóbrega morada,
Se agolparon de repente
A mi exaltada memoria
Recuerdos de aquella historia
Que en mi niñez inocente
A mi tierna madre oí.
De Castilla la arrojaron,
Y al rey su padre mataron...
¡Y fueron los grandes, sí!
¡Y un infante era también
El jefe de aquella hazaña!

EL CONDESTABLE

¿Semejanza tan extraña
Por qué vuestros ojos ven?

LA REINA

Porque de nuestros mayores
Pesa en nosotros la ley:
Yo desciendo de aquel rey...
Y vos de aquellos traidores.

EL CONDESTABLE

Caiga vuestro enojo en mí:
Traidor llamadme en buen hora;
Mas por vuestro bien, señora,
Marchad al punto de aquí.

LA REINA

¡Nunca! ¡Jamás! – ¡Justo Dios!..
¡Yo á mi hijo destronar!..

EL CONDESTABLE

¿No queréis con él marchar?..
Pues él marchará sin vos.

LA REINA

¿Qué decís?.. ¡Sin mí!

EL CONDESTABLE

Es urgente:
Hoy partirá de Toledo.

LA REINA

¿Pensáis que me infunde miedo
Esta amenaza impotente?
Si vos faltáis al honor
Y á la fe de buen vasallo,
No imaginéis que me hallo
Sin un leal defensor.

EL CONDESTABLE

¿Quién, señora?

LA REINA

El que antes dijo
Que era sordo á vuestro ruego.

EL CONDESTABLE

¿Don Diego, decís?

LA REINA

Don Diego,
Que no entregará á mi hijo.

EL CONDESTABLE

¡Vana ilusión os ofusca!
Ese leal caballero
Sabéis que fué el mensajero
Que marchaba en vuestra busca.

LA REINA

A traerme...

EL CONDESTABLE

No, señora:
Iba á alejaros de aquí.

LA REINA

¿Cómo?.. Pues ahora ..

EL CONDESTABLE

Sí:
Otro es su interés ahora.
Como guardador, confía
Que logrará del rey niño
Ir conquistando el cariño
Y ser su valido un día.

LA REINA

Pues, lealtad ó interés sea,
Él lo guardará.

EL CONDESTABLE

Quizá.
Y decid: ¿lo guardará,
Señora, cuando esto lea?
(Mostrando el escrito que le dió la reina.)

LA REINA

¡Cómo! ¿Intentáis?..

EL CONDESTABLE

Todo entero
Escrito de vuestra mano.

LA REINA

Lo revocaré.

EL CONDESTABLE

Es en vano.
El pensamiento primero
De despojarlo aquí está;
Y aunque lo anuléis ahora,
Tarde ó temprano, señora,
Que se ha de cumplir verá.
Y pues en don Diego es fijo
Que obra sólo el interés,
Leerá este escrito, y después
Entregará á vuestro hijo.

LA REINA

¿Conque no hay uno siquiera,
No hay uno que guarde fe?.
Partiré, sí, partiré...
¡Y ojalá nunca viniera!
Hijo: huyamos de este suelo,
Huyamos de este recinto
En sangre de reyes tinto...
Abandónales sin duelo
Un trono de maldición
A esos nobles ricoshombres...
Que cubren con altos nombres
La infamia del corazón.

EL CONDESTABLE

¿Partiréis?

LA REINA

Al punto, sí:
Que mientras con vos esté,
Por mi hijo temblaré:
Salgamos pronto de aquí.

EL CONDESTABLE

La paz á Castilla dais.
Y aunque el sacrificio os cueste...
(Algazara dentro y gritos de ¡viva el infante!)

LA REINA

¡Cielos! ¡Qué tumulto es este!..
¿Quién viene?

EL CONDESTABLE

Nada temáis.

ESCENA XII

DICHOS, FERNÁN GUTIÉRREZ, SOLDADOS

(Cuatro guerreros siguen á Fernán Gutiérrez, y se quedan en el fondo, caladas las viseras.)

GUTIÉRREZ

¡Victoria por don Fernando!

EL CONDESTABLE

¡Fernán Gutiérrez!

GUTIÉRREZ

¡Oh, reina!
A vuestras plantas me envía
El infante con la nueva.

LA REINA

¿Y el infante dónde está?

GUTIÉRREZ

¡Rayo del cielo es su diestra!
Al primer encuentro, rompe
Del moro la hueste inmensa,
Lanzándola desbandada
Hasta el fondo de sus tierras.
De Antequera á las murallas
Triunfante y rápido llega,
Y las escalas arrima,
Y las lombardas asesta.
Da el asalto: sube al muro:
Los defensores se entregan;
Y al verle alzar el pendón
De Santiago en las almenas,
Grita el ejército: «¡Viva
Don Fernando de Antequera!»

EL CONDESTABLE

¡Dios le protege y le guarda
Para mayores empresas!
Otro título más alto
Hoy en Castilla le espera.
La reina, Fernán Gutiérrez,
Que admira sus nobles prendas,
Con resolución magnánima
Cede al infante la herencia
De su hijo, y esta noche
Los dos á Toledo dejan.

LA REINA

¿Esta noche? (¡Oh cielo!)

EL CONDESTABLE, dirigiéndose á la reina.

Y vos,
En quien de vanas grandezas
Triunfa el maternal amor,
Entrad en la estancia regia;
Y cuando del hijo amado
Gocéis las caricias tiernas,
Veréis que no vale un trono
Privarse de su presencia.

(Acércase á la puerta de la derecha.)

¡Hola! – A don Diego llamad.

LA REINA

(¡Esto es hecho! No me queda
Otro recurso. – Capaces
Serán de traición más negra
Si yo resisto...)

(El condestable, después de hablar con don Diego, que se ha presentado en la puerta, hace ademán á la reina de que pase. La reina exclama entrando apresurada:)

(¡Hijo mío!)

ESCENA XIII

EL CONDESTABLE, DON DIEGO, FERNÁN GUTIÉRREZ, SOLDADOS

(Don Diego va á seguir á la reina.)

EL CONDESTABLE

¡Don Diego!

DIEGO

Voy con la reina.

EL CONDESTABLE

Dos palabras nada más...

DIEGO

No puedo.

EL CONDESTABLE

Que os interesan.

DIEGO, deteniéndose.

¿A mí?

EL CONDESTABLE

A vos más que á ninguno.

DIEGO

Decid pronto.

EL CONDESTABLE

Con reserva. –
¿Lo habéis pensado mejor?

DIEGO

Yo no pienso, cuando median
El deber y la lealtad.

EL CONDESTABLE

¿Volvéis otra vez al tema?

DIEGO

Mi conciencia no permite...

EL CONDESTABLE

¿A mí, don Diego, con esas?
Sabéis que os conozco bien;
Conque dejaos de conciencia,
Y el móvil de esa mudanza
Explicadme con franqueza.

DIEGO

¡Risa me da la pregunta! –
¿Y á vos qué móvil os lleva
A coronar al infante?

EL CONDESTABLE

¡A mí!..

DIEGO

Ya sé la respuesta.
Decís que el bien de la patria.
Otra razón es la vuestra.
Ayo del infante fuisteis:
Se ha criado en vuestra escuela:
Su valido sois; y es claro
Que si á coronarse llega,
Seréis valido del rey.

EL CONDESTABLE

Ya entiendo. ¿Esa misma idea
Tenéis con el niño vos?..

DIEGO

Quiero seguir vuestra regla.

EL CONDESTABLE

¡Acabarais de una vez!
Si otro temor no os arredra
Más que el de perder la guarda
Del niño, no os cause pena.

DIEGO

¿Por qué?

EL CONDESTABLE

Porque eso, don Diego,
Será de todas maneras.

DIEGO

¿Cómo?

EL CONDESTABLE

Sí.

DIEGO

¡Perderla! ¿Y quién
Me la ha de quitar?

EL CONDESTABLE

La reina.

DIEGO

¿La reina?

EL CONDESTABLE, le da el pergamino.

Leed.

DIEGO

¡Qué miro!

EL CONDESTABLE

Todo de su puño y letra.
Ella á marchar de Castilla
Con su hijo está resuelta.
Si bien á bien le entregáis,
No revelará mi lengua
Que de vendernos tratabais;
Pero si hacéis resistencia
Y dais con ello lugar
A que don Fernando vuelva
Y nuestro plan desbarate,
Este escrito os manifiesta
Que la madre os quitará
La guarda del niño: y cuenta
Que haberle ayudado ahora
No os valdrá luego con ella,
Porque ya sabe que antes
También de los nuestros erais;
Y al que ha servido á dos bandos
En ninguno se le aprecia.
¿Qué decís?

DIEGO

¿Qué he de decir?
Bien sabéis que en mi conciencia
De vuestra opinión he sido.
Si he obrado de otra manera,
Es porque el deber en mí
Siempre ha tenido gran fuerza. –
Pero en fin, ya que, á Dios gracias,

La reina misma desea
Lo que todos deseamos,
Pronto estoy á obedecerla.

EL CONDESTABLE

¡Esa mano!

DIEGO

Vuestro soy.

EL CONDESTABLE

Fernán Gutiérrez, ya quedan
Los obstáculos vencidos:
Don Diego al príncipe entrega.
Esta noche aquí los grandes
Juntaré, y en su presencia
Firmará la reina el acta
De abdicación. La litera
Real vendrá con sigilo,
Porque el pueblo nada entienda.
Saldrán esta noche entrambos;
Y cuando el día amanezca,
Por don Fernando alzaremos
Pendones. Vos á Antequera
Partís, y á vuestra llegada
Hacéis que cunda la nueva,
Que el ejército lo aclame,
Y en pos vuestro con presteza
Iremos los grandes todos
A llevarle la diadema.

DIEGO

¡Todos, sí!

EL CONDESTABLE

¡Sigilo! – Pronto
Volveré. – Por lo que pueda
Suceder... no quiero yo
Perder de vista á la reina.

ESCENA XIV

DON DIEGO, FERNÁN GUTIÉRREZ, GUERREROS

DIEGO

¡Silencioso estáis! ¿Qué es esto?
Vos, á quien sin duda esperan
Grandes dones en albricias
De ese mensaje, ¿con muestras
De pesar, Fernán Gutiérrez,
Escucháis la elección nuestra?

GUTIÉRREZ

¡De pesar! ¿Estáis en vos?
Si en mi poder estuviera,
No de Castilla, del mundo
Le hiciera rey.

DIEGO

¡Altas prendas
Dignas del trono le adornan!
Y yo, que en reconocerlas
Soy el primero, por fin
He consentido en la empresa.
Porque ya veis... Del recinto
En que custodio á su alteza,
Con hombres de armas seguros
Guardadas tengo las puertas;
Y en vano al niño intentaran
Arrancarme con violencia.
Mas como el bien de Castilla
Tal sacrificio me ordena,
Resuelto estoy á entregarlo.
Y cuando el infante sepa
Que á mí me ha debido el trono...

(Uno de los cuatro guerreros ha ido acercándose y dice en voz baja á don Diego:)

GUERRERO

Te hará cortar la cabeza.

(Alzase la visera: es don Fernando.)

DIEGO

¿Cómo? ¿Qué?.. ¡Oh Dios! ¡El infante!

FERNANDO

¡Silencio!

DIEGO

¡Señor!..

FERNANDO

Si entregas
Al príncipe, y yo soy rey,
Ya sabes lo que te espera.

DIEGO

¡Pues cómo!.. ¿Os negáis?..

FERNANDO

¡Silencio!
Entra al punto, y di á la reina
Que en este instante, aquí mismo,
Hay quien hablarla desea.
Y advierte que, aunque me has visto,
No me has visto. – Marcha apriesa.

(Don Diego, turbado y trémulo, se va por la derecha.)

ESCENA XV

DON FERNANDO, FERNÁN GUTIÉRREZ, GUERREROS

FERNANDO

A tiempo, Fernán Gutiérrez,
Llegamos por dicha nuestra.
Dios me ha inspirado. – Si tardo
Un día más, la violencia
Se consuma.

GUTIÉRREZ

¡Y todavía
Quién sabe si á contenerla
Bastaréis! – Los grandes quieren
Llevar á cabo la empresa
Esta misma noche. El ayo
Del rey es débil: la reina,
Más débil aún, consiente
En ausentarse: las fuerzas
Que esperáis, ó no vendrán,
O vendrán tarde...

FERNANDO

No creas
Que fray Vicente Ferrer
Mi mensaje desatienda.

GUTIÉRREZ

¿Y si no llegó á sus manos?
¿Y si la alevosa diestra
Que dió muerte al arzobispo
También en él se ensangrienta?
¿Qué haréis solo contra tantos?
¿Qué arbitrio entonces os queda?

FERNANDO

¿Qué es esto, señor? ¿Los tronos
Que colocaste en la tierra
A merced de sus vasallos
Así abandonados dejas?
No es tu voluntad divina,
No es tu omnipotente diestra,
Sino el mundano interés
De pasiones turbulentas
Quien alza y hunde á su antojo
Reyes que en tu nombre reinan.

GUTIÉRREZ

Quizá es voluntad del cielo.
Lo pide Castilla entera.
¡Voz del pueblo es voz de Dios!

FERNANDO

Aunque lo pida: aunque sea
Conveniente al bien del reino
Que yo á sus instancias ceda,
De más provecho será
Dejar á las venideras
Edades esta lección.
No quiero que un tiempo venga
En que, su ambición dorando
Con mentidas apariencias,
Príncipes usurpadores
Invocar mi ejemplo puedan.
¡No ha de ser, viven los cielos! –
Y pues mis derechos huellan
Los rebeldes de Aragón,
Y á un usurpador elevan
A aquel trono que era mío;
Este que la Providencia
Bajo mi amparo coloca
No pasará por la afrenta
De sufrir de sus vasallos
La vergonzosa tutela.

GUTIÉRREZ

Alguien viene.

FERNANDO, calándose la visera.

Ella tal vez...

GUTIÉRREZ

La misma.

FERNANDO

Guarda esas puertas,
Y dame con tiempo aviso
Si ves que alguno se acerca.

(Fernán Gutiérrez se va por la galería derecha llevándose los hombres de armas; y durante la escena que sigue se les verá aparecer de cuando en cuando á lo lejos, como vigilando la entrada.)

ESCENA XVI

DON FERNANDO, LA REINA

(La reina sale por la puerta de la derecha, impaciente y recelosa: ve á Fernán Gutiérrez y los guerreros desaparecer, y se para amedrentada.)

LA REINA

¿Quién por mí preguntaba?.. – ¡Mas qué es esto!..
¡Fernán Gutiérrez!.. ¡Me dejáis á solas
Con un desconocido!.. ¿Qué designios?
(A don Fernando.)
¿Quién sois? ¿Qué me queréis?..

FERNANDO, alzándose la visera.

Yo soy, señora.

LA REINA

¡Vos! ¡El infante aquí!

FERNANDO, con misterio.

¡Callad!..

LA REINA

¡Dejaos
De fingimiento ya! La negra historia
De mi desdicha y vuestro crimen leo.
No podéis la impaciencia que os devora
Más tiempo reprimir, ni allá en el campo
La noticia aguardar de mi deshonra.
Fuerza es pedir á la ambición sus alas
Y á Toledo volar; que perezosa
La fe del condestable tantos días
La urgente empresa consumar demora.
¡Culpable lentitud! – Mas vos llegasteis,
Y su tibieza en frenesí se torna.
Preséntase á su reina, la amenaza;
Al guardador del rey, astuto compra;
Y al hijo y á la madre en esta noche
Del trono y de Castilla nos arroja. –
¿Dudabais de su celo? ¡Ah! ¡Sois injusto!
Es vuestro amigo y como tal se porta.
Nada os queda que hacer. Vos, no lo extraño,
Quizá á saberlo de mi propia boca
Impaciente venís... ¿Y á qué cubierto
De férreo casco, de acerada cota?
No es este el campo de Montiel, ni el cetro
Que venís á usurpar la valerosa
Diestra de un rey batallador empuña,
Ni guerrera falanje le custodia.
Un inocente niño es quien le tiene,
Y una mujer quien le defiende sola...
– ¡No le defiende, no!.. No es necesario

Que otra vez por reinar la sangre corra.
– ¡Ahí tenéis ese trono que os halaga!
Con placer os le dejo, y á remotas
Tierras me ausento con el hijo mío,
Que es mi tesoro, mi ambición, mi gloria. –
¡Adiós, hermano, adiós! ¿Estáis contento?
Vednos partir: ¡gozaos en vuestra obra!

FERNANDO

En la vuestra diréis, que no en la mía.
¡Débil mujer, que tímida se postra
Y, al peligro menor, de madre y reina
Los sagrados deberes abandona!
¿Qué sería de vos, de vuestro hijo
Qué sería sin mí? – Cuando á Segovia
Dejasteis ambos y en Toledo entrabais,
Los grandes me ofrecían la corona;
Y yo la rechacé. – Con altos gritos
Me aclamaba por rey la hueste toda:
Yo le impuse silencio, y contra el moro
Me la llevé á lidiar.

LA REINA

¡Cielos!

FERNANDO

Con pronta
Marcha me alejo; y desde el campo envío
Un secreto mensaje á Zaragoza,
Pidiendo á fray Vicente que al justicia
Hombres de armas demande, y á mi costa
Vengan á las murallas de Toledo
Y mi mandato aguarden. – La derrota
Sigo entretanto del alarbe; gano
La villa de Antequera, y con victorias
Distraigo á mis guerreros. – A Sevilla
Finjo luego partir; y entre la escolta
De escogidos jinetes que aquí envío,
De la nueva del triunfo portadora,
Disfrazado me oculto. En este alcázar
Consigo penetrar; y aquí en persona
Quiero esperar la aragonesa hueste;
Y cuando el son de las trompetas oiga,
A su frente ponerme, de los grandes
Desbaratar las pretensiones locas,
Humillar su poder, y al hijo vuestro
Coronar.

LA REINA

¡Dios eterno!

FERNANDO

Y vos, señora;
Vos, que depositaria sois conmigo

De su herencia real; vos, defensora
De sus derechos; vos, que sois su madre...
¿Qué habéis hecho de él? – Ceder medrosa,
Consentir en sacrílegos proyectos,
Llorar, huir, quitarle la corona.

LA REINA

Salvar su vida.

FERNANDO

El suelo castellano
No engendra regicidas.

LA REINA

A la sombra
Del patrio amor que hipócritas afectan,
La acción más negra llamarán heroica.
Aún recuerdo sus fieras amenazas,
Su duro acento, sus miradas torvas...
¡Ay, yo he temblado por el hijo mío!..
Si me niego á partir, nada se logra:
Esta noche le arrancan de mi lado...
Y capaces serán... ¡Ah!, ¿qué me importa
El trono, la ambición?.. Yo con mi hijo
En dondequiera viviré dichosa...
Y él lo será conmigo. – ¿Qué le falta,
Si las caricias de su madre goza?

FERNANDO

¿Qué le falta, decís? – Pluguiese al cielo
Que esa inocencia en que le veis ahora
Eternamente conservar pudiera,
Cual conserva la flor su blando aroma.
Edad feliz, en que el hogar paterno
Es nuestro mundo, y lo demás se ignora;
En que un beso de amor enjuga el llanto
Que solamente de los ojos brota,
Y no del corazón... Mas ¡ay! que pronto
El huracán de las pasiones sopla
Y, por su aliento abrasador marchita,
La flor de la inocencia se deshoja.
Cuando ese niño en varoniles años
Sienta la regia sangre generosa
En sus venas hervir; cuando esos lazos
En que hoy le sujetáis brioso rompa,
Y desdeñando juegos infantiles,
Arda en su corazón ansia de gloria;
«Tú no naciste, le dirá la fama,
En esa humilde condición que ahoga
Tus ímpetus magnánimos; un trono
Heredaste al nacer: si de él ahora
Para siempre arrojado te contemplas,
De tu madre y no más la culpa es toda.»

A vos entonces lanzará sus quejas;
Verá en vos la ocasión de su deshonra:
Huirá de vos; maldecirá en secreto
La dura humillación que le sonroja,
Y acaso... acaso os aborrezca un día.

LA REINA

¡Aborrecerme! ¡Oh Dios!..

FERNANDO

Ya veis, señora,
Que si cobarde abandonáis el trono
Y apeláis á esa fuga vergonzosa,
Nada salváis en recompensa, nada...
¡Ni el cariño filial! – ¡No más zozobras!
¡No más debilidad! – Sed madre al menos.
Aquí tenéis un brazo que os apoya.
No os pido yo que á sobrehumano esfuerzo
Os elevéis con resistencia heroica;
Corto tiempo no más, cortos instantes:
La hueste de Aragón en breves horas
Veréis aquí; y entonces vuestro hijo
Por vos el trono paternal recobra.
Y cuando vos podáis decirle un día:
«Me lo debes á mí..,» ¡cuán orgullosa
Recibiréis en vuestro seno el llanto
De gratitud que de sus ojos corra!

LA REINA

Dejad, dejad que mi razón comprenda
Lo que escuchando estoy de vuestra boca.
¡Es sueño!.. ¡es ilusión!.. ¿Os dan un trono,
Y vos lo despreciáis?.. ¿Y que me oponga
A vuestra elevación queréis vos mismo?
¡Alma sublime!.. á vuestros pies se postra
Esta mujer, que de su vil sospecha
Vuestro perdón con lágrimas implora.

FERNANDO

¡Señora!..

LA REINA

No; dejadme que os admire,
Que tan alta virtud contemple absorta.
¡Ya comprendo el empeño de los grandes!..
Lo comprendo... ¡y lo aplaudo! – A vos os toca
Con justicia ceñir, no de Castilla,
Sino del mundo entero la corona.
¡Reinad, señor, reinad! – Yo al hijo mío
Sabré decirle: humíllate y adora
La voluntad del cielo, que en tu trono
Un modelo de príncipes coloca.

FERNANDO

¡Tristes tiempos son estos, en que sólo

Cumplir la obligación virtud se nombra!
Cumplid la vuestra como madre y reina,
Y á Dios dejad que lo demás disponga.
Mientras vos al amor de sus vasallos,
A la justicia, á las virtudes todas,
Formáis el corazón del tierno niño,
Yo domaré á esos grandes que blasonan
De alzar la frente á par de sus monarcas.
Yo un trono fundaré, cual firme roca
En tempestuoso mar, donde se estrellen
De la ambición las impotentes olas:
Yo haré, en fin, que de hoy más y para siempre
Un solo rey Castilla reconozca.

LA REINA

¿Qué nuevo aliento vuestra voz me infunde?
¿Qué brío es este que mi pecho cobra?
Otra me siento ya... Veréis cuán firme,
Si aquí de nuevo sus instancias doblan,
Sé resistir... – ¡Dios mío!

(Con una exclamación de espanto.)

FERNANDO

¿Qué os asusta?

LA REINA

¡La noche! ¡Sí! Mirad que esta es la hora
En que deben venir, y si no cedo,
El hijo mío sin piedad me roban.

FERNANDO

¡Otra vez el temor!..

LA REINA

¡Hijo adorado!..
¿Cómo salir de aquí? – Los que custodian
Las puertas del alcázar obedecen
La voz del condestable. – ¡Oh Dios!, ¡qué pronta
La horrible noche se acercó! ¿Qué haremos?..
La hueste que esperáis de Zaragoza
No viene, ó vendrá tarde... Y si entretanto
De Diego López los traidores logran
Que entregue el hijo mío...

FERNANDO

Diego López
No temáis que lo entregue.

LA REINA

¿Y si ellos osan
A viva fuerza penetrar?..

FERNANDO

Entonces,
¿No estoy yo aquí?

LA REINA

¿Quién viene?...

ESCENA XVII

DICHOS, FERNÁN GUTIÉRREZ

GUTIÉRREZ

Gente asoma
Por esa galería.

LA REINA

¡Ellos son!.. ¡ellos!..

FERNANDO

No desmayéis. ¡Firmeza!

(Se cala la visera y se confunde con los demás guerreros.)

ESCENA XVIII

DICHOS, EL CONDESTABLE, GRANDES

LA REINA

(¡Oh Dios!)

EL CONDESTABLE

Señora,
Ya que á nuestras instancias os rendisteis...

LA REINA

¡Yo! ¿Qué decís?..

EL CONDESTABLE

¿Dudáis?..

LA REINA

¿Y cuándo?..

EL CONDESTABLE

Pronta
La litera real estará en breve:
Y esta noche...

LA REINA

Bien, sí: de mi persona
Puedo yo responder... Mas de mi hijo...
Diego López le guarda, él os responda.
Si se niega á entregarlo...

EL CONDESTABLE

No se niega.

LA REINA

¿No?

EL CONDESTABLE

Vais á oirlo de su misma boca.

(Dirígese á la puerta de la derecha, y hace llamar á don Diego.)

LA REINA

(¡Mi postrera esperanza en él se funda!
Inspírale, ¡mi Dios!, haz que desoiga
La voz de la traición.)

ESCENA XIX

DICHOS, DON DIEGO

EL CONDESTABLE

Venid, don Diego.
La noche es esta en que cumplir nos toca
El grande y doloroso sacrificio
Que al bienestar del reino hacer importa.
La reina cede y á partir se obliga.
A las doce vendremos, y á esa hora
También al niño entregaréis. ¿No es cierto?

DIEGO, mirando en derredor.

¡Yo!..

EL CONDESTABLE

Declaradlo: que aunque á mí me consta,
Hay quien duda de vos.

DIEGO

¡De mí! Yo siempre...

EL CONDESTABLE

Hablad.

DIEGO

Como la reina lo disponga...

(Ve á don Fernando, que se alza rápidamente la visera y le mira con semblante amenazador, cubriéndose en seguida.)

(¡Allí está!)

EL CONDESTABLE

¿Vaciláis?

DIEGO

No... no vacilo. –

(Adelantándose y alzando la voz.)

Yo prometo cumplir... ¡todos me oigan!,
Lo que en este lugar.., hace un instante,
Se ha exigido de mí.

LA REINA

¡Cruel!

DIEGO

¡Señora!..

Mi cabeza responde...

LA REINA

¡Ah, sí! ¡lo entrega!...

EL CONDESTABLE

A las doce.

LA REINA

¡Las fuerzas me abandonan!

(Cae desmayada en un sillón.)

ACTO TERCERO

El mismo salón del acto segundo. Es de noche: hay una lámpara en la mesa.

ESCENA PRIMERA

DON DIEGO

¡Ambición!.. ¡loca ambición...
En duro trance me pones. –
Nunca de mí se acordara
El buen rey, que de Dios goce. –
Si al infante no obedezco,
Si ayudo á los ricoshombres,
Me pierdo: pues el infante,
Rey ó regente se nombre,
Siempre ha de ser quien nos mande:
Y aunque la corona tome
Con gozo, querrá que el mundo
Por justiciero le elogie;
Y, no hay duda, el guardador
Es la víctima que escoge...
¡Dios tenga piedad de mí!..

ESCENA II

DICHO, DON FERNANDO, FERNÁN GUTIÉRREZ,

que salen por la galería izquierda.

DIEGO

Señor.., van á dar las doce...
Y vendrán, y yo no sé
Qué responder á esos hombres
Cuando el niño me reclamen...

FERNANDO

Lo que el deber os impone.
Que sois guardador del rey,
Y que vuestro honor responde
De su trono.

DIEGO

Y si la reina,
Que en partir está conforme,
Pretende entrar, ¿le diré
Que os he entregado esta noche
Su hijo, y que vos lo habéis
Ocultado... no sé dónde?

FERNANDO

Si tal decís; si se sabe
Que estoy en Toledo, ¡pobre
De vos!

DIEGO

Puesto que á la reina
No me dejáis que la informe
De que os llevasteis el niño,
¿Tenéis, señor, intenciones
De aceptar por fin el trono?..

FERNANDO

Don Diego, nada os importe
Lo que yo he de hacer: andad,
Y no olvidéis esta orden.
La puerta de ese aposento
Custodiar os corresponde,
De modo que todos ellos

Y aun la misma reina ignoren
Que ya el niño no está allí.

DIEGO

Pero, ¿y si entrar se proponen
A la fuerza?

FERNANDO

Ballesteros
Tenéis que la entrada estorben.

DIEGO

Y si trajeren los suyos,
¿Qué hago?

FERNANDO

Morir como noble.

DIEGO

(¡Nunca de mí se acordara
El buen rey, que de Dios goce!)
(Se entra muy turbado por la puerta derecha.)

ESCENA III

DON FERNANDO, FERNÁN GUTIÉRREZ

FERNANDO

¿Conque podemos fiar
En ese alcaide?

GUTIÉRREZ

Es mi deudo:
Nadie puede suponer
Que escondido en su aposento
El niño don Juan está;
Y el alcaide, yo os prometo
Que antes perderá la vida
Que revelarlo.

FERNANDO

Estoy viendo
Tales cosas en Castilla,
Fernán Gutiérrez, que pienso,
¡Vive Dios!, que á responder
De mí mismo no me atrevo.

GUTIÉRREZ

Confuso os miro, señor.
Con misterioso silencio
Me mandáis que os acompañe,
Y de poder de don Diego
Sacáis á vuestro sobrino
Para ocultarlo de nuevo
En esa secreta estancia,
Y me calláis vuestro intento.
¿Dudaréis también de mí?

FERNANDO

No.

GUTIÉRREZ

Ya sabéis que son vuestros
Mi voluntad y mi brazo.
¿Qué queréis? ¿Que proclamemos
A don Juan? – Contad conmigo.
¿Queréis empuñar el cetro?
Contad conmigo también.

FERNANDO

Lo sé. – Y á vos, compañero
Inseparable y amigo,
Que desde mis años tiernos
Juez de mis acciones todas
Y hasta de mis pensamientos
Constantemente habéis sido;
A vos revelaros puedo
La lucha terrible, atroz,
Que está trabada en mi pecho. –
Fernán Gutiérrez, vos sois
Testigo de mis esfuerzos
Por conservar la corona
Al legítimo heredero.
A la amotinada hueste
Sabéis que impuse silencio
Y alejé de aquí: sabéis
Que por instantes espero
Gentes de armas de Aragón...

GUTIÉRREZ

¡Que ya tardan!..

FERNANDO

¡Bien lo veo! –
Sabéis que en tanto que llegan
Aquí he venido encubierto
A velar por mi sobrino,
A defender sus derechos.
Y en fin, sabéis que mi mente
Nunca manchó el vil proyecto
De traidora usurpación.

GUTIÉRREZ

¡Ah, señor!.

FERNANDO

Pues bien; yo siento
En mi interior una voz
Que me turba. – ¿Es voz del cielo
Que mis sentidos despierta
Y de su círculo estrecho
Los eleva á otra región
De más altos pensamientos?..

¿O es voz del infierno acaso
Que con sones halagüeños
Quiere atraerme al abismo?..
¡No sé!.. ¡no sé!.. – Pero es cierto
Que más alto cada vez
Me está gritando aquí dentro:
«Tú de virtudes privadas
Vas á dar un alto ejemplo;
Pero ¿acaso las virtudes
Que Dios á un príncipe ha impuesto
Son las mismas que á un vasallo?
No; que tu deber primero
Es atender á Castilla,
Aunque tengas para hacerlo
Que inmolar tu rectitud
A la salvación del reino.» –
Esto escucho. –

GUTIÉRREZ

¿Y vos, señor?..

FERNANDO

Yo, Hernando, vacilo y tiemblo. –
Para salvar á Castilla,
¿Qué apoyo hallar me prometo
En esa infeliz mujer
Que ha de partir el gobierno
Conmigo? – Ya la habéis visto
Tímida, débil, cediendo
A la más leve amenaza.
Visteis también el empeño
Con que estorbar intentó
Que saliese de Toledo
Contra el ejército infiel;
Negando su asentimiento
Para pedir á las Cortes
El servicio, y permitiendo
Que yo de mis propias rentas
Sustentase á los guerreros.
¿Y he de gobernar así?..
¿O he de abandonar el puesto
Y ver impasible hundirse
El trono de mis abuelos?..

GUTIÉRREZ

¡Razón tenéis! – Y pues ya
Vuestro designio penetro,
Diré á los grandes...

FERNANDO

¡Tened! –

GUTIÉRREZ

¿Dudáis?

FERNANDO

Es que al propio tiempo
Allá en el fondo del alma
Otra voz en ronco acento
Me repite sin descanso:
«¡Usurpador!» – Y es el eco
De la voz de fray Vicente,
Que desde el cercano reino
De Aragón ya me parece
Que está en mi mente leyendo,
Y que lanza sobre mí
La maldición de los cielos.

GUTIÉRREZ

Pues si aún vaciláis, señor,
¿Cuál ha sido vuestro objeto,
Decidme, en apoderaros
De don Juan?

FERNANDO

Es que no quiero
Que se resuelva su suerte
Y la suerte de este imperio
Por flaqueza de la reina
O por traición de don Diego.
El lo entrega: ella sucumbe
Si la amenazan de nuevo.
Teniendo el niño en mis manos,
Será el fin de este suceso
Obra de mi voluntad;
Mío el lauro, ó mío el yerro.

GUTIÉRREZ

¿Y esa voluntad cuál es?

FERNANDO

No lo sé, ¡viven los cielos! –
Hacer feliz á Castilla...
Dejar á mi hijo un cetro
En recompensa de aquel
Que le ha robado el perverso
Usurpador de Aragón... –
Caiga el anatema eterno
Sobre él. . Desplómese el trono
Bajo su planta; y en fuego
De la diadema real
Se trueque el dorado cerco
Que abrase la frente vil
De ese tirano soberbio. –
¡Justo Dios!.. ¿Y yo he de hacer
Lo mismo que en él condeno? –
Las fieras imprecaciones
Que estoy aquí profiriendo

Son las que ese niño un día
Lanzará desde el destierro
Contra mí... contra mis hijos...
¡Infamia atroz!.. ¡Me estremezco!..
– ¡Y esa gente de Aragón
Que no llega!.. ¡Este silencio
De Fray Vicente, que nada
Me ha contestado!..

GUTIÉRREZ

Y el tiempo
Vuela, señor... Esta noche
Es forzoso resolveros.
La hora se acerca; y en breve
Vendrán aquí... – Pasos siento...
¡Ellos serán!..

(Mirando por la galería derecha.)

Ellos son. –
¿Qué resolvéis?

FERNANDO

Esperemos.

(Se va por la galería izquierda.)

ESCENA IV

FERNÁN GUTIÉRREZ, DON FADRIQUE, EL OBISPO, GRANDES, que salen por la galería derecha.

FADRIQUE

Esta es la sala, señores.
Aquí con el mensajero
Del rey de Aragón, en breve
Al condestable veremos.

UN GRANDE

¿Quién está allí?

OTRO GRANDE

Es el valido
Del infante.

OTRO GRANDE

Cierto.

OTRO GRANDE

Cierto.

OTRO GRANDE

Fernán Gutiérrez; no hay duda.

FADRIQUE

Guárdeos Dios.

GUTIÉRREZ

Salud deseo
Al conde de Trastamara

UN GRANDE

Conque ya veis, esto es hecho.
Vais á llevar al infante
La nueva de este suceso,
Y á noticiarle que es rey
De Castilla.

FADRIQUE

Y fuera bueno
Que le añadierais también,
Porque no se olvide de ello,
Que lo es por elección
De los grandes.

UN GRANDE

¡Por supuesto!
¡Cómo ha de olvidarlo nunca!

FADRIQUE

Y si acaso llega un tiempo
En que lo olvide, nosotros
Recordárselo sabremos.

UN GRANDE

Ya están aquí.

ESCENA V

DICHOS, EL CONDESTABLE, EL CONDE DE URGEL, que salen por la galería derecha.

EL CONDESTABLE

Ricoshombres
De Castilla, aquí estáis viendo
Al ilustre aragonés
Que viene con el intento
Que ya os dije. – Mas oid:
Si la salvación del reino
Reclama este sacrificio,
Vea el mundo que lo hacemos
Respetando el infortunio;
Y que cumplimos á un tiempo
Como buenos castellanos
Y leales caballeros.

(Al conde de Urgel.)

Antes, pues, que en vuestras manos
Al tierno niño entreguemos,
Jurad como embajador,
Y en nombre de vuestro dueño
Don Jaime, conde de Urgel...

URGEL

Del rey de Aragón.

EL CONDESTABLE

Es cierto:
Del rey de Aragón. – Jurad,
Cual si lo jurara él mesmo,
Que don Juan será por él
Tratado con el respeto
Debido á su regia cuna.

URGEL

Lo juro.

EL CONDESTABLE

También queremos
Que en su nombre nos juréis
Que no intentará ponerlo
En el trono de Castilla
Por fuerza de armas, á menos
Que el rey don Fernando intente
Hacer valer sus derechos...

URGEL

¡Sus derechos no! Sus locas
Pretensiones.

EL CONDESTABLE

Lo concedo:
Sus pretensiones al trono
De Aragón por igual medio.

FADRIQUE

O también cuando nosotros
Se lo exijamos, si el nuevo
Rey se negase á guardarnos
Las franquicias y los fueros
Que á los grandes corresponden.

URGEL

Así lo juro.

EL CONDESTABLE

Y yo acepto
En mi nombre, y el de todos,
Tan solemne juramento. –
Ahora bien, Fernán Gutiérrez,
Entrad y decid, os ruego,
A la reina que aquí aguardan
Se digne favorecerlos
Con su presencia los grandes
Reunidos.

(Fernán Gutiérrez saluda y entra por la puerta izquierda.)

ESCENA VI

DICHOS, menos FERNÁN GUTIÉRREZ

EL CONDESTABLE, al conde de Urgel.

Esto es hecho.
Al dar las doce el reloj
De la torre, un escudero
Marchará con orden vuestra
A hacer que entren en Toledo
Los jinetes que trajisteis,
Porque, escoltados con ellos,
En la litera real
Partáis los tres con silencio;
Y al nuevo sol, proclamamos
A don Fernando ante el pueblo.

ESCENA VII

DICHOS, LA REINA, FERNÁN GUTIÉRREZ

(Fernán Gutiérrez sale por la puerta izquierda y da paso á la reina, que al ver á los grandes se para.)

LA REINA

¡Ay! ¡Aquí están!.. ¡Ellos son!..
Se acerca el terrible instante...
¡Y no parece el infante!..
¡No llegan los de Aragón! –
Cuando en él, y sólo en él
Para resistir confío,
Así me deja, ¡Dios mío! –
¡Incertidumbre cruel! –
¿Y cómo me respondió
De la lealtad de don Diego,
Si yo misma escuché luego
Que aquí don Diego ofreció
Que á mi hijo entregaría? –
¡Me confundo! – ¿Y qué hago ahora?..
¡Gran Dios!.. ¡va á sonar la hora!..
Redoblarán su porfía...
¿Y cómo hacer resistencia,
Si nadie en mi apoyo viene?..

URGEL

(A los grandes, que están en el lado opuesto.)

Acabemos... ¿Qué os detiene?

EL CONDESTABLE

Confieso que la presencia
De esa mujer desgraciada,
Que fué reina de Castilla

Y de su reino y su silla
Se ve en un punto arrojada,
En tan solemne momento
Conmueve mi corazón,
Y al contemplar su aflicción
Enternecido me siento.

(Al obispo.)

De vos, don Sancho, quizá,
Cual ministro del Señor,
Con resignación mayor
La propuesta escuchará.
Tomad. –

(Le presenta un pergamino.)

SANCHO

No, que á toda ley
A vos os toca, ¡por Dios! –
Sois el condestable vos,
Testamentario del rey...
Y además: que en esta empresa
Sois quien la voz ha llevado,
Y así...

URGEL

¡Basta de altercado! –
¡Timidez extraña es esa! –
Dadme. –

(Quiere tomarlo.)

EL CONDESTABLE

Eso no. – Un extranjero
No le ha de imponer la ley
A la viuda de mi rey. –
Iré yo mismo primero.

(Se acerca á la reina.)

¡Señora!..

LA REINA

¡Llegó la hora!..
¿Vais la infamia á consumar? –
¡Oh Dios!..

EL CONDESTABLE

Si os dignáis mirar
Nuestros semblantes, señora,
Ellos os podrán decir
Que, al dar este triste paso,
Lo sentimos tanto acaso
Cual vos lo podéis sentir.
Mas este duro servicio
Demanda el público bien. –
Mostraos grande vos también:
Consumad el sacrificio.

LA REINA

¿Tan pronto queréis que sea?

EL CONDESTABLE

Dentro de breves instantes
Debéis partir. – Pero antes,
Y para que el mundo vea
Que vos, como así es verdad,
Atenta al común sosiego,
Os rendís á nuestro ruego
Con entera voluntad,
Será cuerda prevención...

LA REINA

¿Qué?

EL CONDESTABLE, presentándole el pergamino.

Que pongáis vuestra firma
En esta acta que confirma
Vuestra magnánima acción.

LA REINA

¡Mi firma!.. ¿Y qué dice ahí?

EL CONDESTABLE

Nada dice que os asombre:
Lo que ya sabéis. En nombre
De don Juan decís aquí
Que con entero albedrío
Renunciáis á la corona,
Cediéndola en la persona
De don Fernando su tío.

LA REINA

¿Yo?.. ¡Nunca!.. ¡Jamás!..

EL CONDESTABLE

¡Señora'..

LA REINA

¡Hasta aquí pudo llegar!

EL CONDESTABLE

Pues ¿qué os importa firmar
Lo que vais á hacer ahora?

FADRIQUE

¿En tan poca estimación
La fama vuestra tenéis,
Que en esa firma no veis
Salvada vuestra opinión?
¿Preferís que el mundo diga,
Si no firmáis ese escrito,
Que algún oculto delito
En vos el reino castiga?

LA REINA

¡Hable el mundo!.. ¡Yo me río
De cuanto pueda creer! –
Lo que no quiero es perder

El amor del hijo mío.
Sin ese escrito cruel,
Donde al ver mi firma es llano
Que maldecirá la mano
Que le arrojó del dosel,
Quizá consiga yo un día
Que disculpe mi flaqueza
Pintando vuestra fiereza,
Haciendo que mi porfía
Más firme y tenaz parezca,
Mi constancia encareciendo...
En fin, mintiendo, mintiendo,
Para que no me aborrezca.
¿Queréis en mi corazón
Con esa horrible venganza
Matar hasta la esperanza
De conseguir mi perdón?

EL CONDESTABLE

Si decirle os proponéis
Que con violencia tan cruda
De aquí os echamos, ¿quién duda
Que añadir también podréis
Que á firmar se os obligó
Usando de igual violencia,
Sin que vuestra resistencia
Fuera bastante?..

LA REINA

¡Eso no! –
Vosotros tenéis poder
Para arrojar fácilmente
Del trono á un niño inocente
Y á una infelice mujer –
Seres que el cielo abandona, –
Y de vuestra fuerza usando
Sacarlos de aquí arrastrando
Y robarles la corona.
Pero no hay poder humano
Que al ente más débil venza
A que su oprobio y vergüenza
Trace con su propia mano.

EL CONDESTABLE

Reina, por piedad, no así
Dejéis el tiempo pasar;
Y sabed que sin firmar
No habéis de salir de aquí.

LA REINA

¡Nunca saldré!

EL CONDESTABLE

Bien está:
Nadie os forzará, señora:
Vos no saldréis, en buen hora:
Mas vuestro hijo saldrá.

(Hace ademán de dirigirse hacia la puerta de la derecha.)

LA REINA

¡Mi hijo!.. ¡No!.. ¡Deteneos!..

EL CONDESTABLE

Solo le veréis partir,
Pues os negáis á cumplir,
Señora, nuestros deseos.

LA REINA

¡Hombres viles!.. – Digo mal:
Hombres no: tigres seréis,
Que un hijo robar queréis
Del regazo maternal...

EL CONDESTABLE

Nunca fué tal nuestro intento:
Mas vos lo queréis...

LA REINA

¡Yo!..

EL CONDESTABLE

Vos;
Y á nuestro pesar...

LA REINA, ap.

(¡Gran Dios!..
Acaso en ese aposento
A guardar al hijo mío
El infante se ocultó;
Y no abrirá.)

EL CONDESTABLE

¿Firmáis?

LA REINA

No.
(En su protección confío.)

(El condestable, oída la repulsa de la reina, se llega á la puerta de la derecha y llama.)

EL CONDESTABLE

¡Diego López!

(La reina tiene fijos con ansiedad los ojos en la puerta; ábrese ésta, y aparece Diego López.)

ESCENA VIII

DICHOS, DON DIEGO

DIEGO

Vedme aquí.

LA REINA

(¡No es él!.. ¡No es él!.. ¿Dónde está?
¡Mi esfuerzo se agota ya!..
¿Qué más exige de mí?.)

EL CONDESTABLE

Don Diego, llegó el momento.
Juntos aquí estáis mirando
A los grandes, esperando
El exacto cumplimiento
De la palabra que disteis.
A don Juan nos entregad.

DIEGO

Pronto estoy... Mas recordad
Que á las doce me dijisteis.
(Ganar tiempo me conviene...
Imposible es la defensa...
Pero el infante ¡en qué piensa,
Que en tal conflicto me tiene!..)

EL CONDESTABLE, á la reina.

Ya lo oís: cortos instantes
Os restan de vacilar.
Las doce van á sonar.

LA REINA, con desesperación.

Quizá mis sollozos antes,
Mis gemidos de dolor,
Llenando el lóbrego espacio,
Del fondo de este palacio
Me traigan un defensor.
¿Pensáis que á ese inicuo bando
No hay hombre que ponga miedo?
Aún hay alguno en Toledo...
Que quizá me está escuchando. –
Noble y leal corazón
En cuya virtud aún creo,
Ven á lograr el trofeo
De esta generosa acción.
Ven, acude antes que suene
La hora fatal en mi oído...

(La campana del alcázar da las doce.)

¡Ay!.. ¡las doce!..

DIEGO

(Soy perdido.)

LA REINA

¡Nadie en mi defensa viene!

EL CONDESTABLE

¿Don Diego, oís? – Vamos presto.

LA REINA

Aguardad...

EL CONDESTABLE, á la reina.

No nos sigáis.

LA REINA

¡Tened!.. ¡Tened!..

EL CONDESTABLE

¿Qué mandáis?

LA REINA

Dadme ese escrito funesto.

EL CONDESTABLE

Tomad.

(Se acerca á ella y le presenta el pergamino.)

LA REINA

Ya es fuerza que ceda...

(Firma y se lo devuelve.)

Ahí tenéis. – Hijo querido,
Perdón... Todo lo has perdido ..
Sólo tu madre te queda.

(Entra precipitada por la puerta de la derecha.)

ESCENA IX

DICHOS, menos LA REINA

EL CONDESTABLE

¡Al fin triunfamos! – Tomad,
Fernán Gutiérrez, y así
Que los dos salgan de aquí,
A los reales marchad.

(Le entrega el pergamino.)

ESCENA X

DICHOS, UN ESCUDERO

ESCUDERO

Señor, un fuerte escuadrón
A las puertas se presenta
Y entrar en Toledo intenta.

URGEL

¿Es de Aragón?

ESCUDERO

De Aragón.

EL CONDESTABLE, al conde de Urgel.

El vuestro será...

URGEL

No hay duda.
De mi prolija tardanza

Receloso, aquí se lanza
A darme amparo y ayuda.

EL CONDESTABLE

Andad pronto; que entre luego.

(Al escudero, que se va.)

Id vos, y vuestra presencia
Logre calmar su impaciencia.

(Al conde de Urgel, el cual se va, calándose la visera.)

Entremos. – Venid, don Diego.

(Entran por la puerta de la derecha, llevándose á Diego López, que los sigue con la mayor turbación. Así que desaparecen, se dirige Fernán Gutiérrez á la galería izquierda, y sale por ella don Fernando.)

ESCENA VI

FERNÁN GUTIÉRREZ,
DON FERNANDO

FERNANDO

¿Firmó?

GUTIÉRREZ

Firmó: vedlo aquí.

(Le entrega el pergamino.)

FERNANDO

Mano tan débil que firma
Este escrito vergonzoso,
¿Podrá regir á Castilla?

GUTIÉRREZ

Vuestro tesón ya es inútil.
Todo á que cedáis conspira.
Perded, señor, la esperanza
De que Aragón os asista
Con gentes de armas.

FERNANDO

¿Por qué?

GUTIÉRREZ

Porque un emisario envía
Para alentar á los grandes
A que la corona os ciñan.

FERNANDO

¡Justo Dios!..

GUTIÉRREZ

Amedrentado
Don Diego les facilita
La entrada, y en este instante
Por las estancias vecinas
Buscando al niño estarán.
Si despechados registran
El alcázar, si le encuentran,
Y ciegos se precipitan,
Roto el lazo del respeto,
A dar á su empresa cima ..

FERNANDO

¿Conque no hay remedio ya?
¡Conque atajados se miran
Todos los caminos, todos!..

GUTIÉRREZ

Uno os queda.

FERNANDO

Sí, el que guía
A la usurpación, al crimen,
El que mi pecho horroriza...
Y en él siento que me arroja,
Aunque el alma lo resista,
Una fuerza incontrastable...
¡Mas oh!.. ¡los cielos me inspiran!
Su luz resplandece... y veo
La senda por donde limpia
Sabré conservar mi fama
Y salvar de su ruina
El trono de mis mayores. –
Tú que ves, sombra querida
De mi rey, el noble intento
Que mi corazón anima,
Dame tu perdón y ayuda. –
Ese cetro que me obligan
A tomar, vara de hierro
Será que la frente altiva
De esos soberbios quebrante...
Inexorable cuchilla
Que ancho camino abrirá,
Regado con sangre inicua,
Por donde el niño inocente
Vuelva al trono de Castilla...
A ese trono en que yo mismo
He de colocarle un día...
A ese trono que mi brazo,
Con la protección divina,
Sabrá alzar sobre cimientos
Que firmes y eternos vivan.

GUTIÉRREZ

¡Oh alma grande y generosa!
Señor, la fausta noticia
Corro á anunciar...

(Oyese á lo lejos un toque de clarín.)

FERNANDO

Aguardad. –
¿Qué es eso?

GUTIÉRREZ

Es la comitiva
Del enviado aragonés,
Que al alcázar se aproxima
A custodiar la litera
Real.

FERNANDO

¡Y si Dios me envía
El auxilio que esperaba! –
Fernán Gutiérrez, aprisa
Bajad; y si son los míos,
Dad por señal que repita
Segunda vez el clarín,
Y defended las salidas
Del alcázar: yo os aguardo
En esa estancia contigua.

(Fernán Gutiérrez se va apresurado por la galería derecha. Don Fernando desaparece por la de la izquierda. – Oyense en la habitación de la derecha los gritos de la reina.)

ESCENA XII

LA REINA, EL CONDESTABLE, DON DIEGO, DON FADRIQUE, LOS GRANDES.

LA REINA, dentro.

¡Asesino! ¿Dónde estás?..
No me detengáis...

(Saliendo.)

EL CONDESTABLE, á don Diego.

¿Qué indigna
Traición es esta, don Diego?

LA REINA

¡Dejadme salvar su vida!
Yo le hallaré.

EL CONDESTABLE, á don Diego.

¿Quién le tiene?

FADRIQUE, al mismo.

¿Quién?

LA REINA

Aunque tenga yo misma
Que demoler piedra á piedra
Estas murallas. – Daos prisa.
Venid. – Decidme: ¿qué ocultos
Subterráneos, qué guaridas
Hay aquí? ¿Dónde lleváis
A perecer vuestras víctimas?

EL CONDESTABLE

Señora, ¿qué estáis diciendo?

FADRIQUE, á don Diego

Aclarad vos este enigma.

DIEGO

No me culpéis.

LA REINA, á don Diego.

Traidor, tiembla.
Va á presentarse á tu vista
El infante, que está aquí,
Y á castigar tu perfidia.

TODOS

¡El infante!

LA REINA

Sí, el infante...
¡Hermano!.. ¡Hermano!..

(Dando gritos.)

EL CONDESTABLE

¡Delira!

LA REINA

No responde... – Si he cedido
A vuestros ruegos sumisa,
Si la renuncia he firmado,
Si veis que estoy decidida
A partir, ¿qué más queréis? –
Vuestro rencor necesita
Verter su sangre, ¡verdugos!
– ¿Por qué? – Yo á remotos climas
Me iré con él... Sí, muy lejos;
Donde no tengáis noticia
De su existencia siquiera...
Pero su vida... ¡su vida!..

(Cae sin conocimiento en el sillón. – Oyese más cerca el segundo toque del clarín.)

EL CONDESTABLE

¡Ese clarín!

FADRIQUE

Caballeros,
Registremos con activa
Diligencia este palacio.

EL CONDESTABLE

Yo entretanto la salida
Haré custodiar.

FADRIQUE

Corramos.

(Dirígense á la galería derecha. Aparece á la entrada de ella Fernán Gutiérrez con soldados aragoneses, que cierran el paso, cruzando las lanzas.)

ESCENA XIII

DICHOS, FERNÁN GUTIÉRREZ, SOLDADOS

GUTIÉRREZ

¡Atrás!

TODOS

¿Qué es esto?

EL CONDESTABLE

¡Qué miran
Mis ojos!.. ¡Fernán Gutiérrez!

FADRIQUE

Mientras yo la espada ciña,
Nadie mis pasos detiene.

(Todos ponen mano á la espada.)

EL CONDESTABLE

Hernando, ¿qué significa
Esta traición? ¿El infante
Dónde está?.. ¿Quién os envía?

(Abrese la puerta del foro y se ve el trono: don Fernando está en pie delante de la silla real: á uno y otro lado los reyes de armas con el pendón de Castilla.)

ESCENA XIV

DICHOS, DON FERNANDO

FERNANDO

Ricoshombres, caballeros,
Aquí vuestro rey está.

TODOS

¡Él es!

EL CONDESTABLE

¡Y en el trono ya!

FERNANDO

Envainad esos aceros.

EL CONDESTABLE

¡Cediendo á nuestro clamor,
Venís el trono á ocupar!

FERNANDO

Yo vengo aquí á ejecutar
La voluntad del Señor.
¡Sí! – Con respeto profundo,
Grandes, doblad la rodilla:
Heraldos, gritad: ¡Castilla
Por el rey don Juan segundo!

(Baja rápidamente del trono, y deja ver sentado en él al niño don Juan segundo con corona y cetro. La reina, que ha ido poco á poco volviendo en sí, da un grito y corre á abrazar á su hijo, quedando arrodillada ante el trono. – Los grandes se ponen en pie.)

TODOS

¡Señor!..

FERNANDO

¡Vana resistencia!
Ya la aragonesa gente
Que me envía fray Vicente
Tenéis en vuestra presencia.
Mirad qué os está mejor:
Si no elegís el camino
De jurar á mi sobrino
Por vuestro rey y señor,
Haré por Dios justiciero
Escarmiento tan cruel,
Que quede memoria de él. –
Todos aquí, y yo el primero,
Doblemos con sumisión
A sus plantas la rodilla.

(Dobla la rodilla: los grandes lo imitan.)

¡Salud al rey de Castilla!

(Fray Vicente, que ha aparecido un momento antes á la entrada de la galería derecha, se acerca á don Fernando, seguido de los grandes de Aragón, y tomando la corona real, que le presenta un paje, la coloca en la cabeza del infante.)

ESCENA XV

DICHOS, FRAY VICENTE

FRAY VICENTE

¡Salud al rey de Aragón!

FERNANDO

¡Qué es esto!

FRAY VICENTE

Dios galardona
La virtud. Renunciáis vos
Aquella corona, y Dios
Os envía esta corona.

FERNANDO

¡Padre! ¡Es sueño!

FRAY VICENTE

No lo es.
Los nueve jueces nombrados
Por los tres grandes estados
Del imperio aragonés
Oimos en Caspe ya
Con sumisión reverente
La voz del que solamente
Tronos quita y tronos da;
Y el fallo solemne dando,
Que el pueblo acata cual ley,

Alzamos por nuestro rey
Al infante don Fernando.

FERNANDO

¿Y el conde de Urgel?

FRAY VICENTE

Del trono
Lanzado y del reino fué;
Pero ya Aragón se ve
Libre de su fiero encono.

FERNANDO

¿Cómo?

FRAY VICENTE

Llegaba mi gente
A este alcázar, y un guerrero
Con ademán altanero
Penetrar no les consiente.
Insisten ellos, y él
Alzándose la visera:
«Yo soy,» les grita; ¡y él era!

TODOS

¡El era!

FRAY VICENTE

El conde de Urgel.
En vuestro poder está.

FERNANDO

En Aragón nos veremos.

FRAY VICENTE

Pues allá, señor, marchemos:
Un trono os espera allá.

(La reina, que ha bajado á su hijo del trono, se acerca con él al infante.)

LA REINA

Permitid antes, hermano,
A esta madre, á este inocente
Que su gratitud ardiente
Sellen en tan noble mano.

(Quiere besársela: don Fernando se lo impide.)

FERNANDO

Esa gratitud, señora,
Probádmela de otro modo.

LA REINA

Mi vida... mi sangre... todo...
¿Qué queréis?

FERNANDO

Sabréislo ahora.
Grandes, acercaos á mí.

(Los grandes, que estaban retirados, se acercan en ademán respetuoso.)

Lo que en recompensa quiero
Es que en la cruz de este acero
Me juréis, señora, aquí,
Que por vos no ha de saber
Nunca el rey este atentado:
Que no empiece su reinado
Empezando á aborrecer.
Si así lo hacéis, os prometo
Que este escrito no verá
En que vuestra firma está. –

(Presentándole el pergamino.)

Acaso celo indiscreto,
Más que deslealtad traidora,
Origen del yerro ha sido:
Dése ya todo al olvido. –
Ellos también desde ahora,
En fe de sentirlo así,
Juran eterna lealtad.
Señora, llegad; llegad,
Amigos. – ¿Lo juráis?

LA REINA Y LOS GRANDES, asiendo las manos del infante.

Sí.

FERNANDO

De vuestros votos sinceros
Salgo fiador, castellanos:
Jurasteis como cristianos;
Cumplid como caballeros.

(Les presenta el niño: los grandes se arrodillan ante él.)

EL CONDESTABLE

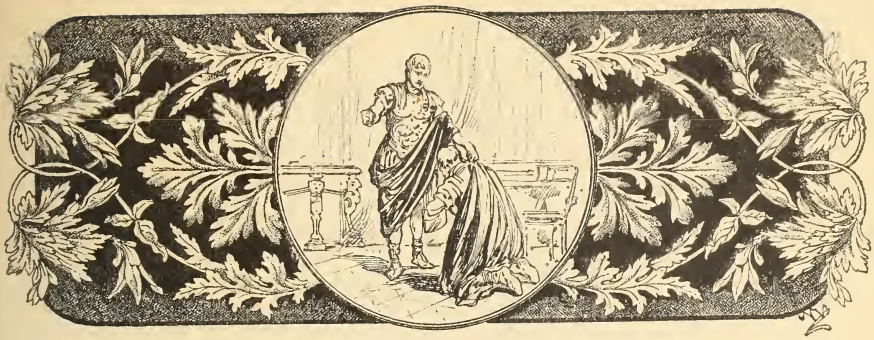
¡Castilla á don Juan se humilla!

FERNANDO

Contento parto á Aragón.

FRAY VICENTE, extendiendo las manos sobre ambos.

¡Dios eche su bendición
Sobre Aragón y Castilla!



LA MUERTE DE CÉSAR

TRAGEDIA EN CINCO ACTOS, EN VERSO

PERSONAS

CÉSAR. — BRUTO. — CASIO. — MARCO ANTONIO. — CICERÓN. — LÉPIDO. — DECIO BRUTO, senador. — CASCA, senador. — TREBONIO, senador. — CIMBRO, senador. — CINA, senador. — MARCELO, tribuno del pueblo. — FLAVIO, tribuno del pueblo. — QUINTO LIGARIO. — PUBLIO SIRO, poeta actor. — LABERIO, poeta actor. — ENNIO, esclavo de Casio. — LUCIO, esclavo de Quinto Ligario. — ARTEMIDORO, liberto. — FABERIO, secretario de César. — VALERIO, jefe de lictores. — LUCIO COTA, quindecemviro. — OCTAVIO, sobrino de César. — SERVILIA, madre de Bruto. — LICIA, esclava de Servilia. — Senadores, sacerdotes, lupercos, esclavos, pueblo, lictores, soldados.

La acción pasa en Roma

ACTO PRIMERO

En el palacio de César

ESCENA PRIMERA

CÉSAR, MARCO ANTONIO

(Cuatro amanuenses siguen la palabra de César, que les dicta alternativamente.)

ANTONIO

César, perdona si importuno Antonio
A interrumpir se atreve tus tareas.
Deja un instante de pensar en Roma
Y en ti y en mí y en tus amigos piensa.
¿No basta que en la rota de Farsalia,
Desoyendo mi voto, tu clemencia
Concediera la vida á los vencidos?
Pues ¡por Júpiter sacro! ¿á qué te empeñas
En colmarlos de honores y mercedes?

Bruto es pretor de Roma: esa caterva
De senadores, que siguió á Pompeyo,
A Roma traes y en el Senado sientas.
Cimbro, Casio y Marcelo y Flavio y Cina,
Tus contrarios ayer, con insolencia,
Aquí, á tu vista, en tu palacio mismo,
Tan soberbios y altivos se presentan,
Que á veces dudo si en Tesalia acaso
Yo á Pompeyo seguí, y ellos á César.
Esa bondad, en vez de cautivarlos,
Su orgullo irrita y su osadía alienta.
Ya hacen correr que el hijo de Pompeyo
Se alza segunda vez; ya que de Persia
Cecilio Baso con crecida hueste
Rápido avanza y al Eufrates llega.
El locuaz Cicerón con desenfado
Tus edictos en público comenta,
Luciendo epigramáticos donaires
Que en daño tuyo repetidos vuelan.
César, vuelve en tu acuerdo; por ti mira:
La confianza hasta el exceso llevas.
Déjame del poder, que entero abarcas,
Lo que baste á velar en tu defensa,
A descubrir y castigar traidores.
No más reclamo, mi ambición es esa.
Al dictador el cónsul se lo pide:
Al amigo el amigo se lo ruega.

CÉSAR

Antonio, me distraes.

(Dictando.)

«Volver á Roma
Pueden, en libertad, cuantos la enseña
De Pompeyo siguieron.»

(A Antonio.)

¿Perdurables
Los odios han de ser? Hasta las huellas
Quiero borrar de las pasadas luchas.
El que en la cumbre del poder se venga,
O de su propia fuerza desconfía,
O no ha nacido para tal grandeza.
No me hables de venganzas.

(Dictando.)

«Una vía
Abrir, que rompa la agria cordillera
Del Apenino, y desde el Tíber cruce
Al Adriático mar. – Roma decreta
Unir los mares Jónico y Egeo,
Cortando el istmo de Corinto. – Guerra
Declara Roma al Parto.»

ANTONIO

¡Eso me agrada!

CÉSAR, dictando.

«El dictador coronará la empresa
Al frente de las águilas romanas.»

(Dirigiéndose á Marco Antonio y dándole la mano.)

Tú me acompañarás. El ocio enerva,
Querido Antonio, tus antiguos bríos.
Hasta tímido estás: curarte es fuerza.

ANTONIO

¡Tímido yo! Convoca las legiones:
Llévame pronto á la marcial pelea:
Dame que en franca lid, en campo abierto,
Llenando el aire bélicas trompetas,
Sobre mí solo rehilando caigan
Nubes de dardos que mis ojos vean.
¡Dulce y noble morir! Mas ¡oh! ¡qué es duro
En voluptuosa estancia, donde humean
Pebeteros de Arabia, coronada
De albas rosas la ungida cabellera,
Sobre tirios tapices reclinado,
En alegre banquete, do se ostentan
En fuentes de oro que el triclinio abruman
Y el fulgor de cien lámparas reflejan,
Ora humeante el jabalí de Umbría,
Cuya mole simétricos rodean
Rombos del Tíber, ostras del Lucrino,
Y de purpúrea túnica cubierta
Blanca langosta, y el pavón de Juno,
Que cual rey del banquete se presenta
Bajo el dosel que su rizada pluma
De tornasoles fúlgidos despliega;
Ya las olivas que Tarento envía,
Las matizadas pomas de Pompeya,
Y destilando miel, rubios topacios,
Los dátiles de Siria; y cuando eleva
El parásito Sergio, ya beodo,
Himnos á Baco, al son de las cadencias
De música festiva, y yo en el seno
Reclinado de Cíteris mi bella,
Libo cien copas do espumantes hierven
El falerno y el másico, y anhela
Más vida el corazón y más sentidos,
Para gozar cuanto la mente sueña!..
¡Es duro, es duro que en tan dulce instante
El epulón que á mis espaldas vela,
Guarde oculto puñal que en mis entrañas
Clave traidor con sobornada diestra!

Morir quiero en la lid, no asesinado
Como en el ara víctima indefensa.

CÉSAR

¿Qué le importa morir en un banquete
Al que tanto un banquete le recrea?
Entre todas las muertes, caro Antonio,
Prefiero yo la inesperada.

ESCENA II

CÉSAR, ANTONIO, LÉPIDO

(Lépido llega apresurado, con varios pergaminos en la mano.)

LÉPIDO

¡Oh César!
Conspiran contra ti. Torpes libelos,
En que tu honor y dignidad excelsa
Por el lodo se arrastra, en Roma corren.
Hacer odioso tu poder se intenta.
Mira: de Aulo Cecina es éste, y éste
De Pitolao, el cínico poeta.

(Entrega á César los libelos. – César se sienta á leerlos.)

Pues ese fruto tu bondad recoge,
Que la venganza á la bondad suceda.
Aquí del falso amigo que te vende
Verás el nombre; la denuncia es esta.
Para tramar conjuración traidora
Nocturnos conciliábulos celebran;
Tu salvación, la nuestra, la de Roma
Su sangre piden.

ANTONIO, mirando la denuncia.

¿Ves que mis sospechas
Confirmadas están? – Lépido, vamos,
Y que divida al punto su cabeza
La segur del lictor. He aquí su nombre:
¡Perezca Bruto!

CÉSAR

¡Bruto!.. ¡Ten la lengua!

(Se levanta y toma la denuncia.)

¿Quién este escrito te entregó?

LÉPIDO

Un esclavo
De Casio: Ennio se llama.

CÉSAR

Y ¿tiene pruebas
De su vil delación?

LÉPIDO

Aquí al instante
Le haré traer.

CÉSAR

Detente.

LÉPIDO

En tu presencia
Revelará tal vez...

CÉSAR

Lépido, basta:
Nada quiero saber.

(Rompe la denuncia.)

ANTONIO

¡Bondad funesta!

CÉSAR, dictando.

«En Roma se conspira: hombres ingratos
Pagan así de César la clemencia.
El dictador lo sabe; sabe el sitio,
Y los nombres también.»

ANTONIO

Y los condena...

CÉSAR

Nada más. – Este edicto se publique.

(Da el pergamino á Lépido.)

LÉPIDO

Y de Cecina y Pitolao ¿qué ordenas?
En el pórtico están entre lictores.

CÉSAR

Al punto ve, y en libertad los deja.

LÉPIDO

¿Sin castigar su audacia?

CÉSAR

Que no escriba
Di á Pitolao; que no nació poeta.
Con todo, de estos versos miserables
Cuantos logres hallar recoge y quema.
Pueden hacer fortuna: son muy malos.

(Los rompe.)

Obedece. – Vosotros salid fuera.

(Los amanuenses se retiran.)

ESCENA III

CÉSAR, ANTONIO

CÉSAR

Dime: en el torbellino de esta vida,
Que entre lides de Marte, entre tormentas
Del foro, entre placeres del banquete,
Rápida á hundirse en el sepulcro vuela,
¿No has dicho alguna vez: ¡Oh!, si á la muerte
Una parte de mí robar pudiera,
Parte que anime el alma que me anima,

Parte en que corra sangre de mis venas,
En que viva yo propio, en que, á despecho
De la implacable muerte, mi existencia,
Con mi nombre y mi gloria y mis virtudes,
Dilate en las edades venideras:
Un hijo, en fin?

ANTONIO

¿Un hijo? Nunca el cielo
Quiso que tales goces conociera.

CÉSAR

¡Por eso eres cruel! ¡Por eso vives
Tan sólo para ti! Tu amor no encuentra
Un corazón donde espaciar su fuego,
Y doquier rechazado, en ti se encierra.
Odio ó desdén te inspiran los mortales:
En amor de ti mismo te deleitas,
Y de soñado riesgo á un leve indicio
Cien gargantas segar nada te cuesta.
¡Alma infeliz, en soledad sumida!

ANTONIO

Pues tú, que ni á Calpurnia ni á Pompeya
Debiste nunca que á tu estéril lecho
Invocada Lucina descendiera,
Afianza tu poder; goza la vida
Que te otorguen los númenes, y deja
Que después de tu muerte cuiden ellos
De lo que á la República convenga.

CÉSAR

¿Qué es la vida que el cielo nos concede?
¡Relámpago fugaz! ¿Acaso piensas
Que en los mezquinos lindes de mi vida
Mis pensamientos, mi ambición se encierran?
¡Grande ambición, á fe! No, Antonio; mío
Es ya de Roma el porvenir: la herencia
Del vasto imperio que fundó mi espada,
Del mar de Luso á la remota Persia,
Reclama un sucesor.

ANTONIO

¿Y quién es ese?

CÉSAR

¿Quién, me preguntas? Quien mi sangre tenga.

ANTONIO

¿Tu sangre? De tu sangre hay sólo Octavio.
¿Es ese el sucesor? Otros pudieras
Hallar de más valor, de más servicios,
Que de Roma y de ti más dignos fueran;
No un rapaz enfermizo, que criado
De su madre á la sombra, en las escuelas

Se escondió de Apolonia, huyendo el ruido
De las batallas.

CÉSAR

Sin razón desprecias
A mi sobrino Octavio. Si carece
De marciales arrojos, de otras prendas
Descubro en él los gérmenes ocultos;
Prendas que acaso á la virtud guerrera
Venzan, Antonio, en la futura Roma,
Que ya en el mundo subyugado reina:
Perseverancia, astucia, disimulo,
Y así al mal como al bien alma dispuesta.
No conoces á Octavio. Y yo en sus manos
No dudara legar mi vasta empresa,
Si otro de más virtud, más caro á Roma
Y más caro á mi amor, no antepusiera.

ANTONIO

¡Otro! ¿Quién es, en fin?

CÉSAR

¿Quién es?.. Escucha.
Cuatro lustros de edad contaba apenas,
Y contra Sila conspiraba entonces.
Él lo sabe y proscribe mi cabeza,
Diciendo, al sentenciarme, que veía
Muchos Marios en mí. La infausta nueva
Me dan á tiempo que en la Vía Sacra
Vagando discurría: con presteza
Huyo al punto de allí, cien calles cruzo,
Cuando al pasar delante de la puerta
De humilde casa, una mujer distingo,
Que de la toga asiéndome con fuerza:
«Entra, me dice, ocúltate.» De un salto
Salvo el umbral: con ímpetu se cierra
La puerta á mis espaldas; y guiado
Por aquella mujer, á una secreta
Estancia llego donde entrar me manda,
Y «libre estás, me dice; pero piensa
Que al salvarte la vida yo aventuro
La vida y el honor: calla y espera.»
Dijo y despareció. – Te juro, Antonio,
Que aún hoy, tras tantos años, tantas guerras,
Siento un vivo placer al recordarlo. –
Solo quedé y extático: la idea
De mi riesgo olvidé: sólo la imagen
Noble, expresiva, candorosa, bella,
De mi libertadora me ocupaba,
Y en mi pecho sentí que con violencia,
De gratitud sobre la pura llama,
Lanzaba amor su abrasadora tea.

¿Que olvidé mi peligro, te decía?
Miento; que lo bendije. – En fin, secretas
Entrevistas, instancias, juramentos
De constancia recíproca, y la fuerza
Del Destino, rindieron en mis brazos,
Tras larga lucha, su virtud severa.
De un duro hermano al vigilante celo
Temblaba la infeliz ver descubierta
Mi retirada estancia, que tan sólo
A una esclava leal fió su lengua;
Y más temblaba que el morir, la mancha
Que arrojaba en un nombre que venera
Roma y ensalza á par de las deidades,
Cual de rara virtud perfecto emblema.
Partir era forzoso, y una noche
Partí, dejé la Italia, marché á Grecia;
Y mientras lejos de mi patria andaba,
La mujer cuya imagen llevé impresa,
Fruto de nuestro amor, dió á luz un hijo.

ANTONIO

¡Un hijo!.. ¿Y vive?

CÉSAR

Vive. – La suprema
Autoridad entonces Sila abdica,
Y á Roma presuroso doy la vuelta.
Nunca logré estrechar contra mi seno
Al hijo de mi amor, cuya existencia
A costa de continuos sobresaltos
Pudo al mundo ocultar su madre tierna.
Débil, sumisa, á un hombre que no amaba
Su duro hermano la ligó en mi ausencia.
En las guerras de Lépido y Pompeyo
Su esposo pereció; y entonces ella
Mostró á la faz de Roma el tierno niño,
Como si fruto de su enlace fuera.
¡Vive!.. y del muerto esposo de su madre
Hijo se juzga, y hasta el nombre lleva.

ANTONIO

¿Y nunca tú le revelaste?..

CÉSAR

Nunca.
Vive su madre, en la feroz escuela
De su hermano educada, que blasona
De su estoica virtud, y las flaquezas
De nuestra frágil condición humana
Severa juzga y sin piedad condena.
Árbitra del secreto, morir quiere
Con él; y en tanto, el que saber debiera
De qué sangre ha nacido, fiel á un nombre

Que no es el suyo, seducir se deja
Por mis contrarios, y quizá ¡infelice!
Contra su mismo padre se rebela.

ANTONIO

No digas más: ¡es Bruto! ¡Le conozco! –
¡Por Hércules, mi abuelo! ¿Conque es esa
La gran Servilia, á cuyo solo nombre
Nuestras matronas frágiles se aterran?..

CÉSAR

¡Y qué!.. ¿Con ellas confundir pretendes
La que amó una vez sola... y amó á César? –
Este secreto, Marco Antonio, fío
A tu amistad: la fama se interesa
De una mujer en él: nunca lo olvides. –
¿Faberio?..

ESCENA IV

CÉSAR, MARCO ANTONIO, FABERIO

CÉSAR

¿Hay alguien que demande audiencia?

FABERIO

Cual de costumbre, aguardan tu permiso
Publio Siro y Laberio.

CÉSAR

Entren.

FABERIO

La reina
De Egipto espera que también...

ANTONIO

¡Cleopatra!

CÉSAR

¡Qué importuna!

ANTONIO

¡Importuna... y es tan bella!
No así en Alejandría la juzgaste.

CÉSAR, á Faberio.

Dile que al cónsul Marco Antonio vea.

(A Antonio.)

Tú la consolarás. Que deje á Roma.
El Egipto reclama su presencia.
Dile que del caudillo aventurero
El dictador del mundo no se acuerda.

ANTONIO

¡Duro mensaje!

CÉSAR

El mensajero es hábil.

FABERIO

El Senado también verte desea.

CÉSAR

¡El Senado! ¿Qué trae?

ANTONIO

Muy de mañana
Deliberando estaba.

CÉSAR

Alguna arenga
Que preparada Cicerón traería
De su quinta de Túsculo. – La escuela
Del Senado es muy útil á la gloria
Y al esplendor de las romanas letras.
Entren todos.

(Faberio los introduce.)

ESCENA V

CÉSAR, ANTONIO, FABERIO, PUBLIO SIRO, LABERIO, CICERÓN, BRUTO, CASIO, CIMBRO, CASCA, DECIO, TREBONIO, CINA, SENADORES

CÉSAR

¡Salud, padres conscriptos! –

(A Laberio y Publio Siro.)

Llegad vosotros, gloria de la escena. –
Espejo de las públicas costumbres
Son tus farsas, Laberio: no sospecha
Roma que, cuando ríe al escucharte,
De sí propia se burla.

LABERIO

Nadie piensa
Que está allí su retrato, y al vecino
Con maligno placer las culpas echa.
Del pueblo es todo el mérito: yo escribo
Y nada más: él hace la comedia.

CÉSAR

Fácil lo juzgas, porque hacerlo sabes. –
¡Oh Publio Siro! – Si la vida nuestra
Es dolor y placer, entre vosotros
Dividís el imperio de la tierra.

(A Laberio.)

Tú mandas en la risa.

(A Publio Siro.)

Tú en el llanto.
¡Cuánto ayer te admiré! Vi al rey de Tebas,
Vi á Edipo, humano, generoso, altivo,
Salvador de su pueblo.

PUBLIO SIRO

Y ¿quién no acierta
A pintar hoy en el teatro un héroe
Justo, clemente, grande? En Roma, ¡oh César!,
Hay un modelo que imitar.

CÉSAR

Vi al héroe;
Mas no vi tanto al padre. Cuando estrecha
Contra su corazón el triste Edipo
Sus tiernos hijos por la vez postrera,
No expresaba tu acento la amargura,
El inmenso dolor en que se anega
Una alma paternal, á quien la suerte
Priva de un hijo y á vivir condena
En dura soledad... ¡Oh Publio Siro!
¡Tú no eres padre!

PUBLIO SIRO

¡El cielo no lo quiera!
¡Esclavos son los hijos del esclavo!

CÉSAR

¡Esclavo tú!

(A Bruto.)

Pretor de Roma, llega:
Ejerce el más precioso de tus cargos:
Manumite al esclavo.

(Bruto se acerca y toca con la vara en la cabeza á Publio Siro.)

BRUTO

Libre quedas.

CÉSAR

Nobles desde hoy las artes liberales
El Senado declara.

PUBLIO SIRO Y LABERIO

¡Gloria á César!

CÉSAR, dando á los senadores los pergaminos.

Esas leyes tomad: que en nombre vuestro
Se publiquen al punto.

CICERÓN

¿Y ya aquí puestas
Nuestras firmas están?

CÉSAR

Tú, retirado
En tu quinta de Túsculo, te alejas
De los negocios...

CICERÓN

¡Cierto! ¿Y tú te encargas
De hacer las leyes?..

CÉSAR

Y la gloria es vuestra.

CICERÓN

¡Cierto! Por eso al campo me retiro
A disfrutarla en calma. Y ¿no recelas
Que altere tu salud hacer tú solo
Lo que nuestra República modesta

Encomendaba á tantos: al Senado,
Al pueblo, al cónsul, al tribuno?..

CÉSAR

Velan
Por mi salud los dioses, y yo velo
Por la salud de Roma: nada temas,
Ilustre Cicerón.

CICERÓN

Y si te ayuda
Algún sabio varón, docto en las letras...
Marco Antonio quizá...

(Todos miran sonriendo á Antonio.)

ANTONIO

¡Viejo insolente!
Alguna vez me pagará tu lengua
Ese sarcasmo.

CÉSAR

¡Basta! Antonio sirve
A Roma con la espada.

ANTONIO

Y lo que pesa
La mía, ya en Farsalia lo probasteis;
Aunque no tanto como yo quisiera.

BRUTO

¿Quién lo estorbó? No fueron nuestros ruegos.

ANTONIO

Ni fué mi voluntad.

CICERÓN, á César.

Fué tu clemencia

CÉSAR

Fué mi deber. La ingratitud de algunos
Provocó mi venganza; y en defensa
De mi ultrajado honor, sangre romana
En las batallas derramó mi diestra;
Mas después de obtenida la victoria,
¡Atroz barbarie derramarla fuera!
No hay aquí vencedores ni vencidos:
Todos romanos somos. ¿Qué nos resta
Para mandar al mundo, senadores?
Conquistar á los Partos, y la afrenta
Vengar de una derrota. Allí cautivos
Los soldados de Craso, á la cadena
Avezados de larga servidumbre,
En torpe lazo conyugal, ¡oh mengua !
A extranjeras esposas se han unido.
Yo lavaré esa mancha: las enseñas
De Roma, en breve tiempo victoriosas,
Alzaré en las murallas de Seleucia.
Mis tareas por hoy, en bien de Roma,

Terminadas están: decid las vuestras.

(Se sienta.)

CICERÓN

También en gloria de la patria han sido,
Pues en tu gloria son. Escucha, ¡oh César!

(Leyendo.)

«El Senado sagrada tu persona
Desde hoy declara: colocar ordena
A par de la de Júpiter tu estatua,
Alzada sobre el globo de la tierra.
Templo y aras tendrás, y andas y palio,
Y silla de oro y lupercales fiestas.
El quinto mes, en gloria de tu nombre,
Julio se llamará; y en fin, decreta
Que siempre lleves á tu sien ceñido
El dorado laurel que te presenta.»

(Se lo ofrecen.)

CÉSAR, levantándose.

¿Y para esto se juntó el Senado?
¿Y así malgasta en fútiles tareas
Días preciosos que á aliviar los males
Del triste pueblo consagrar debiera?
Sabias leyes traed; no vanas honras,
Que excesivas son ya. De todas ellas
Este laurel es lo que más me agrada.
Lo acepto, porque oculte en mi cabeza
Este ultraje que debo, no á los años,
Sino á la ruda militar faena
Y al continuo ludir del férreo casco,
Ocho lustros ceñido.

(Se pone el laurel.)

CASCA

¡A ti encomiendan
Los altos dioses la salud de Roma;
Y á nosotros honrarte!

DECIO

¡Y no hay ofrenda
Que á honrar alcance al semidiós del Tíber!

CIMBRO

Admítelas: la patria te lo ruega.

CASIO

Y en nombre suyo los romanos todos.

LOS SENADORES

¡Todos, sí!

BRUTO

¡Todos, no! – ¡Sombra severa
Del gran Catón, consuélate! Respiran
Dos romanos aún: yo, que á esas muestras
De adulación me opuse en el Senado.

CÉSAR

¿Quién es el otro?

BRUTO

Tú, que las desprecias.

CÉSAR

¡Alma romana, ven! – Dejadme todos.

(Todos se retiran.)

ESCENA VI

CÉSAR, BRUTO

CÉSAR

Tú me comprendes, Bruto: no desea
Adulación servil el alma mía.
¿Por qué el único labio en que resuena
La voz de la verdad, con tal desvío,
Con tal ingratitud de mí se aleja?
Por la gloria de Roma he combatido:
A su dicha desde hoy mi vida entera
Pretendo consagrar. Habla: tú eres
El ídolo del pueblo: sus querellas
Cuéntame tú; satisfacerlas quiero
Por tu mano. ¿Qué pide? ¿qué desea?

BRUTO

De ti, sólo una cosa.

CÉSAR

¿Cuál?

BRUTO

Que abdiques
El supremo poder. – Pues tanto anhelas
Que llegue la verdad á tus oídos,
A decírtela vengo; y no pudiera
Bruto corresponder más noblemente
De tu cariño á las continuas muestras.
César: cuando en los siglos venideros
La historia de tu vida el mundo lea,
Tus triunfos increíbles, tus conquistas,
Tus hazañas sin cuento, tus proezas
En el Nilo, en el Rhin y el Oceano,
Tu gloria, tu fortuna, tu clemencia,
Llenaráse de asombro. Si ese asombro
Quieres que en alabanza se convierta,
Corona ya tus hechos inmortales
Con un hecho que á todos obscurezca:
Volviendo á Roma sus antiguas leyes
Y su antigua República. – Contempla
Que las victorias atribuirse pueden
Tal vez á la fortuna; mas la empresa
De dar á un pueblo libertad es sólo

Obra de la virtud. Acción tan bella,
Mejor que triunfos bélicos, tu fama
Sobre cimientos sólidos eleva.

CÉSAR

¿Qué libertad me pides, triste Bruto?
¿Qué libertad para tu patria sueñas?
¿La que gozaba Roma cuando, iguales
Todos y todos pobres, las faenas
Del campo eran su oficio? ¿Cuando el cónsul,
Cumplido el año, la segur depuesta,
Bajaba en paz del alto Capitolio,
Tornando ufano á manejar la esteva?
No es ésta aquella Roma: las conquistas
Vertieron en su seno las riquezas
Del subyugado mundo, y con el oro
La ponzoña que corre por sus venas.
El rico fué tirano; esclavo el pobre:
¡La libertad murió! Turbas hambrientas,
Tendidas en los pórticos, aguardan
Los desperdicios de opulenta mesa;
Y el libre voto, que á los altos puestos
De la suprema dignidad eleva,
A precio vil en los comicios venden.
Roma degenerada se prosterna
A las plantas de Mario, ó bajo el hacha
De Sila tiende la servil cabeza.
¿Y en tales manos su salud, su gloria
Pudiera yo fiar? Bruto, desecha
Tu mentida ilusión; los ojos abre:
Mira á Roma cual es, y no cual era;
Y ambos, desde hoy unidos, procuremos,
Pues libre no ha de ser, que feliz sea.

BRUTO

No puede ser feliz un pueblo esclavo.

CÉSAR

No es esclavo por mí; para él cadenas
Mis bondades no son.

BRUTO

¡Ah, tus bondades!
¡Esas son á la patria más funestas
Que los suplicios del sangriento Sila!
Si desoyes mis ruegos; si te empeñas
En ser tirano, imítale: derrama
Nuestra sangre á torrentes; quizá al verla,
De su letargo despertando Roma,
Se alce al fin contra ti. Mas ¡oh! con esa
Bondad inicua acariciando al pueblo,
¡Pérfido!, á amar su esclavitud le enseñas.

CÉSAR

No le hice esclavo yo.

BRUTO

¿Pues quién?

CÉSAR

Sus vicios.

BRUTO

Esos vicios, que hipócrita lamentas,
Con el ejemplo combatirlos debes.
Dalo el primero tú; la noble empresa
Digna de César es. Abdica, abdica
El supremo poder; y ante la fuerza
De esa heroica virtud, verás que Roma
Asombrada se postra y te venera,
No como á dictador, mas como á numen.

CÉSAR

¡Es tarde ya!

BRUTO

¡No es tarde! Te lo ruega
Bruto, y cae á tus plantas. ¡Por la patria,
Por tu gloria inmortal, abdica, oh César!

CÉSAR

¿Qué pides, infeliz? Si yo abdicase,
¡Ay de la patria!

BRUTO

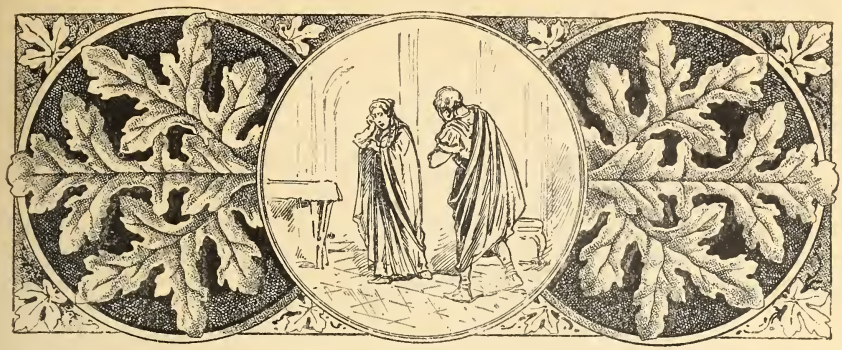
¡Basta! – No hay en ella
Más que un romano ya, que avergonzado,
De ti y de Roma con horror se aleja.

(Se va.)

ESCENA VII

CÉSAR

¡Sublime indignación! ¡No sufre dueño! –
Veo mi sangre en él: ¡hijo es de César!



ACTO SEGUNDO

En casa de Bruto.—Una lámpara encendida

ESCENA PRIMERA

SERVILIA, LICIA

(Ambas están sentadas.)

SERVILIA

¡Tus párpados se cierran, pobre Licia!
¿Por qué te obstinas en velar? Descansa:
Retírate á tu lecho.

LICIA

¿Será justo
Que tu esclava repose, y solitaria
Esperes tú?

SERVILIA

Yo espero al hijo mío.
¡Con bien los Dioses al hogar le traigan!

LICIA

Contigo esperaré. ¿Te aflige acaso
Triste presentimiento? ¿Por qué causa
En perpetuos temores te consumes?
Bruto es de Roma el ídolo: le ama
El dictador.

SERVILIA

¡Y él huye de su vista!

LICIA

¿Huye de César Bruto? ¡Oh cielo! ¿Y nada
Le dice el corazón?

SERVILIA

¡Licia!

LICIA

No temas:
Nadie nos oye aquí.

SERVILIA

¡Yo te oigo; y basta!

LICIA

¿Y qué podrás oir del labio mío
Que en justa admiración, en alabanza
De tu virtud no sea? ¿Quién en Roma
No respeta tu nombre? ¿Quién tu casa
No mira como un templo, donde el genio
Del severo Catón vive en su hermana?

SERVILIA

Él desde las mansiones de los justos
Ha visto el crimen ya, que mi falacia
Supo ocultarle aquí. Su voz escucho
Que me grita: «¡Impostora! ¿Por qué engañas
Al mundo así con tu virtud mentida?
¡Tiembla que un día de tu rostro caiga
Esa máscara vil! ¡Ay de ti entonces!
Y ¡ay de tu hijo!» – ¡Bárbara amenaza
Que sin cesar me aterra!

LICIA

¿Y cómo puede
Cumplirse nunca?, di. ¿Depositaria
No soy yo sola del secreto?

SERVILIA

¡Sola!

LICIA

Pues qué, ¿recelas del que pruebas tantas
Te da de su respeto? Desde el punto
Que, mal tu grado, en las nupciales aras
Fe juraste á un esposo, ¿cuándo César
Osó manchar de tu virtud la fama
Con indiscreto labio, ni á tus ojos
Siquiera presentarse? Y el que ahogaba
En la fogosa edad de las pasiones
Con tal nobleza su celosa rabia,
Hoy que la gloria y la ambición tan sólo
Llenan su pecho, ¿mancillar osara
Tu nombre? ¡Ah!, no lo temas.

SERVILIA

¡Eso mismo
Me hace temerlo! ¡Ah, Licia! ¡cuál te engañas!
Lo que el obscuro César nunca hiciera,
César el dictador quizá lo haga;
Que en su ciega ambición los poderosos
Razón de estado á los delitos llaman.
¡Mi vida es un suplicio! Cuando César

A Bruto mira, me estremezco, ¡y tanta,
Tan congojosa es mi inquietud, que tiemblo
Si le aborrece, y tiemblo si le ama!

LICIA

¡Modera tu aflicción! No anticipado
Llores al menos un peligro...

SERVILIA

¡Calla!
¡Pasos oigo en el atrio! – ¡Él es!

LICIA

¿Tu hijo?

SERVILIA

A su esclavo prevén: y tú á mi estancia
Vete, y aguarda allí.

(Se va Licia.)

Sólo su vista
Un breve instante mis dolores calma.
¡Hijo mío!

(Dirígese á la entrada: preséntase César.)

ESCENA II

SERVILIA, CÉSAR

CÉSAR

¡Dichosa tú, que puedes
Tan dulce nombre pronunciar!

SERVILIA

¡Helada
Mi sangre está! – ¡Tú aquí!.. ¿Qué buscas?..

CÉSAR

Busco,
No á la que en otro tiempo aquí buscaba,
Misterioso, furtivo, devorado
De juvenil amor: no á la que el alma
En vivas ilusiones encendía,
Que la ausencia, la edad, el tiempo apagan;
No á la amante de César: ¡busco ahora
A la madre de Bruto!

SERVILIA

Penetrada
De gratitud la encuentras por los dones
Que en él tu mano liberal derrama.

CÉSAR

Otros mayores ofrecerle quiero.

SERVILIA

¿A Bruto?

CÉSAR

A nuestro hijo.

SERVILIA

¡Oh cielos!.. ¡Calla!

CÉSAR

¿Callar? ¡Si vengo á que lo sepa Roma!

SERVILIA

¿Contra mi voluntad?

CÉSAR

Por respetarla,
¿Sabes tú la violencia, el sacrificio
Que me impongo años ha? Por ti en Farsalia
Sufrí que Bruto en el opuesto bando
Lidiase contra mí. Desbaratada
La hueste de Pompeyo, á las legiones
Que sobre ella con furia se lanzaban:
«¡Perdón, grité, no los matéis, traedlos
Vivos á mi presencia!» Y mis miradas
En cada cuerpo exánime creían
Su cadáver hallar. – Vuelto á la patria,
Por ti sufriendo estoy que á mis favores,
A mi tierna afición, á mis instancias,
A mi solicitud oponga siempre
Cruel desvío, indiferencia helada. –
Mil veces, al hablarle, ya el secreto
Sentí asomar al labio; y otras tantas,
Por ti, por tu respeto, en lo más hondo
De mi pecho infeliz lo sepultaba. –
Llegó tu vez, Servilia: un hijo tienes.
Yo hasta ahora á esa fama que idolatras
Sacrifiqué mi amor: á ti te toca
Hoy á su amor sacrificar tu fama.

SERVILIA

Llegó mi vez; lo veo. ¡Y yo he creído
En tu respeto! ¡Necia! ¿Qué esperanza
Pude nunca fundar en quien de Roma
No respetó la majestad sagrada?
¡Fatal á Roma y á Servilia fuiste!
¡A tu violencia, á tu pasión tirana
Sucumbimos los dos!

CÉSAR

¡Ambas me amasteis!

SERVILIA

¡Ah! ¡y este premio á nuestro amor guardabas!
¡A Roma la opresión: á mí el oprobio!
Si de ese modo á tus amigos pagas,
¡Qué harás con tus contrarios!

CÉSAR

Lo estás viendo:
Perdonarlos, volverlos á la patria
Y á la silla curul: dejar que libres

Conspiren contra mí, y acaso el alma
Emponzoñen de Bruto. ¡Y tú lo sabes,
Servilia, y lo consientes! ¡Esa rara
Virtud no se horroriza de que un hijo
Al que le ha dado el ser tienda asechanzas!

SERVILIA

¡Nunca tal intentó! Bruto, heredero
De la virtud que le inspiró en su infancia
El sublime Catón, el fin lamenta
De la antigua República; y en alta
Voz, á la faz de Roma, á par que justo
Tu bondad, tu valor, tu genio ensalza,
Con dureza inflexible, no lo niego,
Tu usurpación condena. Y tú le amas
Quizá por eso mismo; porque admiras,
Porque envidias en él la pura llama
De patrio amor; porque en su noble pecho
Asombrado contemplas cuál se hermanan
El alto genio de su heroico padre
Y la virtud de su materna raza.
Mas, al odiar tu usurpación, aún siente
Por ese pueblo que á tus pies se arrastra,
Mayor desprecio, y de su vil contacto
En los lares domésticos se aparta.
Aquí corre su vida; y yo dichosa
Gozo el amor, que entero me consagra.
¡Ah! Si en tu corazón... si en tu memoria
Vive el recuerdo de la edad pasada;
Si la mujer que te salvó la vida,
Y se perdió salvándote, una gracia
Tiene derecho á demandarte; ¡César!..
¡No la arrebates su serena calma!
¡No me arrebates el amor de Bruto! –
Sabedor de mi culpa, no alcanzara,
Ante el rigor de su tremendo fallo,
Ni aun su madre perdón. A ti te bastan
Para llenar tu corazón la gloria,
Los triunfos, el poder, Roma, la Italia,
El mundo entero, que de ti, en retorno
De tanta sumisión, su dicha aguarda.
Yo la aguardo también. Por ti de Bruto
Seré madre feliz. Si á ti te halaga
Tan dulce nombre, conquistarlo puedes:
Haz que te llamen padre de la patria.

CÉSAR

¿Y tú te llamas madre? ¿Y tú imaginas
Que eso es amar á Bruto? No: te engañas;
Tú no amas á tu hijo.

SERVILIA

¿No le amo?

CÉSAR

Te amas á ti. Por conservar intacta
Esa opinión en que tu orgullo goza:
Porque tu vida obscura y solitaria
Sus encantos no pierda, á Bruto quieres
En ella consumir, cortar las alas
A su impetuoso genio, de su padre
Ahogar las halagüeñas esperanzas,
Y lo que es más, el porvenir de Roma.

SERVILIA

¿De Roma?

CÉSAR

Sí, de Roma. – Óyeme: falta
Una empresa á mi plan: vencer al Persa;
Y á acometerla voy. En las batallas,
Por vez primera la fortuna instable
Me puede abandonar; y antes que parta
Quiero á la faz del pueblo y del Senado
Nombrar mi sucesor.

SERVILIA

¡Oh cielos!

CÉSAR

¡Ardua
Resolución, si el misterioso Numen
Que á César juzga y su designio ampara
No le otorgase por fortuna un hijo
Digno de tanto honor!

SERVILIA

¿Y qué? ¿No basta
A abonar tu elección su nombre solo,
Su inmaculado nombre? ¿Quién osara
Con Bruto competir? Pueblo y Senado,
Los patricios, la plebe, cuantos aman
El bien de Roma, todos á porfía
Lo aceptarán con júbilo. ¿Qué falta
Hace á tu noble fin que mi vergüenza
Corra de boca en boca? ¿Qué inhumana
Razón te impele á decretar la gloria
Del hijo mío, á precio de mi infamia?
¿Por qué tanta ventura... y tanto oprobio? –
Elige á Bruto; y mi secreto calla. –

CÉSAR

Eso no. Pues te obstinas, yo te juro
Que callaré; mas pierde la esperanza
De que á Bruto designe, si hijo mío
No le puedo llamar. La soberana
Dignidad, que á una voz Senado y pueblo

A conferirme van, hereditaria
Será desde hoy; mas sólo en el que tenga
Sangre de César. – ¿Tú gloria tan alta
Robarle quieres?

SERVILIA

¡Mas del hijo mío
El origen manchar!..

CÉSAR

¿Cuál es la mancha?
No de torpe adulterio es hijo Bruto:
Libres eran sus padres; y hoy en casta
Unión esposos fueran, si el mandato
De tu hermano feroz no lo estorbara
Y tu debilidad. – ¡Servilia!, ¿quieres
Más? Más haré. – Ante Roma todo calla. –
Repudiaré á Calpurnia: soy tu esposo.

SERVILIA

¿Otra víctima? No. –

CÉSAR

¿No eres hermana
Tú de Catón, del héroe que con noble
Y ciego error sacrificó en las aras
De la patria su vida? Menos grande
Sacrificio te pide, ¿y lo rechazas? –
Bien: tu secreto morirá conmigo;
Y otro será...

SERVILIA

¿Qué dices? ¿Otro?...

CÉSAR

¡Acaba!
Despierta esa virtud. Toma: este escrito
Es la revelación: tu firma falta.

(Le da un pergamino.)

Va á juntarse el Senado: ¡piensa en Bruto!
¡Piensa en Roma! Pronuncia una palabra;
Y la dicha de Bruto harás cual madre,
Y la dicha de Roma cual romana.

(Se va.)

ESCENA III

SERVILIA

Catón... mi hermano... su preciosa vida
Supo inmolar en aras de la patria.
La patria era su amor: mi amor es Bruto.
Aquí está mi sentencia. ¡Desgraciada!
¡Ni á la virtud ni al crimen pertenezco!
Un Dios, adverso á Roma y á mi raza,

Por instrumento designarme quiso
De la ruina y del baldón de entrambas.
Ese implacable Dios fué quien mis pasos
Encaminó al umbral de esta morada
En aquel día de fatal memoria.
Él quien ardió improvisa en mis entrañas
La compasión que libertó al proscripto.
Él quien después, en aparente calma,
Me dió á gozar en la filial ternura
El sublime placer que hoy me arrebata.
¡Numen inexorable! ¿No ha bastado
A desarmar tu vengativa saña
La pura sangre en Útica vertida,
Y mi existencia entera consagrada
A llorar mi delito? ¿Qué me pides?
¿Que ose yo misma revelar mi infamia
A Roma.., á Bruto? ¡Ah! ¡Nunca! ¡Eso no puedo!
¡A tanto esfuerzo mi virtud no alcanza! –
¡Él es!

(Viendo llegar á Bruto.)

ESCENA IV

SERVILIA, BRUTO

BRUTO

¡Madre, salud!

SERVILIA

¡Cuánto has tardado!

BRUTO

En el Pretorio fatigosa y larga
La audiencia ha sido.

SERVILIA

Inquieta me tenías:
Ven y en mis brazos de tu afán descansa.

(Abrazándole.)

¡Noble afán! Por tu boca la impasible
Temis dicta sus fallos.

BRUTO

¡Su balanza
Nunca torcí!

SERVILIA

¡Ni tuvo nunca Roma
Pretor más justo! Entre mercedes tantas
Como César te otorga, ésta sin duda
Fué la más digna.

BRUTO

¡Todas las trocara

Por la que hoy le pedí!

SERVILIA

¿Tú le has pedido
Una merced?

BRUTO

¡Echándome á sus plantas!

SERVILIA

¿Tú?

BRUTO

¡Yo!

SERVILIA

¿Y la niega?

BRUTO

¡Y para más vergüenza,
Acaso con razón! – No se levanta
Un tirano jamás donde no hay siervos,
Ni jamás de rodillas se demanda
La libertad. Me la negó: ¡bien hizo! –

SERVILIA

¿Y esa fué la merced?

BRUTO

¡Sueños que pasan
Por mi mente febril!

SERVILIA

No desesperes.
Roma esta vez no gime bajo el hacha
Del rudo Mario ó del demente Sila.
No es César opresor; de la usurpada
Autoridad no abusa: sus afanes
Al bien de la República consagra.
Tú lo sientes así; yo de tu labio
Mil veces escuché sus leyes sabias
Y su genio admirar. No desesperes.
Y pues por senda de clemencia marcha,
Sabio y justo, dejémosle, hijo mío,
Al término llegar. – Dicen que al Asia
Corre á nuevas conquistas. – ¡Si por dicha
Meditase, al partir, dejar á Italia
En muestra de su amor... cuanto pudiera
Su esperanza colmar!..

BRUTO

¡Vana esperanza!
No lo hará, no lo hará. ¡Si en torno suyo,
Aunque su noble instinto le dictara
Tan generosa acción, no ven sus ojos
Sino lisonja, servidumbre, infamia!

SERVILIA

¿En todos, hijo?

BRUTO

En todos. ¡Y aun hay lengua
Entre esa muchedumbre degradada
Que se atreva cobarde al nombre mío!
¡Hay quien su ilustre descendencia clara
Ose á Bruto negar!

SERVILIA

¿A ti? ¿Quién, hijo?

BRUTO

En este escrito...

SERVILIA

¡Oh cielos!

BRUTO

Que ora acaban
De arrojarme á la silla del Pretorio.

SERVILIA

¡Ese escrito!.. ¿y qué dice?..

BRUTO

Estas palabras:
«¿Duermes, Bruto? ¡En verdad, tú no eres Bruto!»

SERVILIA

¿Qué más?

BRUTO

No más.

SERVILIA

¡Ah!

BRUTO

Todo cuanto alcanza
El antiguo valor de los romanos,
Helo aquí. Digo mal: de tanta hazaña
Pocos fueran capaces. Este solo,
Que tal escrito en las tinieblas traza
Con temblorosa mano, éste es un héroe.
¡Me asombra su valor! ¡Este aventaja
A todos en virtud! El desdichado
Siente siquiera la coyunda, y clama
Porque amparo le den. Pronto me tiene.
Mas ¿dónde están los que lo piden? ¡Salga
El pueblo de Quirino: verá entonces
Si duerme Bruto, y si en sus venas guarda
Sangre de aquel varón que, por la hermosa
Libertad, de sus hijos las gargantas
Impávido segó!

SERVILIA

¡Qué horror! ¡Detente!
¿Fueras capaz?..

BRUTO

¿Y de Catón la hermana
Me lo pregunta? Madre, ¿no aprendiste

Que hijos, padres, hermanos, á la patria
Todo se sacrifica? ¿No darías
Tú por su bien tu vida, tu honra y fama,
Y hasta tu hijo? – ¡Si capaz no fueras
De tal virtud, por madre te negara!

SERVILIA

Lo seré, lo seré: ni tú por madre
Me negarás, ni Roma por romana.
Digna me juzgo, y á la vez indigna,
De ti y de Roma. Mi flaqueza es causa
De vergüenza, lo sé; mas hoy los Dioses
Quieren por dicha hacer que de ella nazca
La grandeza de Roma y tu grandeza.
Si me has pagado con ternura tanta
Un estéril amor, cuando se eleve
Hasta la heroica abnegación, ¿tu gracia
Me negarás?

BRUTO

¿Qué dices?

SERVILIA

Que la sangre
Que circula en tus venas, hoy te llama
A inesperado honor...

BRUTO

Habla: de Bruto
La sangre siento en mí: ¡no la trocara
Por la del Dios que en el Olimpo reina!

SERVILIA

¡Hijo! ¡Esa sangre!..

BRUTO

¡Di!..

SERVILIA, aparte.

¡No puedo! – ¡Oh patria!
¡Perdón, perdón!.. y déjame ser madre
Un día más... – ¡Se lo diré mañana! –

(Se va apresurada.)

ESCENA V

BRUTO

¡Huye de mí sin explicarse! – ¡Cielos!
¿Qué me ha dado á entender con sus palabras?
¿También mi madre á recordarme viene
Lo que debo á mi sangre? ¡Hasta una flaca
Mujer me acusa! ¿Cómo es esto, Bruto?
¿Será cierto que duermes? ¿Ofuscada
Está tu mente?, ¿sordos tus oídos?,
¿Ciegos tus ojos? – ¡No!

ESCENA VI

BRUTO, CASIO

CASIO, aparte.

¡Solo se halla!

BRUTO

¿Quién llega?

CASIO

¡Salud, Bruto!

BRUTO

¡Salud, Casio!

CASIO

Ese acento me dice cuánto extrañas
Mi presencia en tus lares.

BRUTO

Me sorprende
Con razón: años ha que la palabra
No cruzamos tú y yo.

CASIO

Me hirió que César
Te antepusiese en la Pretura urbana.

BRUTO

Negar debiste la palabra entonces
A César y no á mí.

CASIO

César obraba
Según su ley; como opresor. – Tú, Bruto,
Que desde el punto mismo en que postrada
Roma cayó á sus pies, objeto has sido
De su predilección, de su privanza:
Tú, que de tus antiguos compañeros
Desde aquel día con desdén te apartas,
Y en tu largo aislamiento desconoces
A Roma ya, ¿qué mucho si te tratan
Los cobardes, los tibios con reserva,
Y los altivos con rudeza franca?

BRUTO

Esa amistad que el dictador me otorga,
Nunca la mendigué: nunca su casa
Hollé una vez, sin que en mi boca oyese
La voz de la verdad. Quizá le agrada
Por peregrino y nuevo mi lenguaje,
Y la servil adulación le cansa.
Hoy lo has visto. El Senado, ¡oh vilipendio!,
El Senado de Roma, un Cimbro, un Casca,
Un Decio, un Cicerón. – Casio, ¿qué mucho
Si de ellos Bruto con desdén se aparta?

CASIO

Ese frío desdén, que á tu silencio
De sumisión las apariencias daba,
Es la sola ocasión de esa flaqueza
Que condenando estás. Tú eres la causa
Del desaliento universal. Mirando
A Bruto sucumbir, ¿quién no desmaya?

BRUTO

Y porque Bruto sucumbiera, ¿todos
Le debierais seguir? ¿Bruto es la patria? –
¿De mi ejemplo os guiáis? Y por ventura,
¿Os mandé yo que al dictador llevarais
Los divinos honores, que con noble
Altivez rechazó? ¡Cuál se elevaba
Sobre vuestra bajeza su desprecio!
¡Ah! ¡si algún día vemos restaurada
La libertad en Roma, de él lo espero,
De un generoso arranque de su alma:
No de vosotros, no!

CASIO

Ni de nosotros
Ni de él lo espera Roma: su esperanza
En ti la tiene.

BRUTO

¿En mí?

CASIO

Yo en nombre de esos
Que con dureza tal tu labio infama,
A hablarte vengo. – Bruto, nuestra duda
Se disipó; te conocemos: falta
Que nos conozcas tú. – Como se esconde
En el inerte pedernal la llama,
Fuego de libertad en Roma hierve:
¡Toque el acero, y la centella salta!

BRUTO

Casio, ¿lo crees así?

(Echan de fuera un pergamino.)

¿Qué es esto?

(Leyendo.)

«¿Duermes,
Bruto? ¡Duermes; y Roma gime esclava!» –
¡Otra vez!

CASIO

¿Qué te admira? Ese es el grito
Que suena en la ciudad; eso en voz baja
Por millares de labios se murmura;
Todos á ti se vuelven: sus miradas
Todos fijan en ti; ¡tú no respondes!
Y el dolor, el despecho nos arrastra

A un sacrificio heroico. – Cual Virginio,
Para excitar la popular venganza,
Mató un día á su hija; así nosotros,
Alzando al opresor templos y estatuas,
Matamos nuestra honra: ¡á ver al menos
Si de vergüenza Roma se levanta!

BRUTO

La vergüenza no engendra el heroísmo.

CASIO

Te ha despertado á ti, y eso nos basta.

BRUTO

Yo no dormía; la dormida es Roma;
Más que dormida: ¡muerta!

CASIO

¿Y si te engañas?

BRUTO

¡Plegue al cielo!

CASIO

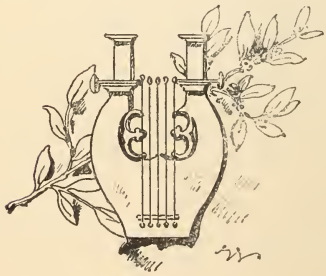
Los juegos lupercales
Mañana son: ¿irás?

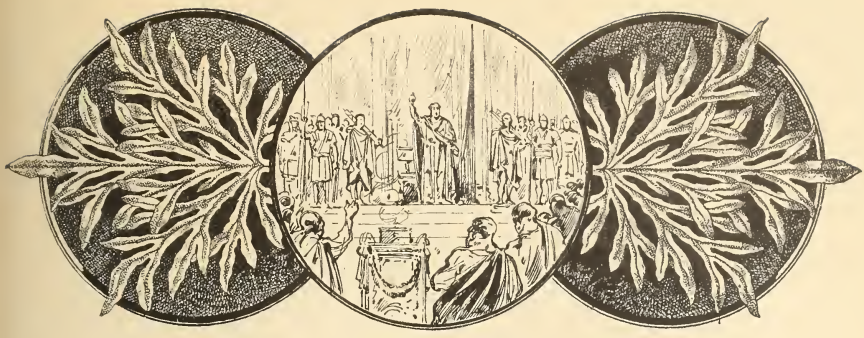
BRUTO

Iré.

CASIO

¡Mañana
Renace la República! – ¡En el foro
Roma viva y despierta á Bruto aguarda!





ACTO TERCERO

El Foro de Roma. – Las estatuas. – La tribuna con la silla de oro. – En el fondo se divisa el Capitolio: á su derecha la roca Tarpeya, y á su izquierda el templo de Júpiter Capitolino. – Casas, templos y avenidas á un lado y otro de la escena. – Á la derecha del actor, en primer término, la casa de Marco Antonio, magnífico palacio con pórtico y escalinata de mármol.

ESCENA PRIMERA

Grupos de CIUDADANOS en la plaza; muchos de ellos recostados en la escalinata de la casa de cónsul. – Sale de ésta el esclavo ENNIO, y baja las gradas con dificultad, por estorbárselo los que están allí echados.

UN CIUDADANO

No me pises la toga.

OTRO

Esclavo, mira
Dónde pones los pies.

ENNIO

No dejáis trecho.

CIUDADANO

Pues no se pasa.

ENNIO

Mi señor me espera;
Es Casio el senador.

CIUDADANO

Y yo soy Elvio,
Ciudadano romano.

OTRO

¿Te figuras
Que aún los patricios nos imponen miedo?

ENNIO

No he dicho tal.

CIUDADANO

Pasó su tiranía.

OTRO

César domó su orgullo.

ENNIO

Es cierto, es cierto.

CIUDADANO

Todos iguales somos. – Pasa, esclavo.

ENNIO

¡Perdonad, perdonad!

(Baja las gradas.)

ESCENA II

DICHOS, CASIO, luego LOS ESCLAVOS

CASIO

¿Por qué á mi siervo
Amenazáis?

UN CIUDADANO

Porque enseñar conviene
A algunos que lo olvidan el respeto
Que al pueblo se le debe.

CASIO

Bien hicisteis:
Y si otra vez lo olvidas, harás, Ennio,
Que te lo acuerde el látigo.

ENNIO, arrodillándose.

¡Perdona,
Señor!

CASIO

¡Levanta!

(Aparte.)

¡Qué insolente pueblo! –

(Apartándose con el esclavo.)

Habla con disimulo. ¿Qué quería
Marco Antonio de ti?

ENNIO

Que esté en acecho
De tus pasos, y á él sólo mis denuncias
Comunique, guardando este secreto
De Lépido y de todos.

CASIO

Quiere él solo
Saber lo que se trama. Ya penetro
Su intención. – Bien está: vete al Pretorio.
Allí Bruto estará: busca un momento,
Y como hiciste ayer, con maña arroja

Este escrito á su silla, y vuelve luego.

(Le da un pergamino. – Se va Ennio.)

¿Con qué motivo al pórtico del cónsul
Corre la muchedumbre?

CIUDADANO

Hoy son los juegos
Lupercales.

CASIO

Lo sé.

CIUDADANO

Con un banquete
Festeja Marco Antonio á sus lupercos,
La flor de Roma, que en honor de César
Ese rito consagran.

CASIO

¿Y los restos
Del banquete aguardáis?

CIUDADANO

Y la esportilla
Verás cuán llena de manjares llevo.

CASIO

¡Y así vives feliz!

CIUDADANO

De balde como:
Pilas de jaspe en que bañarme tengo
Cuando el ardor canicular, y estufas
Donde burlar los fríos del invierno;
Fieras y gladiadores en el circo;
En el teatro farsas de Laberio:
Y luego al fin del año en los comicios
Al que me da más suma el voto vendo.
¿No he de vivir feliz? Cuando el reparto,
Me dió César un campo; pero presto
Me cansé de labrarlo; que á esa vida
Este bullir de la ciudad prefiero.
Conque vendí mi campo y volví á Roma.
En la Suburra habito.

CASIO

¿Y qué es del precio
Que te dieron por él?

CIUDADANO

Me lo he comido.

CASIO

¿Y ya no tienes campo ni dinero?

CIUDADANO

¡Qué importa! ¡Tengo á César! Mientras viva,
Ni al frío, ni al calor, ni al hambre temo.

(Aparecen en lo alto del pórtico los esclavos con fuentes de oro, unas que contienen restos de jabalíes, de pescados, de pavos reales, otras con diversas frutas, todo lo cual van distribuyendo á los ciudadanos, que al verlos aparecer, se han agolpado á la escalinata.)

EL ESCLAVO

¡Ciudadanos! El cónsul os saluda,
Y esto os envía en prueba de su afecto.

LOS CIUDADANOS

¡Viva Antonio!

CASIO, aparte.

¡Aplaudid! En el banquete
Que os he de dar, con vuestro aplauso cuento.

UNO

¡Venid acá!

OTROS

¡Nosotros somos antes!

OTROS

¡Los que han tomado ya, dejen el puesto!

EL ESCLAVO

Para todos habrá.

UNO

Yo fuí soldado.

OTRO

Y yo estuve en Farsalia.

OTRO

Con Pompeyo.

OTRO

Yo serví con Antonio.

OTRO

En los comicios
Yo mi voto le di.

OTRO

Por cien sestercios.
Yo le voté de balde: abridme paso.

(Aparecen en el vestíbulo los lictores y grita su jefe Valerio:)

VALERIO

¡El cónsul! ¡Plaza al cónsul!

UN CIUDADANO

¿Yo me quedo
Sin comer?..

EL ESCLAVO

Ya no hay nada.

VALERIO

¡Plaza al cónsul!

(Abren paso y bajan por la escalinata. – Detrás de ellos viene Marco Antonio seguido de los jóvenes lupercos.)

ESCENA III

CASIO, MARCO ANTONIO, LOS LUPERCOS, EL PUEBLO, VALERIO, LOS LICTORES

EL PUEBLO

¡Viva Antonio!

ANTONIO

¡Por Hércules, mi abuelo!
¡Gran banquete! Si todos los romanos
Aquí se juntan, para todos tengo.

UN CIUDADANO

No para todos.

ANTONIO

¿Cómo no?

CIUDADANO

Aquí hay uno:
Para mí no alcanzó, y estoy hambriento.

ANTONIO

¿Tienes hambre? ¡Te envidio! – Haced que coma
Este buen ciudadano.

(El ciudadano sube al pórtico, y el esclavo se lo lleva dentro.)

¡Oh mis lupercos!
¡Oh Quinto Cicerón! Pese á tu tío,
Con nosotros estás. Corred, mancebos,
Honrad á César, semidiós de Roma:
Preparad en su honor el rito nuevo
Que hoy consagramos á su ilustre nombre.
¡Con divino furor arde Lieo
En nuestras venas! ¡Evohé!

LOS LUPERCOS

¡Corramos!

ANTONIO

¡Mil veces evohé! – Marchad al templo.

(Se van los lupercos.)

ESCENA IV

CASIO, MARCO ANTONIO, EL PUEBLO, LOS LICTORES

ANTONIO

Ciudadanos, las nuevas lupercales
Comienzan hoy. A presenciar los juegos
Vendrá César al Foro; á su llegada,
Señales halle del amor del pueblo.
Su estatua coronad; lauros y rosas
Tenéis en mi jardín.

EL PUEBLO

¡Sí! ¡Coronemos
A César semidiós!

(Entran algunos en casa de Antonio, y salen luego con ramas de laurel y rosas, con las que tejen una corona y guirnaldas para adornar la estatua de César.)

ANTONIO

¡Oh Casio!, ¿vienes
Con tu esportilla á recoger los huesos?

CASIO

Aún, por gracia de César, no he llegado
A tal extremidad.

ANTONIO

Por gracia, es cierto:
Tú bien lo sabes.

CASIO

¡Yo! ¿Pues hay motivo
Para que Casio la merezca menos?

ANTONIO

¡Siempre torvo el mirar, pálido el rostro!..
¿Qué rueda por tu mente?

CASIO

Un pensamiento
Fijo, tenaz, constante... ¡no te asombre!,
Una quimera, una ilusión, un sueño...
¡La libertad de Roma!

ANTONIO

¡Tú conspiras!

CASIO

¡Conspirar!.. ¿y con quién? – Negar no quiero
Que hay en los nobles y en la plebe misma
Algunos... quizá muchos, que del pecho
En lo más hondo guardan y alimentan,
Cual las vestales, el sagrado fuego.
Muchos que el yugo de hoy, blando sin duda,
Ansiando están por sacudir del cuello;
Y que nuestra República renazca
Segunda vez; y como en otro tiempo,
Sea el pretor, pretor, y el cónsul, cónsul.

ANTONIO

¿Son muchos, dices, los que piensan eso?

CASIO

Los que lo piensan, muchos; los que osaran
Ejecutarlo, pocos.

ANTONIO

¡Tú uno de ellos! –

CASIO

Si de mi voz en Roma tanta fuera
La autoridad, te juro que, aun á riesgo
De perder la existencia, lo intentara.

¡Inútil sacrificio! ¡El noble ejemplo
Nadie siguiera del obscuro Casio!
El terror, la sospecha, el desaliento
Los ánimos embarga. Quién oculta
Su humillación en el hogar materno,
Como en Bruto lo ves: quién la disfraza
Con máscara servil: testigos Decio,
Cimbro, Casca, Trebonio, que cortejan
Al dictador, odiándole en secreto. –
No, Antonio, no conspiro: puede César
Vivir tranquilo, de temor ajeno. –
Sólo un romano existe, que pudiera
Llamarse su rival: el que perplejo
Y vacilante y tímido á la orilla
Le halló del Rubicon, y su ardimiento
Le transmitió, y el límite vedado
Le animó á traspasar: el que por medio
Del borrascoso mar á Macedonia
Voló á salvarle de inminente riesgo:
El que en Farsalia hundió nuestra derecha,
Que en persona mandaba el gran Pompeyo.
¡Ese, el único es ése que si alzara
La poderosa voz!.. ¡Qué estoy diciendo!
Ese también en gárrulos banquetes,
Por olvidar su indigno abatimiento,
Su mente ofusca y su vergüenza ahoga
En bullentes raudales de falerno!

ANTONIO

Y ése lo acierta, Casio. ¿Qué es la vida
Sin vino y sin amor? Bendice al cielo,
Que nos depara en César quien alivie
A pretores y cónsules del peso
De gobernar á Roma. ¡Sois ingratos!
Le habéis nombrado dictador perpetuo:
Eso no basta. Del laurel que ciñe
Su vencedora frente brotar veo
Las ínfulas de rey.

CASIO

¡De rey!

ANTONIO

¿Qué importa?
¿No lo es acaso ya? – ¡Gracioso es esto!
¡Sufren el hecho, y les asusta el nombre! –
Vamos, lictores. – Mira, mira al pueblo
Coronando su estatua. – Dime, Casio;
Y esos ¿fingen también?

(Riendo.)

¡Vamos al templo!

(Se va precedido de sus lictores.)

ESCENA V

CASIO, EL PUEBLO

CASIO

¿Quiere ser rey? Los dioses le han cegado.
Y se acerca su fin. – Pues ¿no es más necio,
Teniendo el hecho, ambicionar el nombre? –
Después de su clemencia, este es el yerro
Que más le ha de pesar... si por ventura
De que le pese le dejamos tiempo. –
¿Y Antonio? Antonio me ha entendido; á César
Será también traidor con su silencio.
Pocos le quedan ya. Y esa noticia...
Si á confirmarse llega, Bruto es nuestro.
¡Qué lejano rumor!

EL PUEBLO

¡Es Bruto! ¡Es Bruto!

CASIO

Él se acerca.

EL PUEBLO

Salgamos á su encuentro.

CASIO

¡Bruto! Tu nombre sólo necesito
Para acabar con César. Si vencemos,
A par del tuyo aclamarán el mío:
«¡Casio y Bruto!,» dirán: – ¡Casio el primero!

ESCENA VI

CASIO, BRUTO, EL PUEBLO

(El pueblo se ha adelantado á recibir á Bruto y le abre paso, con señales de respeto. Bruto trae en la mano un pergamino arrollado.)

UNOS

¡Salud á Bruto!

LAS MUJERES

¡Al hijo de Servilia!

OTROS

¡Al amigo de César!

BRUTO

¡Qué estoy viendo!
¿Su estatua coronáis?

UNOS

Lo mandó el cónsul.

BRUTO

Casio, ¿lo ves? El lamentable ejemplo
Que los patricios dan, la plebe imita.

¡Oh! ¡la degradación! – ¿Para ver esto
Al Foro me citaste? – Ciudadanos:
El cónsul que lo manda, y los que ciegos
Obedecen su voz, ni á César aman,
Ni son romanos, ni merecen serlo.
¡Arrancad de su estatua esos adornos:
Quitadle esa corona! ¿No estáis viendo
A Junio Bruto allí, que ya indignado
Salta del pedestal?

UNOS

Hoy á los juegos
Viene César aquí.

BRUTO

¡Venga en buen hora
Y halle romanos; pero nunca siervos!
No imaginéis que la servil lisonja
Complace al dictador. Que vuestro acento
Le aclame «Padre de la patria;» y basta
A colmar su ambición. – Echad al suelo,
Quitadle, os digo, esa corona, insignia
Odiosa á Roma, á César el primero.
¿Su amigo me llamáis? Pues imitadme:
Su amigo quiero ser; y así lo pruebo.

(Arranca los adornos de la estatua de César.)

UNOS

Imitemos á Bruto.

OTROS

Él es amigo
De César.

OTROS

El mayor.

OTROS

Sabrá que en esto
Le complace.

OTROS

¡No hay duda!

OTROS

¡Pues á tierra
Esa corona!

TODOS

A Bruto obedecemos.

(Despojan la estatua de los adornos.)

CASIO

Si al Foro te cité para que vieses
Despierta á Roma, nunca fué mi intento
En esa baja multitud mostrarte
A Roma: eso no es Roma: es un revuelto

Mar que furioso aquí ó allí se lanza,
Obedeciendo al soplo de los vientos;
Y ese soplo es tu voz. Verás á Roma
En sus nobles patricios, herederos
Del gran poder tradicional, que ahora
Nos usurpa un tirano. Aquí muy presto
Llegarán, al rumor del nuevo insulto,
Todos en justa indignación ardiendo.

BRUTO

¿Qué nuevo insulto, di?

CASIO

Bruto: esa mano
Que al simulacro inmóvil, ha un momento,
La corona arrancó, ¿sabrá arrancarla
De la frente de César?

BRUTO

¡No lo creo! –
¡Casio, no puede ser! ¡Un rey en Roma!
¡César envilecerse hasta ese extremo!
¡Casio, no puede ser! – ¡Yo le conozco!
César en todo es grande: todo el sello
De su grandeza lleva. En sus conquistas,
En sus lides del foro, en su destierro,
En sus leyes... ¿qué más?, ¡hasta en su misma
Tiranía hay grandeza! ¡Oh! ¡yo alimento
Una vaga esperanza en los impulsos
De su elevado espíritu! Su genio
No ama el poder por el poder; no, Casio:
En él la usurpación no es fin, es medio.
Y acabada su obra, sometidas
Las naciones, en paz el universo,
Roma imperando... – ¿Te sonríes, Casio?

CASIO

¡Sueña, feliz mortal, sueña! No quiero
Por tan breves instantes arrancarte
Las ilusiones de tu dulce sueño.
Corto será: y el despertar ¡qué amargo!

BRUTO

¿Conque ya no hay virtud? ¿Conque derecho,
Justicia, amor de patria, son palabras,
Palabras nada más? ¿Conque yo duermo?
Hoy otra vez me lo recuerdan: mira.

(Mostrándole el escrito.)

CASIO

¿En tu casa?

BRUTO

¡En la silla!

CASIO

Y son diversos
Los caracteres; pero el mismo grito.

(Leyendo.)

«¡Despierta, Bruto!»
¡Inútiles lamentos!
César le adormeció: dejadle: César
A despertarle va: tranquilo espero.

ESCENA VII

CASIO, BRUTO, CICERÓN, EL PUEBLO

(Cicerón viene por la izquierda del fondo.)

CICERÓN

¡Dame albricias, oh Casio! ¡Aún estas canas
Pueden salvar á Roma!

CASIO

No te entiendo.

CICERÓN

¡Quieren darnos un rey!

BRUTO

¡Un rey!

CICERÓN

¡La obra
Deshacer quieren de tu heroico abuelo!

BRUTO

¡Un rey!

CICERÓN

No lo temáis.

CASIO

¡Habla!

CICERÓN

Llamado
Fuí á casa de César ha un momento.
Voy, llego, me introducen, y hallo juntos
A Hircio, Lépido, Pansa, Planco, Decio,
A los suyos en fin, que un grave asunto
Tratando estaban. Salen á mi encuentro
Todos, y con benévolo semblante
Asiéndome las manos: «Tú eres nuestro,
Me dicen, Marco Tulio; tú, lumbrera
Del Senado y del Foro; tú, el primero
En ciencia y en virtud... (Esto decían.)

Oye: vas á juzgar. Se ha descubierto
Que, según en los libros sibilinos
Escrito está desde remotos tiempos,
No vencerá á los Partos quien no lleve
El título de rey. César, dispuesto
A marchar á esa guerra, el vaticinio
Desprecia del oráculo. ¿Y es cuerdo
Que por su temeraria confianza
La victoria de Roma aventuremos?
¡Apóyenos tu voz en el Senado,
Rayo de la elocuencia! ¡Suene el eco
De esa tu ardiente inspiración divina,
Que es orgullo al romano, envidia al griego!..
(Esto decían.) Habla, y la corona
A César das; y á Roma el triunfo cierto.»

CASIO

¿Y hablarás?

CICERÓN

No hablaré. Tranquilizaos:
No será rey; á Túsculo me ausento.

CASIO

¡Callar! ¡Partir! ¿Qué dices? A la patria
No le basta tu fuga y tu silencio.
Esa elocuencia que al tirano niegas
Se la debes á Roma. Aquí es tu puesto,
En el Senado. Y cuando llegue el día,
Álzate audaz, y como en otro tiempo,
Grítale entonces: «¿Hasta cuándo, César,
Abusarás del sufrimiento nuestro?» –
Cicerón, tu palabra á los traidores
Dará espanto; y á todos, con tu ejemplo,
Nos verás contra el pérfido tirano
La voz alzar, y si es preciso, el hierro.

CICERÓN

¡El hierro! – De tus años juveniles
El ciego ardor, la inexperiencia veo,
Y perdono el ultraje. ¡El hierro, dices!
¿Piensas que torne á renacer de nuevo
La libertad aquí, donde bañado
Sila en sangre de nobles y plebeyos,
Cansado de matar, depuso el hacha,
Y vivió impune, y expiró en su lecho?
¿No hubo un puñal en Roma contra Sila
Y le habrá contra César? – No acusemos
De injusticia á los dioses. – Ya se junta

El pueblo aquí. Yo parto. A ver los juegos
César vendrá: que mi partida sepa.
No será rey. Para estorbar su intento
Basta echar, noble Casio, en la balanza
De Cicerón la ausencia y el silencio.

(Se va.)

ESCENA VIII

CASIO, BRUTO, TREBONIO, CASCA, EL PUEBLO

(Va llegando al Foro por diversos puntos el pueblo. Trebonio y Casca llegan al marchar Cicerón, y hablan misteriosamente con Casio. – Bruto está aparte, caviloso.)

TREBONIO

¿Dónde va Cicerón?

CASIO

Al Tusculano.

CASCA

¿No apoyará el sacrílego proyecto?

CASIO

¿Sabéis?..

TREBONIO

¡Todo!

CASCA

¿Qué es esto? ¿Huye el cobarde?
¡Vendrá el día, Trebonio, y no tendremos
Su autorizada voz! ¡Nos falta un nombre
Popular que á los tímidos dé aliento!

CASIO

No faltará: ¡mirad!

CASCA

¡Bruto!

TREBONIO

¿Es posible?

CASIO

Nuestro será.

BRUTO, aparte.

¡No acabo de creerlo!

(Movimiento en el pueblo, que dirige sus miradas hacia la izquierda, y procura tomar sitio, trepando algunos á la escalinata, á los pedestales de las estatuas y los capiteles. – Casca y Trebonio se dirigen hacia la izquierda á unirse á la comitiva.)

UNOS

¡César! ¡César!

OTROS

¡Ya viene!

UNO

¡Ciudadanos!
¡Saludémosle todos!

OTRO

No olvidemos
El consejo de Bruto.

OTRO

Sí: aclamarle
Debemos: ¡Padre de la patria!

OTRO

Es cierto:
Sólo ese grito le complace.

OTRO

Bruto
Nos lo ha dicho.

VARIOS

Sigamos su consejo.

(Entretanto ha salido la guardia de César, y se ha colocado detrás de la tribuna.)

CASIO

¡Siempre con él su guardia de españoles!

ESCENA IX

CASIO, BRUTO, CASCA, TREBONIO, CÉSAR, DECIO, LÉPIDO, CIMBRO, CINA, PUBLIO SIRO, LABERIO, SENADORES, CUARDIA, PUEBLO DE AMBOS SEXOS, LICTORES.

(Sale por la izquierda del Foro César, vestido de ropas triunfales, precedido de los lictores y acompañado de las personas que antes se citan.)

PUEBLO

¡Salud á César!

CÉSAR

¡Al romano pueblo
Salud!

PUEBLO

¡Salud al Padre de la patria!

(Sube César á la tribuna, donde estará colocada la silla de oro. Decio se acerca al paso con disimulo á Casio.)

DECIO

¿Se decidió?

CASIO

Aún vacila.

DECIO

Será nuestro
De aquí á un instante: aguarda.

(Los sacerdotes de Luperco aparecen por la derecha del Foro con una ara donde arde una llama y con instrumentos músicos.)

UN SACERDOTE

Tu mandato
Se espera, ¡oh César!

CÉSAR

Comenzad los juegos.

(César se sienta: los sacerdotes colocan el ara delante de la tribuna y queman perfumes, que se elevan hasta César en nubes de humo, entonando al son de la música el siguiente coro:)

HIMNO Á LUPERCO

Sacro ministro del potente Jove:
Fuente de vida, animador del mundo:
Numen fecundo, tutelar de Roma,
¡Divo Luperco!

Blando rocío los sedientos prados
Riegue, y del grano, que su seno encierra,
Brote la tierra, á tu amoroso aliento,
Frutos opimos.

Hoy solitaria, contemplando en torno
Tálamo estéril, silenciosos lares,
Va tus altares á colmar de ofrendas
Casta matrona.

Vele tus formas vaporosa nube:
Deja el Olimpo, los espacios hiende:
Numen, desciende: su mayor tesoro
Roma te fía.

¡Numen, desciende! La fulmínea espada
César esgrime contra el Parto rudo:
Cubra tu escudo al dictador de Roma,
¡Divo Luperco!

(Durante el coro, el pueblo ha abierto calle á las carreras, y los lupercos, desnudos de medio cuerpo arriba y coronados de pámpanos, han cruzado corriendo, azotando con correas á los que hallaban al paso, principalmente á las mujeres que presentaban las palmas de las manos para recibir el golpe, por creer que así dejaban de ser estériles. Al terminar el coro aparece, por la derecha del Foro, Marco Antonio, seguido de sus lupercos – él y ellos con el traje propio de la ceremonia – y Lucio Cota.)

ESCENA X

LOS ANTERIORES, MARCO ANTONIO, LUCIO COTA Y LOS LUPERCOS

ANTONIO

¡No prosigáis! En vano á las deidades
El triunfo les pedís. Caerá de nuevo,
Como Craso cayó, quien á los Partos
Pretenda sojuzgar, contra el decreto

Inmutable del hado. – Lucio Cota,
Quindecemviro: tú, que los misterios
Penetras de los libros sibilinos,
Habla: ¿qué dicen?

LUCIO COTA

«Que ningún guerrero,
Que rey no sea, vencerá á los Partos.»

ANTONIO

¡César, vas á marchar! Para vencerlos
Falta á tu frente la real diadema;
Y yo en nombre de Roma te la ofrezco.

(Dice esto subiendo á la tribuna y haciendo ademán de poner la corona real sobre la cabeza de César. Oyese un ruido sordo y confuso entre el pueblo.)

PUEBLO

¡Un rey! ¡Un rey!

LOS LUPERCOS, aplaudiendo.

¡Salud al rey de Roma!

CÉSAR

¿Qué haces, Antonio? – Aparta: no la acepto.

(Aparta con la mano la corona: el pueblo aplaude.)

PUEBLO

¡No! ¡Viva César, Padre de la patria!

CÉSAR, poniéndose en pie.

Ese nombre me basta. Yo no anhelo
Más que la dicha y el amor de Roma.
El título de rey en otros tiempos
Fué grato á la ciudad. Rey se llamaba
Rómulo, fundador de este gran pueblo.
Rey Anco Marcio, y Tulio, y Numa, ¡Numa,
Sabio legislador, rey justiciero!
De la impúdica frente de Tarquino,
Indigno sucesor del noble Servio,
Esta, que Roma veneraba un día,
Sagrada insignia del poder supremo
Deslustrada cayó. No, ciudadanos,
No ceñirá mi sien, sin que primero
Purificada sea. Al Capitolio
Llevadla al punto. A Júpiter excelso
Con ella coronad. ¡Júpiter sólo
Puede ser rey de Roma! – Si por medio
De la voz de su oráculo nos manda
Transmitirla á otra frente, porque en ello
Libra la patria su salud, su gloria,
El triunfo de sus armas, el aliento
De las legiones, júzguelo el Senado.

Si él lo decreta, y lo sanciona el pueblo,
Obedecerlo juro: si uno y otro
Lo rechazan, ¡no importa! Yo contento
A la lid partiré, llevando el nombre
Que he llevado hasta aquí. Basta el que tengo:
¡César! ¡Ya lo conoce la victoria!
¿Hay quien sospeche que ceñir pretendo
La regia insignia para ser tirano?

PUEBLO

¡No! ¡No!

CÉSAR

Desde hoy á vuestro amor me entrego.
Disuélvase mi guardia. Veteranos:
Yo os relevo del sacro juramento.
Os llamaré cuando á la guerra parta:
¡Ya ciudadanos sois, volved al pueblo!

(La guardia se disuelve y confunde con la multitud, que abraza á los soldados. – César baja de la tribuna.)

PUEBLO

¡Gloria á César, al Padre de la patria!

CÉSAR

¡Lictores, apartad!
(Al pueblo.)
Aquí indefenso
Tenéis á César. El pesado yugo
Con su muerte romped: he aquí mi cuello,
Romanos: si teméis mi tiranía,
Llegad, herid: desnudo os lo presento.

(Adelantándose en medio del pueblo y retirando de su cuello la toga.)

PUEBLO

¡César es nuestro padre, nuestro numen!

CÉSAR

¡No hay más numen que Júpiter supremo!
Vamos al templo. Dadme esa corona:
¡Yo en su cabeza colocarla quiero!
¡Seguidme al Capitolio!..

PUEBLO

¡Al Capitolio!
(El pueblo se lleva á César en triunfo al Capitolio.)

LABERIO, aparte.

¡Publio Siro, qué actor!

PUBLIO SIRO, aparte.

¡Qué actor, Laberio!

(Siguen la comitiva de César.)

CASIO, á Bruto.

¿Lo has oído?, ¿lo has visto?

BRUTO

¡Oh desventura!

CASIO

¿Duermes, Bruto?

BRUTO

¡No, Casio: estoy despierto!

ACTO CUARTO

En casa de Bruto. – Es de noche. – Una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA

BRUTO, CASIO

(Bruto está sentado y pensativo. Levántase al ver entrar á Casio.)

CASIO

¡No me engañé! Por más que su carrera
Mediando está la noche, aquí mis pasos
Encaminé sin vacilar, seguro
De hallar á Bruto en pie, solo y velando.

BRUTO

¿Qué causa á tales horas te conduce?

CASIO

Causa de urgencia tal, que no da espacio.
Al venidero día, por decreto
Del dictador, se juntará el Senado.
Esta noche, en su casa, con aviso
Transmitido por fieles emisarios,
Secreto conciliábulo celebran
Los parciales de César. Yo entretanto
A los nuestros convoco, los animo,
Y pronuncio tu nombre. Al escucharlo,
¡Vieras de aquellas almas generosas
El vivo ardor, el férvido entusiasmo!
Todos anhelan verte, y que la senda
Que conviene seguir trace tu labio,
Si se intenta mañana un voto indigno
Al Senado arrancar.

BRUTO

¿Tú piensas, Casio,
Que mañana proyectan?..

CASIO

Si consientes
A los que piden estrechar tu mano
Que á tu presencia vengan, esta noche
Todo aquí lo sabremos... Ya en el atrio
Los siento.

BRUTO

Hazlos entrar.

CASIO

Llegad, amigos.

ESCENA II

BRUTO, CASIO, CASCA, TREBONIO, CIMBRO, CINA, FLAVIO, MARCELO, OTROS SENADORES

CASCA

Aquí nos tienes, Bruto, despojados
De la máscara vil, que fundamento
Fué de tu error y nuestro oprobio. Danos
A estrechar esa diestra: ¡en ella sola
La salvación de Roma contemplamos!

BRUTO

¡Cuánto es mi asombro al veros! ¡Sois vosotros!
¡Es posible! ¡Tú, Casca, para el cargo
De tribuno por César elegido!
¡Tú, Atilio Cimbro, en frecuentar su trato
Siempre el primero! ¡Tú, Cornelio Cina,
Pretor por su elección, deudo cercano
Del dictador! Y tú, ¡mayor asombro!,
Tú aquí, Cayo Trebonio: ¡tú, nombrado
Por César senador, cónsul por César,
Que te prodiga honores!..

TREBONIO

Nunca tantos
Como á ti te prodiga. – Roma es antes
Que el privado interés. ¿Pensaste acaso
Que la estoica virtud sólo era tuya?

BRUTO

¡No! Mas sé lo que cuesta á un pecho honrado,
Y el hallarla me admira.

CASIO

¿No te dije
Que eras injusto, Bruto? Estás mirando
Aquí virtud y abnegación doquiera.
¡No es muerta Roma, no!

CASCA

Todos estamos
Pendientes de tu voz.

CIMBRO

Nos falta sólo
Quinto Ligario.

CASIO

¡No vendrá! Postrado
El triste yace por aguda fiebre
En su lecho.

ESCENA III

LOS ANTERIORES, LIGARIO, OTRO SENADOR

(Ligario sale apoyado en un báculo y en el brazo de un senador: pálido el rostro y con la agitación de la fiebre.)

LIGARIO

¡Aquí está Quinto Ligario! –
Pues ha sanado del letargo Bruto,
También de mi dolencia yo he sanado.

BRUTO

¿Tú con nosotros?

LIGARIO

¿Por qué no? Si César
Me perdonó la vida, no me hallo
Sujeto á gratitud. ¿A mí la vida?
¡Rubor me causa! ¿Quién es el romano
Que puede en mí de vida ni de muerte
El derecho ejercer, sin usurparlo?
¡Mi perdón fué un insulto hecho á la patria!
Fué decirnos que el aire que aspiramos
Es don de su piedad, gracia de César.
¿Quién vive así? ¡Yo no! ¡Del lecho salto
Delirante y febril, no bien escucho
Tu nombre, Bruto! Si meditas algo
Digno de ti y de Roma, aquí dispuesto
A seguirte me tienes. ¡Aunque flaco
Mi cuerpo está, mi espíritu está entero!

CASIO

¡Oh esperanza de Roma! ¡El desengaño
Ves aquí, Bruto!

CASCA

En tu presencia tienes
A todos ya.

CASIO

No á todos: uno aguardo,
Uno, que aquí esta noche entre nosotros
Veréis aparecer; quien más lejano

De vuestra mente está: quien ni aun en sueños
Imaginar podéis.

BRUTO

¡Tú has hecho, Casio,
Grandes conquistas!

CASIO

Casio no: ¡tu nombre!

CASCA

¿Quién será?.. ¿Marco Antonio?

CASIO

¡Aún más cercano
Al dictador!

LIGARIO

¡A que nos trae á César!

CASIO

Si no á César, al que es depositario
De sus secretos, de sus planes todos:
Al que á decirnos viene qué atentado
Se prepara mañana contra Roma. .
¡Vedle aquí!

ESCENA IVK

LOS ANTERIORES, DECIO BRUTO

TODOS

¡Decio Bruto!

BRUTO

¡Decio!

DECIO

¡Marco!
(Ambos se dan la mano.)

BRUTO

De éste no me sorprendo: Decio Bruto
Se llama: ¡el nombre obliga!

DECIO

¡Sí, romanos!
Fiel á mi nombre, vedme entre vosotros.
Siempre enemigo fuí del que, afectando
Salvar las leyes, el poder supremo
Hipócrita ambiciona. Ese conato
Vi en Pompeyo, ¡perdóneme su sombra!
Por eso estuve en el opuesto bando.
Y si él logrado la victoria hubiese
En Farsalia, creedme, quizá tanto
No tardara en llegar su tiranía. –
Lo que hice entonces con Pompeyo, hoy hago
Con César, hoy que sin pudor descubre
El rostro audaz, la máscara arrojando.

CASIO

Pues ¿qué intenta?

CASCA

¿Qué suerte nos aguarda?

DECIO

¡La vergüenza! ¡morir, ó ser esclavos!

TODOS

¿Qué dices?

CASIO

¡Habla!

DECIO

Oid. – Por orden suya,
Ya sabéis que esta noche en su palacio
Los senadores se juntaban. César
Aparece: con gritos de entusiasmo
Acogen su presencia: quién le llama
«El salvador de Roma;» quién, «el rayo
De la guerra;» quién, «padre de la patria.»
Él con aspecto frío esos dictados
Parecía escuchar; cuando entre aquella
Ruidosa aclamación la voz alzando
Marco Antonio, repite el vaticinio
De la Sibila, y grita que el Senado
No le deje partir, si antes no acepta
El título de rey. Al escucharlo,
Yo vi ¡no lo dudéis! en más de un rostro
Asomar el rubor. Pero arrastrados
Por el clamor de Antonio y de los suyos,
Todos prorrumpen en ferviente aplauso.
César procura su profundo gozo
Hipócrita encubrir; por largo espacio
Se hace rogar: hasta que al fin vencido:
«Acepto, dice, no por mí, romanos;
¡Por la salud de Roma!» Alzan entonces
Furibundo clamor sus partidarios:
Triunfa la adulación, sucumbe el miedo ..
¡Mañana es rey!

TODOS

¿Mañana?

DECIO

A proclamarlo
Todos resueltos van. Será de César
En la familia el trono hereditario.
Por tierra y mar ostentará en su frente
La corona real; sólo vedado
Llevarla en Roma le será... – ¡Reliquias,
Ultimo esfuerzo del pudor romano! –
También mañana de su regio trono
El heredero nombrará. Por varios

Indicios sé que designar intenta ..
¿A quién diréis?... ¡A su sobrino Octavio!

TODOS

¡Octavio!

CASIO

¡Octavio, ese mancebo imberbe!..

DECIO

Que á Brindis arribó, y acaudillando
Las legiones, mañana le veremos
A las puertas de Roma.

CASIO

¡Preparado
Con astucia infernal el golpe estaba!
¡No hay salvación! ¡Él tiene ya en su mano
El poder de la ley y el de la fuerza!

LIGARIO

Contra esa ley de oprobio rebelaros
A vosotros os toca, senadores.
Yo no lo soy; pero mi voz, en tanto
Que la vuestra elocuente y poderosa
Allí combate y triunfa, el vil letargo
Sacudirá de la indignada plebe;
Y á esa ley y á esa fuerza, que el tirano
Quiere usurpar, responderán terribles,
Con la fuerza y la ley, pueblo y Senado.

CASIO

¡Tú deliras, Ligario! La elocuencia
No es aquí de sazón. En los escaños
De la romana Curia ¿no estás viendo
La multitud de advenedizos galos
Que allí sentó la voluntad de César?
Todos le aclamarán; y el temerario
Que ose mañana combatir sus votos,
Prepárese á morir. – Pues bien, ¡muramos!
Ese es nuestro deber. Mañana, amigos,
Cuando puestos en pie, tendiendo el brazo,
Esos envilecidos senadores,
Para elevarlo al trono soberano
Su voto den; inmóviles nosotros
En la silla curul, se lo negamos.
Firmar será nuestra mortal sentencia;
¡No lo dudéis! – ¿Qué importa? El pecho esclavo
Compre la vida á precio de la infamia;
¡Casio quiere morir libre y honrado!

TODOS

¡Todos contigo moriremos, todos!

BRUTO

¿Qué proferís? ¿Qué súbito desmayo
Vuestro espíritu embarga? ¡No os conozco! –

¿Quién habla de morir? Cuando un tirano
Quiere á Roma humillar, Roma á sus hijos
No les manda morir, sino matarlo.
¡Muera César!

LIGARIO

¡Así! ¡Digna palabra!
¡Grito de salvación, que antes Ligario
No ha osado pronunciar, porque esperaba
Verlo salir de tus ilustres labios!

CASIO

¡Aquí en mi corazón también bullía!
¡Y en todos, sí! Mas ¿quién el grito santo,
Quién era digno de lanzar, primero
Que el noble sucesor del gran romano
Que fundó la República? ¿Su voto
Escucháis? ¡Muera César!

TODOS

¡Muera!

DECIO

¿Y cuándo
La ejecución?

TREBONIO

Asegurar el golpe
Conviene.

CINA

Fácil es: ayer incauto
Su guardia despidió.

CASCA

Juremos todos
Que á su vez cada cual sabrá acecharlo,
Y en ocasión propicia darle muerte.

DECIO

En el campo de Marte.

TREBONIO

En el teatro.

CINA

Mejor en los comicios.

LIGARIO

Más seguro
En los comicios es. Marcelo y Flavio
Tribunos son del pueblo: aquí presentes
Los miráis, contra César conjurados.
Yo el golpe le daré: ¿juráis vosotros
Amotinar la plebe?

MARCELO Y FLAVIO

Lo juramos.

LIGARIO

¡Conjuración sublime!..

BRUTO

Yo á mi casa
Para tramar conjuración no os llamo:
¡Os junto en tribunal! Jueces de César
Somos, y no enemigos: nuestro fallo
Venganza no ha de ser, sino sentencia. –
No, no es mi voto que á matarlo vamos,
Cual vil ladrón que al caminante acecha
En la tiniebla, y lo asesina al paso.
¡No es eso digno de nosotros! Bruto
Para tan torpe acción no da su brazo.
César por sus hazañas merecía
Los honores que goza; y yo declaro
Que merece la muerte, porque quiso,
Antes que recibirlos, usurparlos.
¡Muera César, y muera antes que logre
Al Senado matar! ¡No consintamos
Que Roma tenga rey ni un solo instante!
Si mañana por rey quieren jurarlo,
¡Muera mañana!

LIGARIO

¿Y dónde?

BRUTO

Donde intentan
El crimen consumar: ¡en el Senado!

TODOS

¡Mañana!

CASIO

Él manda: obedecer nos toca. –
¡Muera César mañana! ¿Qué arriesgamos?
¿La vida? Hace un instante que ofrecimos
Sacrificarla con valor: pues ¿cuánto
Más glorioso será caer revueltos
Con el sangriento cuerpo del tirano?

DECIO

¡No lo temáis: herid! Por vuestras vidas
Yo velaré: mañana en torno al atrio
De Pompeyo, quinientos gladiadores,
Que á sueldo tengo, acudirán armados.

CASIO

¡Compañeros! Si el cielo nos ampara,
No os contentéis con derribar el árbol,
Cuya sombra mortífera nos roba
Del puro sol de libertad los rayos.
Las raíces que en torno le alimentan,
Con el hierro extirpad: ó preparaos
A verle retoñar, tronco gigante
Que sobre Roma tenderá sus brazos. –

¡No caiga solo César, con él caigan
Su amigo Antonio y su heredero Octavio!.

TREBONIO

¡Y Lépido también!

DECIO

¡Y Dolabela!

BRUTO

¡Callad! ¡Por vuestra boca están hablando
Miedo y rencor! – Inútil hecatombe
Queréis sacrificar. ¡Sólo tiranos
Consiente el cielo en Roma, de la raza
De los Silas, los Césares, los Marios!
Ni á la fuerza apeléis: si nuestra causa
Es noble y justa, su celeste amparo
Los dioses le darán; y no busquemos
Vil apoyo en indignos mercenarios.
Puñales para herir, los nuestros sólo:
Víctimas, sólo César. Sentenciado
Por las leyes está: de la sentencia
Son los ejecutores nuestros brazos. –
¿Cómo, si no, sobre su noble pecho
Alzara yo el puñal? ¡Yo, tan colmado
Por él de beneficios, de mercedes,
Tan querido de César, que al matarlo
Fuera Bruto el peor de los traidores,
Si no fuera el mejor de los romanos! –
¡Roma le debe gratitud y muerte! –
Autor de su grandeza y de su estrago,
Sus hazañas, de hoy más, borradas quedan
Para el perdón; ¡mas no para el aplauso! –
¡Vedle salvar las cumbres de Pirene,
Y al Gallego vencer, y al Lusitano,
En el confín adonde al mar de Atlante
Rinden tributo el Miño, el Duero, el Tajo! –
¡Vedle en dos lustros de sangrientas lides
Las Galias sojuzgar! ¡Vedle, domando
Del Rhin caudal la rápida corriente,
Someter al Teutón! ¡Del Oceano
Vedle cortar con atrevida prora
La no surcada espalda, allá plantando
Las águilas de Roma, do se ocultan
Divididos del orbe los Britanos! –
¡Mirad, mirad qué vida nuestro acero
Va mañana á cortar! Al desnudarlo,
¡Ni el odio os ciegue ni el rencor os guíe!
¡Matémosle sin ira, ciudadanos!
¡No somos asesinos! ¡Sacerdotes
Somos de la República, que armados
Con el sagrado acero, en las entrañas

De una sublime víctima buscamos
La libertad de la oprimida patria!
¡Sobre su pecho con segura mano
Vibrad el hierro, y apartad el rostro
Con respeto y dolor! Así el mandato
De Roma cumpliréis, que para herirle
Os presenta el puñal, bañada en llanto. –
¡Oh sacrificio grande y lacrimoso!
¡Oh César! ¡Oh dolor! – ¡Fuérame dado
Matar su intento, sin matar su vida!

CASIO

¿Lloras, Bruto?

BRUTO

¡Mañana le matamos! –
¿Teméis? ¿Dudáis? ¡Lo mataré yo solo!

TODOS

¡Mañana!

BRUTO

¡Sí, mañana, en el Senado,
Al resplandor del día, descubierto
El rostro, alta la diestra, sepultamos
El puñal vengador en sus entrañas,
Sin ira, sin piedad; y en holocausto
A la ofendida Roma le ofrecemos
El cadáver allí de un hijo ingrato!

CASIO

¡Vengador de la ley, he aquí mi diestra!

TODOS

¡He aquí la mía!

(Todos extienden la diestra hacia Bruto.)

CASIO

¡Amigos, separarnos
En silencio conviene: el alba asoma!

UNOS

¡Al Senado mañana!

OTROS

¡Sí, al Senado!

CASIO

El semblante sereno, el hierro oculto.
¡Y en los dioses fiad!

BRUTO

¡Númenes sacros,
Oid mi voz! ¡Haced que eternamente
En este mes, á Marte consagrado,
Al Dios potente, fundador de Roma,
El sol que va á nacer, á los tiranos
De un siglo y otro siglo espanto sea,
Y á la ciudad glorioso aniversario!

CASIO

¡Los idus son!

BRUTO

¡En los futuros tiempos
Fama eterna tendréis, idus de marzo!

(Los conjurados se retiran.)

ESCENA V

BRUTO

¡Fama eterna este día! Y de mi nombre
¿Cuál la fama será? Con el de Casio
Envuelto irá, y el de esos miserables,
Que aborrecen al hombre, y no al tirano.
«¡Bruto, dirán, el matador de César!»
Sin saber que le admiro, que le amo -
¡Y voy á darle muerte!; – que desprecio
A los que son mis cómplices – ¡y un lazo
Fatal me une con ellos! – ¡Que estén siempre
Mi corazón y mi deber luchando!
Así, encendida la civil contienda,
Volé resuelto de Pompeyo al campo;
De Pompeyo, asesino de mi padre,
Y el acero esgrimí contra el humano
Vencedor de Farsalia. – ¿Por qué, oh cielo,
Por qué en tal confusión truecas los hados,
Que la causa del mal á un héroe fías,
Y la del bien á tan indignas manos?
¡Oh costosa virtud! – Ya luce el día;
El momento llegó.

(Tomando el puñal.)

Puñal sagrado,
Ven, escóndete aquí: contigo llevo,
En la dudosa empresa á que me lanzo,
Si vencedor, la libertad de Roma;
Si vencido, la mía. –

ESCENA VI

BRUTO, SERVILIA

SERVILIA

Por el atrio,
Ha un instante, hijo mío, he visto algunos
De tu estancia salir, si no me engaño.
¿Contigo estaban?

BRUTO

Sí.

SERVILIA

¿Qué te querían?

BRUTO

Concertar nuestros votos. El Senado
Hoy se junta.

SERVILIA

¿Hoy se junta? ¿Y le convoca
César?

BRUTO

¡Sí, madre!

SERVILIA

¿Y con qué objeto? ¿Acaso
Lo ignoráis?

BRUTO

Lo sabemos.

SERVILIA

¿Y no puedo
Saberlo yo?

BRUTO

¡Dichosa, si ignorarlo
Pudieras, madre, y yo también! – ¿Recuerdas
Que aquí mismo, no ha mucho, alimentando
Falaces ilusiones, lo aguardabas
Todo de César? ¡Llora el desengaño!
¡César quiere ser rey!

SERVILIA

¡Rey!

BRUTO

Para eso
El Senado se junta.

SERVILIA

¿Y el Senado
Lo aceptará?

BRUTO

Lo acepta.

SERVILIA

¿Y ésos quieren
Combatir la elección? ¿Esos, que esclavos
Viste ayer de Pompeyo y hoy de César?
¡Ah! ¡todo lo adivino! ¡Hijo adorado!,
No los escuches: de tu claro nombre
Su cobarde ambición busca el amparo. –

¡Ah!, ¡no será! ¡Tu nombre tiene el cielo
A más noble destino reservado! –
¡Dioses, dadme valor! – ¡Hijo!, esos hombres
Te envidian, te odian, y á su inicuo bando,
Para perderte, con astuta maña
Te quieren arrastrar. He visto á Casio,
Que tu puesto codicia: á Decio Bruto,
Que vende á César: y al feroz Ligario,
Monstruo de ingratitud. Míralos, hijo;
¡Y mira á César!

BRUTO

¡César! – Los romanos,
Los señores del mundo, ya á sus ojos
No somos hombres, sino vil rebaño,
Paciente grey, que á su placer traspasa.
¿Sabes, madre, que un trono hereditario
Quiere fundar?

SERVILIA

Lo sé.

BRUTO

¿Los cielos justos
Sabes que en tres enlaces han negado
Prole de amor á su infecundo lecho?

SERVILIA

¡Ah! – Sigue...

BRUTO

¿Sabes tú quién es el amo
Que á su patria destina; el heredero
Que intenta designar?

SERVILIA

¿Quién es?

BRUTO

¡Octavio!

SERVILIA

¡Octavio!

BRUTO

Octavio. El dictador le espera:
Hoy llega á Roma.

SERVILIA

¡Dioses soberanos!
¡Octavio! ¿Octavio sucesor de César?
¿Octavio rey de Bruto? – ¿Y aún mi labio

Callará? ¡No, eso no! ¡Sal de mi pecho,
Flaqueza criminal! ¡Huye, bastardo
Temor, huye de mí! – ¡Dioses! ¡Prestadme
Fuerza, valor, resolución, que en vano
Pido al cobarde pecho, con que á Roma
De un porvenir indigno libertando,
Labre su dicha y su salud, y marque
Su glorioso destino al hijo amado!

BRUTO

¡Calma esa agitación: no temas: Bruto
Cumplirá su deber!

SERVILIA

Tú ignoras...

BRUTO

¡Harto
Me has dicho, madre; adiós!

SERVILIA

¡Detente! ¿Adónde
Vas?

BRUTO

Al Pretorio voy: mi noble cargo
Me llama al tribunal.

SERVILIA

¿Y luego?..

BRUTO

Luego...

SERVILIA

¿Al Senado no irás?

BRUTO

¡Iré al Senado!

SERVILIA

¡Júralo!

BRUTO

¡Te lo juro!

SERVILIA

¡Estoy tranquila!
¡Vete, hijo! – Aguarda. ¡Ven... ven á mis brazos!

(Se abrazan.)

BRUTO

¡Madre, adiós! –

(Aparte.)

¡Quizá el último éste sea!

SERVILIA

¡Hijo, adiós! –

(Aparte.)

¡Es el último este abrazo!

(Se va Bruto.)

ESCENA VII

SERVILIA

¡Qué repentina luz hiere mi mente
Y penetra mi ser! ¡Qué desusado
Valor, qué heroico espíritu me alienta
Y á la inmortalidad guía mis pasos!
¡Dioses que me inspiráis! ¡Servilia os oye,
Y á obedeceros va! Si sella el labio
De la madre de Bruto indigno miedo,
La hermana de Catón arma su brazo. –
¡Licia! – El escrito es éste. Aquí mi nombre.
(Saca el pergamino y firma en él.)
¡Mi sentencia firmé!

ESCENA VIII

SERVILIA, LICIA

SERVILIA

Licia, volando,
Al palacio de César: este escrito
Pon en su mano: ¿entiendes?, en su mano.

LICIA

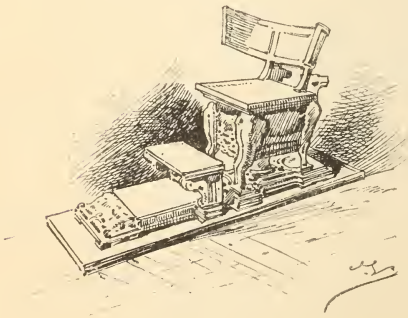
Serás obedecida.
(Se va Licia.)

ESCENA IX

SERVILIA

¡Digna madre,
Digna romana soy! – Bruto, hijo amado,
Tú serás rey de Roma: tus virtudes
Eclipsarán las de tu padre acaso:
Será el mundo feliz bajo tu imperio,
¡Y por mí lo será! – Desde los altos
Cielos oiga mi espíritu en tu boca
El perdón que allí espero, si á otorgarlo
Te basta el ver que por mi propia diestra
La antigua mancha con mi sangre lavo.
¡Ah!, ¡no será Servilia, viva al menos,
De su hijo execración, de Roma escarnio! –
¡He aquí su espada!
(Toma y desnuda la espada de Bruto.)

¡Oh sol, tu luz me baña
Por la postrera vez!
(Mirando hacia lo exterior.)
¡Qué estoy mirando!
Ese vasto edificio que ilumina
Con vivo resplandor... es el teatro
De Pompeyo... y la Curia. – El pueblo acude...
Lictores la rodean... Sobre el mármol
Del pavimento colocada miro
La silla de oro... ¡Oh dicha! ¡Allí el Senado
Juntarse debe! ¡Y yo desde este sitio,
Sola y oculta, contemplar el acto
Podré, que es obra mía! ¡Ver de César
La conmoción, del pueblo el entusiasmo!..
Sí, quiero verlo: ¡lo veré! – ¡Una hora!..
¡Una hora no más!.. Detente, ¡oh brazo!
¡Aguarda para herir que á mi hijo vea
Sobre el trono del mundo levantado!



ACTO QUINTO

Plaza de Roma, donde está el gran teatro de Pompeyo, al cual se ve unida la Curia, pórtico con gradería y columnata, que ocupa parte del escenario. Allí la estatua de Pompeyo, la silla de oro destinada para César, y las curules para los senadores. En derredor edificios diversos, y calles que desembocan en la plaza.

ESCENA PRIMERA

FLAVIO, MARCELO, ENNIO, PUEBLO, LICTORES

(Lictores colocados de trecho en trecho alrededor de la Curia. – Grupos de pueblo en diversos puntos de la plaza, tomando puesto para ver la ceremonia. Entre ellos Ennio, el esclavo de Casio. – Aparecen los tribunos Flavio y Marcelo por opuestos lados.)

MARCELO

Heme aquí, Flavio.

FLAVIO

A un tiempo nos juntamos.

MARCELO

Mi tribu he recorrido.

FLAVIO

Y yo la mía.

MARCELO

¿Has observado agitación?

FLAVIO

Ninguna.

MARCELO

Ni yo.

FLAVIO

No hay que temer: nadie malicia
Nuestra conjuración.

MARCELO

Ejecutarla
Hoy sin falta debemos, ó peligra
Un secreto entre tantos.

FLAVIO

Hoy sin falta
Será. Bruto está al frente: en él confía.

MARCELO

Y dime, Flavio: pues tribunos somos
De la plebe, ¿la plebe tú imaginas
Que en ello ganará?

FLAVIO

Ganará siempre
Derribando un tirano que la humilla.

MARCELO

¿Y qué vendrá después?

FLAVIO

Lo que viniere
Lo veremos después. ¿Por qué no miras
Hoy lo presente, lo futuro luego?

MARCELO

Lo presente he mirado, y á su ruina
Concurro con mi brazo. Pero dime:
La seca y desdeñosa altanería
Con que Bruto nos trata, ¿no te infunde
Recelo?

FLAVIO

Bien: el hierro que hoy esgrimas
No lo envaines; y espera.

MARCELO

¡Calla!

FLAVIO

Es Ennio,
Un esclavo de Casio.

(A Ennio.)

¿Qué te guía
A estos sitios?

ENNIO

Mi dueño me ha mandado
Aquí aguardarle.

FLAVIO

¿Dónde está?

ENNIO

En la silla
Del Tribunal.

(Los tribunos se alejan.)

ESCENA II

LOS DICHOS, LUCIO, ARTEMIDORO

LUCIO

Pues no hay otro recurso,
Aquí le esperaremos.

ARTEMIDORO

Hoy su vida
Vas á salvar; la libertad te aguarda.

LUCIO

¡Plegue á los dioses! En su mano misma
Pondremos el escrito.

ARTEMIDORO

Antes que suba
Esas gradas, sabrá la trama inicua.

ENNIO

¡Lucio!

LUCIO

¡Es Ennio!

ENNIO

¡Tú aquí! Pues ¿y Ligario,
Tu señor?

LUCIO

En el lecho, por maligna
Fiebre postrado.

ENNIO

¿Su dolencia aún dura?
¡El cielo la prolongue! ¡Así te libras
De su trato feroz!

LUCIO

Ennio... ¿Y el tuyo?

ENNIO

Ya lo sabes: ¡tremendo! Cada día
Sobre mí cruje el látigo, y mis carnes
Abre sin compasión.

LUCIO

¡Oh raza indigna!
¡Y hablan de libertad!

ENNIO

Sí, ¡para ellos!

LUCIO

Ennio, ¿quieres ganarla?

ENNIO

¿Cómo?

ARTEMIDORO

¡Mira
Lo que dices!

LUCIO

No temas: es esclavo;
El lazo del dolor con él me liga. –
Ennio, ¿quieres ganarla?

ENNIO

¡Yo!..

LUCIO

No temas
Que te oiga Artemidoro; por desdicha
Esclavo fué; liberto es hoy de César.
Griego nació, y en Roma se dedica
A la enseñanza de su patrio idioma.

ARTEMIDORO

¡Todo á César lo debo!

LUCIO

¡Di!

ENNIO

Principia.

LUCIO

¿Anoche Casio ausente de sus lares
No ha estado?

ENNIO

Sí.

LUCIO

¿Cuándo volvió?

ENNIO

Ya el día
Clareaba. Al sueño me rendí; ¡y por cierto
Me despertó su látigo!

LUCIO

¿Y no atinas
Dónde pudo pasar la noche entera?

ENNIO

No atino.

LUCIO

Y después hoy, á su salida,
¿No has observado tú si algo llevaba?

ENNIO

¡Un puñal! Sí, noté que lo escondía
Bajo su manto.

LUCIO

¡Basta! ¡Escucha ahora!
Anoche Casio, tu señor, con Cina
En casa entró: doliente halló en el lecho
A Ligario: fué corta su visita.
Parten; y á poco alzándose Ligario
Encendido y febril, vístese aprisa
Y con incierto pie tras ellos sale.
Al despuntar el alba, á la hora misma

Que tu señor, á casa volvió el mío.
¡Espanto daba el verle! En fuego ardía
Su seca piel: exánime en el lecho
Cae; yo á su lado estaba, y en él fijas
Mis miradas. – De pronto sobre el codo
Se alza como un espectro: sus pupilas
Lanzan siniestra llama: ¡de sus miembros
La convulsión el lecho estremecía!
Y en su boca espumante estas cortadas
Frases escucho: «¡Hoy es... hoy es el día!
¡Hoy me libro del peso! – Bruto... Casio...
¡Al Senado!.. ¡la hora se aproxima!..
¡No olvidéis el puñal!.. ¡Oculto!.. ¡oculto!..» –
Sus palabras el crimen que meditan
Me revelan; y á par el pensamiento
De conquistar mi libertad me inspiran. –
Ciego, resuelto, le abandono y salgo.
A Artemidoro busco, la noticia
Le doy, y ambos de César al palacio
Corremos. ¡Vano intento! Casca, Cina,
Decio Bruto la entrada á todos cierran,
Y á los curiosos el tribuno obliga
De allí á alejarse. La denuncia entonces
Escribe Artemidoro en su nativa
Lengua y en nombre de ambos; y aquí á César
Esperamos resueltos. Ennio, imita
Mi arrojo: á nuestro nombre junta el tuyo,
Y por la libertad juega la vida.

ENNIO

¡Jugada está! – ¡Son ciertas tus sospechas:
Es cierta su traición! Yo en esa intriga
Ciego instrumento he sido. Por mandato
De Casio, una vez fuí... ¡Tente! ¡Oh divina
Inspiración!..

LUCIO

¿Qué piensas?

ENNIO

Oye: el golpe
Pudiera aquí fallarnos. Quizá impida
La muchedumbre el paso: quizá ocurran...
¡Quién sabe! ¡mil azares! – Yo, por dicha,
Libre acceso hasta el cónsul Marco Antonio
Tengo: el cómo os diré. – De aquí vecina
Su casa está: venid: él es de César
Amigo fiel.

ARTEMIDORO

También fallar podría
Ese medio: uno y otro se aprovechen.
Id vosotros al cónsul: la venida

Yo aguardaré de César. ¡Ambos medios
No han de fallar!

LUCIO

¡Los dioses nos asistan!
Ven por la libertad.

ENNIO

¡O por la muerte!

LUCIO

¿Qué más nos da? – ¿La esclavitud es vida?

(Se van los esclavos.)

ESCENA ~~V~~ III

ARTEMIDORO, FLAVIO, MARCELO, PUEBLO, LICTORES, luego BRUTO, CASIO

ARTEMIDORO

¡Le salvaré: la gratitud me impone
Este deber!

FLAVIO

Marcelo, ¿no divisas
A Bruto y Casio? Ahí vienen.

MARCELO

¡Los primeros!

FLAVIO

¡Y pudiste dudar!

ARTEMIDORO

Ya se encaminan
Bruto y Casio á su puesto: iré yo al mío.

(Se retira. – Llegan Bruto y Casio.)

CASIO

¡Salud á los tribunos!

MARCELO

Todavía
No ha llegado ninguno.

CASIO

A la hora sexta
Convocados estamos, y la quinta
No es aún.

MARCELO

¿Y vendrán?

BRUTO

Para esta empresa
Con uno basta, y somos dos. – Retira
Del pórtico á la plebe: no conviene
Que presencie el suceso. La noticia
Saldrá de ese recinto autorizada;
Que el ser el hecho allí, le califica,

Y desnudo de lástimas plebeyas,
Brillará en su grandeza y su justicia.

MARCELO

Lo haré. – Lictores, despejad la Curia.

(Los lictores hacen retroceder al pueblo al fondo. – Van llegando por diversas calles y con intervalos los senadores, de los cuales, unos se quedan conferenciando en el pórtico y otros entran en la Curia.)

ESCENA IV

LOS DICHOS, CASCA, TREBONIO, CIMBRO, CINA

CASCA

¡Malas nuevas!

CASIO

¿Qué ocurre?

CASCA

¡Contrarían
Los hados nuestro plan!

CASIO

¿Cómo?

CASCA

Al Senado
Quizá no venga César.

MARCELO

¿Qué motiva
Esa resolución?

CASCA

Ante los Lares
Que en su palacio el pórtico autorizan,
Hoy al primer albor del sol naciente
Sacrificó el arúspice Espurina
Una cándida res; y en sus entrañas
Siniestro agüero presentó á su vista:
¡Faltaba el corazón! – Todos á César
La nueva dan, y unánimes opinan
Que no vaya al Senado. Él los escucha,
Y responde impasible: «Si á la víctima
Le falta corazón, á mí me sobra.»

BRUTO

¡Oh, vendrá!

CASCA

De la estancia en que aún dormía
Su esposa, llega entonces á su oído
Un confuso rumor: allí encamina
Sus pasos, entra silencioso, llega
Al pie del lecho, y á Calpurnia mira
Con un ensueño lúgubre luchando.
Ambos brazos convulsos extendía,

Y entre ahogados sollozos exclamaba:
«¡Tened!.. ¡perdón!.. ¡perdón!..» Lumbre rojiza
Destellaba una lámpara, y el aire
En resplandor sangriento se teñía. –
Despierta luego, y abrazando á César,
Por su amor, por los Dioses le suplica
Que no salga por hoy; que ha visto en sueños
Cien puñales alzarse, y á él sin vida
En sus brazos caer. – Decio del caso
Nos ha informado; y teme que se rinda
César por fin al llanto de su esposa,
Y nuestra junta aplace, y nos despida.

CASIO

¡Fatalidad!

TREBONIO

¿Qué haremos?

CINA

Si se aplaza,
Nuestro plan se divulga.

MARCELO

Y si transpira,
La muerte nos aguarda.

CASCA

¡Muerte á todos!

CASIO

Bruto, ¿qué dices?

BRUTO

¿Qué queréis que os diga?
Cuando se trata de salvar á Roma,
¿A qué tanto pensar en nuestras vidas?

CASCA

¡Nuestra muerte es la suya!

CASIO

Y sin salvarla,
Duro es morir.

BRUTO

¡Vivimos todavía! –
¡Calma! Este es nuestro puesto: aquí aguardemos.

FLAVIO

¡Disimulad! – ¡El cónsul! –

(Aparecen los lictores precediendo al cónsul.)

ESCENA V

LOS DICHOS, MARCO ANTONIO, LICTORES

ANTONIO, á sus lictores.

Id aprisa,
A Lépido buscad: aquí lo aguardo.

(Se va un lictor. – Él dice aparte:)

¡Ellos son! ¡La denuncia se confirma! –
Exploremos. –

CASIO

¡Salud á Marco Antonio!

ANTONIO

¡Salud á los pretores!

CASIO

¿Tu venida
La de César anuncia?

ANTONIO

Siempre visteis
Puntual al dictador.

CASIO

El rey podría,
Haciéndose esperar, su omnipotencia
Querer mostrarnos.

ANTONIO

¡Rey! Para que ciña
La corona real, fuerza es primero
Que un senadoconsulto lo decida,
Y lo sancione el pueblo.

CASIO

Nuestro voto
Le daremos allí.

FLAVIO

Flavio os afirma
Que lo que en el Senado se resuelva
Sancionará la plebe.

ANTONIO, aparte.

¡No mentían
Los esclavos! ¡Bien hice! – Senadores:
En este acto solemne, en que se cifra
El porvenir de Roma, toca al cónsul
Por vosotros velar, para que emitan
Todos con plena libertad sus votos.
Lictores, alejaos: las avenidas
Guardad: sólo á los Padres del Senado
Llegar hasta la Curia se permita. –

(Los lictores que rodeaban la Curia se retiran al fondo.)

ESCENA VI

LOS DICHOS, LÉPIDO Y EL LICTOR

LÉPIDO

De ti llamado con urgencia, cónsul,
A tu mandato estoy.

ANTONIO

Tú, que acaudillas
La orden ecuestre, Lépido, conduce

Al instante á la puerta Tiburtina
Infantes y jinetes: ni un soldado
En Roma quede: y si entretanto arriban
Las legiones de Brindis, que allí aguarden
Las órdenes del cónsul.

LÉPIDO

A cumplirlas
Corro sin dilación.

(Se va.)

ESCENA VII

LOS DICHOS, menos LÉPIDO. — VALERIO, jefe de los lictores.

ANTONIO

Llega, Valerio.

VALERIO, aparte.

Hecho está.

ANTONIO, aparte.

¿Y los esclavos?

VALERIO, aparte.

A mi vista,
En el fondo del Tíber.

ANTONIO, aparte.

Del secreto
Único dueño soy. – César, expía
Tu negra ingratitud. – ¿Mi rey Octavio? –
¡Ah! ¡no será mientras Antonio viva!

(Se va con sus lictores.)

ESCENA VIII

LOS DICHOS, menos MARCO ANTONIO Y SUS LICTORES.
Después DECIO BRUTO

CASCA

¡Sin sospecharlo, nuestro intento ayuda!

CASIO

¿Sin sospecharlo? – ¡Acaso!

TREBONIO

¡Qué! ¿imaginas?..

MARCELO

¡Misterioso es su hablar!

CASCA

¡Su ausencia extraña!

FLAVIO

¡No hay duda, algo penetra!

MARCELO

¡Su perfidia
Nos tiende un lazo!

CASIO

¡Aquí está Decio!

TODOS

¡Decio!

CASCA

¡Acaben nuestras dudas!

CASIO

¿Qué noticia
Nos das?

DECIO

¡Que viene César!

BRUTO

¡Lo estáis viendo!

CASIO

¿Le persuadiste al fin?

DECIO

No: es un enigma
Que tiemblo descifrar. – Nada alcanzaban
Mis esfuerzos: en vano la propicia
Ocasión le pintaba, y el desaire
Inmerecido que al Senado hacía,
Cuando junto en la Curia le aguardaba
Para alzarlo por rey. Era perdida
Mi voz. A las plegarias de Calpurnia
Iba á ceder; cuando de pronto avisan
Que en el pórtico, ha tiempo, ver á César
Demandaba una esclava de Servilia.

BRUTO

¡Es mi madre!

DECIO

Que al punto la introduzcan
Manda. Llega la esclava, y deposita
Un escrito en su mano. César lo abre,
Le lee: sus ojos de repente brillan,
Y á sus párpados lágrimas asoman.
«¡Pronto al Senado!, exclama. Decio, avisa
Mi llegada.» – ¡Y ahí viene! –

CASIO

¿Y ese escrito?

DECIO

En su mano arrollado.

CASIO

¡De Servilia!

BRUTO

¡De mi madre!

CASCA

¡Si anoche, por ventura,
Nos oyó!..

DECIO

Ella es mujer, y condolida
Tal vez...

BRUTO

¡Ella es romana, y es mi madre!

CASIO

¿La denuncia á venir le animaría?

MARCELO

¡A venir preparado á castigarnos!

BRUTO

Pues bien; si tal sucede, ¡almas mezquinas,
Dejadme, huid! ¡lo mataré yo solo!..
¡Y á ella después!

CASIO

¡Silencio! Él llega.

ESCENA IX

LOS DICHOS, CÉSAR

(César viene en litera, traída por ocho esclavos; le preceden los lictores; le acompañan los senadores.)

EL PUEBLO

¡Viva
César!

CÉSAR

¡Salud! ¡Salud, pueblo romano!

(Baja de la litera. – Trae en la mano el pergamino que le envió Servilia. – Artemidoro pugna por llegar hasta él.)

ARTEMIDORO

¡Dejadme... quiero hablarle! – César, mira
Ese escrito.

(Le entrega el pergamino.)

CÉSAR, tomándolo.

Lo haré.

ARTEMIDORO

¡Léelo tú solo!

CÉSAR

¡Yo solo!..

(Al abrirlo, ve á Bruto, se dirige á él conmovido, y le pone la mano en el hombro.)

¡Oh! ¡que aquí estás! ¡Cuánta es mi dicha!

ARTEMIDORO

¡Léelo, César!..

CÉSAR, dándoselo á Decio.

Entérate. –

ARTEMIDORO

¡Tú solo!

DECIO, aparte, leyéndolo.

¡Cielos!

ARTEMIDORO

¡César, tú solo!..

DECIO

¡A ese que grita
Llevaos, lictores!

ARTEMIDORO

¡Ah, traidor!

DECIO

¡Llevadle!

(Los lictores sujetan á Artemidoro, que se resiste.)

ARTEMIDORO

¡Traidor!..

DECIO

¡Pronto: á la cárcel Mamertina!

(Se lo llevan. – César, embebecido contemplando á Bruto, á nada atiende.)

ARTEMIDORO, perdiéndose á lo lejos su voz.

¡Traidor!..

DECIO, aparte á los conjurados.

¡El golpe luego, ó nos perdemos! –

ESCENA X

LOS DICHOS, menos ARTEMIDORO

CÉSAR

¡En vano, ingrato, mi presencia esquivas!
¡Con lazo estrecho unidos nuestros nombres,
Juntos resonarán desde este día
En la remota edad!

BRUTO

¡Así lo espero!

CÉSAR

¡Y para el bien universal!

BRUTO

¡Me anima
También esa esperanza!

CÉSAR

Y de vosotros
También espero yo que, á envejecidas
Ideas renunciando, deis á Roma
Lo que hoy para ser grande necesita:
¡Ser humana! ¡ser justa! – Esos inmensos
Pueblos, que esclavos á sus pies se humillan,
No merecen el yugo; porque nada

Guardan de su barbarie primitiva,
Y en cultura y saber, en ciencias y artes
Quizá con nuestra Italia rivalizan. –
¿Cuál es hoy su destino? ¡Ser despojo
De un procónsul rapaz, que sólo aspira
A gozar, á oprimir, á enriquecerse,
Esquilmando su mísera provincia! –
Libertad piden: y es razón. – Vosotros,
Que tanto aborrecéis la tiranía,
¿Por qué queréis que la de Roma pese
Sobre el mundo, y que os odie y os maldiga?
¿Le hicisteis culto y le queréis esclavo?
¡Error! ¡funesto error! – En sus conquistas,
Donde llevó sus victoriosas armas,
Roma llevó su ser, llevó su vida.
Ya Roma no está aquí: ¡Roma es el mundo!
Y desde el Septentrión á las orillas
Del lusitano mar, todo hombre libre
Ciudadano romano se apellida.
A que cumpla este fin un dios me llama:
A que destruya toda tiranía:
La vuestra la primera. – Alzóse un tiempo
En interés de los patricios Sila,
En interés de los plebeyos Mario:
¡Yo en interés de todos! Ley precisa
Será, pues todos han de ser iguales,
Que uno mande. Hoy aquí la regia insignia
Me va á dar el Senado, y yo la acepto:
No por la predicción de la Sibila;
Mas porque el bien del mundo la reclama,
Y yo me siento digno de ceñirla. –
El Senado me aguarda: entrad conmigo;
Y escucharéis el nombre del que un día,
De mi sangre heredero y de mi trono,
Rey de Roma será. La Italia rija
Por mí, dichoso; mientras yo la Armenia
Cruzo, conquisto al Parto, la ardua cima
Del Cáucaso traspaso, y por los bosques
De la áspera Germania, y las sumisas
Galias, cerrando el círculo, os presento
La tierra entera á vuestros pies rendida. –
Todo dispuesto está: mañana marcho. –
Entremos, pues. – Y tú, junto á mi silla
Te coloca: á mi lado quiero verte.

BRUTO

A tu lado estaré.

(Sube César las gradas de la Curia: al llegar á lo alto, el Senado se pone en pie para recibirlo. Entonces Cimbro, que iba detrás de César, le tira de la toga, descubriéndole el cuello y señalando á la estatua de Pompeyo.)

CIMBRO

¡Pompeyo os mira!

CASCA, hiriendo á César en el hombro con el puñal.

¡Muere, tirano!

CÉSAR, arrancándole el puñal y sujetándole del brazo.

¡Tente, infame Casca!

¿Qué haces?

LOS CONJURADOS, sacando los puñales.

¡Muera!

CASCA, pugnando por desasirse.

¡Favor!

CÉSAR, armado del puñal de Casca.

¡Contra mi vida
Conjurabais, ingratos!.. ¡Llegad! – ¡Cara
La venderé!

BRUTO

¿Tembláis? ¡Oh cobardía! –
¡Puñal, Roma lo manda!

(Alza el puñal y se dirige á César.)

CÉSAR

¡Tú, hijo mío!
¡Tú también!

(Arroja el puñal, y se cubre con el manto.)

LOS CONJURADOS

¡Muera!

(Siguen á Bruto, y descargan con furia repetidas veces los puñales sobre César.)

LOS SENADORES

¡Huyamos!

(Los senadores, que estaban en la Curia, se precipitan fuera con espanto: el terror se comunica á los lictores y al pueblo.)

BRUTO

¡La justicia
De Roma se cumplió!

(Abrese el grupo de los conjurados, y se ve el cadáver de César, tendido al pie de la estatua de Pompeyo, cuyo ancho pedestal le oculta en parte á la vista del público.)

CASIO

¡Pueblo! ¡el tirano
Es muerto ya! ¡La sangre que destila
El puñal vengador tu afrenta lava!
¡Álzate, pueblo-rey! ¡Libre te miras!

EL PUEBLO

¡César!.. ¡muerto!.. ¡qué horror!..

(Huyen despavoridos por diversos puntos.)

LOS CONJURADOS

¡Huyen!

CASIO

¡Corramos!
¡No se extienda el terror que los domina!

¡Mostrémonos por plazas y por calles!
¡Al Foro! ¡Al Capitolio!..

SERVILIA, dentro.

¡Bruto!

CASIO, yéndose con los conjurados.

¡Viva
La libertad!

BRUTO, deteniéndose.

¡Mi madre!..

ESCENA XI

BRUTO, SERVILIA

SERVILIA

¡Bruto!.. ¡Es cierto!
¿Qué has hecho?.. ¡Di!..

BRUTO

¡Matar la tiranía!

SERVILIA

¡Mátame á mí también! – ¡Ese es tu padre!

BRUTO

¡Mi padre!!!..

SERVILIA

¡Lée!

(Arranca el pergamino de la mano de César, y se lo presenta.)

BRUTO, después de leer.

¡Qué horror! – Y tú, Servilia...

SERVILIA

¡Mátame!!!..

BRUTO

¡Te perdono! – ¡Gracias, Dioses,
Que hasta quedar mi obligación cumplida
No me habéis revelado este secreto! –
¡Cuánto mayor esfuerzo al alma mía
Le costara, sabiéndolo! Y acaso...
Entonces... – ¡Bruto!.. ¿qué? ¿vacilarías? –
Calla, fiera virtud, y pues los Dioses
Me han querido salvar, nada me digas.
¡Tu inspiración seguí! ¿Qué más me pides? –
¡Tu inspiración seguí!.. Pues ¿por qué agita
Mi pecho hondo terror? ¿por qué las gentes
En mí sus ojos con espanto fijan?
¡Romano soy!.. ¡soldado de Pompeyo!..
¡Alumno de Catón!..

(Dándole á Servilia el pergamino.)

¡Madre, aniquila
Ese fatal escrito! – Quien á César
Mató fué Marco Bruto... ¡parricida
No me llaméis!.. – ¡Qué lágrimas son estas!

SERVILIA

¡Hijo!..

BRUTO

¡No más flaqueza! – ¡Huye, Servilia!..
¡No te conozco ya!.. ¡Roma es mi madre! –

(Oyense á lo lejos confusamente gritos del pueblo.)

SERVILIA

¡Qué lejano rumor!.. – ¡Ah! ¡por tu vida
Ya comienzo á temblar! – ¡Hijo, ese pueblo
Amaba á César!.. ¡Si á vengarle aspira!..

BRUTO

¡Yo le amaba también!

SERVILIA

¡Ah!, pero en Roma
No busques la virtud que á ti te anima.
¡Sígueme.., ven.., ocúltate!

BRUTO

¿Cobarde
También me quieres hoy?

SERVILIA

La gritería
Se oye más cerca ya. – ¿Quién llega? ¡Es Casio!

ESCENA XII

SERVILIA, BRUTO, CASIO

CASIO

¡Bruto, te encuentro al fin! ¡Patria, respira!
¡Aún vive Bruto!

SERVILIA

Ese tumulto, Casio,
¿Qué anuncia? Di.

CASIO

¡La libertad perdida!

BRUTO

¡Dioses!

SERVILIA

¡Perdida! Pues entonces, dime:
El sangriento cadáver que allí miras,
¿De qué ha servido, Casio?

CASIO

¡Fué viviendo
Nuestro baldón, y muerto es nuestra ruina!

SERVILIA

¡Era fundado mi temor! ¡El pueblo
Quiere á César vengar!

BRUTO

Con frente altiva
Esperemos al pueblo: darle es justo
De nuestra noble acción cuenta cumplida.

CASIO

No, no es la voz del soberano pueblo,
Del pueblo rey, que premia y que castiga,
Eso que oyes sonar; es el rugido
De una turba feroz de gente indigna,
Que al yugo se avezó, y hoy dócil sirve
De instrumento á la nueva tiranía.

BRUTO

¿Qué dices, Casio?

CASIO

Escucha: Marco Antonio
Nuestro plan sospechaba: en su perfidia,
Traidor con César, con nosotros falso,
La herencia recoger se proponía.
Muerto el tirano, á la aterrada plebe
Que huyó de aquí, reune, arenga, excita
Contra nosotros: cuéntales que César
Ordenó que á su muerte se dividan
Entre el pueblo sus bienes, sus jardines
Transtiberinos, todo. Conmovida
La plebe llora, á César llama padre,
Y en su loca embriaguez «¡venganza!» grita.
Lépido, en esto, se presenta al frente
De sus jinetes, sabe la noticia,
Únese á Antonio, y ambos se proclaman
Vengadores de César. Ya venían
Sobre Roma los dos, cuando de pronto
Óyese hacia la puerta Tiburtina
Son de trompetas: las legiones eran
Que de Brindis llegaban conducidas
Por Octavio. La plebe á vitorearle
Corre, le da la nueva: él se apellida
Octavio César, deudo y heredero
Del dictador, y humilde solicita

Le den favor para vengar su muerte.
Siempre voluble, el pueblo se cautiva
De su rostro infantil, sus delicadas
Formas, su tenue voz, su faz marchita,
De su dolencia indicio, y sus facciones,
Un tanto á las de César parecidas.
Ebrio de amor, su jefe le proclama. –
Celoso Antonio, en pro de su ofendida
Autoridad, las haces consulares
Manda alzar. En su fiel caballería
Al mismo intento Lépido se apoya. –
La numerosa hueste que acaudilla
Hace avanzar Octavio. – Dos rivales
Contempla cada cual... Los tres se miran,
Sus fuerzas miden, su rencor ocultan,
¡Y en un abrazo pérfido se ligan!
Rompe entonces su furia cual torrente
Y cien proscriptos á morir destinan:
¡Nosotros los primeros! – Los triunviros
Lanzan á la cruel carnicería
Sus feroces sicarios. ¡Roma en breve
Será un lago de sangre! Yo, por dicha,
Entre la confusión salvarme pude,
Y en tu busca volé. – ¡Bruto, aún la vida
Puede ser útil á la patria! ¡Huyamos
De la ciudad!

SERVILIA

¡El pecho de Servilia
Será tu escudo!

BRUTO

¡La virtud no existe!
¡Es un nombre, y no más!

CASIO

¡Ya llegan!

ESCENA ULTIMA

LOS DICHOS, OCTAVIO, ANTONIO, LÉPIDO, SOLDADOS, PUEBLO

(Aparecen en el fondo los triunviros: el pueblo los rodea: los soldados los preceden, desnudas las espadas y prontos á lanzarse sobre los proscriptos.)

PUEBLO

¡Viva
César Octavio!

SERVILIA

¡Oh Bruto! ¡Oh inútil crimen!
¡Era forzosa ya la tiranía!

Y tú á un héroe clemente se la arrancas;
¿Y á quién la entregas, desdichado? ¡Mira!
(Servilia y Casio se llevan á Bruto. – Los triunviros avanzan.)

LÉPIDO

¡El triunvirato vence!

ANTONIO, á Octavio.

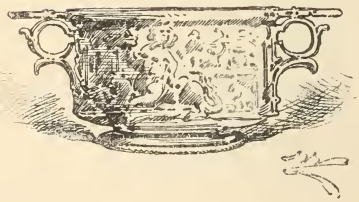
¡Roma es nuestra!

PUEBLO

Viva César Octavio!..

OCTAVIO, para sí.

¡Roma es mía!



LA CRÍTICA DE EL SÍ DE LAS NIÑAS[1]

COMEDIA EN UN ACTO, EN PROSA

PERSONAS

PAQUITA. — DOÑA CASILDA. — LA MARQUESA. — DON BENIGNO. — DON DIEGO. — DON CARLOS. — EL VIZCONDE. — DON PEDRO. — DON ANTONIO. — DON HERMÓGENES. — DON ELEUTERIO. — DON SERAPIO. — SERAFÍN. — CALIXTO. — RUPERTO. — TORIBIO. — EL AVISADOR del teatro. — EL RECIBIDOR de entradas. — UNA AGUADORA. — UN MANCEBO de confitería. — Hombres y mujeres que asisten al teatro.

El lugar de la escena es el vestíbulo interior del *Teatro de la Cruz*. — A la derecha del actor, en primer término, una verja de hierro, con postigo que da entrada á los que vienen de la calle. En segundo término de dicho lado, y en primero y segundo del izquierdo, escaleras que conducen á los pisos altos del teatro. En el fondo tres mamparas por donde se entra á la planta baja del mismo. — La acción se supone que pasa al concluirse la representación de *El Sí de las Niñas*, la noche del 10 de marzo, aniversario del nacimiento de *Moratín*.

ESCENA PRIMERA

EL RECIBIDOR de entradas, junto á la verja: TORIBIO, sentado en un escalón, durmiendo; RUPERTO, junto al farol, leyendo un periódico; CALIXTO, que asoma á la verja.

RECIBIDOR

¿Y la contraseña?

CALIXTO

Vengo á esperar á mis amos: si me permite usted pasear por aquí.....

RECIBIDOR

Vaya, pasee usted; pero cuidado con meterse dentro. Así vienen muchos con:

---

(1) Hay en mi comedia alusiones que necesitan explicación, porque se refieren á cosas que han desaparecido.

Lo primero que ha desaparecido es el teatro *de la Cruz*, en que pasa la acción. Era el más antiguo de Madrid: ocupaba el sitio que hoy forma el trozo de la calle de *Espoz y Mina* que va desde la *plazuela del Angel* á la *calle de la Cruz*.

«Salgo al instante: voy á ver..... á preguntar.....» Y todo por colarse sin pagar la entrada.

CALIXTO

¡Hola, Ruperto!

RUPERTO

¡Hola, Calixto! ¡Tú por aquí! ¿Vienes á buscar á los amos? ¿Sirves todavía en casa de D. Benigno?

CALIXTO

Sí, hombre. Aquí está viendo la comedia con la señorita. Llega á tiempo, según parece.

RUPERTO

Yo lo creo. En una hora, lo menos, no se acaba la funcion.

CALIXTO

¿Y tú sirves todavía al canónigo?

RUPERTO

No: ahora estoy en casa de doña Casilda, una viuda muy alegre. Ahí dentro está también. Yo acabo de llegar, y por no dormirme, me he puesto á leer *El Suplemento.* (Toribio ronca.)

CALIXTO

Buena falta le hacía á ése otro suplemento: ¡mira cómo ronca!

RUPERTO

¡Demonio! ¡Va á alborotar el teatro! – ¡Eh, lacayo! ¡Despierta! (Dando con el pie á Toribio.)

TORIBIO, levantándose muy azorado.

¿Arrimu?

RUPERTO

No: ¡que no toques la trompeta!

TORIBIO

¿En tuavía nu salen? ¡Mal añu pa las cumedias! ¡El ganadu enganchadu desde las siete!

CALIXTO

No te quejes, maruso. ¿Dónde hay vida como la de un lacayo? A ti te visten.

TORIBIO

¡De mujiganga!

CALIXTO

A ti te llevan en coche.

TORIBIO

¡A la trasera!

RUPERTO

Todo es coche.

CALIXTO

¡Si sirvieras, como sirvo yo, á un padre tonto y á una hija medio loca, teniendo que hacer equilibrios entre un viejo con quien quiere casarla el padre, y un joven con quien quiere casarse ella! – El viejo rico, pero que no afloja un cuarto. El joven pobre, pero que gratifica.

RUPERTO

Y tú protegerás.....

CALIXTO

Yo siempre al pobre.

RUPERTO

¡Tienes fortuna! El chulito de mi ama entra allí como Pedro por su casa. Ya se ve; ella es sola: no tiene de quién guardarse..... Yo voy á buscar otra casa donde haya padre, ó marido, ó..... Si no, no hay propinas.

TORIBIO

¡Los tres cuartus pa las once! ¡Y yo aquí desde las ochu y media!

CALIXTO

Pues aún tienes para un rato.

TORIBIO

¡Mal añu pa las comedias! ¡Vamus! Y si se viene luegu un señuritu que suele acompañar á la marquesa, hay que llevarlu á la calle del Culmillu..... y siempre da para una copa.

ESCENA II

DICHOS. DON CARLOS y PAQUITA, por la verja, vienen del brazo: ella trae echado el velo; él un cucurucho de dulces en la mano.

RECIBIDOR

Caballero, las entradas.

CARLOS, dándoselas.

¿En qué están?

RECIBIDOR

Ahora mismo se va á acabar la comedia.

CARLOS, á Paquita.

Llegamos á tiempo. Súbete corriendo.

PAQUITA

Y tú, ¿qué haces?

CARLOS

Yo me voy á casa.

PAQUITA

¿No me aguardas á la salida?

CARLOS

Pero, hija, ¡y tu padre!

PAQUITA

¡Eh! ¿Qué te importa mi padre?

CARLOS

¿Y el señor don Diego, tu futuro esposo?

PAQUITA

¡Dale! ¡No me sofoques! Ya sabes que no ha venido al teatro. – ¡Calixto!

CALIXTO, acercándose.

¡Señorita!

PAQUITA

¿Diste el recado á don Diego como te dije? ¿Lo enredaste bien?

CALIXTO

Palabra por palabra: no hay cuidado, que no vendrá.

CARLOS

Paquita, no nos expongamos.....

PAQUITA

¡Eh! ¡Siempre tienes un miedo!....

CARLOS

¿Oyes?.... ¡Ya se acaba! ¡Sube corriendo!

PAQUITA, subiendo por la escalera de la derecha.

¡Adiós!

CARLOS

¡Toma los dulces! – ¡Adiós! (Ella toma el cucurucho y desaparece.)

ESCENA III

DICHOS, menos PAQUITA

CARLOS

¡Cáspita! Si lo huele el padre, me meto en un berengenal..... ¡Nada, nada! Que se case con el viejo, que es rico, y luego..... – Esta noche necesito desplegar toda mi habilidad. Tengo en este teatro á las tres y..... Calixto: ¿te vas á estar aquí hasta que se acabe?

CALIXTO

Sí, señor.

CARLOS, dándole una moneda.

Pues toma, Calixtillo: y aunque veas lo que veas..... ¿Eh?

CALIXTO

Descuide usted. (Don Carlos se va corriendo por la escalera izquierda.)

ESCENA IV

DICHOS, menos DON CARLOS

RUPERTO

Calixto: ¿ése es el joven de las propinas?

CALIXTO

Ese.

RUPERTO

¡Demonio! ¡Don Carlitos! Y no me ha visto. Pues ése es el chulito de mi ama.

TORIBIO

¡Ja, ja! ¡Ah, cundenadu! ¡Ese es el de la calle del Culmillu!

CALIXTO

¿También? – ¿Cómo se gobernará el maldito con las tres?

TORIBIO

¡Toma! Una para el gustu, otra para el gastu.... (Oyese dentro ruido de aplausos y voces.)

RUPERTO

Se acabó la comedia.

CALIXTO

Sí; ya sale gente. – Allí viene mi amo.

(Van saliendo poco á poco por las puertas del fondo, y bajando por las escaleras laterales, varias personas de diversas edades, sexos y cataduras: unos encienden el cigarro en el farol y se salen á la calle tomando la contraseña: otros se pasean por el vestíbulo y forman corros: la *Aguadora* asoma la cabeza gritando desde la verja: *¡Agua fresca!* Don Benigno, que ha salido por una de las puertas del fondo, da una vuelta y se encuentra con Calixto.)

ESCENA V

DICHOS, DON BENIGNO, ESPECTADORES

DON BENIGNO

¡Ya estás aquí, Calixto! Pero dime, hombre, ¿y el bueno de don Diego no ha parecido?

CALIXTO

No, señor.

DON RENIGNO

¡Cosa más rara! ¿No le llevaste el recado de que la niña y yo veníamos al teatro?

CALIXTO

Sí, señor.

DON BENIGNO

¿Que yo tenía un sillón y ella un asiento de tertulia?

CALIXTO

Asimismo.

DON BENIGNO

Pues ¿cómo no ha venido? ¿Si le disgustará que Paquita vaya al teatro?

CALIXTO

No tendrá nada de extraño. Ya es señor de edad, amigo de recogerse temprano.....

DON BENIGNO

Cierto. ¡Y es una diablura! Porque aunque es rico, y esta boda sería la felicidad de la niña..... y luego, que no es tan viejo que repugne para marido..... y muy atento y muy generoso, eso sí; pero, vamos, si da en que la ha de tener encerrada en casa.....

CALIXTO

¡Buenas y gordas! Lindo genio tiene la señorita para que nadie le ponga la ceniza en la frente. Capaz sería de.....

DON BENIGNO

¡Ya ves tú! ¿Quién le quita á ella su prado todas las tardes, su teatro, su bailecito todos los domingos en casa de la intendenta..... y su *Liceo* los jueves, y su *Museo* los miércoles, y su *Instituto* (1) los sábados, y su....? En fin, cosas naturales á su edad..... ¡Diez y seis años!

CALIXTO

Y el otro cincuenta y.....

DON BENIGNO

¡Hija de mi vida! No, eso no.

---

(1) Eran éstas tres Sociedades que se habían formado, sostenidas por contribución mensual de socios, en que se hacían comedias de aficionados. Había otras además: una de ellas la *Unión*, que se cita en la página 225.

ESCENA VI

DICHOS, DON DIEGO, á la verja.

RECIBIDOR

¡Caballero, la entrada!

DON DIEGO

Perdone usted: no entro. Vengo solamente á ver desde aquí.....

RECIBIDOR

Es que tengo orden.....

DON BENIGNO

¡Pero calla! Mírale: allí está. ¡Señor don Diego! (Yendo hacia él.)

CALIXTO, aparte.

¡Ah, maldito! ¿Cómo habrá averiguado?....

DON BENIGNO

¡Dichosos los ojos! ¡Buena hora de venir! ¡La niña y yo esperándole á usted hasta las ocho y media! Estábamos con cuidado.

DON DIEGO, entrando.

¡Ya lo veo!

RECIBIDOR

¡Caballero!.... – Ya se coló.

DON DIEGO

Pero la culpa no es mía, señor don Benigno. Yo he ido con puntualidad adonde usted me indicó.

DON BENIGNO

¿Adónde?

DON DIEGO

A la parroquia.

DON BENIGNO

¿Cómo á la parroquia?

DON DIEGO

Sí, señor. Y dígame usted: ¿cómo sigue don Martín?

DON BENIGNO

¿Mi hermano? Muy aliviado. Esta tarde le mandó el médico levantarse un poco.

DON DIEGO

¿Qué dice usted? ¿Pues no ha muerto?

DON BENIGNO

¿Muerto? ¡Hombre de Dios!, ¿qué está usted diciendo? Voy á ver.....

DON DIEGO

Aguarde usted: yo no entiendo esta algarabía. Pues señor: ¿qué recado me envió usted esta tarde?

DON BENIGNO

Que veníamos al teatro.

DON DIEGO

¿Al teatro? Perdone usted, señor don Benigno: ¿qué recado me envió usted con el muchacho?

DON BENIGNO

¡Dale! Ahí está justamente. – ¡Calixto!

CALIXTO, sin atender.

¡Adiós! ¿Cómo salgo de ésta?

DON BENIGNO

Calixto, ¿no oyes?

CALIXTO

¿Señor?

DON BENIGNO

Ven acá.

CALIXTO

¿Mande usted? – ¡Oh señor don Diego! Tenga usted muy buenas noches. Vaya, y qué tardecito llega usted. Lo que es la comedia.....

DON BENIGNO

Escucha. ¿No te dije?....

CALIXTO

El amo estaba ya con cuidado. Pues ¡y la señorita! Vaya, con la mantilla puesta..... pasea que pasea.....

DON BENIGNO

¿No te encargué?....

CALIXTO

Sin hacer más que decir: ¡Pero, señor, este don Diego!....

DON BENIGNO

Di: ¿no te mandé?....

CALIXTO

Hasta que ya dieron las ocho, y entonces dijo.....

DON BENIGNO

¡Calixto! Quieres callar y decirme.....

CALIXTO

Voy á avisar á la señorita que el señor don Diego..... (Echa á correr.)

DON BENIGNO, deteniéndole.

¡Aguarda, maldito! – Ven aquí y responde. – Dime: ¿no te mandé que fueras á casa del señor don Diego y le dijeras de nuestra parte que esta noche íbamos la niña y yo á la Cruz, por ser la función de *Moratín?*

CALIXTO

Sí, señor.

DON BENIGNO

¿Lo oye usted, señor don Diego?

DON DIEGO

Poco á poco. A mí no se me dió tal recado. Lo que este muchacho me dijo fué que iban ustedes esta noche á Santa Cruz, por la defunción de don Martín.

DON BENIGNO á Calixto.

¡Chico! ¡chico!

CALIXTO

¡Ave María purísima! ¡Qué! ¡No, señor! ¡Ja, ja, ja! Usted lo entendió mal.

DON DIEGO

Lo entendí muy bien; eso me dijiste.

CALIXTO

Si usted se empeña ....

DON DIEGO

Allá me fuí después de anochecer. La iglesia cerrada. ... Doy un paseo por la

plaza Mayor; vuelvo. ¡Qué! Cerrada. – Entonces me dirijo á su casa de usted, y la criada me dice que están ustedes en el teatro. – ¡Señor! ¡En el teatro, habiéndosele muerto su hermano! Conque me vine aquí lleno de impaciencia ....

DON BENIGNO

¡Pues no es mala la equivocación! ¡Ja, ja, ja! Ca, subamos á la tertulia, á ver á Paquita..... y á fuer de pretendiente galante, prepare usted su disculpa para desenojarla.

DON DIEGO, suben por la escalera derecha.

Sí: vamos allá.

CALIXTO

De ésta ya hemos salido.

ESCENA VII

LOS TRES CRIADOS, DON HERMÓGENES, DON SERAPIO, DON PEDRO, DON ANTONIO, SERAFIN y otros varios que salen por las puertas del fondo.

DON SERAPIO

¡Ja, ja, ja! ¡Ha sido cosa muy graciosa! ¿Quién será el majadero que ha pedido el autor?

DON HERMÓGENES

¡Pedir el autor! ¡Ja, ja, ja! Ha sido lo que se llama un verdadero anacronismo....., un *contre-sens*, que dicen los franceses.

DON SERAPIO

¡Ja, ja, ja! Algo bueno daría el pobre *Moratín* por poder salir ahí: ¿eh?, ¿no es verdad?

DON HERMÓGENES

¡Hay gentes muy estúpidas! ¡muy estúpidas!

DON SERAPIO

¡Hay mucha ignorancia!

DON HERMÓGENES

¡Y mucha rutina! ¡mucha rutina!

DON SERAPIO

¡Ja, ja, ja! ¡Mucha rutina! – Daría cualquier cosa por conocer al que ha pedido el autor. ¿No es verdad?

DON HERMÓGENES

Algún dómine rezagado de la vieja escuela, que se deleita todavía con la *Egloga de Batilo*, la *Palomita de Filis* y la *Poética de Luzán*. (Todos se ríen.)

DON SERAPIO

¡Pedir el autor! ¡Ja, ja!

SERAFIN, acercándose al grupo.

¡Vaya, señores, tanta burla! Yo he sido el que ha pedido el autor. ¿Y qué tenemos? Ya me han dicho ahí unos amigos que el autor se murió: yo no lo sabía, porque soy un artesano que no entiendo de eso. Asisto poco al teatro: pensé que la función era nueva, vine á verla, y he pedido el autor, porque me ha gustado la comedia: ¡clarito!

DON SERAPIO

¡Oh! Pues si le gusta al señor.....

DON HERMÓGENES

Es porque al señor ha debido gustarle. El ángulo facial lo está diciendo á voces. (Risas.)

SERAFÍN

Perdone usted: ¿el qué?

DON SERAPIO

Vamos á ilustrarle. – Buen amigo: *Moratín* se murió en Madrid hace tiempo. ¿No vió usted aquella procesión en que fuimos todos los literatos á acompañar sus huesos?

DON HERMÓGENES

Don Serapio de mi vida, ¡qué dice usted! ¡Si *Moratín* murió el año 28!

DON SERAPIO

¡El año 28! ¿Y hasta ahora le han tenido de cuerpo presente?

SERAFÍN

Vaya, pónganse ustedes de acuerdo para ilustrarme.

DON PEDRO, acercándose á Serafín.

Buen hombre, por esta noche no se ilustra usted. *Moratín* murió en París; y allí están sus cenizas al lado de las de *Molière*..... hasta que Dios quiera que los españoles las traigan á descansar en su patria al lado de las de *Calderón*.

SERAFÍN

¡Me alegraré! Porque no me gusta que ningún español de mérito muera en tierra extranjera. (Se retira al fondo.)

DON SERAPIO

¿En París? Pues no recordaba.....

DON HERMÓGENES

Usted ha dicho *Madrid* en vez de *París*, por precisar, por contraer, por localizar; como *Horacio* dice muchas veces el mar *Egeo* por cualquier mar...., el *bóreas* por cualquier viento. Así puede decirse *Madrid* por *París*, usando de una figura retórica que se llama *metonimia* y que consiste en tomar una cosa por otra.

DON ANTONIO

Como quien dice: el rábano por las hojas.

DON PEDRO

Y en el día se hace mucho uso de esa figura.

ESCENA VIII

DICHOS, DON CARLOS y CASILDA, que bajan por la escalera izquierda.

CASILDA

Pero ¿por qué no ha entrado usted? Vamos á ver. ¿Por qué me hace usted llamar con el acomodador?

CARLOS

Casilda, no he querido que los del palco por asientos se figurasen.....

CASILDA

Ya le he dicho á usted que no me importa; que no quiero tapujos, no quiero. Yo soy libre, y no tengo que dar cuentas á nadie. – ¿Y por qué no ha subido usted en los entreactos? ¿Dónde ha estado usted durante el acto tercero?

CARLOS

En mi asiento.

CASILDA

Mentira. ¿En qué acaba la comedia?

CARLOS

En que..... en que se casan.

CASILDA

¿Quiénes? – ¡Si no lo ha visto usted! – ¿Quiénes?

CARLOS

Déjese usted de niñadas, y vamos á tomar unos dulces.

CASILDA

¡Buenos dulces me ha dado usted esta noche! ¡Estoy volada!

DON HERMÓGENES

Apelemos al juicio delicado del bello sexo. ¿Aquí está la amable, la espiritual Casildita? Vamos, sentencie usted. (Acercándose.) ¿Qué le parece á usted *El Sí de las Niñas?*

CASILDA

¡Detestable!

DON HERMÓGENES

¿Así, redondamente?

DON SERAPIO

¡Sin apelación!

CASILDA

¡Fría, insípida, horrible! ¡No sé cómo he podido aguantarla! ¡A cada entreacto me daban tentaciones de marcharme á mi casa! Si no hubiera sido por no dar un escándalo..... ¡Qué comedia! ¡qué peste!.... ¡Atacada estoy de los nervios! Mire usted cómo he puesto el abanico. (Lo enseña hecho trizas.)

DON ANTONIO

¡Qué lástima! Eso clama al cielo contra *El Sí de las Niñas.*

DON SERAPIO

No vale toda la comedia el país de este abanico.

DON HERMÓGENES

Es una comedia *homeopática:* un globulito de acción disuelto en tres cuartillos de agua.

DON SERAPIO

¡Bravísimo!

DON ANTONIO

Vaya usted á que eso produzca efecto en estómagos que se han engullido los venenos de *Lucrecia Borgia* como quien se traga pastillas de la Mahonesa.

CASILDA

¿Y aquel amante? ¿Quiere usted ayudarme á sentir? ¡Tan deslabazado y tan ñoño! (Mirando de reojo á Carlos.) Bien que de esos no se ha perdido la semilla: todos son iguales.

CARLOS

Perdone usted: hoy se ama con otra vehemencia. Hoy no habría amante que se marchara dejando que casaran á su amada con un viejo.

CASILDA, aparte á Carlos.

¡Si no la casan con el viejo! ¡Lo ve usted! ¡Infame! ¡Si no ha visto usted el acto tercero!

CARLOS, aparte á Casilda.

Le digo á usted que sí. Estaría distraído..... mirándola á usted. Vamos á la confitería.

CASILDA

Vamos, sí, sí: que me dé el aire un poco. – ¡Jesús, qué comedión tan apestoso! Ruperto, guárdame los gemelos y espérame aquí. (Al llegar á la verja se encuentran con el Vizconde que llega.)

ESCENA IX

DICHOS, EL VIZCONDE

VIZCONDE

¡Oh amabilísima Casilda! – Adiós, Carlos. ¿Se acabó esto?

CARLOS

No: la comedia no más.

CASILDA

Se ha perdido usted unos sermones de Cuaresma que le hubieran edificado. (Se va con don Carlos. – El vizconde se acerca al grupo de los otros.)

ESCENA X

DICHOS, menos DON CARLOS y CASILDA

VIZCONDE

¡Hola, caballeros! ¿Conque se acabó la comedia? ¿Y qué tal cosa es? ¿Han pedido el autor?

DON ANTONIO

¡Otro que tal!

SERAFÍN

¡Calla! Parece que no soy yo sólo.

VIZCONDE

Yo siempre, gústeme ó no me guste, pido el autor: por curiosidad..... porque me lo enseñen.

DON ANTONIO

Pues como si fuese el oso ó la marmota.

VIZCONDE

Es un tal *Moratín*, según me han dicho. ¡Y cuánto escribe el maldito! Yo he dado una vuelta por el *Príncipe* y por el *Instituto*..... En los tres teatros hacen comedias suyas.

DON SERAPIO

¿Y qué tal por allá?

VIZCONDE

¡Mal! ¡mucho calor!

DON HERMÓGENES

No: preguntamos por la función.

VIZCONDE

¡Ah! La función. ... No sé. Yo fuí primero al *Príncipe*....: vi el primer acto..... ¡Ps!..., pesadillo..... Sale allí un *don Eleuterio*..... un poetastro muy hambriento.....

leyendo un drama. – La duquesita estaba en su palco: ¡más coqueta! Me marché al casino á ver los periódicos franceses. – Muy embrollado anda eso por Italia. – Luego fuí á dar un vistazo por el *Instituto*. – Después volví al *Príncipe*, y estuve un rato. El poetastro se finge *barón* y engaña á una vieja. – Allí ladra un perro, y tiran un pistoletazo. También sale un *don Claudio*..... un hidalgo muy estúpido, que echa yescas y enciende un cigarro..... ¡Cosas de muy mal tono!

DON ANTONIO

¡Excelente potaje!

DON HERMÓGENES

Vizconde: está usted haciendo una pepitoria con el *Príncipe* y el *Instituto* y el *Café* y el *Barón* y la *Mojigata*..... (1).

VIZCONDE

¡Ja, ja, ja! ¡Es posible!

DON HERMÓGENES

Y lo gracioso es que esa pepitoria..... *pot-pourri*, como dicen los franceses, tiene mucho de filosófico respecto á *Moratín*. El vizconde ha dicho ahí una gran cosa.....

VIZCONDE

Sí, ¿eh?

DON HERMÓGENES

Por supuesto, sin saberlo.

VIZCONDE

No: perdone usted.....

DON HERMÓGENES

Justamente uno de los defectos capitales del amigo *Moratín* es que todos los personajes de sus ponderadas comedias se parecen unos á otros. Así que, al confundir en un amasijo las tres comedias, ha hecho el vizconde una sátira muy fina.....

VIZCONDE

¡Ja, ja, ja! ¡Pues ya!

DON HERMÓGENES

Sin querer, por supuesto.

VIZCONDE

¡Dale! ¿Quién le ha dicho á usted que ha sido sin querer?

DON HERMÓGENES

El don Diego que hemos visto es el mismo don Pedro del *Café*, el mismo don Pedro del *Barón*, el mismo don Luis de *La Mojigata*.

VIZCONDE

Pues claro está. Lo he dicho con toda intención. – ¿Y qué se cuenta? ¿Qué hay de Italia? Parece que Carlos Alberto.....

DON HERMÓGENES

Y todos cuatro no son otra cosa que un plagio del *Sganarelle* de *Molière*. ¡Pobreza, pobreza! Siempre el mismo tipo..... y *voilá tout*. (El Vizconde, viendo que no le hacen caso, se va á recorrer otros grupos.)

DON PEDRO, aparte.

¡Esto no se puede tolerar!

---

(1) En el teatro del *Príncipe* y en el del *Instituto* se celebró también el aniversario de *Moratín*: en el primero con *El Barón* y *La Comedia Nueva* (conocida por *El Café*), y en el segundo con *La Mojigata*. En el teatro del *Instituto*, excepto los sábados que era el día de la función de sociedad, daba representaciones públicas una compañía cómica.

DON ANTONIO, aparte.

Déjelo usted.

DON HERMÓGENES

El Café no es más que un artículo de periódico..... una sátira llena de personalidades groseras, que debieron valerle al autor una paliza de mano del pobre *Comella*, que con toda la bulla tenía más fecundidad y más genio que *Moratín*.

DON SERAPIO

¡Ya lo creo! ¡Que escribió en toda su vida cinco comedias! ¿No son cinco?

DON HERMÓGENES

Cinco no más; y de ésas dos en prosa.

DON SERAPIO

Vea usted, en prosa, que eso lo hace cualquiera en ocho días. Como que no hay que buscar consonantes. ¡Compárelo usted con el otro, que compuso más de doscientas! ¿No son doscientas?

DON HERMÓGENES

Pues *La Mojigata*, ¿qué otra cosa es sino el *Tartufe* con faldas? No hablemos del *Barón*, que no tiene sentido común. Eso es peor que cualquier *vaudeville* de los que vemos en París, en el *Gymnase*, ó en *Palais-Royal*, ó en *Folies-Dramatiques*, ó en el teatro de *Funambules*.

DON SERAPIO

¡Mucho peor!

DON ANTONIO

¡Qué espíritu de españolismo!

DON HERMÓGENES

¿Y qué diremos de *El Viejo y la Niña*, con aquello de los ungüentos, parches y cataplasmas, que es cosa de sentirse removido?

DON SERAPIO

¡Jesús, qué asco!

DON HERMÓGENES

Pues vengamos á la de hoy, á *El Sí de las Niñas*, á esa *joya del teatro moderno*, como esta estúpida de Empresa ha tenido la osadía de llamarla en los carteles.

DON PEDRO

Pues cuénteme usted á mí en el número de los estúpidos; porque yo también la llamo así.

DON HERMÓGENES

Como usted guste.

DON PEDRO

Y cuente usted á dos generaciones enteras que han sancionado ese juicio.

DON HERMÓGENES

Ya se va modificando.....

DON PEDRO

Y cuente usted al público sano, imparcial, ajeno á las pandillas y á las sectas, que la ha oído con placer, que la ha aplaudido.....

DON HERMÓGENES

Los aplausos del público.....

DON PEDRO

Los aplausos del público, la noche del estreno de una obra dramática, no significan gran cosa para mí. El nombre del poeta, las circunstancias políticas, el desempeño de tal actor favorito..... ¡qué sé yo!.... un capricho del público, son cosas

que pueden influir accidentalmente en el éxito. Pero cuando esos aplausos se repiten un año y otro y otro, durante cerca de medio siglo, y la comedia se hace y se hace, y gusta siempre, bien ó mal ejecutada, y se imprime, y se vende, y se traduce, y se cita como el modelo de las de su género, y es la desesperación de los escritores dramáticos; es una pedantería, es una insolencia, es una blasfemia decir de ella lo que dice usted de *El Sí de las Niñas.*

DON HERMÓGENES

Señor mío, yo soy muy independiente; y aunque me quede solo en una cuestión literaria, nunca me doy por vencido. Y esa fama que *El Sí de las Niñas* ha tenido en tiempos de nuestros padres, sepa usted que ha perdido mucho, desde que el estudio de la *estética* nos ha hecho conocer la pobreza de la contextura de su fábula. ... del *canevas*, como dicen los franceses, y lo raquítico y mezquino de sus tendencias sociales y filosóficas, si se compara con las obras que hoy conocemos de *Shakspeare*, *Balzac*, *Victor Hugo*, *Schiller*, *Goethe*, *Kotzbue* y *Federico Halm*, *barón de Billin-gansen.*

(*Halm* se pronuncia aspirando la H, como si fuera J. *Billin-gansen* se pronuncia tal como está escrito.)

DON ANTONIO

¡Qué buenos nombres para perros de caza!

ESCENA XI

DICHOS, DON ELEUTERIO

(Sale del corredor de las lunetas, con otros.)

DON ELEUTERIO

Vea usted si en lugar de esas vejeces no podía la señora Empresa emplear el tiempo en poner en escena otras obras.... . No lo digo precisamente por mi drama..... que lo tiene en su poder hace tres meses.....

DON SERAPIO

Aquí hay un poeta; y apuesto á que es de nuestra opinión.

DON ELEUTERIO

¿De qué se trata, caballeros?

DON SERAPIO

De *El Sí de las Niñas.*

DON ELEUTERIO

¡Uf! ¡Déjeme usted! ¡Ya estoy cansado de contemplaciones con los viejos! Es preciso levantar una bandera de exterminio contra los santones de la literatura, hasta que desaparezcan de la escena esas disertaciones en diálogo, que quieren llamar dramas.

DON HERMÓGENES

¡Bien calificadas! *Voilá le mot!*

DON SERAPIO

¡Me alegro!

DON ELEUTERIO

Vida, movimiento, acción, sensaciones profundas, sacudimientos nerviosos..... esto es lo que nuestro público necesita. Yo les he entregado un drama en *veinticuatro cuadros y dos noches.* Ahí está sin hacerse. Yo creo que no lo han leído.

DON ANTONIO, á don Pedro.

Yo creo lo contrario.

DON ELEUTERIO

¡Y gastan el tiempo en hacer estas estupideces! Aquí les planto una banderilla que ha de salir mañana en el periódico. (Leyendo un papel que trae en la mano.) «La ejecución de *El Sí de las Niñas* ha sido detestable, digna de la comedia. El teatro de la Cruz arrastra una lánguida existencia.....»

DON SERAPIO

¡Bravísimo! – ¡Duro, duro!

DON ELEUTERIO

¡Ah! (A un mozo de imprenta que ha venido por la verja.) ¿Traes las pruebas para mañana? Aguarda. – ¡Yo les aseguro!.... *¡El Sí de las Niñas!*.... ¿Merece eso el nombre de drama? ¡De qué diversa manera trataríamos ahora ese argumento! – Hay en la comedia situaciones..... así, apuntadas nada más; porque, al cabo, *Moratín* era hombre de alguna chispa..... ¡Pero qué lastimosamente desperdiciadas! Figúrense ustedes si no está aquello pidiendo un par de actos siquiera en el convento donde se educa doña Paquita, y allí la figura siniestra de una monja...., de la madre *Circuncisión*, por ejemplo...., que sorprendiera á la niña hablando á media noche con su amante por la ventana del corral, y la monja se enamorara del oficial..... y encerrara á la niña en un subterráneo, y el oficial, impaciente, escalara el convento..... y la monja se lo llevara á su celda.... Figúrense ustedes de aquí lo que podría resultar de movimiento y de.....

DON ANTONIO

¡Yo lo creo!

DON ELEUTERIO

Luego un acto en el subterráneo, donde bajara el amante á libertar á su amada, ayudado de *Calamocha;* y allí su escena *en quintillas*. En fin, si uno da rienda suelta á la imaginación..... – Podía haber un episodio fantástico, en que *doña Irene* viera en sueños la sombra del *obispo electo de Mechoacán*, que murió en el mar, y las de sus tres maridos. (Se pone á repasar las pruebas.)

DON ANTONIO

¡Y hasta la del chico que se le murió de alfombrilla!

DON HERMÓGENES

Pero dejando tal como es la parte *plástica* de la obra, y prescindiendo del examen *sintético*, ¿no es una estupidez risible que aquel zangandungo de oficial obedezca como un doctrino á su tio, y le bese la mano, y abandone á su amada? ¡A ver! ¿Un hombre de tanto valor como nos pintan al *don Carlos?* (El Vizconde, que ha andado recorriendo grupos, ahora se acerca.)

VIZCONDE

¿Qué hay de don Carlos? ¿Se dice algo?

DON HERMÓGENES, continuando.

¿Un hombre que, según nos dicen, toma baterías, clava cañones, hace prisioneros y vuelve al campo lleno de heridas?

VIZCONDE

Eso habrá sido en Cataluña, ¿eh? ¿Han entrado otra vez? ¡Malditos facciosos!

DON SERAPIO

No; si se habla de la comedia.

VIZCONDE

¡Ah, ya! Es comedia de tiros y de batallas..... ¡Pues siento no haberla visto! (Vuelve á retirarse al foro.)

ESCENA XII

DICHOS, EL AVISADOR de la Compañía.

AVISADOR

Señor don Eleuterio: de parte de la Empresa, que mañana á las doce se pasa por papeles su drama de usted.

DON ELEUTERIO

¿Mi drama? Bien, no faltaré. – ¡Señores, se va á poner en escena mi drama! (Rompe el papel que tenía antes y escribe en otro:) «La ejecución de *El Sí de las Niñas* ha sido admirable, digna de la comedia. Mientras el *Príncipe* y el *Instituto* arrastran una lánguida existencia, el teatro de la *Cruz* se eleva cada día.....»

VIZCONDE, acercándose.

¿Qué es eso? ¿La hoja litográfica de París? ¿Qué dice de Carlos Alberto?

DON ELEUTERIO

No: son pruebas. – Toma. (Le da las pruebas al mozo, que se va.)

ESCENA XIII

DICHOS, LA MARQUESA

MARQUESA, baja por la escalera derecha.

No le veo por aquí. ¡Dónde andará este hombre!

TORIBIO, acercándose.

¿Digu que arrime?

MARQUESA

No..... ¿Has visto por aquí aquel joven?....

TORIBIO

¿El de la calle del Culmillu?

MARQUESA

Sí.

TORIBIO

Por aquí entró primeru con una joven.....

MARQUESA

¿Con una joven? ¿Por dónde? ¡Enséñame!....

TORIBIO

Y luego salió cun otra joven.

MARQUESA

¿Con otra?

TORIBIO

No tan joven.

MARQUESA

¡Infame! – ¡Bien me lo temía!

TORIBIO

Y dijerun que volvían.

MARQUESA

¿Que volvían? Bien. – ¡Ya lo decía yo! Sus miradas á la tertulia..... Aquí le aguardo: ¡voy á armar un escándalo! – ¿Vizconde?

VIZCONDE

¡Oh marquesita!

MARQUESA

Déme usted el brazo.

VIZCONDE

¿Quiere usted venir á tomar un chantillí?

MARQUESA

Gracias, no: acompáñeme usted. Espero aquí á una persona: quiero tomar el aire.

VIZCONDE

¿También usted se ha fastidiado ahí dentro?

MARQUESA

¡Oh, y en grande! ¡Qué chinchorrería de comedia! Todo se vuelve hablar.

VIZCONDE

Es cierto: mejor sería que la cantasen.

MARQUESA

Quisiera poder silbar y patear..... y tirarles los gemelos á la cabeza.

DON ELEUTERIO

Amable marquesa, ¿contra quién va eso?

VIZCONDE

¡Contra la comedia, contra la comedia!

DON HERMÓGENES

Ya tenemos otra aliada, y muy poderosa.

DON SERAPIO

Está usted con nosotros, ¿eh?

MARQUESA

¿Qué persona de la culta sociedad, de buenas maneras, puede gustar de semejante paparrucha?

DON HERMÓGENES

¡Oh, eso se nos olvidaba! ¿Y el mal tono, y las chocarrerías del lenguaje?

MARQUESA

La ensalada de berros..... y la cazuela de albondiguillas..... y el medio cabrito..... ¡Uf! ¡Oir eso cuando una acaba de comer! Y yo que tengo un estómago..... Creo que me ha dado indigestión.

VIZCONDE

Una taza de te.....

MARQUESA

¿Y decir que el intendente daba una fiesta por ser los días de su *parienta?*

DON SERAPIO

¡Su *parienta!*

MARQUESA

Su *parienta*, por su mujer. Ese es el lenguaje de Maravillas ó de Lavapiés. ¡Su *parienta!*

DON HERMÓGENES

Efectivamente, así dicen.

MARQUESA

¡Su *parienta!* Pues ¿y el *tordo?* ¡Vea usted, un *tordo!* ¿Quién tiene *tordo?* ¿Qué persona decente tiene *tordo?* Se tiene pajarera..... Yo tengo pajarera. Se tienen canarios, ruiseñores, tórtolas.....

VIZCONDE

Un perro de Terranova, un gato de Angora.....

MARQUESA

Y otras aves así..... ¡Pero *tordo!*

DON HERMÓGENES

¿Y para qué sirve allí? Al menos cuando es drama de protagonista irracional, como *El Perro de Montargis*, pase.

ESCENA XIV

DICHOS, DON BENIGNO, DON DIEGO y PAQUITA, por la escalera derecha.

PAQUITA

Pero si les digo á ustedes que no tengo ganas de dulces: ¡es mucho fastidiar!

DON DIEGO

Ya veo, por el testimonio de ese cucurucho, que otro más feliz se ha adelantado á mis obsequios.

PAQUITA

Andando. ¿Por qué ha venido usted tarde?

DON DIEGO

Ya he dado explicaciones satisfactorias, y repetiré.....

PAQUITA

¿Quién se las pide á usted?

DON BENIGNO

Yo le dije, Paquita, que se disculpara.....

PAQUITA

Y á ti, papá, ¿quién te mete á dar consejos á nadie? Ya tiene edad para no necesitar ayo.

DON BENIGNO

Hija mía, como le estuvimos esperando.....

PAQUITA

Le esperarías tú: que á mí me hacía la misma falta que los perros en misa.

DON DIEGO

Pero, vamos á ver, amable Paquita: ese cucurucho de dulces.....

DON BENIGNO

¡Y es verdad que trae dulces!

PAQUITA

¡Vaya! ¿Qué misterio hay en esto? Papá me los ha subido.

DON BENIGNO

¿Yo?

PAQUITA

Tú, sí señor, tú. (Pellizcándole.)

DON BENIGNO, quejándose.

¡Ay!

PAQUITA

No lo niegues ahora; que el señor don Diego pensará..... Todos los viejos son maliciosos.

DON BENIGNO

En efecto: sí, yo he sido. (Aparte.) ¡Ji, ji! ¡Diablo de chica!

DON DIEGO

Pues bien; iremos á la *Iberia* ó á *Venecia* á tomar un sorbete, mientras dura el entreacto. Ahí tengo mi coche.

DON BENIGNO

¿Ves, Paquita, qué galante y qué obsequioso?

PAQUITA

¡Pues podía no serlo! Entonces no tendría el diablo por donde desecharlo.

DON BENIGNO

¡Ji, ji! ¡Qué pizpireta es!

DON DIEGO

En efecto: tiene un desenfado.....

DON BENIGNO

Genialidades de la edad. Ya ve usted: criada á sus anchas, sin que nadie la haya contradicho jamás..... haciendo su santísima voluntad en todo..... No tiene gazmoñerías, ni..... Dice cuanto se le viene á la boca. Pero con los años ya irá sentando. – Conque, ¿vamos, hija mía?

PAQUITA

¡Huy, qué machaca! Vamos. ¡Ay, Dios mío! ¿Y mis guantes? ¡Ay, que he perdido mis guantes! ¿Dónde se me habrán caído? Busca tú, papá. – Búsquelos usted. (A don Diego.)

DON BENIGNO

Te los habrás dejado en la *tertulia:* luego los recogerás.

DON DIEGO

Los míos no le vendrán á usted.....

PAQUITA

¡Quite usted allá ese adefesio!

DON ELEUTERIO

¿Qué se le ha perdido á nuestra sublime actriz?

PAQUITA

Nada, los guantes.

DON ELEUTERIO

¡Se los gastaría usted para aplaudir con alma *El Sí de las Niñas!*

PAQUITA

¿Yo? ¿Se le figura á usted que yo soy *clásica?*

DON SERAPIO

¿Cree usted que la perla del *Liceo* y del *Museo* y de la *Unión* tenga tan mal gusto?

DON ELEUTERIO

¿Y qué se dispone ahora?

PAQUITA

Estamos ensayando *El Verdugo de Amsterdam:* la semana que viene lo hacemos en la calle de *Enhoramala-vayas* (1).

---

(1) Existía efectivamente esa calle, y en ella un teatro de aficionados, que duró muchos años. Después se le mudó el nombre á la calle: hoy se llama *Travesía de la Parada.*

DON BENIGNO, á don Diego.

Cuando oiga usted declamar á la niña, se le caerá la baba.

DON DIEGO

¿También hace comedias caseras?

DON SERAPIO

También Paquita es de nuestra opinión. Todo el bello sexo está contra *El Sí de las Niñas.*

PAQUITA

¿Le parece á usted que la que ejercita su sensibilidad declamando dramas, puede gustar de cosas tan insulsas como la comedia de esta noche? ¿Han visto ustedes qué amantes esos? Esa Paquita..... ¡y siento que tenga mi nombre!, tan tímida, tan encogida. Bueno está que se obedezca á los padres; yo obedezco al mío. – Pero cuando mandan injusticias, ¿también se les ha de obedecer? ¡Ya era fácil que yo me sometiera, si estuviese enamorada y quisieran casarme con un viejo! ¿Y la escena en que se ven los dos amantes? ¿Hay cosa más sosa? Llenos de amor los dos, y ni se besan las manos, ni se abrazan..... ¡estando solos!

DON HERMÓGENES

Así sentía *Moratín* las pasiones.

DON BENIGNO

Pero, hija, ¿cómo quieres que en el teatro se ponga todo lo que en tales casos?....

PAQUITA

¿Qué entiendes tú de eso, papá? Se pone todo, todo; porque, en los momentos de pasión, la misma pasión..... Y hay mil dramas donde no queda nada que desear..... ¡Mira tú en *Antoní* si se pone todo!

DON HERMÓGENES

¡Allí sí que hay pasión!

DON SERAPIO

Pasión, y muerte.

PAQUITA

Vamos, lo que esa Paquita consiente que hagan con ella es ridículo, es inverosímil. ¡Casarla con el viejo!

DON BENIGNO

No, hija mía: si no la casan, al fin.

PAQUITA

¿Cómo que no la casan? ¿Conque el amante no la abandona?

DON BENIGNO

Al fin del segundo acto; pero vuelve en el tercero.....

PAQUITA

¡Ah! ¿Vuelve en el tercero?

DON BENIGNO

¿Pues no te acuerdas? Y tiene aquella escena violenta con el tío.....

PAQUITA

Sí, sí..... en que lo desafía y lo mata.....

DON BENIGNO

No, hija. Si el tío lo perdona, y lo casa, y.....

PAQUITA

Sí, sí: yo me trabuco.....

DON ELEUTERIO

La imaginación poética de Paquita está supliendo lo que debía haber en la comedia.

DON DIEGO

Si tardamos mucho, los sorbetes estarán pasados.

DON BENIGNO

Dice bien.

PAQUITA

¡Ay! ¡Qué par de ventosas! Vamos á tomar sorbete. Compadézcanme ustedes. (Á los otros.) ¡Aquí llevo á mi don *Diego* y á mi doña *Irene!* – ¡Qué es lo que veo! (Al irse, ve venir por la verja á don Carlos con Casilda del brazo, la cual trae un cucurucho de dulces.)

ESCENA XV

DICHOS, DON CARLOS y CASILDA

CARLOS, viéndola y deteniéndose.

¡Paquita! Cayóse la casa á cuestas.

DON DIEGO

Vamos andando: déme usted el brazo. (A Paquita.)

PAQUITA

Aguarden ustedes.

CASILDA, á Carlos.

¿Por qué se para usted?

CARLOS

Opino que nos marchemos: lo que falta no vale nada.

CASILDA

¿Pero qué arrechucho es este? ¡Algo ha visto usted aquí!

CARLOS

Nada, sino que.....

MARQUESA

Allí viene..... ¡Pues! Lo que yo me temía. ¡Con una mujer! ¡Venga usted, vizconde!

CARLOS

¡Santo Dios! ¡La marquesa!

CASILDA

¿Por qué nos miran esas dos mujeres? ¡Usted me está engañando!

CARLOS

¡Qué disparate!

CASILDA

Entre usted conmigo.

CARLOS, aparte.

¡Aquí me desuellan entre las tres!

PAQUITA

Déme usted el brazo, señor don Diego. Sabe usted que le quiero, y que estoy pronta á obedecer á mi papá, casándome con usted.

DON BENIGNO

¿No se lo dije á usted? ¡Es como una malva!

PAQUITA, tirando de don Diego y al oído de don Carlos.

¡Eres un infame!

CASILDA, aparte á Carlos.

¿Qué le ha dicho á usted?

MARQUESA, aparte á Carlos.

¡Es usted un canalla!

CASILDA, aparte á Carlos.

¿Qué le ha dicho á usted?

LA AGUADORA, desde la verja.

¡Agua fresca, agua!

DON DIEGO, aparte.

Aquí hay gato encerrado.

ESCENA XVI

DICHOS, UN MANCEBO de la confitería.

MANCEBO, á don Carlos.

Perdone usted: estos guantes que se dejó olvidados en el mostrador de la confitería aquella señorita.....

CASILDA

Míos no son.

MARQUESA, mirando á Paquita.

Aquella niña fué.

CASILDA, le suelta del brazo; toma los guantes y se los presenta á Paquita.

Estos guantes son de usted, señorita.

PAQUITA, con descaro

Mil gracias, señora.

DON BENIGNO

¡Calla! ¡Tus guantes en la confitería!

DON DIEGO

¡Los guantes! ¡Hola, hola! Este es un lance muy turbio.

DON BENIGNO

¿Pues no decías que era yo quien te había subido los dulces?

DON DIEGO

¿Y usted no afirmó que era cierto?

PAQUITA

Vamos arriba, papá, y excusas dar explicaciones á nadie. Ya sabes que no me gustan las explicaciones.

DON BENIGNO, aparte á Paquita.

Pero, Paquita, hija, bueno sería convencer á don Diego. Vas á perder una proporción..... Mira que es muy rico.

PAQUITA

Haz lo que te digo, papá, ó me da aquí un sofoco que me caigo redonda.

DON BENIGNO

No, hija mía; no, ¡por Dios! Hágase tu gusto.

PAQUITA

El señor es un visionario montado á la antigua.

DON DIEGO

Niña, niña: respete usted.....

DON BENIGNO

Tiene razón Paquita.

PAQUITA

¡Un celoso, un impertinente, un *viejo de Moratín!*

DON BENIGNO

¡No te acalores!

PAQUITA, á don Carlos.

¡Y usted un fatuo, un hipócrita, un infame!

DON BENIGNO

Hija, mira que están oyendo, y luego el mundo.....

PAQUITA

Papá, no me prediques. Vámonos de aquí. (Se lo lleva corriendo por la escalera derecha.)

ESCENA XVII

DICHOS, menos DON BENIGNO y PAQUITA

CASILDA, apoderándose del brazo de don Diego.

¡Acompáñeme usted, caballero!

DON DIEGO, sorprendido.

¡Señora! ¿Quién es usted?

CASILDA, á Carlos.

¡Infame! ¡No vuelva usted á mirarme á la cara! (Se lleva á don Diego por la escalera izquierda.)

CARLOS

Pero, Casildita, oiga usted.....

MARQUESA, saliéndole al encuentro.

¡Canalla! ¡No vuelva usted á poner los pies en mi casa! (Se lleva al Vizconde por la escalera derecha.)

LA AGUADORA

¡Agua fresca, agua!

DON ELEUTERIO

Carlos, ¡qué lance tan cómico!

DON HERMÓGENES

Pero, hombre, ¡tres nada menos!

DON SERAPIO

¡Tres y ninguna!

CARLOS

¡Ja, ja, ja! ¡Pensarán las tontas que no tengo tropas de reserva! En el *Príncipe* está Rosario, y Petra en el *Instituto*. Voy á traerme una de ellas á que oiga el himno. La entro del brazo á las butacas, y hago que las tres se desesperen. (Se va corriendo por la verja.)

ESCENA XVIII

DICHOS, menos los que se han marchado en la escena anterior.

DON ANTONIO

¿Qué me dice usted de esto, señor don Pedro?

DON PEDRO

¡Ahí tiene usted las que criticaban *El Sí de las Niñas!* Dos de ellas, que han pasado la noche coqueteando con ese pisaverde, y bajaban desesperadas porque no

había subido á visitarlas. ¿Y la niña? ¡Digo! Una niña que pasa la vida haciendo comedias caseras, y se escapa con su amante á la confitería, y trata á zapatazos á su padre. ¡Oh! ¿Dónde está el *Moratín* de nuestra época; que así como aquél pintó la tiranía paternal, y la educación monjil y gazmoña de su tiempo, nos enseñe el reverso de la medalla, la relajación de los lazos sociales, con la magia de aquel pincel que nadie después ha sabido manejar como aquel insigne poeta?

DON ELEUTERIO

Eso nada significa, señor mío. Si en el juicio de esas señoras han podido influir esas causas, no son ellas las únicas que condenan la comedia. Aquí estoy yo que cultivo el arte dramática.....

DON SERAPIO

Y yo que he visto muchas comedias.

DON HERMÓGENES

Y yo, que ejerzo la crítica, y he analizado el teatro inglés y el francés y el alemán, y sostengo que los personajes de *Moratín* son retratos de circunstancias que murieron, y no tipos eternos, como los de *Molière*. ¿Quién es hoy *don Eleuterio?* ¿quién es *don Serapio?* ¿quién es *don Hermógenes?*

DON PEDRO

¿Quién es *don Eleuterio?* El señor, que habla mal de la comedia, porque no ponen en escena la suya. ¿Quién es *don Serapio?* El señor, que repite como un eco lo que les oye á ustedes..... ¿Quién es *don Hermógenes?* ¡Usted!

DON HERMÓGENES

¿Yo?

DON PEDRO

Usted, que pasa su vida pedanteando; con la diferencia de que aquél pedanteaba en griego, y ahora se pedantea en francés. Y si ya que son ustedes monos de imitación de los franceses, los imitasen también en ponderar y ensalzar, como hacen ellos, todo lo que allí se distingue. Pero, no señor. La pedantería de hoy consiste en rebajar, en poner en ridículo, en arrastrar por tierra todo lo que en España sobresale en cualquier arte, en cualquier carrera, en cualquier profesión.

DON HERMÓGENES

Yo soy tan español como el primero; y sin embargo.....

DON PEDRO, irritado.

Los tontos no son españoles, ni franceses, ni ingleses, ni nada. ¡Son tontos! Son, como los hebreos, una gente sin patria, esparcida por el mundo para tormento de sus semejantes. – Pero esta vez, afortunadamente, hay un público sano, patriota, que á pesar de todos los pedantes, sabe que *Moratín* es una de las glorias de nuestra patria, y va en este momento á saludarle con aplausos de entusiasmo. (Óyese dentro el ritornelo del himno.) Ya suena el himno en el teatro. ¡Adentro, buenos españoles! Vamos á honrar la memoria del gran poeta. ¡Yo arrojaré á su busto esta corona de laurel y siemprevivas! (Sacando una que llevaba preparada.)

DON ANTONIO

¡Y yo ésta! (Sacando otra.)

LOS ESPECTADORES

¡Corramos! ¡corramos!

(Todos se entran apresurados al teatro por las puertas y escaleras. Cambia la decoración, y aparece el escenario iluminado, y en el centro, sobre un pedestal, el busto de MORATIN. – Los actores desfilan por delante de él, arrojándole coronas de laurel, mientras se canta un himno en honor suyo.)

VERSOS

QUE SE RECITARON EN EL TEATRO DE LA CRUZ LA NOCHE DEL ESTRENO DE ESTA COMEDIA, EN EL AÑO DE 1848

¡Oh pueblo de Madrid! Canta la gloria
De aquel ingenio que con rica vena
Eternizó en los siglos su memoria,
Restaurador de la española escena.
No cuente – ¡oh mengua! – la veraz historia
Que yace allá en las márgenes del Sena.
¡Para una sombra noble y generosa
Es doble peso la extranjera losa!

Ilustre *Moratín:* esta sonora
Aclamación que el público te envía,
De homenaje más alto es precursora,
Que ya se apresta á tu ceniza fría.
La madre patria, que tu muerte llora,
En breve – ¡me lo anuncia el alma mía! –
Tus huesos sacará de tierra extraña,
Y muerto al menos volverás á España.

Años después se repitió esta comedia en otro teatro, y entonces se recitaron además los siguientes versos:

Hoy fué cuando con himnos de alegría,
De las Musas el coro lisongero
Cantó al genio sublime que nacía
A ser delicia del Parnaso ibero. –
Ardua es la senda que á la gloria guía,
Y que él con planta audaz abrió el primero;
Mas nos dejó, para alumbrar sus huellas,
El vivo resplandor de *cinco estrellas*.

¡*Cinco* no más! – pero de luz tan pura,
De juventud tan fresca y tan lozana...
Que vivirán cuanto en la edad futura
Viva la hermosa lengua castellana. –
¡Honor á *Moratín*, que á tanta altura
Nuestra gloria elevó! Y al que se afana
Por imitarle, anímele este ejemplo. –
¡Aquí al genio español se erige un templo!

Volvióse á celebrar el aniversario de *Moratín*, el 10 de marzo de 1854, con la representación de esta comedia; y al final se recitaron las dos composiciones siguientes:

I

Venid, rindamos el anual tributo
Al ingenio inmortal, de España gloria;
Que es de doctas naciones atributo
Honrar de un hijo insigne la memoria.
De su elevada inspiración el fruto
Noble página marca en nuestra historia;
Y por él hoy, como por *Lope* un día,
Bella, culta, moral se alza *Talía.*

No es deuda sólo del que á *Inarco* sigue
Cogiendo lauros en la patria escena;
Justo es que á todos su alabanza obligue,
Pues á todos de honor su nombre llena.
Manzanares feliz por él consigue
Émulo ser del Támesis y el Sena.
No es de las letras, no, su gloria sola:
Es de todo español: ¡es española!

II

Lució por fin el venturoso día.
¡Ya le miro en su patria descansando!
Cuántas veces mi rostro se cubría
De tristeza y rubor, ¡oh España!, cuando
A la margen del Sena recorría
El vasto cementerio; y preguntando:
«¿Quién yace aquí?,» me daban por respuesta:
«Del *Moliére español* la tumba es ésta.»

¡Ya rescatado está! – Mas ¡ay! tus ojos
Vuelve hacia allá otra vez, ¡oh madre España!,
Que aún yacen de otros hijos los despojos,
Dignos de igual honor, en tierra extraña.
Aún *dos tumbas* alzadas entre abrojos
El tibio sol de la Occitania baña.
Acoge, ¡oh patria!, mis ardientes ruegos:
¡Aún está allí *Meléndez!* ¡aún *Cienfuegos!*

La voz de *Moratín* en son de duelo
Salir escucho del sepulcro helado.
«Traedlos, clama, á su nativo suelo,
Y descansen entrambos á mi lado.
Dadme por vuestro amor este consuelo,
O dejadme con ellos olvidado.
Las honras que me hacéis no me complacen,
Si en el destierro mis hermanos yacen.»

NOTA DEL AUTOR

Compuse esta comedia el año de 1848 para que se representase en una función dispuesta en el teatro de la *Cruz* con objeto de celebrar el aniversario del natalicio de *Moratín.*

Era *El Sí de las Niñas* la comedia que iba á hacerse; y de ahí me ocurrió escribir esta, que llamé, acordándome de *Moliére, La Crítica de El Sí de las Niñas.*

El éxito que obtuvo no pudo ser más satisfactorio. El público, que había estado celebrando *El Sí de las Niñas* como si se estrenara, aplaudió en mi comedia todo lo que se refiere á elogio de la de *Moratín;* y al aparecer su busto en la escena fué inmenso el entusiasmo que produjo.

Desde esta fecha puede decirse que *El Sí de las Niñas,* hasta entonces casi desterrado del teatro por la furiosa invasión del *género romántico,* ha vuelto á figurar en el repertorio ordinario, y cada vez con más aceptación: esto redunda en honor del público madrileño.

¡No podía ser menos! Entre cuantas obras dramáticas conozco, antiguas y modernas, *El Sí de las Niñas* es, en mi juicio, la que más se acerca á la perfección.

Moratín es el modelo del arte: todo el que quiera escribir con acierto para el teatro no debe estudiar otro.

El ingenio no se adquiere: se tiene ó no se tiene, según Dios ha querido: si se tiene, no hay cuidado, que él saldrá. Lo que hay que adquirir es el modo de dirigirlo, de sujetarlo, no á reglas caprichosas, sino á los principios eternos del arte; y esto no se aprende más que en *Moratín:* fuera de él, sólo se aprende á extraviarlo y perderlo. No hay que cansarse: Moratín se eclipsará en los períodos de corrupción; pero en las restauraciones del buen gusto él llevará siempre la bandera.

Una cosa que me propuse con empeño logré con mi comedia; y ahora me arrepiento de haberla logrado.

En los versos que se recitaron en el estreno de la obra habrá visto el lector el deseo que manifesté de que los restos de *Moratín,* que yacían en París, se trajesen á España. El pensamiento hizo fortuna; ó como ahora se dice, fué *creando atmósfera,* y cinco años después un Ministerio, que sin duda hubo de respirarla, tomó el asunto en serio y llevó á cabo la traslación.

El día 12 de octubre de 1853 entraron en Madrid las cenizas de *Moratín* con gran solemnidad. Iban en un magnífico carro fúnebre, y les hacían cortejo los ministros, las autoridades y altos funcionarios, todos de grande uniforme, y un sinnúmero de personas entre literatos y demás gente distinguida. Llegó la comitiva á la iglesia de San Isidro, y en su bóveda subterránea quedó el ataúd depositado, hasta que se le lleve á un monumento *que se le ha de erigir.*

Hoy es, y el monumento no se le ha erigido, ni nadie se acuerda de ello. *Moratín* seguirá escondido en los sótanos de San Isidro; y gracias que, andando los tiempos, no llegue un día en que, por quitar estorbos, saquen de allí la caja y echen los huesos en la fosa del cementerio general.

Así se hizo en *San Sebastián* con los de *Lope de Vega:* no sería ninguna novedad.

En París, *Moratín* estaba enterrado en el vasto y magnífico cementerio del *Padre La-Chaise,* que todo extranjero va á visitar. El guardián que lo enseña es un

hábil *cicerone*, y al llegar á cierto sitio decía: «Este es el panteón de la familia *Silvela:* y aquí yace también el célebre escritor dramático *Moratín, el Molière español.*» – Así en efecto lo publicaba una inscripción puesta en el monumento, que era de piedra, sencillo y elegante.

Allí, pues, no solamente estaba en sitio decoroso y visible, sino que su nombre sonaba diariamente en el oído de centenares de extranjeros, que quizá sólo por eso le conocían.

Se le sacó de allí; se le trajo á España: ¡como si hubiera caído en un pozo!

¿Necesito explicar por qué estoy arrepentido de haber hecho aquellos versos?

En los que se recitaron en el teatro el día de la traslación, en 1854, me ocurrió pedir igual gracia para *Meléndez* y para *Cienfuegos*, que también murieron y están enterrados en Francia. Afortunadamente para ellos, esto no *creó atmósfera.* – No, por Dios: bien están allá. Al menos se sabe dónde yacen: puede el que quiera ir á visitar su sepulcro: no están, como el pobre *Inarco*, secuestrados de esa segunda existencia, escondidos en un sótano, expuestos á ir el mejor día á la fosa común.

FANTASÍA DRAMÁTICA

PARA EL ANIVERSARIO DE LOPE DE VEGA

COMPUESTA DE DOS PARTES

PERSONAS

LOPE DE VEGA. — MARÍA DE ARGÜELLO, dama de la compañía. — MARIANA, segunda. — CATALINA, graciosa. — OLMEDO, galán. — BENITO, segundo. — BASURTO, gracioso. — VIVAR, galancete. — RIQUELME, autor de la compañía. — QUIÑONES, recibidor. — CARRILLO, avisador. — UN ALGUACIL de corte. — MAQUINISTAS del teatro.

PRIMERA PARTE

EL CORRAL DE LA CRUZ, EN 1632

Escenario del teatro, dispuesto para el estreno de la comedia de LOPE, titulada: *El premio del bien hablar*, en el año 1632

Aparecen RIQUELME, autor de la Compañía, activando el arreglo de la escena, y varios MAQUINISTAS, ocupados en terminarlo.

RIQUELME, tiene puesto el traje con que va á representar el papel de DON ANTONIO en *El premio del bien hablar.*

Ea, que estáis gastando mucha flema. A las tres en punto quiero que se descorra la cortina, y las dos y media no hay ya que esperarlas. – ¡Bien, bien está así! – Vaya, lo que es en cuanto al escenario todo está á punto. Ahora vamos á lidiar con los otros. – ¡Carrillo!.... ¡Avisador!.... (Sale Carrillo.)

CARRILLO

¿Señor Riquelme?

RIQUELME

Por San Ginés, nuestro patrón, no los dejéis vivir: recorre los pasillos, toca á las puertas....: á las de ellos, fuerte..... con los nudillos; á las de ellas no: con suavidad..... con un dedo; sobre todo á la de María de Argüello. – ¡Es preciso un ten

con ten! – Anda, hijo: ¡aprémialos, aprémialos! (Vase Carrillo.) Esta tarde habemos menester que todo salga con esmero y puntualidad. ¡Mi corral estaba perdido, desierto! – Ya decían las gentes: «¡Pobre Riquelme! Se arruina: no tiene comedias.» Agora lo veredes, dijo Agrajes. – Ha venido en su socorro el ingenio de los ingenios, el gran Lope. – ¡Hoy estrenamos una comedia suya y se nos llenará la casa! – ¡Quiñones! – A estas horas ya debe columbrarse..... ¡Quiñones!.... (Sale Quiñones.)

QUIÑONES

¿Señor Riquelme?

RIQUELME

¿Cómo va la cobranza? ¿Te has asomado? ¿Pica, pica?

QUIÑONES

¿Que si pica? ¡Y aun muerde! – El patio ya está lleno. Los desvanes, atestados: las gradas y barandillas se van cuajando. En los balcones no hay nadie todavía; pero he visto que les ponen tapices.....

RIQUELME

¡Soberbia noticia!.... ¡Hoy se acredita el corral! – ¡Carrillo!.... ¡Carrillo! – ¿Cómo andan esas gentes? (Sale Carrillo.)

CARRILLO

Señor Riquelme, ya van abriendo las puertas de los cuartos.

RIQUELME

¡Gracias á Dios!

CARRILLO

A Dios primero, y luego al ingenio, que ha ido saludándolos cuarto por cuarto.

RIQUELME

¡El ingenio está ahí!.... ¡El señor Lope!.... ¡Y no me lo dices!.... Voy á su encuentro.....

CARRILLO

Aquí le tenéis. (Sale Lope de Vega. Viste balandrán negro, con la cruz de San Juan al cuello.)

RIQUELME

Llegue en buen hora vuestra merced, Frey Lope.

LOPE

Buen Riquelme, ¿cómo va el corral esta tarde?

RIQUELME

¡Qué sorpresa os guardo, señor! ¡Qué sorpresa!

LOPE

¿Y cuál es? ¿Que no acude la gente?

RIQUELME

¿Que no acude?.... – ¡Quiñones!

LOPE

Sí, andad, Quiñones; que no dejen entrar más que la que quepa.

RIQUELME

Como estamos en invierno...., bien se podía abrir la mano.....

LOPE

No importa: días quedan. Andad; que cierren la puerta hasta que llegue el señor alcalde. (Vase Quiñones.)

RIQUELME

¡Días quedan! ¿Fiáis en que tendremos para días?

LOPE

Si no con esta comedia, con otra.

RIQUELME

¿Otra me daréis?

LOPE

Esta mañana la empecé á prevención. Veremos qué suerte tiene la de esta tarde; si el vulgo no la entiende, anunciadles *La Moza de cántaro:* mañana os la acabo.

RIQUELME

¡En dos días!

LOPE

En dos mañanas: así debéis entender aquello de ....

Y más de ciento en horas veinticuatro
Pasaron de las musas al teatro.

Hoy he escrito el primer acto y la mitad del segundo.

RIQUELME

¡Acto y medio! ¡Novecientos versos!

LOPE

Y he dicho misa, y he escrito una carta de cincuenta tercetos, y he asistido á la congregación, y he regado mi jardín.

RIQUELME

¡Portentosa fecundidad!

LOPE

¿La de mi jardín?.... No lo creáis. – De día en día se va arideciendo y agostando. Rosas, me nacen pocas y descoloridas; claveles, apenas he cogido un ramo para enviar á las trinitarias: mi naranjo favorito, por más que le riego, al fin se ha secado enteramente. Vamos, se niegan mis flores á conocer nuevo jardinero; y como el jardinero, amigo Riquelme, tiene ya setenta años..... y se va ..., el jardín quiere irse con él.

RIQUELME

¡Qué importa el jardín que tenéis en la calle de Francos!.... En vuestra cabeza hay uno que así, cubierto y todo con la nieve de esas canas, brota flores de hermoso color y de celestial aroma.

LOPE

Veremos á qué le huele al pueblo la que le doy esta tarde. (Sale Olmedo. – Viste el traje de)

OLMEDO

¿A qué le ha de oler?.... ¡A Lope!

RIQUELME

Eh, ya tenemos á nuestro galán vestido. Es el primero.

LOPE

Pues Olmedo, que es el primero en todo, ¿no había de serlo en esto?

RIQUELME

¡Gran entrada, Olmedo!.... ¡Esta semana tomamos el cuarteron lo menos!

OLMEDO

Nuestra la culpa será si no sucediere. *El premio del bien hablar* es una de las más delicadas fábulas que vuestra merced ha producido; si no agrada, consistirá en los representantes.

RIQUELME

O en el público.

OLMEDO

En el público, no.

RIQUELME

¡La moda tiene un imperio!....

OLMEDO

Ese imperio no alcanza á obscurecer lo que por esencia es bueno, es bello, es grande. Lope de Vega será de moda mientras viva el habla castellana.

LOPE

¡Buen Olmedo!.... ¡mirad no os alucinéis!

OLMEDO

¿Cómo puede ser eso? – Vos reináis en la escena como señor absoluto: sois el ídolo del pueblo, que os vitorea en el teatro, que os sigue por las calles, que alza á las nubes vuestro nombre. – Habéis alcanzado un modo tal de alabanza, que ningún mortal pudo imaginar. Por tan bueno se tiene cuanto habéis escrito, que es adagio común, para elogiar una cosa, decir: *¡Es de Lope!* – Joyas, pinturas, galas, telas, flores, espectáculos, manjares, saraos, cuanto Dios crió se encarece de bueno con decir: *¡Es de Lope!* – «Señor Duque: ¿Qué tal la comida que os dió el embajador de Francia? – ¡Amigo! ¡Convite de Lope!» – «Doña Leonor: ¿Habéis estado en San Miguel? ¿Habéis oído predicar al padre *Vitoria?* – ¡Admirable orador! ¡un sermón *de Lope!*» – «Jeromillo: Por aquí ha pasado la *Belén* derramando sal. – ¡Ay, qué cuerpo de Lope!» – En suma, todas las cosas buenas son *de Lope*. – Conque no hay que apurarse; la comedia que hacemos esta tarde es *de Lope*..... y gustará sin remedio, porque el público que venga á verla será un público *de Lope*.

RIQUELME

¡Viva! ¡Qué cuarterón!.... ¡la parte entera!....

LOPE

No me desvanecéis con vuestras lisonjas. Sera así por ahora; pero el alma, Olmedo, el alma, destello de Dios, fuente de la inspiración poética, esta alma mía es inmortal y aspira á que lo sean también las obras que de ella emanan. ¿Lo serán? ¿ó morirán con este miserable envoltorio de tierra que empieza ya á desmenuzarse? ¿Qué será de las mil y más comedias que dejo escritas? ¿Qué será para mí la posteridad?

OLMEDO

¡Una posteridad *de Lope!* (Se pone á estudiar el papel. - Un alguacil de Corte asoma al fondo.)

ALGUACIL

¡La orden!

RIQUELME

Al momento. Decid á su señoría que todo está pronto. (Vase el alguacil.) ¡Carrillo! ¡Carrillo!.... ¡Esa gente!

CARRILLO, saliendo.

Todos están vestidos.

RIQUELME

Pero que vengan, que vengan á que Frey Lope los vea. – Y el consueta á su puesto, y á los músicos que templen. (Sale Benito, en traje de DON PEDRO de la comedia.)

BENITO

Por mí se puede empezar.

LOPE

¡Bien, Benito! Lo que es el traje.....

BENITO

¡Ay, señor Lope, que aún es tiempo!.... ¿No se podría atajar mi última salida?

LOPE

¡Hombre!.... ¿Queréis que no haya desenlace?

BENITO

¡Es tan desairada!

LOPE

¿Por qué?

BENITO

Porque no me caso.

LOPE

Pues sois el que libra mejor.

BENITO

No importa, es situación desairada. Aquí la atajáis en un momento.

LOPE

¡Si ya van á empezar! No hay tiempo.

BENITO

El que hace una comedia en un día.....

LOPE

Eso es: bien puede deshacerla en un minuto. – Vamos, vamos, Benito; decid aquellos últimos versos con nobleza, retiraos de la escena con gallardía, y.....

BENITO

¿Y me aplaudirán?

LOPE

¡Oh! ¡Sin duda alguna! (Aparte.) ¡Esta es la ilusión de todos ellos! – Vamos, y la mía también..... (Sale Basurto con un pañuelo atado á la cara, y quejándose de las muelas. – Saca el traje de MARTÍN en la comedia.)

BASURTO

¡Ay, ay!.... ¡Madre mía!

RIQUELME

¿Qué es eso, Basurto? ¿Qué tenéis?

BASURTO

¿No lo estáis viendo?.... Una fluxión á las muelas, que no sé dónde estoy de pie. No puedo hablar.....

LOPE

¡Ay Dios mío! ¡Buenos estamos!

BASURTO

¡Se me están saltando las lágrimas de dolor!....

LOPE, aparte.

¡Y éste es el gracioso!.... ¡Pobre comedia!

RIQUELME

Si hay caries, á sacarla.

BASURTO

¿Y cuándo? ¿y cómo? Salgo en la segunda escena.

RIQUELME

Aquí..... cualquiera de nosotros..... mientras se empieza, bien podría....: ¿no es verdad?

LOPE

Yo, si fuera escribir una comedia....; pero sacar una muela es cosa .... (Sale Catalina con un falderillo en los brazos, vendado con un pañuelo. Saca el traje de RUFINA en la comedia.)

CATALINA, colérica.

Señor Riquelme, yo me voy á mi casa.....

RIQUELME

¡Catalinita!.... ¿Qué estáis diciendo?

CATALINA

¡Me voy á mi casa!....

LOPE

Pero, hija, ¿qué ocurre?

CATALINA

O la Mariana ó yo. Una de las dos no hace la comedia esta tarde..... O se ataja su papel, ó el mío.

LOPE

¡Friolera!

RIQUELME

¡Santos del cielo!.... Pero ¿qué ha pasado con ella?

CATALINA

¡Miren cómo me la ha puesto!..... ¡Y ha sido adrede!.... ¡A mi pobrecita *Psiquis!*.... Ya que no puede hacerlo conmigo, lo ha hecho con el pobre animalito..... ¡Pícara!.... ¡Mal corazón!.... ¡Miren qué lástima!.... ¡Toda está derrengadita del cuarto trasero! – ¡Y tuerce la cabecita!.... ¡Ay, Dios mío!.... Se va á morir..... Esa mujer me ha matado á mi *Psiquis*, ¡á mi pobrecita *Psiquis!* (Rompe á llorar.)

RIQUELME

Pero, por los clavos de Cristo, no os aflijáis, hija mía.

CATALINA, llorando.

¡No hay consuelo para esto!

BASURTO, llorando.

¡Ay, mi muela!

LOPE

¡Los dos graciosos!.... ¡Por dónde vamos á salir!.... (Sale Mariana, vestida de DOÑA ANGELA en la comedia.)

MARIANA

¡Es un falso testimonio! Fué sin querer, al abrir la puerta de mi cuarto. – Ya os lo habrá dicho Vivar, que habrá ido á consolaros.....

CATALINA

Vivar no me ha dicho nada..... ni Vivar viene á mi cuarto..... ¿Entendéis? – ¡Pues! Y yo también lo entiendo, y por eso es todo.

LOPE

¡Ay que son celos!, ¡y se van á arañar!.... ¡Ay mi comedia! (Sale Vivar, vestido de FELICIANO en la comedia.)

VIVAR

Aquí está Vivar..... ¿Qué es lo que ha dicho Vivar?

MARIANA, á Vivar, con celos.

Estabais en el cuarto de Catalina. ¡Falso!

VIVAR, aparte.

No es cierto.

MARIANA, aparte.

¿Pues dónde?, ¿pues dónde?

RIQUELME

Pero, señores...., que van á dar las tres..... Vaya cada uno á su puesto. – ¡Y esta María de Argüello!.... (Sale María de Argüello, vestida de LISARDA para la comedia.)

MARÍA

¿Cuándo ha hecho falta María de Argüello? – Por mí se puede empezar.

CATALINA, á María.

Si tenéis el faldero en vuestro cuarto, cuidad no salga, que esta tarde por aquí pagan perros por galanes.

MARÍA

Ya me lo ha dicho Vivar.

MARIANA, aparte á Vivar.

¡Hola!.... ¿Estabais en el cuarto de María?

VIVAR

No tal.

MARÍA, aparte á Vivar.

¿Conque á Mariana y á Catalina?.... No volváis á mirarme.

VIVAR

¡Pero, María!

MARIANA, acongojada.

Riquelme.. .. ¡Ay!... ¡que suspendan la comedia!.... yo me pongo mala.

RIQUELME

¡Mariana!.... ¡hija!....

MARÍA, con despecho.

¡Que me traigan la silla!....

RIQUELME

¡María de mis pecados!....

CATALINA, dando voces.

¡A casa, á casa!

BASURTO, lamentándose.

¡No viene un sacamuelas!.... (Sale el alguacil por el foro.)

ALGUACIL

Señor Riquelme, si no se alza la cortina, diez ducados de multa.

RIQUELME

Que pagarán los que no estén en su puesto. (Todos á un tiempo empiezan á recitar en tono de estudio los primeros versos de su papel, que tienen en la mano.)

LOPE

Deus ex machina!.... El corchete serenó la tempestad. – Decid á su señoría de mi parte que se va á dar principio á la comedia.

ALGUACIL

El señor alcalde os ruega, Frey Lope, que honréis un asiento en su balcón.

LOPE

Decidle que le beso las manos, y que yo seré el honrado. (Vase el alguacil.) Hijos, á vuestros puestos: el arte nos llama. ¡La gloria nos espera! Por dos horas vamos á olvidarlo todo: unas los celos, otro el desaire ..., ésta el pisotón de *Psiquis*....,

aquél el dolor de muelas..... ¡y yo mis setenta años! – La comedia necesita de vosotros. No olvidéis lo que os he encargado:

A vos ternura, María;
A vos, Mariana, nobleza;
A vos, Vivar, gentileza;
A estos dos, bellaquería.
(Por Catalina y Basurto.)
A vos..... Dejad que me ría;
(A Olmedo.)
A vos, ¿qué os he de encargar? –
Hijos, adentro, á empezar.
Habládmela bien, os ruego;
Que el público os dará luego
El premio del bien hablar.

(Retíranse todos, y cae el telón. – Tocada la sinfonía, vuelve á alzarse, y se representa la comedia, al fin de la cual entra la segunda parte de la FANTASÍA como á continuación se expresa.)

SEGUNDA PARTE

DON JUAN DE ESPINA, Ó EL HORÓSCOPO DE LOPE

PERSONAS

Todas las de la primera parte; y además DON FRANCISCO DE QUEVEDO y DON JUAN DE ESPINA

(Dichos los últimos versos de la comedia, el telón cae hasta la mitad de su altura: así permanece un momento, y vuelve á subir muy lentamente, mientras el siguiente diálogo:)

Sale por el foro LOPE, acompañado de los que no están en escena al acabar la comedia.

LOS QUE LLEGAN

¡Aquí viene!

TODOS

¡Vítor, Lope! (Le rodean y felicitan con gran entusiasmo.)

LOPE

¡Bien, hijos, bien!

OLMEDO

¿Estáis contento?

LOPE

¡Muy contento! Todos habéis cumplido mis esperanzas. – ¿No es verdad que el arte es una cosa celestial?.... ¡Ved lo que nos pasa ahora!.... Miraos unos á otros.....Miradme á mí..... ¡El fuego del entusiasmo brota por nuestro ser!.... ¡Mirad á Olmedo!....

OLMEDO

Dejadme..... dejadme besar esa mano que empuña todavía fuerte y robusta el

cetro de la poesía. – ¡Arte divino!.... Él es consuelo de las penas, medicina de los males..... Con su contacto mágico todo lo sana, todo lo purifica.....

TODOS

¡Todo! ¡todo!

OLMEDO

Mirad...., mirad su poder. Las que eran rivales olvidan sus celos y se abrazan..... (Las tres actrices se abrazan.)

MARÍA

¡Amigas y compañeras!....

MARIANA

Con toda mi alma.....

CATALINA

Con todo mi corazón.

VIVAR, á ellas.

¿Y sin rencor para mí?

LAS TRES, dando las manos á Vivar.

Sin rencor.

BASURTO

Hasta mi muela..... ¡no sé qué ha sido de ella!....

OLMEDO

El oro de los versos os la ha curado.

RIQUELME

¡Sois nuestro salvador! Lo menos á parte y media tocamos esta semana.

BENITO, desde el fondo.

Por aquí, caballeros. Si buscáis á Frey Lope, allí le tenéis. (Salen por el foro don Francisco de Quevedo y don Juan de Espina.)

QUEVEDO

Lope, recibid mi parabién.

LOPE

Quevedo amigo, y vos mis brazos.

QUEVEDO

Y el de este caballero, que desea estrechar vuestra mano

LOPE

Me honra con ese deseo.

QUEVEDO

Oid quién es, y no os cause espanto.

ESPINA

Dejad las bromas, Quevedo.

QUEVEDO

¡Cómo bromas! Vive Dios, que si dudáis del efecto que causa vuestro nombre, que vais á convenceros de ello ahora mismo. – Acercaos, amigos...., acercaos..... y encomiéndese cada cual al santo que sea más de su devoción. – El caballero que está presente se llama don Juan de Espina.

TODOS, menos Lope y Olmedo.

¡Jesús!.... ¡El mágico! (Se alejan con espanto.)

LOPE, OLMEDO, acercándose á él.

¡Don Juan de Espina!

QUEVEDO, riendo.

¿Lo estáis viendo?

ESPINA

¡Pero es creible que de tal manera se propague esa opinión! Señores, por Dios trino y uno, que soy tan cristiano viejo como el que más. No deis crédito á esas patrañas, en la forma que las cuenta el vulgo. Miradme: soy de carne y hueso como los demás mortales.

CATALINA, á sus amigas.

¿Será eso verdad?

MARÍA

Su acento me tranquiliza.

MARIANA

Y en cuanto á persona, no es mal mozo.

QUEVEDO

¡Es cierto! Y estas damas pueden cerciorarse de ello, si gustan...., no más que con acercarse. (Las damas se acercan poco á poco.)

ESPINA

Mi afición á las ciencias y á las artes me ha hecho estudiarlas hasta profundizar en sus arcanos. La física ha sido mi ocupación predilecta, y algo se me alcanza de *astrología judiciaria*. De aquí sin duda ha tomado origen esa voz que me acusa de mágico, de nigromante..... ¡qué sé yo!.... hasta de tener pacto con Satanás. (Se ríe.)

QUEVEDO

¡Ave María! (Todos se santiguan.)

RIQUELME

¿Conque no es cierto? — Pues lo de mágico, todo el mundo lo cree.

QUEVEDO

Pero es mágica *blanca*, que es cosa muy distinta.....

RIQUELME

¿De la *negra?*....

QUEVEDO

Se entiende. Esa, esa es la mala; que la otra.....

ESPINA

¿Pensáis que si lo que el vulgo dice de mí fuera cierto, no me hubiera ya pedido cuenta de ello el *Santo Oficio?*

LOPE

Os confieso que en ocasiones lo he temido.

QUEVEDO

Es que el vulgo, amigo Lope, va más allá que el *Santo Oficio*, y quizá le moteja de laxo porque no le ha tostado ya.

LOPE

Dicen, señor don Juan, que sabéis *alzar figura.*

TODOS

¡Alzar figura!....

ESPINA

Llámase así en *Astrología* evocar la presencia de un ser ausente, ó que ya no existe, ó que no ha existido aún.

OLMEDO

¡Evocarla!.... Es decir, ¿ponerla delante? ¿En forma visible?

LOPE

¿Lo que no ha existido aún? ¿También lo venidero está sujeto á ese poder?

ESPINA

En ciertos casos, también lo venidero.

LOPE

¿En limitada distancia?

ESPINA

Sin límite alguno: hasta la consumación de los siglos.

LOPE

¡Lo venidero!.... ¡Ver lo venidero!....

OLMEDO

Leo en vuestro pensamiento, Frey Lope.. .

LOPE

¡Cómo!....

OLMEDO

Como que recuerdo lo que antes de la comedia me dijisteis aquí mismo.

LOPE

Sí..... sí..... Pero eso no es lícito creerlo..... ¡Eso sería sobrenatural!....

ESPINA

Os engañáis. Existen dentro del orden natural misterios que la ciencia no ha penetrado aún; pero que algunos comienzan á vislumbrar. Vendrá una generación que se ría de nuestra ignorancia.

LOPE

¿Y vos habéis penetrado algunos de ellos?

ESPINA

Creo que sí.

LOPE

¡Válgame Dios! – Y es posible. ¡Oh, sí; es posible!

QUEVEDO

Don Juan de Espina ha sido el asombro de Italia: allí no le huyen: ¡le admiran!

OLMEDO

Pues yo, señor don Juan...., y perdonad mi osadía, quiero haceros una súplica.

ESPINA

Olmedo, yo os estimo mucho por vuestro gran talento: la Talía española debe estar orgullosa de tan inspirado intérprete.....

OLMEDO

Me avergonzáis.

ESPINA

Hablad: ¿en qué puedo complaceros?

TODOS

¿Qué le irá á decir?

OLMEDO

Ved aquí, señor don Juan, que el príncipe de la poesía, el fénix de los ingenios, el gran Lope, que tenéis delante, siente en su alma un torcedor que le martiriza.

ESPINA, QUEVEDO

¡Lope!....

LOPE

¡Qué decís!....

OLMEDO

Lo que es cierto, lo que vos mismo me habéis dicho..... Sí, señor..... sí..... La voz poderosa de su ingenio le asegura que sus obras serán inmortales..... Su modesta virtud le hace temer que se hundan en el olvido. No hace mucho, aquí mismo, me decía con amargo abatimiento: «¿Qué será de las mil y más comedias que dejo escritas?.... ¿Qué será para mí la posteridad?»

ESPINA

¡Y lo duda!....

QUEVEDO

Es el único en España..... para ser único en todo.

OLMEDO

Pues bien; yo he leído ahora en su pensamiento..... Lope no sabe en este instante si cree ó no cree en esa ciencia que vos profesáis; pero crea ó no crea...., desea..... ambiciona..... – ¡no me lo niegue! – que le digáis su *horóscopo.*

TODOS

¡Su horóscopo!

LOPE

¡Olmedo!.... ¡Olmedo!.... Yo no debo creer.....

OLMEDO

Pues bien, oidlo..... y no lo creáis después.

ESPINA

Sí, Lope, yo leo también en vuestro semblante que es cierto lo que Olmedo dice; que os atormenta esa duda. Y pues no basta á tranquilizaros para el porvenir lo que veis al presente, esa aureola de gloria que os circunda, ese universal aplauso, ese delirio de entusiasmo con que no sólo España, sino Europa toda, levanta vuestro nombre á los cielos; yo me dirigiré á ellos.. .. yo preguntaré á los astros vuestro *horóscopo.*

TODOS, asombrados.

¡Jesús....! ¡Jesús!....

QUEVEDO

Desde aquí mismo: la noche ha cerrado ya.

OLMEDO

Y allí veis el patio de nuestro corral, que tiene por techumbre la bóveda de los cielos.

LOPE

¡Qué vais á hacer!....

ESPINA, mirando á los astros.

Sentaos. Traedle un sillón..... Las emociones pudieran afectarle.

(Acercan un sillón y le hacen sentar. QUEVEDO y OLMEDO se quedan á su lado; los demás se alejan un poco. Las tres damas forman un grupo, abrazándose y mirando con cierto terror. – ESPINA contemplando el cielo, y haciendo las pausas que se indican.)

El astro de *Lope* brilla con todo su esplendor. – ¡Mil y quinientas comedias! ¡Mil y quinientas!.... No más. – ¿El astro se apaga?.... No: es una nube que ha venido á cubrirlo..... ¡Nube muy negra! – En ella leo: *Siglo décimoctavo.* Ya va pasando. – ¿Vuelve á brillar el astro de *Lope?* No: no es él..... es otro..... es otra luz la que despide.....: luz de *cinco luceros*..... ¡hermosos, á fe mía!.... pero no es *Lope*..... no es *Lope.* – La nube pasó del todo, y el cielo se viste de nuevo resplandor, ¿Qué dice

allí? *Siglo décimonono.* – ¡Qué miran mis ojos! ¡Otra vez el astro, el astro con todos sus resplandores! – Todo lo penetro, todo lo veo..... – ¡Lope de Vega, no morirás! – Después de un siglo de olvido, vendrá otro de reparación; y en ese, la gloria de tu nombre se extenderá por el mundo. ¡España se llamará con orgullo tu madre! Madrid se envanecerá de ser tu cuna! Allí distingo un modesto recinto.... Es un teatro..... La muchedumbre se agolpa á sus puertas..... ¿Qué buscan? ¿Qué celebran? ¡Ah! ¡25 de noviembre de 1859!.... ¡El aniversario de tu nacimiento! – Lope: ¿quieres asistir á él?.... ¿Quieres verlo? Ahora, en este momento mismo, se canta un himno á tu gloria. – ¿Oyes?.... ¿Oyes esa lejana armonía? – Se han cerrado sus ojos; pero ve con los del alma. Su vista interior penetra ahora los siglos. – Llevadle, llevadle de aquí, donde la obscuridad le circunde, donde no haya luz que le hiera.

(Se llevan á LOPE dormido en el sillón: todos desaparecen silenciosos y asombrados. – Cuando D. Juan ha dicho: «¿Oyes esa lejana armonía?» ha empezado pianísimo el ritornelo del himno, que dura hasta la mutación.)

¡Misterioso poder de la ciencia! ¡Influjo celestial! Obedece á mi voluntad. Ven á mi voz. Presenta á los ojos del septuagenario moribundo el cuadro de su inmortalidad. Concede este galardón á su virtud, á su saber, á su genio. Transpórtalo á esa noche en que, después de tres siglos, un público entero clama con entusiasmo: ¡Gloria á *Lope de Vega!* ¡Gloria al padre del teatro español! (A un signo de D. Juan, se abre el foro y aparece el busto de LOPE DE VEGA entre resplandores. Durante el coro, desfilan los actores por delante de él, colocando en el pedestal coronas de laurel.)

La noche del estreno de esta obra, que fué el 25 de noviembre de 1859, terminado el himno, se recitaron los siguientes versos:

Tres siglos menos tres años
Hoy hace que al mundo vino
El ingenio peregrino,
Pasmo de propios y extraños.
Envuelta en humildes paños,
Obscura y pobre yacía
La castellana Talía:
Y él le tejió un manto de oro
Con el fecundo tesoro
De su rica fantasía.

Con él nuestra gloria empieza.
Él con su ingenio sublime
Al arte español imprime
El sello de su grandeza.
Absorta naturaleza,
Y rendida al propio instante,
Otro aborto semejante
Tarde á la tierra dará;
Porque descansando está
De aquel esfuerzo gigante.

En la celeste mansión
Donde tu espíritu vive,
Lope, esta ofrenda recibe
De entusiasta admiración.
Y pues de su postración
Hora es ya que se levante
El león de España arrogante (1),
Quiera el Dios de las victorias
Darnos para nuevas glorias
Nuevo *Lope* que las cante.

NOTA DEL AUTOR

Limitado por las calles de *Preciados*, de *Valverde* y del *Barco*, había un antiguo convento, llamado de los *Basilios*, en el cual, poco después de la supresión de las órdenes religiosas, se estableció un teatro. Ya no existe: el convento ha sido demolido recientemente, y en su solar se fabrican casas.

Ocurrióle á la compañía que trabajaba en aquel teatro el año de 1859 solemnizar el día 25 de noviembre, aniversario del natalicio de *Lope de Vega*, y me consultó el pensamiento, reclamando mi cooperación. Prestéme á ello, y con muy pocas alteraciones logré reducir á escena fija la linda comedia del *Fénix* de los ingenios, titulada *El premio del bien hablar;* para la cual compuse, en forma de *prólogo* y *epílogo*, esta *Fantasía dramática.*

Hízose la función, y el público la aplaudió con entusiasmo.

La *Fantasía* se ha repetido después varias veces, así en Madrid como en las provincias, para celebrar el aniversario de *Lope*.

Si se quiere representar con cualquier otra de sus comedias, puede hacerse, con las variaciones siguientes:

PRIMERA PARTE

Páginas 235 *y* 237, *etc.* – Donde dice: *El premio del bien hablar*, póngase el título de la comedia que vaya á hacerse.

Página 239. – En vez de lo que hay, dígase esto:

BENITO

¡Ay, señor Lope, que aún es tiempo! ¿No podríais atajarme esta salida? (Mostrándole el papel.)

LOPE

¿Cuál?

BENITO

Esta: ¡es tan desairada! – Aquí me la atajáis en un momento.

LOPE

¡Si ya van á empezar! No hay tiempo.

(1) Se preparaba la expedición á Africa.

Página 239.

BASURTO

¿Y cuándo? ¿y cómo? (Suprímase lo demás que dice.)

Página 242. – La décima final sustitúyase con esta:

Si haciendo vuestros papeles
Dais al auditorio gusto,
Con vosotros, como es justo,
Dividiré mis laureles.
Sed mis intérpretes fieles.
La orquesta da la señal:
A su puesto cada cual,
Hijos, y hacedlo de modo
Que clame el público todo:
«¡Vítor Lope y su corral!»

En la segunda parte no hay que variar nada.

LA TUMBA SALVADA

LOA

REPRESENTADA EN EL TEATRO DEL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID

Con motivo de la solemne traslación de los restos del príncipe de los poetas dramáticos españoles

DON PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

Amenazaba ruina la iglesia del *Salvador*, situada en la calle *Mayor*, esquina á la de *Luzón*, frente á la *plaza de la Villa*. Acordóse su demolición; y al estarla verificando, corrió la voz de que allí se hallaba enterrado nuestro gran *Calderón*. La piqueta oficial no se detenía por eso; y tuvieron que darse mucha prisa algunos amantes de las glorias patrias para llegar á tiempo de sacar de entre los escombros los huesos del inmortal poeta.

El día 18 de abril de 1841 se llevaron con gran solemnidad en un carro fúnebre al cementerio de la *Sacramental de San Nicolás*, donde quedaron colocados en un nicho, que para el efecto había sido destinado á perpetuidad por los individuos de aquella cofradía. – En el mismo nicho continúa.

Numerosísima fué la comitiva que acompañó el féretro, y compuesta de lo más distinguido que en artes, letras, ciencias y posición social encierra Madrid.

Por la noche se ejecutaron en todos los teatros comedias de aquel preclaro ingenio; y en el de aficionados que existía en el *Liceo* (sociedad *artística literaria* sostenida por contribución de sus socios) se representó *Casa con dos puertas* y esta *Loa*, que para aquella solemnidad compuse, y cuya música hizo el distinguido maestro D. Mariano Martín.

PERSONAS

LA IGNORANCIA. – EL TIEMPO. – EL INGENIO. – LA RELIGIÓN

Decoración de ruinas. – EL TIEMPO encadenado á los pies de LA IGNORANCIA, que tendrá corona y cetro.

(MÚSICA LÚGUBRE)

Encadenado el Tiempo
A mis plantas está:
Cetro mi mano ostenta,
Mi sien corona real.
¡Mortales, silencio,
Silencio guardad!

IGNORANCIA

¡Cuán dulce suena en mi oído
Ese lúgubre cantar,
Bostezo del negro infierno,
Con que adormece al mortal!
En vano á veces del cielo
Rara centella fugaz
A iluminar de los hombres
La obscura mente vendrá:
Mi helado soplo doquiera
Sabrá su lumbre apagar;
Ya de algún bárbaro pueblo,
Ya de algún rey suspicaz,
Moviendo el ánimo altivo
A romper y destrozar
Feroces los monumentos
Que elevó la antigüedad.
Así en Egipto, guiado
De mi influjo, el fiero Omar
Mi imperio afirmó sombrío;
Pues, por contraria al Corán,
La biblioteca abrasando

De Alejandría, en voraz
Incendio despareció
Toda la ciencia oriental.
Así también, revestida
Con el sagrado disfraz
De la pura fe, erigí
El tremendo tribunal
Que el pensamiento en sus hondos
Calabozos supo ahogar.
Y en fin, así encadenado,
¡Oh Tiempo!, á mis pies estás,
Y repite mis acentos
Diciendo el coro infernal...

CORO

Encadenado el Tiempo
A mis plantas está, etc.

TIEMPO

Pesa esta mano, y no en vano,
Sobre cuanto existe, sí;
Y pues tú existes, es llano
Que también pesa esta mano,
¡Oh Ignorancia!, sobre ti.
En balde á dura cadena
Tu ceguedad me condena;
Que tu imperio ha de acabar
Cuando acaben de pasar
Aquesos granos de arena.

IGNORANCIA

Con mi férreo cetro yo
Romperé el vil instrumento
Que mi fin simbolizó.
(Da furiosa con el cetro, sin poder tocar el reloj.)

TIEMPO

Dará tu cetro en el viento.

IGNORANCIA

¡Que no he de tocarlo!

TIEMPO

No.
Que ese instrumento que ves
Símbolo impalpable es,
Y él te dice que si hoy puesto
Estoy á tus pies, muy presto
Tú has de mirarte á mis pies.
¡Pues cómo! ¿Es tu orgullo tal
Y tan ciega tu demencia,
Que quieras ser inmortal,
Contra la ley natural
De toda mundana esencia?
Nada ha de librarse, no,
De esa ley que estableció
Dios en su arcano profundo:
Hasta un día señaló
En que ha de morir el mundo.

IGNORANCIA

Hasta entonces mi poder
Moverá á los hombres guerra;
Que si inmortal no he de ser,
Sabré al menos perecer
Cuando perezca la tierra.

TIEMPO

Te engañas: antes será;
Que más gallardo y lozano
A renacer luego va
El Ingenio que tu mano
Sepultó. – ¡Míralo ya!
(Música dulce. Una llamarada resplandece entre las ruinas: al disiparse, aparece, saliendo de su fuego, EL INGENIO.)
Destello refulgente
De la llama inmortal que el cielo alumbra,
Por quien la humana mente
A la región olímpica se encumbra;
Si la ignorancia pudo
Hundirte en las tinieblas, y desnudo,
Celeste Ingenio, de la luz divina
Que tu frente ilumina,
El hombre daba en vergonzosa calma
A los sentidos vida, muerte al alma;
Renace ya á mi voz: las alas tiende,
Vuela, los aires hiende,
Y lleva á todas partes
La antorcha de las ciencias y las artes.

INGENIO

Tiempo, que con recóndito poder,
El orbe todo dominando estás;
Que entre el dolor vagando y el placer,
Impasible á tu fin marchando vas;
Que hombres, tronos, riquezas, honras, ser,
Alzas, hundes, repartes, quitas, das;

De cuanto existe eterno animador,
Y de tus mismas obras destructor:
Hora es ya que con ímpetu viril
Rompas el cetro á la Ignorancia audaz,
Que en negra obscuridad por siglos mil
Cubrió del mundo la tendida faz.
Hora es ya que pincel, lira y buril,
Bellas ramas del árbol de la paz,
En lienzo, en son, en bronce, eternos den
Gloria á mi nombre, lauros á mi sien.
Yo haré del Alpe al Etna resonar
Segunda vez los cantos de Marón:
Yo encenderé desde Pirene al mar
El fuego de Rioja y de León:
Yo haré en su misma tumba germinar
Las cenizas del grande CALDERÓN...

TIEMPO

Detente ya; que pues su nombre oí,
A obedecerme vas: escucha.

INGENIO

Di.

TIEMPO

En el recinto famoso
De la coronada villa
Que con humilde susurro
Manzanares acaricia,
Y á quien hizo, el que dos puentes
Enormes le puso encima,
Que dos sarcasmos de piedra
Tuviera siempre á la vista:
En aquella corte, esfera
Donde con llama benigna
De la SEGUNDA ISABELA
El sol refulgente brilla:
Cercano al famoso sitio
A quien llamó la morisma
La Almudena, y hoy es templo
De la sagrada María;
Otro templo más humilde
Verás, que frontero mira
A la torre que aún recuerda
Los laureles de Pavía (1).
El Salvador es llamado;
Caduca fábrica antigua,
Que ya á mi peso se rinde
Y va á desplomarse en ruinas.
Allí en el rincón obscuro
De solitaria capilla,
Que con trémulos reflejos
Una lámpara ilumina,
Hay un sepulcro, que nadie
Por lo modesto diría
Que encierra en su helado centro
De alto varón las reliquias.
No pórfidos lo sustentan,
Ni alabastros lo cobijan,
Ni sobre él descuella mármol
Quien yace dentro ceniza.
Mas allí los restos yacen
Del claro ingenio que un día
A España admiró, y ahora
A España y al mundo admira.
Del que á su placer moviendo,
Ora al llanto, ora á la risa,
Desde el celoso TETRARCA
Al JARDÍN DE FALERINA
Agotó cuantos donaires,
Cuantos conceptos la rica
Habla castellana ofrece
A la hermosa poesía:
Del que noble por alcurnia
(Como en su pecho lo indica
Del santo patrón de España
Grabada la roja insignia),
A la nobleza heredada
Supo juntar la adquirida,
Inspirando en dulces versos
Amor puro, amistad fina,
Orgullo sin vanidad,
Emulación sin envidia,
Honor, lealtad y firmeza,
Discreción y valentía.
Y en fin, ¿para qué me canso
Cuando basta que te diga:
CALDERÓN, que en este nombre
Todo lo grande se cifra?
Más de treinta lustros son
Que yace allí; y se aproxima
El instante en que, cediendo
A su pesadumbre misma,
La bóveda se desplome,
Que en sus cimientos vacila,
Y la ilustre tumba quede

(1) La torre de los *Lujanes*, en la *plaza de la Villa*.

Entre escombros confundida.
Si impedir quieres que de ese
Torpe olvido la ignominia
Caiga sobre la presente
Generación, parte aprisa;
Que en Madrid hallarás almas
Generosas, que á porfía
Sepan dar al gran poeta
Tumba de su nombre digna.

INGENIO

Antes que el golpe descargues,
Rayo seré que divida
Los aires, y á la alta empresa
Mueva la corte y la villa.

(Al son de una música agitada, una nube de vapor envuelve al INGENIO, y desaparece. LA IGNORANCIA vuelve de su letargo con movimientos convulsivos.)

IGNORANCIA

¡Ah! ¡Qué escucho!.. ¡Pese á mí!
¡A su fin mi imperio toca!
Mentida esperanza loca,
¿Por qué me halagaste así?
Ya raudo el Ingenio hiende
Sobre las alas ligeras
De los vientos las esferas,
Y á los mortales desciende.
Mas no importa: su inconstancia
Dilatará mi agonía;
Que no perece en un día
El reino de la Ignorancia.
Y en tanto, pues el poder
Que el cielo te dió no es tal
Que del curso natural
Puedas la ley suspender,
Y el edificio que encierra
Esos restos, muy en breve,
A tu mismo impulso debe
Igualarse con la tierra;
Yo haré que sordo al clamor
Del Ingenio el hombre sea,
Y en calma estúpida vea
Su cercano deshonor,
Sin que ninguno en sus hombros
La tumba mísera tome;
Y que el templo se desplome
Y la esconda en sus escombros.

TIEMPO

Pasa la arena veloz,
Y ya cercana contemplo
La ruina del santo templo,
¡Y aún no se escucha una voz!
¿Será que el letal beleño
Que la Ignorancia esparcía
Te adormezca todavía,
¡Oh Madrid!, en torpe sueño?
¿Será en vano que rasgando
La venda que te cegaba,
Y de tu cerviz esclava
El férreo yugo arrancando,
El ardiente patriotismo
De tus hijos despertase,
Para que de ti arrojase
El monstruo del fanatismo?
Tú que en la futura edad
Mostrarte quieres ufana
Con la pompa soberana
De tu antigua majestad,
¿Será que ignores la gloria
Que da á las cultas naciones
De sus ilustres varones
Saber honrar la memoria?

(Pausa.)

¡Hondo silencio domina!..
¡Cruje el templo vacilante!..
¡La arena pasa! – ¡El instante
Llega ya de su ruina!

IGNORANCIA

¡Llega, sí!.. Tu vano ardid
No me arranca este trofeo;
Que ya el templo hundirse veo...
Y no responde Madrid.

TIEMPO

¡Tanto cede á tus engaños'.
¡Tanto tu poder se arraiga!

IGNORANCIA

¿Quieres que en un día caiga
Imperio de tantos años?

TIEMPO

¿Y tú, Ingenio, no has de hallar
Un corazón?..

IGNORANCIA

No le halla.
¿Oyes?.. ¿Oyes? – Madrid calla;
¡Y el instante va á llegar!
¡Ah! ¡Llegue presto! – Salid
Veloces, granos de arena:
¡Pasad!.. ¡caed!.. – Mas ¿qué suena?..

TIEMPO

¡Ah!.. ¡Ya responde Madrid!
(Música dulce y lejana.)

CORO, distante.

Venid, madrileños,
Venid á mi voz:
Salvemos la tumba
Del gran CALDERON.

IGNORANCIA

¡Huid, madrileños!
Despreciad la voz
Que intenta halagaros
Con vana ilusión.
¿Qué os importa, amigos,
Que perezca ó no
La tumba de un hombre
Que á lances de amor,
A usadas intrigas
De pobre invención,
A fútiles versos
Su ingenio aplicó? –
¡Oh! ¡cuán perezoso
Camina el reloj!

TIEMPO

El concurso acude
Cada vez mayor,
Y al templo dirige
Su paso veloz.....

CORO, de más voces y m s cerca.

Salvemos la tumba
Del gran CALDERON:
Salvemos al padre
Del drama español.

IGNORANCIA

¡Oh rabia! – Teneos;
Que insultáis á Dios,
Consagrando á un hombre
La ardiente ovación
Que sólo es debida
Al sumo Hacedor!
Cercano el instante
Señala el reloj.

TIEMPO

¡Ya Madrid entero
Al templo llegó!

CORO, mayor y aún más cerca.

Entremos, salvemos
De vil deshonor
La tumba gloriosa
Del gran CALDERÓN.

IGNORANCIA

¡Oh! ¡pese al infierno!
¡Desoyen mi voz!
Mas ¡ay! aún es tiempo
De que triunfe yo....
¡Los últimos granos,
Los últimos son!..
¡Ya llegó la hora!..
(Campanada.)
¡El templo se hundió!
(Gran ruido de desplomarse un edificio.)

TIEMPO

¡Salvóse la tumba
Del gran CALDERÓN!

(Descúbrese en el foro un magnífico templo, en cuyo centro se eleva el sepulcro de Calderón, con su retrato ó busto, iluminado todo de un vivo resplandor. Al pie del sepulcro está LA RELIGIÓN: á sus pies EL INGENIO adorándola. Al mismo tiempo que esto aparece, la corona y cetro de LA IGNORANCIA caen al suelo, y ella también á los pies del TIEMPO que le ha echado encima las cadenas, y amagándola con la segur, le señala el sepulcro. Música brillante.)

CORO

Madrid generoso
La tumba salvó
Del ínclito padre
Del drama español.
Rindamos honor
Al poeta que admira la tierra,
Al genio sublime del gran CALDERÓN.

RELIGIÓN

La cristiana Religión
Te acoge en su templo santo
Y te cubre con su manto,
Tumba del sabio varón.
En esta augusta mansión,
Donde postrado el mortal
Adora al Ser eternal,
Descansa en tranquila calma,
Como descansa su alma
En la mansión celestial.

(Dirigiéndose á LA IGNORANCIA.)

Y tú, aborto del abismo,
Que hiciste al mundo temblar
Mostrándole en mi lugar
El monstruo del fanatismo:
Ya del largo parasismo
En que sepultado fué
Despierta el hombre, y me ve
En mi forma verdadera,
Sin más puñales ni hoguera
Que la esperanza y la fe.
En estos dones me fundo:
Que con la fe y la esperanza
Gloria en los cielos se alcanza
Y también gloria en el mundo.
Que sin el celo profundo
Que da la fe al corazón,
Sin el punzante aguijón
De la esperanza de nombre,
No hallara en su pecho el hombre
El fuego de inspiración.
De esa inspiración divina,
Rayo de lumbre fulgente,
Que purifica la mente
Y á los cielos la avecina:
No de la que el alma inclina,
Satánica inspiración,
A romper de la razón
Y de la virtud el freno
Y á revolcarse en el cieno
De su indómita pasión.
Ingenios de España, huid
Esa inspiración bastarda,
Y del que esa tumba guarda
El alto ejemplo seguid.
No siempre en amarga lid
Rendido el hombre sucumba,
Si el vicio en torno retumba;
No le pintéis despeñado
Y, de Dios abandonado,
Buscando amparo en la tumba.
No será: que al contemplar
Ese pueblo que á porfía
En este solemne día
Sabe las letras honrar;
Puedes, ¡oh España!, exclamar:
«Alzo mi frente serena
Y espero, de gozo llena,
Que tendrán con nuevo brillo,
La pintura otro MURILLO,
Y otro CALDERÓN la escena.»

CORO

Madrid generoso
La tumba salvó
Del ínclito padre
Del drama español.
Rindamos honor
Al poeta que admira la tierra,
Al genio sublime del gran CALDERÓN.

PARTE LÍRICA

A DON ALBERTO LISTA

EN SUS DIAS

ODA

Del blando lecho de *Titón* hermoso
La sonrosada Aurora
Gallarda se lanzó: rauda traspasa,
Precursora del astro refulgente,
Los piélagos de Tetis,
Y á los campos llegó que riega el Betis.

Oye la lira y el cantar sonoro
Del inmortal *Fileno* (1),
Que la *inocencia* lamentó *perdida;*
El vuelo enfrena, y al felice vate
Que admiración inspira,
«¿Qué cantas, dice, en la templada lira?

¿Segunda vez, acaso, la inocencia,
De la tierra alejada
Lamentas, ó de nuevo el fiero trono
Que la superstición erige altiva
Y el negro fanatismo
Lanzas á la mansión del hondo abismo?» –

(1) *Reinoso*, autor del poema *La Inocencia perdida;* compañero y amigo de Lista.

«No, le responde el vate, interrumpiendo
Su dulcísimo canto:
El fiero monstruo que mi voz hundiera,
Para siempre le hundió: la virtud pura
A la tierra tornada,
Tiene en ella por fin digna morada.

Que Anfriso nace; y la virtud sublime,
La cándida inocencia
Fugitivas doquier, buscando errantes
Asilo do morar, vieron su pecho
Y en su pecho anidaron,
Y virtud é inocencia le inspiraron.

Este día feliz, cuyos albores,
Bella Aurora, derramas,
Le vió nacer: el caudaloso Betis,
Torciendo ufano su corriente pura,
Besar la cuna quiso
Do reposaba el envidiado Anfriso;

Y la orgullosa frente levantando,
De laurel coronada,
Al sacro *Tajo*, al rápido *Garona*,
Y al *Ródano* y al *Po* y al *Manzanares*
La vista audaz tendía,
Clamando ufano: «¡La victoria es mía!»

En su cándida mente el mismo Apolo
La ternura derrama
De Anacreón, y del sublime Horacio
La poderosa enérgica armonía;
Baja del Pindo y llega
Y su templada cítara le entrega.

Anfriso canta; y Píndaro y Horacio
Y cien vates y ciento
Cantan, y ceden al cantor del Betis,
Y la vencida cítara deponen;
Y el coro de Helicona
Su docta frente de laurel corona.

Ya las cuerdas hiriendo dulcemente,
Las blandas guerras canta
De la madre de amor; ya mas robusta
La voz engrandeciendo, tu salida,
Del día precursora,
Mensajera del Sol, celeste Aurora.

Canta *la tolerancia* (1), y á sus ecos
La espelunca horrorosa
Crugiendo se desploma, y sus ruinas
Y sus ministros bárbaros consume
La hoguera aborrecida
En su seno por siglos encendida.

Pregunta al justo quién el dulce encanto
De la virtud divina
En su pecho inspiró: pregunta al malo
Quién su maldad impávido combate;
Pregunta á los pastores
Si amores sienten cuando canta amores.

A mi pecho pregunta, do se anida
Inextinguible fuego
De sagrada amistad. Sí, caro *Anfriso*,
Tuya es mi voz, mi dulce risa tuya,
Tuyo mi triste llanto.
Mi voz remedo informe de tu canto.»

Dijo *Fileno;* y con el plectro de oro
Hirió la acorde lira;
Y en los senos del Betis cristalino
El canto resonó. La frente alzando
El Dios lo escucha atento:
Callan las aves: enmudece el viento

1823.

(1) Alude á la oda de *Lista* que lleva ese título.

AL REY DON FERNANDO VII

EN SU VUELTA Á MADRID, DESPUÉS DE PACIFICAR LA CATALUÑA

CANTO ÉPICO (1)

Hijos de Iberia: los que el muro alzado
Circunda invicto de la gran Sevilla:
Los que enfrena en su término sagrado
Del gaditano mar la ardiente orilla:
Noble gallego; cántabro esforzado:
Los que sustenta la feraz Castilla:
Mi voz por vuestros campos se dilate;
La lira pulse el inspirado vate.

No el sangriento laurel bañado en lloro,
Que orló la frente al vencedor de Jena,
Cantaré, ¡oh patria!, que mi lira de oro
Nunca entre horror y mortandad se suena.
No el brazo vengador que al torvo moro
Lanzó de Libia á la abrasada arena;
Ni al tremendo cañón de Navarino,
La rota entena, el abrasado lino.

Otro eternice su funesto nombre,
Cuando las lides y la muerte entona,
Y al escucharlo en el hogar se asombre,
Y al hijo estreche la infeliz matrona:
Jamás el hombre degollando al hombre
En los horrendos campos de Belona
A mi blando laúd fué digna hazaña:
Pueblos, yo canto al bienhechor de España.

(1) A fines del año de 1827, casi todo el campo de Cataluña se había sublevado y puesto en armas en sentido carlista. Promovió este levantamiento el partido teocrático, descontento de verse alejado de los consejos del rey, en quien á la sazón ejercía influencia la fracción realista más ilustrada y tolerante.

Dirigido por ella, marchó Fernando VII al Principado á ponerse al frente de las tropas que allí había; pero con una proclama que dió, en que prometía olvido y perdón, depusieron las armas los insurgentes, y todo quedó concluido.

El partido liberal miró este triunfo como suyo, y ya nos figurábamos tener conquistado al moca y divisar un horizonte color de rosa; así es que la entrada de *Fernando* en Madrid, de vuelta de su expedición, fué celebrada con verdadero entusiasmo.

El ayuntamiento dispuso magníficos festejos: arcos triunfales, danzas, fuegos, iluminaciones, toros, funciones alegóricas en los teatros. Ofició á *D. José María de Carnerero*, á *D. Manuel Bretón de los Herreros*, á *D. Juan Bautista Alonso* y á mí, pidiéndonos versos, que todos hicimos, y que imprimió en un cuaderno, con la relación circunstanciada de las fiestas.

La composición que yo envié fué el presente *Canto épico*.

Tú, numen tutelar del pueblo ibero;
Tú, domador de la morisma impía,
Que en la mezquita del alarbe fiero
Los pendones dejaste de María;
Tú, que á Fernando el áspero sendero
Mostrar supiste que al empíreo guía,
Tú me inspira, y mi voz al aire dando,
Cantaré las virtudes de Fernando.

A la sombra de un sauce reclinado,
Que retrata en su linfa Manzanares,
Do en otro tiempo el corazón llagado
Se exhalaba en tristísimos cantares;
Al dulce olor del viento embalsamado,
Libre el pecho de bárbaros pesares,
El astro hermoso de la luz miraba,
Que á los mares atlánticos bajaba.

Entre celajes su encendida hoguera
Por el ancho horizonte se derrama,
Y al terminar la plácida carrera,
Templada brilla su fulgente llama:
El fuego inspirador mi pecho altera;
La voz se eleva, el corazón se inflama;
Y arrebatada vuela mi memoria
A los pasados siglos de la historia.

Miro á Régulo impávido marchando,
Entre el clamor de la llorosa plebe,
Donde el fiero sayón le está esperando
Y perecer entre tormentos debe:
A Aníbal miro con su hueste hollando
De las alpinas cumbres la honda nieve;
Y á un ejército entero haciendo frente
A Cocles miro en el cortado puente.

Vagaba así mi ardiente fantasía;
Y entre el bullir de las inquietas olas
Manzanares su frente descubría,
Coronada de juncos y amapolas;
En la siniestra mano suspendía
El blasón de las armas españolas:
Así suena su voz; y humilde para
Su blando ruido la corriente clara.

«¿Por qué de Roma tu ofuscada mente
Hazañas busca en la remota historia?
¿Para asombrar á la futura gente
No basta acaso la española gloria?

Cuando virtud y honor tu lira intente
Eternizar del mundo en la memoria,
Los campos corre de la madre España
Y cada monte te dirá una hazaña.

Tiende la vista á la encumbrada peña
Donde el Astur su independencia adora;
Mira de Cristo á la triunfante enseña
Despavorida la falange mora:
Mira humillada la soberbia isleña
Ante la ibera hueste vencedora:
El abatido orgullo de la Francia,
Los abrasados techos de Numancia.

Mas ¡ay! ¿qué grito de victoria suena
Al repetido herir del arpa de oro?
¿Por qué el ronco cañón súbito truena?
¿A quién celebra el matritense coro?
¿Oyes el himno que los aires llena?
¿Oyes del parche el retumbar sonoro,
Y en las torres del templo estremecido
El trémulo sonar del bronce herido?

Victoria clama al inmortal Fernando
La campiña en que el Ebro se derrama;
El clarín de la fama retumbando,
¡Gloria á Fernando! por los aires clama.
Llegó, miró, triunfó; pero triunfando,
No la venganza el corazón le inflama,
Que si humillarlos el monarca anhela,
También Amalia á perdonarlos vuela.

En el regazo de la paz amiga
La venturosa España reposaba;
El labrador descanso á su fatiga
En el hogar pacífico encontraba;
Con blando susurrar la rubia espiga
El inocente céfiro halagaba;
Y el libre arroyo, rápido saltando,
Iba las florecillas salpicando.

Truena indignada la tartárea roca,
Y envuelto lanza en encendida nube
Del negro Averno la escondida boca
Al triste mundo el infernal querube:
Muere la hierba que su planta toca;
El ronco ahullido hasta el empíreo sube;
Y vuela ardiendo en furibunda saña
A los campos católicos de España.

De su fétido aliento el soplo inmundo
Los catalanes campos infestando,
Vierte el veneno que abortó el profundo
En corazones que rigió Fernando.
Guerra declara al angustiado mundo:
Fiero convoca el seducido bando:
Su voz envuelta en macilenta llama,
¡Victoria al Orco! enronquecida clama.

Su voz retumba en la celeste almena,
Do resplandece el serafín armado:
En la diestra del Dios que el mundo truena
El rayo vengador bulle indignado.
No á quebrantar la bárbara cadena
Vuela otra vez el escuadrón alado:
Tú, Fernando, serás, dijo el Eterno;
Y temblaron las huestes del Averno.

Entre los brazos de su dulce esposa,
Fernando oyó la voluntad del cielo:
Al campo va, y Amalia congojosa
En llanto de dolor inunda el suelo.
«Marcha, le dice, y de la paz hermosa
Torna á la Iberia el bienhechor consuelo:
La verde oliva enlaza á tu corona:
Vuela, esposo, á triunfar; triunfa y perdona.»

No armando el brazo de tajante acero
Hiere el bridón con bélico acicate:
No circundado de escuadrón guerrero
Lánzase airado al funeral combate:
Inerme y solo en el tumulto fiero
Su noble frente al sedicioso abate;
Y huye, la rabia inútil exhalando,
El infernal espíritu bramando.

Huella Fernando la extinguida tea,
Y el rayo de la paz brilla más puro;
Ni en sangre tinta la campaña humea,
Ni ostenta escombros de rompido muro.
El pendón de concordia al aire ondea,
Al ronco retumbar del bronce duro;
Y entre el rumor de armónicos cantares
Torna Fernando á sus augustos lares.

Por contemplar su rostro soberano,
¡Cuál corre el pueblo con ardiente anhelo
Y en sus trémulos brazos el anciano
Alza gozoso al tierno nietezuelo!..

Pulsa el laúd; que si el acento humano
A tanto puede remontar su vuelo,
Tu canto, por la fama conducido,
Vencerá las injurias del olvido.

Yo cantaré mientras la mente mía
El soplo celestial fecundo inflame
Y el puro rayo del luciente día
En mí su influjo inspirador derrame.
Por cuanto el claro sol su luz envía,
Tu triunfo, ¡oh rey!, el universo aclame:
Tú enjugaste de Iberia el triste llanto:
Tuya es mi débil voz; tuyo mi canto.

Tú, dulce Amalia, de virtud modelo;
Tú, del pueblo español amparo y guía,
A quien su lumbre inspiradora el cielo
Y su arpa de oro el serafín confía;
Si de tu voz el remontado vuelo
Seguir intenta osada la voz mía,
Grato será á tu pecho generoso;
Que glorias canto de tu dulce esposo.

A ti, padre del pueblo que te adora,
Lleguen los ecos de mi humilde lira;
Y mi voz de los siglos vencedora
Será, gran rey, si tu virtud me inspira.
Ya del ocaso á la radiante aurora
La ilustre gloria de tu nombre gira:
Ya por los aires resonar se escucha:
«¡Gloria inmortal al que venció sin lucha!»

Agosto de 1828.

CANTATA EPITALÁMICA

EN LAS BODAS DE FILENA

AMOR, HIMENEO

AMOR

Numen que el mundo adora y aborrece,
Himeneo tirano,
Destructor inhumano
De la hermosura que mi imperio ofrece,
¿Qué te conduce aquí? ¿Tornas de nuevo
Con tu falaz promesa
De falsas alegrías,
De caducos placeres,
Y de las ninfas mías
La más hermosa arrebatarme quieres?

Alado cefirillo,
Yo haré que eternas, espirando olores,
Vivan las gayas flores
De ese pensil donde contento vagas,
Si vuelas hoy al bárbaro Himeneo
Y el ala bates y la antorcha apagas
Que entre sus manos agitarse veo.

Terrible Dios, ¡piedad! Esa *Filena*
Es la columna del imperio mío:
Su palpitante pecho es la azucena
Donde oculto me río
Acechando rebeldes corazones
Que hieren mis arpones
Y rindo por despojos
A la celeste lumbre de sus ojos.

¿Has visto al huracán enfurecido,
Que con bramido ronco
En el vergel florido
Abate el verde tronco
Que sustentaba ufano
Tres hermosos claveles?
Pues tú, numen tirano,
Tú eres el huracán de mis vergeles,
Tú destrozas mis flores,
Tú dejas ¡ay! el mundo sin amores.

Tente, importuna Aurora,
Funesta precursora
Del malhadado día;
Tente, no alumbres la desdicha mía.
Contempla de tu esposa,
Feliz *Titón*, la cándida hermosura;
No permitas que parta presurosa,
Y con amantes lazos
Estréchala en tus brazos;
Nadie sus quejas alzará al Olimpo;
Que cuando asoma á la afligida tierra,
Su antorcha alumbra sólo
Rencor y llanto y dolo,
Y negro crimen, y sangrienta guerra.
¡Inútil demandar! Por el Oriente
La pérfida, anunciando el triste día,
Muestra su faz riente.
¡Oh desventura mía!
¡Es ella, sí!.. Ni escucha mis gemidos,
Ni le duele mi pena...
¡Lució! ¡Lució! – Funesto en mis oídos
El canto epitalámico resuena.
¡Adiós, crudo Himeneo!
Yo parto: vendrá un día
En que la ausencia mía
Despierte tu dolor.
Que nunca á tus esposos
Darás dulces instantes,
Si no los hace amantes
La flecha del Amor.

HIMENEO

Bellas ninfas del patrio Manzanares,
A Himeneo cantad. – La linda Aurora,
De los tranquilos mares desprendida,
Se alza al Olimpo ya, y al Dios del rayo
Del nuevo Sol anuncia la salida. –
¡Sol de himeneo, ven! Tu inmensa llama
Del enlace dichoso
Digna antorcha será: tu lumbre pura
Que el universo llena
Refleje de *Filena*
La cándida hermosura.
El *sí* pronuncia; y de carmín bañada
La nieve de su frente,
Dirige su mirada
Placentera, inocente,
Al esposo felice,
Y «tuya soy» le dice.

En sus amantes brazos se reclina,
Y al beso conyugal modesta ofrece
La púdica mejilla ruborosa,
Como al soplo del céfiro se mece
Sobre tallo gentil purpúrea rosa.
No apagues la pura llama
Que en su corazón ardía,
Si tú la victoria mía
Quieres, Amor, coronar.
Guarda benigno en su pecho
De tu dulce fuego un rayo,
Como alumbra el sol de mayo,
Que brilla sin abrasar.

AMOR

¿A qué me llamas? De tu triunfo goza,
Y gózate en mi duelo;
Que yo al regazo de mi madre vuelo.

HIMENEO

¡Yo en tu duelo gozar! ¡yo que mi triunfo
A coronar te llamo!
¿Qué es sin ti mi poder? ¿qué es Himeneo
Si en torno Amor no vuela?
¡Raudal fecundo que el invierno hiela! –
Mil veces de tus ninfas
Dispuse á mi placer; ¡en cuántos pechos
Arde la dulce llama
De conyugal amor, y de tu templo
Por siempre los robé! Nunca en tu rostro
El llanto ni la pena...

AMOR

¡Ay que no me robabas á *Filena!* –
El lindo pie de *Amira*,
Cuando en la danza volador giraba,
Un corazón me daba;
Los ojos de *Glicera*,
Cuando vivas centellas despedían,
Un pecho me rendían;
El cabello de *Lesbia*,
Cuando al soplo del céfiro ondeaba,
Un alma me entregaba;
Mas ¡ay! en mi *Filena*
El talle, el pie, los ojos, el cabello,
Todos eran arpones,
Todos me cautivaban corazones.
¡Tirano! ¡y tú me robas

La que más triunfos á mi imperio daba! –
¡Adiós! En esta encina
El arco inútil colgaré y la aljaba.
Yo parto: Amor ausente
La rosa virginal de su inocencia
No verá deshojar...

HIMENEO

Amor, detente.
Cuelga á tus hombros la dorada aljaba,
Vuelve á empuñar el arco omnipotente.
No cual ciego imaginas
Tu imperio feneció. La vista torna:
Mis ninfas peregrinas
Tus leyes obedecen,
Y á las agudas puntas de tus flechas
El inocente corazón ofrecen.
Y crecerá tu imperio. – De *Filena*
El escondido porvenir dudoso
Yo en las obscuras páginas he visto
Del destino inmutable y misterioso.
Larga prole de hermosas dar promete
A su materno amor: que tuyas sean;
Para ti crecerán, en hermosura
Iguales á *Filena*,
De candor, de virtud, de gracia ejemplo;
Y en sazonado fruto
Yo cien *Filenas* te daré en tributo
Por una sola que robé á tu templo.
Injusto dios vendado,
De este modo Himeneo
La ruina de tu imperio ha decretado.

¿Has visto al huracán enfurecido
Arrebatar bramando
La rosa nacarada,
Honor de la pradera,
Del ámbar perfumada
Aliento de la dulce primavera?
La roba, sí; mas por el blando suelo
Sus pétalos derrama,
Y al punto brota la fecunda tierra;
Y el campo engalanado
Así cien flores goza
Por una flor que el huracán destroza.

AMOR

¿Qué flor en mis vergeles
Igualará á la flor que tú me robas?

Mi poder acabó: rebelde el mundo
Burlará mi cadena.
Mortales, respirad: perdí á *Filena.*

HIMENEO

No la perdiste, Amor. – Si es tu deseo
Sólo flechar incautos corazones,
No la perdiste, Amor.

AMOR

¡Habla, Himeneo!

HIMENEO

Nuestro poder unamos
Y de *Filena* hermosa
El tormento y placer del mundo hagamos.
Yo su mirada artera,
Su sonrisa hechicera,
Su habla encantadora,
Su mano de marfil, su pie gallardo,
Te cedo desde ahora:
Sólo su corazón para mí guardo.
Escóndete en la nieve de su pecho,
Asesta tus arpones,
Cautiva corazones:
Cien amantes heridos
Adórenla rendidos;
Y á la virtud ligada
Por mágica cadena,
A su esposo no más ame *Filena.*

AMOR

Ven, hermano de Amor, ven á mis brazos.
¡Oh dicha inesperada!
¿Qué otra victoria á mi poder agrada?
Herir sin ser herida
Es de mis ninfas ley: ame en buen hora
A su feliz esposo;
Que á mí me basta, oculto entre los rizos
De su negro cabello,
O en los hoyuelos de su dulce risa,
Ostentar mi poder flechando el seno
De cien y cien amantes,
Que caigan delirantes
A sus plantas rendidos,
Y de amor y desdén á un tiempo heridos.

HIMENEO

¡Oh venturosa unión! – Llévense luego
Los vientos del olvido
La contienda fatal. – Amor, volemos;
Y el tálamo de rosas coronando,
El enlace feliz juntos cantemos.
Bajad, del sacro Olimpo
Alados moradores.

AMOR

El lecho orlad de flores,
Ministros del amor.

HIMENEO

Goce *Filena* hemosa
Perpetua primavera.

AMOR

Nunca su pecho hiera
La espina del dolor.

HIMENEO

Yo haré que en dulce dicha
Correr sus años mire.

AMOR

Yo haré que el orbe admire
Su mágica beldad...

HIMENEO

No perderá su talle
La esbelta gentileza.

AMOR

Triunfará su belleza
Del tiempo y de la edad.

EL POETA

Y tú perdona si mi humilde lira
Tu hermosura á cantar y la alta pompa
De tus ilustres bodas hoy se atreve.
Cese ya la ficción: no es á *Filena*
A quien mi canto suena:
A ti, *Señora*, que la noble frente
De majestad y de candor ceñida
Entre hermosuras tantas,
Gloria y adorno de Madrid, levantas,
Cual suele en la pradera

Cuando á la excelsa nube
Alto ciprés entre tomillos sube.
Tu frente, sí, tu frente á quien por alto
Misterioso decreto roba el cielo
La diadema esplendente
Que de tu grande abuelo
El Sabio Alfonso coronó la frente (1).
Mas qué digo, insensato. – ¿Acaso pudo
El imperio arrancarte? –
Natura te le da. – Mira á tus plantas –
Si la sangre real hierve en tus venas
Y te agradan despojos –
Cuantos te ven, vasallos de tus ojos.

(1) La novia era doña Josefa de la Cerda y Palafox, hoy condesa de Oñate.

IMITACIÓN DE LOS SALMOS

¡Ay! No vuelvas, Señor, tu rostro airado
A un pecador contrito.
Ya abandoné, de lágrimas bañado,
La senda del delito.

Y en ti, humilde, ¡oh mi Dios!, la vista clavo,
Y me aterra tu ceño;
Como fija sus ojos el esclavo
En la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta tu esfera
Se alzó mi orgullo ciego,
Y cayó aniquilado cual la cera
Junto al ardiente fuego.

Si en profano laúd lanzó mi boca
Torpes himnos al viento,
Yo estrellaré, Señor, contra una roca
El impuro instrumento.

Levántate del polvo, arpa sagrada
Henchida de armonía.
Y tú, por el perdón purificada,
Levántate, alma mía.

Y yo también al despuntar la aurora,
Y por el ancho mundo
Cantemos de la diestra vengadora
El poder sin segundo.

Te cantaré, ¡oh mi Dios!, cuando te plugo
Bajo tu amparo y guía
A Israel acoger, que bajo el yugo
De Faraón gemía.

Del tirano en el pecho diamantino
Pusiste fiero espanto.
Tembló: tu brazo conoció divino;
Soltó tú pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena
Ancha senda le ofrece:
Síguelo Faraón... – La mar serena
Lo traga, y desparece.

Viólo el Jordán, y huyó: monte y collado,
Cual tierno corderillo,
Saltaron de placer: el risco alzado,
Cual suelto cabritillo.

¡Oh mar! ¿Por qué tus aguas dividiste
Y á Faraón tragaste?
¿Por qué, humilde Jordán, retrocediste?
Monte, ¿por qué saltaste?

Ante el Dios de Jacob tembló la tierra;
Las trompetas sonaron;
Paróse el sol, y *Gabaón* se aterra;
¡Y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, Señor, de piedra dura
Agua en mansa corriente,
Y aplacó de tu pueblo su dulzura
Allí la sed ardiente.

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:
Acompañe la cítara tu canto,
Y el tímpano sonoro.»

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,
Osado el marinero,
Y pide al polo el que la mar le niega
Ya borrado sendero.

Huye á tu voz el céfiro suave;
Y el hondo mar turbando
Cruzan los vientos, y la triste nave
Combaten rebramando.

Ya sube al firmamento, ya desciende
Al abismo horroroso;
Ruge el trueno: veloz el aire hiende
Tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacado
Lo miras con ternura. –
El vendaval es céfiro: el hinchado
Mar, tranquila llanura.

«Canta, Isabel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:
Acompañe la cítara tu canto,
Y el tímpano sonoro.»

Los tiranos del mundo en liga impía
Para el mal se adunaron,
Y á la incauta Israel: «¡Dios nos envía!»
Desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «Fiera lucha
Al justo renovemos:
Blasfememos, que Dios no nos escucha:
Dios no ve: degollemos.» –

Dijeron, y no son. – Su raza impía
Cual humo se deshizo. –
¿No oirá quien dió el oído? ¿No vería
El que los ojos hizo?

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:
Acompañe la cítara tu canto,
Y el tímpano sonoro.»

Los impios que tus casas allanaron
De uno al otro horizonte,
Y con hachas sus puertas destrozaron
Como leña del monte;

Los fuertes, que se alzaban cual montaña
Que á las nubes se eleva,
Desparecieron como débil caña
Que el huracán se lleva.

Los robustos de *Edón* y los tiranos
De *Moab* ¿qué se hicieron?
El Señor los miró, y abrió sus manos,
¡Y al abismo se hundieron!

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:
Acompañe la cítara tu canto,
Y el tímpano sonoro.»

1826.

EL CANTO DE LA ESPOSA

(Imitación del *Cantar de los cantares.*)

Ven á tu huerto, Amado;
Que el árbol con su fruto te convida,
Y el céfiro callado
Espera tu venida:
Tú al céfiro y al huerto das la vida.

La aurora nacarada
Desdeña esquiva la purpúrea rosa,
A la tierra inclinada:
La abeja silenciosa
Ni en torno gira, ni en la flor se posa.

Ni á su consorte halaga
El ruiseñor, sin ti cantando amores;
Ni mariposa vaga
Entre las gayas flores,
Desplegando sus alas de colores.

Ven á tu huerto, Esposo;
Ven á gustar las sazonadas pomas
En mi seno amoroso;
Ven, que si tú no asomas,
Sin ti mi seno es huerto sin aromas.

Ven, que por ese prado
El sol ardiente tus mejillas tuesta:
Aquí el roble copado
Blanda sombra nos presta,
Y en mi regazo pasarás la siesta.

Yo duermo en mi morada;
Mas del Esposo, el corazón velando,
Espera la llegada.
Ya oí su acento blando;
El Esposo á mi puerta está llamando.

EL ESPOSO

Abre, Esposa querida;
No te detengas, no, consuelo mío;
Abreme por tu vida;
Que yerto estoy de frío,
Mis cabellos cubiertos de rocío.

LA ESPOSA

¡Ay que el desnudo pecho
Temo al aire sacar, Esposo amado,
De mi caliente lecho!
¡Ay que el pie delicado
Temo llegar al pavimento helado!

Sus dedos el Esposo
Entró por los resquicios de la puerta:
A su tacto amoroso
Mi corazón despierta,
Y toda tiemblo avergonzada, incierta.

Alcéme presurosa
Para abrir al Esposo que esperaba,
Y mirra muy preciosa
Mi mano destilaba,
Que corrió por los gonces de la aldaba.

Mas el Esposo amado
No me esperaba, ¡ay triste!, y era ido
Celoso y despechado.
Mi acento dolorido
Llámale, y no responde á mi gemido.

Los guardas me encontraron
Que la ciudad custodian, y me hirieron,
Y el manto me quitaron,
Como sola me vieron,
Y ramerilla pobre me creyeron.

Doncellas de Judea,
Si por dicha encontráis mi fugitivo,
Decidle que no sea
Con su adorada esquivo,
Que ya morada y lecho le apercibo.

¿Conocéis por ventura,
Castas doncellas, á mi Esposo ausente?
Gallarda es su figura
Como el cedro eminente,
Y bruñido marfil su tersa frente.

Conoceréis quién sea,
Si al verle os encendéis con fuego vivo.
Doncellas de Judea,
Traedme al fugitivo;
Que amor y Esposa y lecho le apercibo.

1825.

VILLANCICOS

QUE SE CANTARON EN PALACIO LA NOCHEBUENA DE 1844

CORO

Al himno que los ángeles
Entonan en el cielo
Unamos nuestros cánticos
Desde el humilde suelo:
Cantad, cantad, mortales,
Al Niño Redentor.
Hossana al Unigénito
Que del celeste trono
Hoy baja á ser la víctima
Del mundanal encono.
Hossana al que desciende
En nombre del Señor.

COPLA QUE CANTÓ LA REINA ISABEL

Cual de remotos climas
Los reyes se acercaron
Y humildes adoraron
La cuna de Belén,
Permite que, depuestos
Corona, cetro y manto,
En tu pesebre santo
Te adore yo también.

COPLA QUE CANTÓ LA INFANTA LUISA, SU HERMANA

La estrella rutilante
Que al pueblo señalaba
La senda que guiaba
Al místico portal,
De la virtud cristiana
La senda me ilumine,
Y salva me encamine
Al reino celestial.

COPLA QUE CANTÓ LA REINA MADRE DOÑA MARÍA CRISTINA

A ti, que en esta noche,
Bañada en llanto tierno,
De dulce amor materno
Sentiste el vivo ardor,
Te ruego, ¡oh virgen Madre!,
Que el sacro manto extiendas
Sobre las caras prendas
De mi materno amor.

Á MIS AMIGOS

No muera, amigos, en el pecho helado
Tímido el fuego creador del genio:
Llega el momento en que la lira el libre
Cántico suene.

Ese que os hizo de abundante vena
Rico presente la deidad del Pindo,
No es vuestro sólo; de la patria es feudo:
Ella lo pide.

«¡Ay! ¡de la patria!.., preguntar os oigo:
¿Dó está la patria?.. Al corazón no llega
Del que contento en la cadena vive
Himno sonoro.

Francia que el trono de ignominia, alzado
De Waterlóo sobre los muertos héroes,
Fiero padrón de servidumbre indigna
Rompe y sepulta.

Francia en buen hora renacer la dulce
Lira contemple en que cantaba Horacio
Rotos al bote de romana lanza
Partos y Medos.

Goce al cantor de las *Mesenias* (1), goce,
Alfonso (2), tu gigante numen;
Píndaros tenga la que tiene tantos
Héroes cual hijos.

¡Ay de nosotros! – Sobre todos cruje
Látigo alzado déspota altanero,
Y hunde en el polvo y con la planta huella
Liras y leyes.» –

Sí; mas la Musa que inspiró el robusto
Son que la trompa eternizó de Herrera,
Cuando Lepanto enrojeció con turca
Sangre sus olas;

(1) Casimiro Delavigne.
(2) Lamartine.

Y la que tierna suspiró en Rioja,
La que del *Tormes* encantó las aguas,
Todas llorosas os demandan nuevas
Aras y culto.

«Jóvenes, dicen, á la dulce sombra
De ese laurel que vuestra frente anhela,
Santa amistad y poesía junten
Vates hermanos.

Harto las iras de belleza ingrata
Supo ablandar enamorado canto,
Y vuestra lira enguirnaldó de rosas
Alma ciprina.

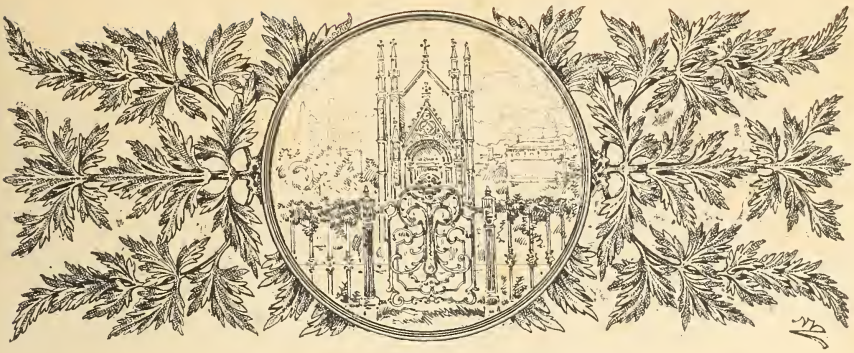
Otros acentos las Pimpleas aman,
Cuando despunta suspirada aurora;
Pruebe á lanzar el inflamado plectro
Ronca tirteida.

¿Veis? Ya Pirene de sus cumbres lanza
Hijos de Iberia que á salvarla vienen (1).
¿Veis? Ya el tirano en su caduco trono
Pálido tiembla.

¡Caros alumnos! A la nueva patria,
Ya desligada de servil coyunda,
Himnos de gloria y libertad la corva
Cítara ensaye.»

Madrid, 1830.

(1) La invasión de los liberales emigrados, capitaneada por *Mina* y *Valdés*.



AL EXCMO. SR. DUQUE DE FRIAS

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

ELEGÍA

¿Quién á mi frente ciñe
El funeral ciprés? ¿La destemplada
Lira de Young entre mis manos yertas
Quién viene á colocar? ¿Quién á mi pecho
Pide lúgubre canto?
¿Quién agolpa á mis párpados el llanto?

Santa amistad, perdona.
Si alguna vez á tu celeste influjo
Pude el canto ensayar, destellos eran
Del juvenil ardor: nunca del genio
La antorcha refulgente
Con su lumbre inmortal ardió en mi mente.

A tu demanda en vano
Llamo la inspiración: lágrimas sólo,
Lágrimas te daré. Si el llanto es digno
Tributo á la beldad que hundió en la tumba
La Parca devorante,
¡Ay! yo la lloraré: ¡que otro la cante!

A la hermosura, al alto
Ejemplo de virtud, dotes que unidas
Ve el mundo rara vez, ¿qué humano pecho
Niega su admiración? Hijos de Iberia,
Que el sacro Pindo inspira,
Piedad enmudeció: pulsad la lira.

Sonó el himno: *Barcino*,
Madrid, y el *Sena* y el *Adur* lo oyeron.

En el inerte mármol, en el mudo
Lienzo, al olvido de la tumba arranca
Su forma peregrina,
Su celeste beldad, arte divina.

¿Cuál es tu triunfo, oh muerte?
¿De tu falsa victoria cuál trofeo
Es el que arrastras al sepulcro? En vano
Allí tu triste víctima sepultas:
De tu centro profundo
Rayo consolador refleja al mundo.

Así después que cruza
Por el tendido cielo el sol radiante
Y en los abismos de la mar se esconde,
Melancólica, blanda, halagadora
Luz á la tierra envía,
Dulce recuerdo del ardiente día.

¡Lloras, mi dulce amigo! –
Llanto y no más á su memoria, estéril
Holocausto será: más alta ofrenda
Pide á tu amor: quien el consuelo hermoso
De la virtud ignore,
A su muerta beldad eterno llore.

No tú, que de los cielos
El numen recibiste que tu nombre
Hará inmortal, y lauros militares
Que tu diestra ganó, y en bien del pobre
Dones de la fortuna,
Y heredado blasón de ilustre cuna.

¿De labios más queridos
Oirlo quieres? Ven: allí se eleva
El gótico recinto: allí dirige
Tu planta: llega: sobre el fuerte quicio
Las cinceladas puertas
Por invisible impulso mira abiertas.

Traspasa los umbrales.
Lámpara funeral su tembloroso
Rayo refleja en el bruñido mármol
De ostentosos sepulcros: en su centro
Los restos venerables
Yacen de los antiguos condestables.

Mas tus inquietos ojos
Buscan la tumba de tu amor. – Escucha:
Sordo ruido en su profundo seno
Se deja percibir... Álzase en ella
Sobre la abierta losa
Una matrona. Mírala: es tu esposa.

De sus hombros desciende
Cándido lino hasta la planta: el negro
Cabello ondea en su marmórea espalda:
Pálida majestad su noble frente
Y sus mejillas tiñe:
La corona ducal sus sienes ciñe.

Y con solemne acento
Así te dice: – «Treguas, caro esposo,
Treguas á la aflicción; harto bañaste
De amargo llanto el solitario lecho:
Tú que lloras mi suerte,
¡Si el triunfo vieras que nos da la muerte!

Aquí no turba el alma
El tronante cañón, la asoladora
Lanza que salpicó de humana sangre
Los pacíficos campos donde alzamos,
Bajo el pajizo techo,
De nuestro mutuo amor el primer lecho.

La envidia ponzoñosa,
La calumnia procaz, la tiranía,
La bajeza servil, del mundo, sólo
Del mundo son: la adulación traidora,
Que honor mentido ofrece,
En la losa del túmulo enmudece.

Mas no con llanto estéril:
Con la virtud conquistarás, esposo,
Este ignorado mundo de delicias.
Virtud costosa, sí; que esta diadema,
Tanto del hombre ansiada,
Al bajar á la tumba, ¡cuán pesada!

No el velo misterioso
Me es dado alzar. – ¡Adiós! – Conmigo un día
En lazo eterno...» Enmudeció la sombra
Y hundióse en el sepulcro; y aún su acento
«¡Virtud, virtud!» – clamaba:
«¡Virtud, virtud!» – el templo resonaba.

Julio de 1830.

A LA REINA NUESTRA SEÑORA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

EN SUS DIAS

Cuando al volver con el ardiente julio
La bienhadada aurora
En que á tu nombre el español exhala
Himnos de amor, Señora;
El trueno del cañón; en la gigante
Torre, del bronce herido
El trémulo clamor; del ronco parche
El bélico sonido;
Abierto el templo á la plegaria santa,
Do entre la densa nube
Del incienso, que al cielo se levanta,
El voto ardiente de las almas sube;
Todo es placer y amor: permite, oh Reina,
Que esta olvidada lira,
Que ni inmortalidad ni gloria espera,
Lance un sonido, y á las plantas muera
De la misma belleza que la inspira.

Oídos que están llenos
Del blando halago del cantar de *Laura*,
Y del dulce ruido
Que forma triste el aura
Meciendo los laureles que la tumba
Cubren de *Tasso* y de *Marón*... Oídos
Que en la cuna arrullaron
De *Herminia* los gemidos,
Los tristes ayes del *furioso amante*,
Y la trompa de *Dante*...
¡Cómo halagar pudiera, humilde y frío,
El desmayado son del canto mío!

No menos dulce, al rutilar tus ojos
Sobre la cumbre cana
Del alto Pirineo,
Unió su voz la musa castellana
Al popular ardiente clamoreo. –
¡Cristina! – ¡Oh! ¡cuál se goza
Mi pecho al recordarlo! –

Sí, yo te vi. – De la triunfal carroza,
Con galano ademán, dulces miradas
En el gozoso pueblo,
Que en apiñado grupo te seguía,
Amorosa fijabas:
Parecióme que tierna preguntabas
A cuántos tristes consolar debías.

A España entera consolaste. ¡Hermoso
Iris de paz y amor! Tu ruego puro
Al cielo hizo piadoso,
Padre á Fernando, al español dichoso.
. . . . . .
¡Ay! De tan alta dicha ser no puedo
Digno intérprete yo. – Vuelve al olvido
A que el destino te condena, oh lira:
Por la postrera vez los vientos hiere:
Lanza un sonido, y á las plantas muere
De la misma belleza que te inspira.

24 de julio de 1831.

EN EL ACTO DE IR LA REINA

AL PALACIO DE LAS CORTES Á JURAR LA CONSTITUCIÓN

EL 19 DE JULIO DE 1837

¡Ah! ¡quién podrá olvidarlo! Una mañana –
Era diciembre encapotado y frío –
Al festivo clamor de la campana,
Se alzó Madrid en bullidor gentío.

La inmensa muchedumbre, que impaciente
La vasta calle de Alcalá llenaba,
Una hermosura de risueña frente
Y una esperanza en ella contemplaba.

Su dorada carroza se movía
Sobre apiñadas frentes á millares,
Y el esquife de Venus parecía
Meciéndose en la espuma de los mares.

Aquel mirar de maternal desvelo,
Aquella tez de rosa purpurina,
Aquel vestido de color de cielo
– ¡Ah! ¡quién podrá olvidarlo! – ¡era *Cristina!*

Mas no sólo la Reina, no la hermosa
En ella absorto el español miraba;
Vió en ella una promesa misteriosa
Que en el fondo del pecho se ocultaba.

Y la cumplió: que apenas, asombrados,
Vimos con rutilantes resplandores
En la margen del Sena tremolados,
Iris de libertad, los tres colores;

Ella, esperanzas pérfidas burlando,
De llanto de placer sus ojos llenos,
A *Isabel* en sus brazos levantando:
«*Nuestro* es el porvenir,» gritó á los buenos.

¡Nuestro, sí! Que á esa prenda de ventura
Otra prenda feliz hoy acompaña:
El *código sagrado*, que asegura
Trono á *Isabel* y libertad á España.

Al santo grito la nación responde,
En tu defensa, oh Reina, armando el brazo:
– ¿Dó están los ciegos, los ilusos dónde,
Que no bendicen tan glorioso lazo?

¿Que inflamados de súbito alborozo,
Al mirarte hoy pasar, ángel divino,
No han bañado con lágrimas de gozo
Las rosas que alfombraban el camino?

¿Dónde están? – En la hueste rebelada:
Allí están; sólo allí. – Los que blasonan
De idolatrarte, libertad sagrada,
Hoy se abrazan y olvidan y perdonan.

¡Unión! ¡unión! – ¡Oh!, caigan, ciudadanos,
A los pies de *Isabel* nuestros rencores,
Así como arrojaban nuestras manos
A su carroza deshojadas flores.

Julio de 1837.

A LA REINA GOBERNADORA

DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBÓN

VISITANDO EL LICEO ARTÍSTICO Y LITERARIO DE MADRID

Cuando la griega juventud volaba
Al campo de la gloria,
Y al macedón guerrero arrebataba
El sangriento laurel de la victoria:
¿Quién á blandir la fulminante lanza
Robusteció su brazo?
En el estrago de feroz matanza
¿Quién su pecho alentó, quién, sino el fuego
Del entusiasmo ardiente
Que corrió en viva llama por sus venas,
Cuando escuchó elocuente
Tronar la voz del orador de Atenas?

Tú fuiste, oh santo fuego,
Tú quien el duro mármol animaba
Bajo el cincel del inspirado griego;
Tú quien la trompa de Marón sonaba:
En cuanto el mundo á la memoria ofrece
De eterno, de elevado,
Tu creador espíritu aparece;
Tú ante el funesto vaso envenenado,
En el alma de *Sócrates* brillabas,
Tú la mano de *Apeles* dirigías,
En la lira de *Píndaro* sonabas
Y la lanza de *Arístides* blandías.

Mas ¡oh!, ¿por qué ofuscada
A tan remota edad vuela mi mente?
La centella sagrada,
De la aureola de Dios destello ardiente,
Que de la antigua Grecia derruida
El canto melodioso
Eternizó y el brazo belicoso,
¿Yace entre sus escombros extinguida?

No. – Como chispa eléctrica impaciente
Que, presa en frío pedernal, no pudo
Brillar, hasta que siente

De acerado eslabón el golpe rudo:
Así en medroso pasmo
En tu pecho dormía,
Juventud española, el entusiasmo;
Mas cuando el regio acento generoso
Retumbó por los ámbitos de España,
De el Pirene riscoso
Al confín andaluz que Atlante baña;
Estalla al fin la mágica centella
Las almas conmoviendo,
Y el abatido pueblo se levanta,
Y en sed de gloria ardiendo,
Lidia el guerrero y el poeta canta.

¡Todo es ya entusiasmo, todo es vida!
Navarra muestra su campaña en sangre
De rebeldes teñida;
Allí guerrera juventud, clamando
«¡Cristina y libertad!» en ronco acento,
La espada desnudando,
La vaina arroja al viento,
Y al son del himno nacional se lanza
Con noble bizarría
Sobre la hueste audaz que el polvo muerde
En *Luchana*, *Arlabán*, *Mendigorría*.

Aquí los que sintieron
Su pecho palpitar, en mudo asombro
De rodillas cayeron
Ante la Virgen pura
Cuyo rostro de cándida hermosura
Y maternal desvelo
Reveló al gran *Murillo* el mismo cielo.

Los que el sagrado canto
Que entonaba León en arpa de oro
Oyen con tierno llanto,
Y al Dios del almo coro
Alzan también el cántico sonoro.

Ó al robusto sonido
De la trompa de *Herrera*, ante sus ojos
Ven cargadas de bárbaros despojos
A las veleras naves españolas
Victoriosas bogar, cuando *Lepanto*
Con turca sangre enrojeció sus olas.
Todos en lazo fraternal unidos,
Digno templo á las artes elevando,
Preparan ya los himnos merecidos

Y aprestan los pinceles
Con que en la edad futura eterna sea
La fama de esa hueste generosa
Que por su reina hermosa
Y por la santa libertad pelea.

Mas ¡oh!, ¿qué nuevo rayo
De luz las liras y los lienzos dora,
Como á los campos del florido mayo
El resplandor de la rosada aurora?
¿Me engaña mi deseo?
¡Vedla!.. ¡Es ella!.. ¡Es *Cristina!*
Su presencia divina
Baña de lumbre el español *Liceo.*

Busca en tu dulce lira
Cómo pintar su célica hermosura
Que amor y gloria inspira,
Si al humano poder por dicha excedes,
Inspirado poeta:
Búscalo tú, pintor, si hallarlo puedes
En el vario color de tu paleta.
Pintadla augusta, hermosa,
Sobre el excelso trono castellano
La frente hollando del rebelde fiero,
Y con risa bondosa
Ciñendo de laureles con su mano
Al pintor, al poeta y al guerrero.

1838.

Á DON MARIANO ROCA DE TOGORES

(HOY MARQUÉS DE MOLÍNS)

EN LA MUERTE DE SU ESPOSA

EPÍSTOLA

Hay en la vida lágrimas, Mariano,
Que la amistad contempla silenciosa,
Porque enjugarlas intentara en vano.

Al que las llora en la reciente losa
De un sepulcro do en flor arrebatada
La dulce prenda de su amor reposa,

No con usados pésames le agrada
Ver en el llanto que á sus solas vierte
La majestad de su dolor turbada.

¿Pues quién, mi caro amigo, de otra suerte
Antes que yo consuelos te ofreciera? –
Si heridas que feroz abre la muerte

Mano mortal cicatrizar pudiera,
¿Cuál para ti, cuál otra que la mía
Más diligente y cariñosa fuera? –

Contigo me crié: contigo un día
En las aulas bebí de *San Mateo*
El fuego de la hermosa poesía.

Aún me parece que vagar te veo
Con precoz gravedad, cuando sonaban
Las suspiradas horas de *recreo*,

Mientras otros, astutos, se burlaban
Del *ayo inexorable*, y bulliciosos
Por el talado *jardinillo* andaban.

Allí vimos brotar los generosos
Alientos de cien jóvenes, que ahora
Son en ciencia y valor nombres gloriosos.

Allí rayar en su brillante aurora
De *Espronceda*, ¡oh dolor!, el genio ardiente
Que el soplo de la muerte heló á deshora.

Allí *León* el ánimo valiente
Apercibía á la inmortal jornada
Que vió de Huesca la asombrada gente.

Allí *Pezuela* en lira delicada
Probó la diestra que empuñar debía
La épica trompa y la fulmínea espada.

Allí *Ochoa*, de ciencia y poesía
Apurando el raudal con noble empeño,
Labraba su futura nombradía.

Allí en tono, ora grave, ora risueño,
Rico de inspiración sonaba el canto
De *Felipe*, el satírico limeño.

Allí otros mil... – ¡Oh fugitivo encanto!
¡Oh sonrisa primera de la vida!
¡Recuerdo de placer, que arranca llanto!

– ¿Y qué, Mariano, la ilusión perdida
De la edad infantil, en noche obscura
Nos dejó acaso el alma sumergida?

¿No hay ya un rayo de luz serena y pura?
¿Es este mundo una región de duelo,
De desesperación y de amargura?

¡No, no es verdad! – Del nebuloso cielo,
Del negro septentrión esa herejía
Vino *en traje francés* á nuestro suelo.

¡Todos pecamos! – Yo también un día,
Gimiendo adrede, por seguir la usanza,
Vime arrastrado en la común manía

A esa *espelunca* do á leer se alcanza
Sobre la puerta con azufre escrito:
«*¡Ay! Dejad, los que entráis, toda esperanza.*»

Allí en verso trotón y á voz en grito
Lloraba su *vejez anticipada*
Un melenudo imberbe mancebito.

Otro de la *romántica* pleyada,
Que tres lustros de edad mostraba apenas
Al blando arrullo de niñez mimada,

Lloraba desengaños á docenas
De esta *imperfecta* sociedad que al hombre
Ata, al nacer, con grillos y cadenas.

Y porque más su desventura asombre,
Quejábase también de estar *minado*
De una secreta enfermedad *sin nombre.*

¡Era un vivir aquél desesperado!
Sólo se oía en recia taravilla:
¡Maldición! por un lado y otro lado.

Por fin de aquella fiera pesadilla
Conseguí despertar con trasudores
A las voces de *Lista* y *Hermosilla.*

Y al contemplar de nuevo los albores
Del sol que en torno á mí la densa bruma
Disipaba con vivos resplandores,

Dije: ¡Gracias á Dios! – Pues ni me abruma
La sociedad, ni anillo con veneno
Llevo, ni tengo mal que me consuma;

Ni he sido de fortuna tan ajeno
Que un fiel amigo, una mujer constante
No hallase alguna vez; yo no soy bueno

Para tanto gemir. – Extravagante
Empeño es sepultarse de por vida
En el infierno bárbaro del *Dante*

Y no vagar, con alma embebecida
En trinos de aves y en olor de rosas,
Por los jardines mágicos de *Armida.*

Mis ojos otra vez á las hermosas
Regiones se alzan del sereno polo
A buscar sus deidades fabulosas;

Que yo la lira del crinado Apolo,
Que invoqué tantas veces, al ruido
De las doradas ondas del Pactolo,

No he de trocar por el feroz graznido
Del repugnante pájaro que viene
Del hedor de las tumbas atraído;

Y prefiero las aguas de *Hipocrene*
A esas lagunas cenagosas, donde
Blanca fantasma su morada tiene,

Y al que pide favor sólo responde
Con un ósculo hediondo y un acero
Que entre los pliegues de su manto esconde.

Álcese *Byròn* de su numen fiero
En las alas flamígeras, y escoga
A su espíritu audaz nuevo sendero.

Tímido el mío á tanto no se arroja,
Y me conduce por la usada huella
Que en dulce resplandor bañó *Rioja.*

¿Tan escasa de luz brilló la estrella
De las clásicas musas? Si el auxilio
Invocaba *Boscán* de Erato bella,

¿No deleitaba en pastoril idilio?
¿Tan mal la trompa de *Caliope* suena
En los cantos de *Homero* y de *Virgilio?*

Y tú, *Mariano*, que en la amarga pena
A que el humano esfuerzo no resiste
Derramas de tus ojos larga vena;

Si algún consuelo á tu dolor existe,
Sólo en las musas le hallarás acaso:
Sí, que también para el que llora triste

Tiene lágrimas dulces el Parnaso:
Las que en *el lamentar de dos pastores*
Vertió sin duelo el tierno *Garcilaso.*

Y ya que el golpe irreparable llores,
Corra al son de la cítara tu llanto;
Que del que viertas tú nacerán flores.

Ven, y hallarás el bálsamo que un tanto
Alivie tu mortal melancolía
En la antigua amistad y en el encanto
De la consoladora poesía.

Julio de 1842.

ORILLAS DEL PUSA

¡Qué calor!.. Sudando llego,
Por la empinada montaña
Resbalando,
A este valle que en sosiego
Tu corriente, ¡oh Pusa!, baña
Susurrando.

Déjame un rato olvidar
En tus orillas mis penas,
Y el sediento
Labio en tus ondas mojar,
Y en tus húmedas arenas
Dame asiento.

Tu raudal, de ese elevado
Monte al Tajo, en raudo giro
Se derrumba,
Tan humilde que, sentado,
Desde aquí su cuna miro
Y su tumba.

No importa que al Tajo ufano
Tu breve curso no iguale;
Corre ledo;
Y que nunca el cortesano
En la carta te señale
Con el dedo.

¡Feliz quien encuentra un llano
Donde los cerros evite
De la vida,
Y allí, del mundo lejano,
Tu breve carrera imite
Y escondida!

Ese Tajo caudaloso
En cuyo profundo seno
Vas á morir,
Ya con puente ponderoso
Su terso raudal sereno
Siente oprimir.

Ya la artificiosa presa
Su rápido curso estorba;
Ya desciende
Ruin batel que se empavesa,
Y su cristal con la corva
Quilla hiende.

Su destino es envidiar,
O de tu curso suave
La paz suma,
O el alto poder del mar
Que puede tragar la nave
Que lo abruma.

¡Pobre Pusa!.. Si insolente
Por esos tendidos llanos
Te lanzaras,
En tu cristal inocente
¡Cuántos siervos y tiranos
Retrataras!

De aquel trance malhadado
De las armas españolas
Fué testigo
Guadalete ensangrentado,
Y abrió tumba entre sus olas
A Rodrigo.

Berecina el lauro honroso
Que cuatro lustros tejieron
Hondo tragó,
Y el poder de aquel coloso,
Que los hombres no vencieron,
Allí se hundió.

Pusa humilde, manso río,
Tu dichoso apartamiento
Le procura
Contra el ardor del estío
Al peregrino sediento
Agua pura.

Y al pastor que á tu campiña
Desde ese monte desciende,
Y al rebaño
Que á tus márgenes se apiña,
Y al can que el redil defiende
Fresco baña.

Y hoy á mi cuerpo cansado,
Contra el sol que ardiente pica,
Blando solaz.
¡Pusa, adiós!.. Corre ignorado,
Y los quintos (1) de Malpica
Fecunda en paz.

Malpica, 1833.

(1) Llámanse allí *quintos* las diversas porciones en que se dividen las tierras de labor.

LA AGITACIÓN

¡Imposible arrancar del alma mía
Sino acentos de amor!.. Caber no puede
Donde impera tu imagen adorada,
Sino amor, sólo amor... Cuanto solía
Mi pecho conmover... ya todo cede
A la ardiente mirada
De tus luceros bellos.
Mal mi grado á sus mágicos destellos
Mi turbulenta vida está sujeta.
Como al influjo de fatal cometa
Cede el bajel al ímpetu rugiente
Del huracán sañudo,
Y al puerto amigo arrebatarse siente,
O va á estrellarse en el peñasco rudo:
Así en la fiebre do anhelando gira
Esta alma delirante,
Tus ojos son, Amira,
Los que entre el puerto y el peñasco errante,
Sin elección, perdido el albedrío,
La oscilación del huracán le imprimen,
Y en ciego desvarío
Lánzase á la virtud, lánzase al crimen.
Y este vaivén continuo, esta perpetua
Conmoción es la vida. – ¡Cuántas horas,
Mudo, yerto, insensible
Como la piedra en que sentado estaba,
En seguir las sonoras
Ondas de la corriente que pasaba
Inerte consumía!
¡Cuántas la vista atenta
Iba siguiendo estúpida la lenta
Sombra que en derredor del tronco huía!
Campo de soledad, yo te buscaba
Porque el mundo decía
Que la felicidad en ti habitaba,
Y en aquel corazón que la invocaba
Su misterioso bálsamo vertía.
Mi corazón de fuego

En ti no la encontró: floresta umbría,
Silenciosa montaña, campo triste,
Yo la paz de la vida te pedía,
Tú la paz de la tumba me ofreciste.
Felicidad, ¿dó estás? – Este vacío
Que al dilatarse el corazón no llena,
Ven, ocúpalo tú. – Si ronco suena
El guerrero clarín, y á la matanza
El hombre vuela contra el hombre, dime:
¿Bastaráme empuñar la férrea lanza
Y á la pugna volar? Cuando mi diestra,
Al son triunfal de los preñados bronces,
En sangre bañe la mortal palestra,
Misteriosa deidad, ¿te hallaré entonces? –
En el tropel del mundo
Yo también te busqué. Torvo guerrero,
Sobre carro veloz, de lauro ornado,
Agitando el acero,
En lágrimas y sangre salpicado,
Raudo al cruzar la turba peregrina,
«¡Felicidad, felicidad!» clamaba;
Y en tanto: «Aquí domina,»
Otro desde la tumba me gritaba.
¿En la vida? ¿en la muerte?
¿Dónde estás para mí? – ¡Silencio mudo!
¡Y las horas corrían!..
¡Y los años volaban!..
Las hojas de los árboles caían...
Las hojas de los árboles brotaban. –
¡Una mujer! Con su flotante velo
Tocó al pasar mi frente:
Trocóse en fuego de mi pecho el hielo,
Mis entrañas temblaron de repente:
Los brazos tiendo á la fantasma bella,
Mas al asirla, alzada
Vi un ara ante mis pies, y detrás de ella
Mi visión adorada;
Y un misterioso acento que decía:
«¡Profanación.., delito!»
Y en su abatida frente se leía
Un juramento escrito.
Mi planta no, mas de mi pecho ciego
Llegó un lamento á penetrar su oido,
Y en sus trémulos labios tocó el fuego
De mi ardiente gemido.
Abrió sus ojos por la vez primera
Dejándome con sola una mirada
En devorante hoguera
Toda el alma abrasada.

¡Ah! ¿Qué me importa? Agitación sublime,
¡Yo te adoro! ¡Tú eres
Alma de mi existencia! – Oprime, oprime
Un corazón á quien la calma espanta:
Inunda, inunda mi mejilla en lloro:
Clamar me oirás entre congoja tanta:
Agitación sublime, ¡yo te adoro!

1832.

Á DON JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS

CONTESTANDO Á UNA CARTA SUYA EN TERCETOS, EN QUE ME PEDIA HORA PARA HABLARME

«Si en la frente del hombre se leyeran
Escritos los afanes de su pecho,
¡Cuántos que envidia dan, lástima dieran!»

Esto en algún momento de despecho
Dijo el buen *Metastasio* en italiano:
Ponerlo en español es lo que he hecho.

Y con ese terceto que te hilvano
Tus dos primeros contestados dejo;
¿Me entiendes, Amador? – Vamos al grano. –

No pienses, caro amigo, que me quejo
Del importuno enjambre pretendiente
Que en pos me sigue, impávido cortejo:

No me quejo de ver que se presente
Uno á quien nunca vi, ni me hace falta,
Y me diga: «¡Aquí estoy!.. Soy tu pariente.»

No me quejo del sandio que me asalta
Porque le gusta la *casaca roja*
Y quiere que le dé la *Cruz de Malta.*

Ni del chinche á quien verme se le antoja
Cuando voy á afeitarme ó á vestirme,
Y si no le recibo se me enoja.

Ni de los que me aguardan á pie firme
En el portal de casa, en la escalera,
Sin poder de sus garras desasirme.

Ni de la viuda cócora y parlera
Que me repite siempre el estribillo
De que le den seis pagas tan siquiera. –

«Vamos, sáqueme usted un socorrillo.
Usted lo puede hacer en un momento;
Usted tiene á la Reina en el bolsillo (1).»

No me quejo, Amador, no me lamento
De esa turba procaz; que al encumbrarme
Ya esperaba sufrir este tormento.

De quienes debo con razón quejarme
Es de amigos cual tú; sí, de ti sólo
Que pides hora y sitio para hablarme.

¡Y vive San Francisco Caracciolo,
Que á no venir tu ruego impertinente
En el idioma del celeste Apolo,

Circunstancia que ha sido suficiente
A desarmar mi enojo, la respuesta
Fuera una interjección poco decente!

Mas no quiero reñir: pase por esta.
Sabes mi casa: á ver si yo consigo,
Entre tanta visita y tan molesta,
Recibir una vez á un tierno amigo.

Junio de 1847.

(1) Era yo secretario particular de la Reina.

AL EXCMO. SR. CONDE DE SAN LUIS

POR LA CREACIÓN DEL TEATRO ESPAÑOL

¿Dónde la gloria vive del que un día,
En Accio vencedor, desde las cumbres
Del enriscado Cáucaso á las playas
Del mar de Luso dilató su imperio?
¿Dónde? – Ese imperio destrozó en un punto
Bárbara hueste que lanzó cual raudo
Torrente el Septentrión: circos y templos,
Termas, palacios, todo, el habla misma
Despareció; mas al común estrago,
Sobre siglos sin fin, los inmortales
Cantos de *Horacio* y de *Marón* divinos
Sobreviviendo van, y allí la gloria
Del protector de las romanas letras.
¿Qué es del trono fortísimo que en sangre
De turbulentos próceres la dura
Mano afirmó, cabe el medroso Sena,
Del purpurado Richelieu? Juguete
Del viento popular, voló en pedazos.
Mas contra el murmurar de la indignada
Posteridad, el opresor valido
Salva su gloria en la que alzó, y aún vive
Con renombre inmortal, docta *Academia.*
Tú, más que á los históricos ejemplos
Y ardiente sed de fama, á los impulsos
Del corazón magnánimo que abrigas,
Obedeciendo fiel, en tus floridos
Años, asunto con tus hechos prestas,
Oh noble conde, á la española Musa.
Ella, en tanto que al pie del soberano
Solio te vió, dispensador de honores,

Mezclar su voz no quiso á la que alzaba
El lisonjero, que al poder presente
Cerca y ensalza, gárrulo cortejo.
Mas á la puerta del modesto albergue
Que hoy tornas á habitar, rico de gloria,
Te esperó silenciosa, el plectro de oro
Presto, y la voz y la sonante lira.
Oye cuál vibra en tu loor, y el estro
De cien vates inflama que á porfía:
«Eterno, cantan, vivirá tu nombre,
Protector del saber.» – ¡Oh noble, oh digno
Premio que tanto mereciste y gozas!
Gózalo en paz; y el que ásperos desdenes
Halla no más y hondo silencio, cuando
De la áurea silla del poder la instable
Deidad le precipita, á sí se culpe.
No riqueza y dominio á la existencia
Bastan de un pueblo. Si las sabias leyes,
La abundancia, la paz su cuerpo nutren,
Alma tiene también, y el alma vive
De esa gloria purísima, que el vulgo
De los graves políticos desdeña
Y humo vano apellida. – Tú, arrostrando
Tal vez su risa imbécil, decoroso
Templo alzaste á *Talía*. – Allí de *Lope*,
De *Calderón*, de *Rojas* y de *Inarco*,
De *Moreto* y de *Tirso*, numeroso
Pueblo torna á admirar, ora discreta
Y en artificio rica, ora terrible,
Ora humilde y moral, la siempre nueva
Dramática ficción. – Los que al reflejo
De aquellos faros luminosos siguen
La ardua senda con gloria, que á la cumbre
Del sacro Pindo guía, de las rosas
Que en sus pensiles de eternal verdura,
Al amoroso riego de Hipocrene
Dulce fragancia esparcen, ya preparan
A tus sienes espléndida corona.
Yo, á quien no es dado la sublime altura
Del Helicón pisar, una sencilla
Flor de su falda corto; ofrenda humilde
Que agradecido te presento en estos
Desaliñados números, que acaso
No morirán, porque tu nombre llevan.

1851.

AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE MOLINS (1)

Oportuno en verdad viene ese *tanto*
A mediar el terceto antecedente,
Pues me convida á principiar con *llanto*...

Llanto vierten mis ojos, hechos fuente,
Mariano, desde aquel tremendo día,
En mi memoria sin cesar presente,

Cuando en la lucidez de su agonía,
Estrechándome tierna al casto seno,
«*¡Todo es verdad!*» – mi esposa me decía.

¡Todo es verdad! – ¡Oh Dios! Si en ronco trueno
Sonó un día tu voz, y á su rugido
Saulo en tierra cayó de asombro lleno –

¡Oh milagro de amor no merecido!, –
Tu voz por aquel labio moribundo
Tocó en mi corazón estremecido.

Gusano vil en lodazal inmundo,
Alas de mariposa me nacieron,
Y con ellas me alcé lejos del mundo.

A regiones más puras me subieron;
Mas no he llegado á la sublime alteza
De los que el lazo mundanal rompieron.

¿Cuando será? – ¡Me oprime la tristeza!
El pesar en que á solas me consumo
Cesa al dormir, y al despertar empieza.

Pídele á Dios omnipotente y sumo
Que te guarde á tu *Cármen*... ¡ay, amigo!
Y no le pidas más: el resto es humo. –

De tu casta mitad al dulce abrigo,
Dondequiera que estés, patria y honores
Y placer y amistad verás contigo.

(1) Varios amigos del Marqués de Molíns le dirigimos á Paris una carta en tercetos el día de Navidad del año de 1855. Cada uno escribió un trozo de ella, ligándose con el anterior. He aquí el mío: con él remataba la carta.

¡Ay! para mí no tiene el mundo amores,
Ni encantos la amistad, ni luz el día,
Ni calor el hogar, ni olor las flores.

Hoy viene á acrecentar la pena mía
La memoria del santo aniversario
Que á tu lado pasé... ¡y ella vivía!

¡Cuán distinto de aquel! – Destino vario
A ti te arroja cabe el turbio Sena,
A mí en Madrid me amarra solitario.

Mas ¡ay! el bronce místico resuena.
Media noche sonó... Luz desusada
Brota en *Belén*, y el universo llena. –

¡Triste prole de *Adán*, ya estás salvada!
El Niño Dios que los pecados quita
Nos abre ya la celestial morada.

¡Oh placer! ¡allí está! – De Dios bendita,
Mi *Manuela*, vestida de hermosura,
Entre los puros ángeles habita,

¡Alma inmortal! De la celeste altura
Por tu marido y por tus hijos vela,
Que moran este valle de amargura.

– Sí, Mariano: tu amigo sólo anhela
Sentir en breve el lazo desatado
Que este cautivo espíritu encarcela;

Y por tanto dolor purificado,
A mi esposa en la gloria unirme presto...
Y ver que allí también á nuestro lado
Te guarda Dios el merecido puesto.

LA PAZ

AL NACIMIENTO DEL PRINCIPE IMPERIAL DE FRANCIA

ODA

Iris de paz, iluminando el cielo,
La tempestad serena;
El águila imperial recoge el vuelo
Y torna al patrio Sena.

No en vapores de sangre se embriaga,
Ni llama á la pelea;
Ya en su garra potente el rayo apaga
Que fulminó en Crimea.

Sus alas tiende, cual dosel brillante,
Sobre la regia cuna,
Donde reposa del francés triunfante
La gloria y la fortuna.

Y allí á par descendiendo apresurado
De la eternal montaña,
A custodiar el vástago anhelado
Llega el león de España.

Que sangre de Guzmán corre en sus venas:
Sus timbres maternales
Escritos muestra España en las almenas
De Tarifa inmortales.

Siempre un Napoleón Dios nos envía
Con misterio profundo,
Cuando place á su gran sabiduría
Recomponer el mundo.

Ya en vez del plomo, que en estruendo rudo
Sobre el francés vomita,
De allá le envía su cortés saludo
El bronce moscovita.

Del Cáucaso á la cumbre pirinea
Y por los anchos mares,

Unida al lienzo tricolor, ondea
El aspa de los czares.

Y cubriendo de rosas sus espadas,
De oliva sus pendones,
Al festín de la paz alborozadas
Acuden las naciones.

Paz ese niño, y dicha y abundancia
En su destino encierra.
Pueblos, velad por él: – ¡La paz de Francia
Es la paz de la tierra!

1856.

A LA SRA. CONDESA DEL MONTIJO

EN SUS DIAS

Balada que se cantó en su teatro de Carabanchel; puesta en música por el maestro *Inzenga*

I

Ausente y presente á un tiempo,
Te aflige y te halaga amor;
Que el *Adur* y el Manzanares (1)
Dividen tu corazón.
Y en dulce duda,
Fijando estás
Aquí tus ojos,
Tu mente allá.

II

Allá un suspiro del alma
Pide á tu amor maternal
La que en premio á sus virtudes
Ciñe corona imperial.
Y en dulce duda,
Fijando estás
Aquí tus ojos,
Tu mente allá.

III

Aquí otra prenda querida,
Que también tiene á sus pies,
Cual reina de la hermosura,
Vasallos cuantos la ven.
Y en dulce duda,
Fijando estás
Aquí tus ojos,
Tu mente allá.

(1) Hallábanse á la sazón sus dos hijas, la emperatriz Eugenia en Biarritz, y la duquesa de Alba en Madrid.

LA GUERRA DE ÁFRICA

Cantata ejecutada en presencia de SS. MM. en la función celebrada el 8 de abril de 1860 por el Real Conservatorio de Música y Declamacion á beneficio de los heridos en aquella gloriosa campaña.

CORO

Grito santo asorda el viento:
«¡A las armas! ¡Guerra, guerra!
El infiel derriba en tierra,
Madre España, tu blasón.
Cruce el mar la invicta hueste
A salvar de vil mancilla
Los leones de Castilla
Y las barras de Aragón.»

Al rumor del torpe ultraje,
Indignado el pueblo ibero,
Ya desnuda el fuerte acero
Y la vaina al viento da.
Ya entre vítores tremola
La bandera roja y gualda,
Que del Atlas en la espalda
Tinta en sangre flotará.

RECITADO

Alza en vano el Estrecho montes de olas;
En vano el viento brama:
Que allá van las legiones españolas
Donde el honor las llama.

Lanza en vano cien kábilas la sierra
Con ímpetu salvaje;
Que allí con sangre vil bañan la tierra
Que presenció el ultraje.

Mas ruge el huracán: sopla la peste:
La lluvia inunda el suelo.
¿Caerá deshecha la cristiana hueste
Por ti, Señor del Cielo?

En medio al campo, sobre monte erguido,
Un altar se levanta;

Y en sus humildes manos el ungido
Eleva la hostia santa.

Hace salva el cañón; rompe sonora
Militar armonía:
La hueste arrodillada á Dios implora
Y su oblación le envía.

PLEGARIA

¡Señor!, hijos somos
De aquellos varones
Que á ignotas regiones
Llevaron tu cruz.
Tu cruz, que en Granada
Con gloria plantada
Lanzó por el orbe
Su vívida luz.

¡Señor!, esta impura
Fanática raza
Tu nombre rechaza,
Tu gloria no ve.
A España concede
Que rasgue su venda
Y en África encienda
La luz de tu fe.

RECITADO

Dios los oyó: se aleja la tormenta;
La mortífera peste va en su seno:
Radiante el sol con majestad se ostenta
De un cielo puro en el azul sereno.
Siente en su pecho el adalid hispano
De inspiración la llama:
Él nunca se abatió; ya en cien combates
Su constancia y valor cantó la fama.
En bárbaras regiones,
Émulo de Cortés, ora acaudilla
Inexpertas legiones,
Que al contacto de la árabe cuchilla,
Al trueno del cañón, al rudo embate
Del terco moro en desigual combate,
Tórnanse luego en invencible tropa,
Terror de Libia, admiración de Europa.
Nada resiste á sus heroicos bríos.
Ya surcando el desierto
Por áspero camino, á hierro abierto;
Ya cruzando altos montes y hondos ríos;

De victoria en victoria
A la vega feraz se precipita,
Campo de nueva gloria,
Do luchando otra vez, y otra vencido,
Huye despavorido
El atezado Hamet. – La hueste grita:
¡TETUÁN POR ISABEL! – Y en la Alcazaba
El pendón español triunfante clava.

HIMNO FINAL

No más desde sus playas,
Con bárbara osadía,
La tierra, suya un día,
Aceche el musulmán.
No infeste el aire puro
La brisa de los mares,
Trayendo á nuestros lares
Los ecos del Corán.

Magnánima HEREDERA
Del celo de Pelayo,
Tu diestra el ígneo rayo
Al África lanzó.
Y el niño ALFONSO un día
Sabrá que por tu mano
El suelo castellano
Su límite ensanchó.

El muro donde España
Su enseña al aire ondea,
Jamás flotando vea
Las lunas del infiel.
Y de uno en otro siglo
Sin tregua se repita
La voz que al mundo grita:
¡Tetuán por *Isabel!*

A MI AMIGO

EL EXCMO. SR. DON TOMÁS DE CORRAL

No pienses que esta epístola,
Corral excelentísimo,
Va dirigida al célebre
De Hipócrates discípulo.
Por más que yo, sin brújula,
Bogue en estrecho círculo,
Sin que tus sabios récipes
Den al bajel más ímpetu;
No tanto aflige el ánimo
De este doliente mísero
El ver la ausencia *crónica*
De su doctor científico,
Como las dulces pláticas
Del amigo carísimo
No oir, ni en grato diálogo
Darnos plącer recíproco.
Lo que es en cuanto al médico,
Si de mi casa el címbalo
Tocase, y dentro viéralo,
Fuera con él brevísimo.
Solamente dijérale
Que ante el poder febrífugo
De las plateadas píldoras
Que introduje en mi físico;
Y gracias á la pócima
Con que *Simón* el químico
Purgó mi región ínfima
De materiales rígidos;
Y á la virtud benéfica
De aquel sabroso líquido,
Producto del cuadrúpedo
Que con *Balán* fué explícito;
Ya mis repuestas vísceras,
Merced á estos antídotos,
Con su morboso cómplice
Han roto el fiero vínculo.
Y dócil ya mi estómago
Digiere el néctar índico,
Que en espumante jícara
Es de mi gula el ídolo,
Si bien no tan benévolo
Suele mostrarse el pícaro
Cuando la carne sólida
(Aunque de tierno vítulo)
Envuelta en jugos gástricos
Baja al duodeno crítico,
Y toca por sus trámites
En la región del hígado.
Ya allí más climatérico
Se presenta el capítulo:
Que el abdomen atónico
Se eleva timpanítico.
La digestión, por último,
Cuesta trabajos ímprobos;
Mas se hace, y presto el órgano
Vuelve á su estado prístino. –
En estos días plácidos
En que, venciendo el frígido
Rigor, el numen délfico
Mostró su rostro vívido;
Salí, según sus órdenes,
En alquilón vehículo,
Del ambiente atmosférico
A aspirar el oxígeno.
Mas ni aun con ese método
Place al dios soporífero
Que de noche mis párpados
Cierre sueño pacífico. –
Esto al doctor dijérale,
Mas no podré decírselo;
Que de mi hogar doméstico
Tocar no quiere el címbalo.
Tú, pues, que de ese prófugo
Amigo eres tan íntimo,
Según es fama pública,
Corral amabilísimo;
Tú de mi parte búscale
Y dile que mi espíritu

Se apoca melancólico
Si no entona mi físico.
Que un régimen dietético
Me imponga, y yo solícito,
Más que el *Corán* los árabes,
Guardaré sus artículos.
Dile que si algún mérito
Halla en mis versos líricos,
Y de escritor dramático
Me otorga el alto título,
Torne á este cuerpo lánguido
Vigor que mi estro rítmico
Encienda; y de mi cítara
Verá que al son dulcísimo
Canto su nombre célebre,
Que es ya de salud símbolo;
Y acaso al suyo uniéndole
Suba mi nombre altísimo.

Marzo de 1853.

RESPUESTA A UNA CARTA

No es que me he muerto;
Sino al revés,
Es que no quiero
Que á suceder
Llegue tal cosa;
Y he aquí por qué
Ayer no tuve
La intrepidez,
Oh mis queridos
Luis y *José* (1),
De visitaros
Como anteayer.
Mas no por eso
Imaginéis
Que á estarme en casa
Me condené.
¡Qué disparate!
No eran las diez
Cuando me puse
En la del Rey.
Mas ¡ay, amigos!
No bien llegué
A la *Carrera*,
Cuando un tropel
De ciudadanos
Veo correr;
Y uno (que debe
Quererme bien)
Me grita: – «¡Vega,
No pase usted!
Dos horas largas
¡Voto á Luzbel!
Ahí me han tenido
Con otros cien,
Sudando el quilo,
Muerto de sed,
Llevando á cuestas
Hasta un cuartel
Unos cajones
No sé de qué:
Y á esto se agrega
Que tal cual vez
Me sacudían
En el envés
Un zurriagazo
Que era un placer.» –
Yo que tal oigo
Dije á mis pies:
¿Para qué os quiero?,
Y eché á correr. –
Esta es la historia.
Hoy otra vez
La probatura
Volveré á hacer;
Y si consigo
Pasar con bien,
Sin vapuleo
Ni otra merced,
A vuestra casa
Iré á comer.
Adiós, amigos,
Hasta después. –
Madrid y julio,
Diez y ocho de
Mil ochocientos
Cuarenta y tres (1).

(1) D. Luis M. Pastor y D. José de Salamanca.

(2) Eran días de revolución. La milicia nacional hacía fosos y trincheras en las calles, y al transeunte se le obligaba á trabajar en su construcción.

AL CAPITAN GENERAL
DON JAVIER DE CASTAÑOS

EN SUS DIAS

SONETO

Si atrevida tal vez la lira mía
Osa turbar con importuno acento
El noble afán del alto pensamiento
En que la patria sus destinos fía;

Perdóname, Señor, que en este día
Mal sintiera de Apolo el sacro aliento,
Si al fiel clamor del popular contento
No mezclase mis cantos de alegría.

Que nunca de tu aurora bienhadada,
Por más que corran los veloces años,
La memoria feliz España pierde.

No: que la patria que salvó tu espada
Jamás recuerda el nombre de *Castaños*
Sin que los lauros de *Bailén* recuerde.

1830.

A LA TOMA DE TETUAN

SONETO (1).

Musas, alcemos de victoria el canto:
España despertó: su honor la inspira;
Y fué el arranque de su noble ira
Del mundo admiración, de Africa espanto.

En desagravio al fin de ultraje tanto,
Tetuán postrada á nuestros pies se mira.
Musas, cantad y al eco de la lira
Reverdezcan los lauros de *Lepanto.*

Sí; que al ver por las ondas del Tirreno
Allá lanzarse en la guerrera popa
Hueste arrojada y adalid sereno;

Y que á sus antros con terror galopa
Roto y vencido el bárbaro agareno...
Ya con respeto nos saluda Europa.

Febrero de 1860.

(1) Improvisado, con consonantes forzados, en la tertulia literaria del marqués de Molíns.

ENTRE TIERRA Y CIELO (1)

No extiendas, pobre niña,
Esa inocente mano;
Que buscarás en vano
El seno maternal.
Tu vida es un enigma:
De madre no naciste:
Hija de un sueño fuiste,
De un sueño funeral.

En noche bulliciosa
De fiesta y alegría,
Mi ardiente fantasía
Fingióse una mujer.
Miróme; y á sus brazos,
A par que me miraba,
Sentí que me arrastraba
Magnético poder.

Desvanecido en ellos
Caí con pasión loca,
Bebiendo de su boca
El balsámico olor.
Y ciego, y delirante,
Gozaba entre caricias
Las últimas delicias
De un inmortal amor.

De pronto al pecho mío
Llegar su mano siento,
Que con puñal violento
Me hiere el corazón.
A asirla voy, y al punto
Cual sombra desparece,
Y en su lugar se ofrece
Fantástica visión.

Un lívido esqueleto
Era mi prenda amada:
De sierpe su mirada,
De hiena era su voz.
Y de su propio seno
Pedazos se arrancaba
Y á mí los arrojaba
Con ademán feroz.

Huyó por fin; y libre
De aquel horrible ensueño,
De mis sentidos dueño,
Convulso desperté.
¡Ay! no fué sueño todo:
Que en llanto y desconsuelo,
Sola *entre tierra y cielo*,
Niña infeliz, te hallé.

Ven, único recuerdo
De aquel amor soñado;
Objeto abandonado
De la que el ser te dió.
Si aquel amor fué sueño
De enferma fantasía,
Mi amor á ti, hija mía,
No será sueño, no.

(1) Hice estos versos para un amigo que me los pidió. A él se refiere esta triste historia.

DESPEDIDA A UN AMIGO

Con bien te lleven, mi querido amigo,
Propicio el viento, bonancible el mar.
¡Oh si pudiera saludar contigo,
Tras tanta ausencia, mi paterno hogar!

¡Oh cuánto fuera mi consuelo, cuánto,
Si en esa nave huyéramos los dos!
¡Oh si á este suelo, donde sufro tanto,
Pudiera darle mi postrer adiós!

Tranquilo viera y con serena calma
Desatarse bramando el aquilón:
¿Junto á la horrible tempestad del alma,
Las tempestades de la mar qué son?

Mas ya que quiere mi fatal estrella
Con duros lazos sujetarme aquí,
Por mí te postra, y con tus labios sella
La tierra amada en que feliz nací.

Llévale tú los ecos de mi lira,
Que ya desde hoy resonará en su honor:
Dile que es ella el numen que me inspira
Y el solo objeto de mi ardiente amor.

1856.

LA CITA

Nunca más bello color
Dió al horizonte tu llama,
Astro de eterno fulgor,
Al esconder tu esplendor
La cumbre de Guadarrama.
Nunca tu aroma sentí
Más delicioso que ahora,
Linda rosa carmesí;
Nunca más bella te vi
Con las perlas de la aurora.
Arroyo, que turbio y feo
Ayer te vi deslizar,
¿Cómo tan limpio te veo,
Que ya de tu fondo creo
Las arenillas contar?
Galanos campos que hacéis
De toda esta pompa alarde,
¿A quién celebrar queréis?..
¿O es por dicha que sabéis
Que viene Laura esta tarde?

1830.

VERSOS

RECITADOS EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE

EN UNA FUNCIÓN DE ANIVERSARIO DE CERVANTES

Si de Norte á Mediodía,
En uno y otro hemisferio,
No abarca ya nuestro imperio
Los pueblos que abarcó un día;
Por un nombre todavía
Somos lo que fuimos antes:
Pues los que más arrogantes
Las glorias de España ultrajan,
Callan y la frente bajan
Cuando decimos: *¡Cervantes!*
Roma y Grecia, que al acero
Del bárbaro el cuello dan,
Hoy viven y vivirán
En *Virgilio* y en *Homero.*
Contra el destino severo
Que así en los pueblos se ensaña,
Un libro nos acompaña
Al eterno porvenir.
¿Puede el *Quijote* morir? –
Pues morir no puede España.
Vosotros, que al grito santo
Respondéis de patria y gloria,
Venid, honrad la memoria
Del *Soldado de Lepanto.* –
¡Gloria al que es del orbe encanto!
¡Gloria al ingenio fecundo,
Festivo á un tiempo y profundo!
¡Gloria al *Cautivo de Argel!* –
Aún nos llamamos por él
La primer nación del mundo.

Abril de 1862.

A LOPE DE VEGA

VERSOS RECITADOS EN EL TEATRO EN UNA FUNCIÓN DE ANIVERSARIO

Tres siglos ha que este sol
Que hoy luce en el firmamento
Alumbraba el nacimiento
Del gran poeta español.
Purificado al crisol
De una edad y de otra edad,
Monstruo de fecundidad,
Numen de la patria escena,
Lope con su nombre llena
Del mundo la inmensidad.
En la modesta mansión
Que oyó su postrer gemido
Hoy á Lope se ha rendido
Tributo de admiración (1).
Aquí con mayor razón,
Aquí, templo de su gloria,
Donde una y otra victoria
Le ornaron de resplandores,
Demos público y actores
Un aplauso á su memoria.

(1) Alude á la inauguración hecha por la Academia Española de una lápida con el busto de Lope, en la casa que éste habitó. – La ceremonia se verificó el día 25 de noviembre de 1862.

BARCAROLA

Cantada en la fiesta que dió S. M. en su Real Casino el día 24 de julio de 1846, en celebridad de los días de su augusta Madre doña María Cristina de Borbón

Barquilla que conduces
Tanto tesoro,
Envídiente las naves
Cargadas de oro.
¡Preciosa barca!
En ti va la riqueza
Mayor de España.

Deslízate orgullosa,
Que va en tu seno
La halagüeña esperanza
De todo un pueblo:
La Ninfa hermosa
En cuya frente brilla
Regia corona.

Va también á su lado,
Vertiendo amores,
La que con ella parte
Adoraciones:
La Infanta bella,
Que en virtudes y gracias
También es reina.

Y la madre que á entrambas
Meció en la cuna
Y prodigó el tesoro
De su hermosura.
Y aunque dió tanta,
Todavía á su rostro
Sobraron gracias.

Condúcelas serena,
Nave dichosa;
Que sobre el manso río
Duerman las olas.
¡El cielo quiera
Que así corran los días
De su existencia!

¡Y ojalá que en la inmensa
Nave española,
Do afanosos, oh Reina,
Tus hijos bogan,
A puerto amigo

Por tan serenos mares
Lleguen unidos! (1)

(1) Esta barcarola, puesta en música por el maestro *Valldemosa*, se cantó durante el paseo que dió la Familia Real por la ría del Casino en góndolas venecianas.

POR ENCARGO DE UNA NOVIA

PARA SU NOVIO

En esa cinta te entrego
Mi cabello entretejido
Que por mi cuello tendido
Mi llanto tal vez bañó,
Imaginación que acaso
La fe que me prometías
A otras mil se la ofrecías,
Tan crédulas como yo.

Mas no tan alegre día
Nublar con temores quiero:
Por mi amor puro y sincero
El tuyo quiero medir;
Y esa cinta será el lazo
Que sepa atarte á mis plantas,
Si las promesas quebrantas
Que me juraste cumplir.

Si con fe constante pagas
Mi cariño, mis amores,
Blanda cadena de flores
En esa cinta hallarás;
Mas si traidor algún día
Tras otra amante volares,
Cuando romperla intentares
De hierro la encontrarás.

Marzo de 1829.

EN EL ALBUM DE CARMEN AGAR

Aunque en verdad me sonroja
Este puesto preferente,
A tu mandato obediente
Acepto la primer hoja.
Mas ¡ay! en esta ocasión
¡Cómo siento, Carmen bella,
Que no me acompañe aquella
Poética inspiración!
Si ella animarme quisiera
Cual supo en días mejores,
Yo te llenara de flores
Esta página primera.
¡Es en vano! Del dolor
El huracán desatado
Dejó este campo asolado,
Y en él no brota una flor.
Me ha quedado solamente
Corazón para sentir:
Ese te podrá decir
Con llaneza lo que siente.
Y te dirá que si bien
Te trato poco, quizás
No te quieran, Carmen, más
Los que á menudo te ven. –
Si oyes el lánguido son
De sus amantes gemidos,
Carmen, cierra tus oídos
Y esconde tu corazón.
Y no temas ocultarlo:
Por muy oculto que esté,
El que te adore con fe
Pronto logrará encontrarlo. –
Cuando ese instante dichoso
(¡Que no hay más dichoso instante!)
Te entregue, feliz amante,
En los brazos de un esposo,
¡Ojalá, Carmen querida,
Que logres con dicha entera
Escribir la hoja primera
En el álbum de tu vida!

Agosto de 1859.

EN EL ALBUM DE SOFIA CARONDELLET

Tu mandato cumplo fiel,
Que hablar de ti me prohibe. –
Sofía, el album recibe
Con mi nombre escrito en él.
A grabarlo en un papel
Se limita mi ambición.
Ni espera otro galardón,
Ni lo merece quizá. –
Otro más feliz sabrá
Grabarlo en tu corazón.

Sufra, pues, sin murmurar,
Sufra mi nombre, Sofía,
La misma suerte que un día
Pueda á este libro tocar.
Si en momentos de pesar
Con sus páginas te enojas
Y en el fuego las arrojas,
Irá mi nombre con ellas...
¡Ay del que no deja huellas
Sino de un libro en las hojas!

Marzo de 1856.

EN EL ALBUM DE LA DUQUESA DE F.

¿Ves al ciego, cuando siente,
Al entrar la primavera,
Blando calor en la esfera
Y perfumado el ambiente,
Cómo lucha allá en su mente,
Que en noche sumida fué,
Hasta que con viva fe
Se forja, entre mil primores,
Idea de aquellas flores
Y de aquel sol, que no ve?

Así yo que nunca vi
Tu rostro, bella duquesa,
Y oigo decir que embelesa
La hermosura que hay en ti;
Mezclando, por lo que oí,
Tintas de hermoso arrebol,
De mi mente en el crisol
A forjarme de ti llego
Una idea, como el ciego
De las flores y del sol.

1850.

EN EL ALBUM DE ISIDRA DUPUY

¿Qué pasa en mí? ¿Qué es esto? ¿Cómo ahora
Latir no siento el pecho estremecido?
¿Cómo al mirarte, Isidra encantadora,
No me postro á tus pies, de amor herido?

Yo que al mirar una mujer hermosa
(No hermosa como tú, que eso no es dado)
Volaba en derredor cual mariposa
Hasta verme en sus llamas abrasado:

Hoy la sonrisa de tus labios rojos,
Tu lindo pie, tu mano torneada,
Tu talle esbelto, tus divinos ojos
Puedo, Isidra, mirar sin sentir nada.

¡Y yo el vínculo aplaudo que te liga!..
¡Yo te contemplo indiferente y yerto!..
¡Yo me contento con llamarte amiga!..
Mi corazón se heló; no hay duda: ¡he muerto!

Eaux-Bonnes, agosto de 1860.

EN EL ALBUM DE ANA SEGOVIA

No extrañes, Ana, el afán
Con que el álbum te pedí,
Al ver que las horas dan,
Los días vienen y van
Y el álbum no vuelve á ti.
No lo extrañes, Ana hermosa,
Ni lo achaques á descuido
De mi musa perezosa:
En muy diferente cosa
La tardanza ha consistido.
Ardió inflamada mi mente
Cuando tu hermosura vi;
Y presumí fácilmente
Decirte en frase elocuente
Lo que yo entonces sentí;
Mas ¡ay!, por más que luchaba
Con la rima y la expresión,
Nunca en mis versos lograba
Decir lo que me inspiraba
Mi ardiente imaginación.
Y juzgo que inútilmente
Lucha quien hacerlo trate;
Pues tu hermosura se siente,
Mas no hay verso que la cuente
Ni pincel que la retrate.
Confiésome, pues, rendido;
Y en estos pobres renglones
Que aquí á trazar me decido,
Anita hermosa, te pido
Que mi tardanza perdones.

1838.

EN EL ALBUM
DE LA CONDESA DE FUENRUBIA

Sabrás, María, que he estado,
Por mala *correspondencia*,
Privado de la existencia
Y casi casi enterrado (1).
Por fin con vida salí:
Y huyendo de la que mata,
Correspondencia más grata
Hoy, María, busco en ti.
Si me concedes licencia
De amarte cual tierno amigo
Y de tu afecto consigo
Una fiel *correspondencia*,
Con satisfacción cumplida
Diré: ¡Bendigo mi suerte!
Si una quiso darme muerte,
Otra viene á darme vida.

1864.

(1) Un periódico llamado *La Correspondencia* dió por aquellos días la noticia de mi fallecimiento.

EN EL ALBUM DE CARMEN GOYENECHE

Dichoso mil veces tú,
Album, que del viejo mundo
Corres al suelo fecundo
Del opulento Perú.
Y más dichoso si alcanzas
De la hermosa arequipeña
Una sonrisa halagüeña
Que colme tus esperanzas.
Si en recorrer se entretiene
Tus hojas, álbum, y al paso
En esta página acaso
Su mirada se detiene;
Con elocuente expresión
Haz que resuene en su oído
El eco de este gemido
Que aquí exhala el corazón.
Gemido de amor ardiente
Al patrio suelo adorado,
Donde de mi madre al lado
Corrió mi edad inocente.
En él van dulces memorias
De aquellos días de calma,
Y el *adiós* que da mi alma
A esperanzas ilusorias.
En él los votos que envía
Al cielo mi puro amor
Porque proteja el Señor
A la que fué patria mía.
Por obediencia forzosa
La dejé, de angustia lleno:
La madre España en su seno
Me dió acogida amorosa.
Suyo fuí; mas siempre yo
Recordé con noble orgullo
Que allá mi cuna al arrullo
De las auras se meció.
Mientras rencor fratricida
Ardió en uno y otro bando,
Mis lágrimas devorando,
Calló mi musa afligida.
Hoy que á coyunda tirana
Suceden fraternos lazos,
Y España tiende los brazos
A la América su hermana;
Bañado en júbilo santo,
Yo, americano español,
A la clara luz del sol
La unión venturosa canto.
Ven, inspiración divina;
Que ya á mi laúd sonoro
Añado una cuerda de oro
Para la gloria argentina.
Mas la estrenaré primero
Ensayando un canto en ella
Con que á tus pies, Carmen bella,
Rinda mi afecto sincero.

1857.

EN EL ALBUM
DE LA MARQUESA DE PORTUGALETE

EL DIA DE SU SANTO, VIERNES DE DOLORES DE 1856

Cuando en vistoso salón
Te vi aparecer, Dolores,
Entre encajes y entre flores,
De alegre música al son;
Y vi por primera vez
Tu talle airoso, elegante,
El candor de tu semblante,
La blancura de tu tez,
En tu encantadora faz
Hallé una dulce expresión
Que brindaba al corazón
Con ilusiones de paz.
No la paz indiferente
Del ser insensible y frío
Que del mundo en el vacío
Ni ama, ni goza, ni siente:
Sino aquella calma grata,
Imagen del mar sereno
Cuando en su tranquilo seno
La luz del cielo retrata;
Y en su sosiego profundo
De poder da señas tales,
Que si rugen vendavales
Pudiera tragar el mundo.
La paz que á gozar convida
Y dulcemente conmueve,
Cuando en tus manos de nieve
Vibra el arpa estremecida;
O con tímido rubor,
Que te da mayor encanto,
De tu simpático canto
Suena el eco seductor.
Ora en brioso corcel
Cruzas el prado atrevida:
Ora das al lienzo vida
Con tu mágico pincel.
Ya con modesta expresión
Tu claro talento brilla,
Y es ingeniosa y sencilla
Tu grata conversación.
Sólo turba la armonía
De cuadro tan lisonjero
El nombre de triste agüero
Con que hoy se anuncia tu día.
¡Qué importa! No es cosa nueva
Que nos pongan al nacer
Un nombre que viene á ser
Sarcasmo del que lo lleva.
No temas, pues, los rigores
Que tu triste nombre augura:
Dios no me dió á mí *Ventura*...
No te dará á ti *Dolores*.

EN EL ALBUM DE BLANCA ROSA DE OSMA

Blanca Rosa, flor lozana,
Que aún eres tierno capullo
Y entre risas,
De tu edad en la mañana,
Te meces al blando arrullo
De las brisas.

Mira cuál revolotea
En torno á ti la inocente
Mariposa,
Y con sus alas orea
El rocío de tu frente,
Blanca Rosa.

Y cuál la traidora abeja,
Que á las flores del pensil
La miel bebe,
De ti zumbando se aleja,
Y á hincarte el dardo sutil
No se atreve.

Y cuál suelta el ruiseñor
Los trinos de su garganta
Melodiosa,
Y embelesado en tu amor,
Reina del prado te canta,
Blanca Rosa.

Crece, fragante capullo,
Al dulce abrigo amoroso
Que te ampara,
De esa flor que con orgullo
Regó del *Rimac* undoso
La onda clara.

Y en tanto que su dulzura
Heredas y su alma pura;
Crece, hermosa,
En el jardín de la vida,
Por los céfiros mecida,
Blanca Rosa.

EN EL ALBUM DE UNA DESCONOCIDA

Todos estos señores
Te llaman guapa;
Pero es porque te han visto:
¡Vaya una gracia!
La gracia fuera
Celebrar tu hermosura
Sin conocerla.

El cielo á mí esa gracia
Me ha concedido;
Pues donde hay algo bueno
Yo lo adivino.
Que la hermosura
Se siente hasta en el aire
Que la circunda.

Hasta el menor objeto
Que la rodea
Se impregna del perfume
De su belleza.
Las mismas hojas
De este libro en que escribo
Huelen á *hermosa*.

Así pues, sin recelo
De equivocarme,
Te diré, bella Emilia,
Que eres un ángel.
Y hasta me atrevo
A decir lo que tienes
De más selecto.

Al que una vez, Emilia,
Mira tu rostro,
Desde luego le encantan
Tus lindos ojos,
Donde fulgura
La luz de las ardientes
Hijas del Turia.

Después de ver tus ojos,
Si queda vivo,
Al contemplar tu boca
Perderá el juicio:
Y más si de ella
Se exhala el dulce canto
Que al alma llega.

Esto sin conocerte
Digo y declaro:
No temo, bella Emilia,
Llevarme chasco.
¡Ay! temo sólo
Decir cuando te vea:
Me quedé corto.

Junio de 1862.

EN EL ALBUM DE MATILDE LAMARCA

¡Matilde! ¿Quién no diría
Que para quedar vengada
De la conquista pasada
La América aquí te envía?
Pague España su osadía
Y sus marciales arrojos;
Pues nunca tantos despojos
Vieron Pizarro y Cortés,
Como aquí rendidos ves
A los rayos de tus ojos.

Yo que en su luz soberana
El sol de mi patria vi,
Orgulloso me sentí
De mi sangre americana. -
Toda competencia es vana:
No os pongáis en su camino,
Flores; que el pincel divino
Que os matizó de colores
Pintó más bellas las flores
Que brota el suelo argentino.

Madrid, 1860.

EN EL ALBUM DE GENOVEVA SAMANIEGO

Cuando por primera vez
Vi tus celestiales ojos,
Tu talle, tus labios rojos
Y tu nacarada tez;
Contemplando en ti el portento
De la belleza más pura,
Dije: «Es tanta su hermosura,
Que no ha menester talento.»
Después, junto al mar que baña
La residencia imperial,
Cuyo encendido fanal
Brilla en las costas de España (1),
Quiso mi propicia suerte
Que contigo me encontrara
Y que el placer disfrutara
De hablarte y de conocerte.
Viendo en ti gracia, dulzura,
Ingenio, juicio, instrucción,
Dije: «Con tal discreción
De sobra está la hermosura.»
¿Con dones de tal valor
Qué falta á tus perfecciones?
Falta saber si á esos dones
Acompaña otro mayor.
El fuego del sentimiento
Que brota del corazón,
Con cuyo celeste don
Sobran belleza y talento.
Esa centella divina
De amor, que cuando aparece
Todo semblante embellece
Y toda mente ilumina,
¿La sientes tú? – Puede ser
Que lo ignores todavía. –
¡Feliz quien merezca un día
Tal secreto conocer!

Mayo de 1863.

(1) Biarritz.

EN EL ALBUM DE TERESA COLL

Se acerca, bella Teresa,
El glorioso aniversario
Del santo rey que á Sevilla
Libró del yugo africano.
Con dobles galas vestido,
De ti se despide mayo
Y te deja por memoria
De tu padre el nombre amado.
Cuando mañana lo anuncien
Del sol los brillantes rayos,
Y tu amor filial le muestres
Con un cariñoso abrazo;
Pregúntale si conserva
En su corazón grabados
Recuerdos de *San Mateo*
En sus infantiles años;
Y si al ver mi firma aquí
Observas que no ha olvidado
A su antiguo compañero,
Dale en mi nombre otro abrazo.

29 de mayo de 1862.

EN EL ALBUM DE CARMEN COLL

Carmen, ¡parece mentira
Que vaya á cumplirse un año
Desde que le di á tu padre
Los días de San Fernando!
En un álbum parecido
Al que aquí tengo en la mano
Rogué á tu hermana le diera
En mi nombre un tierno abrazo.
¡Paréceme que fué ayer!
Iba á terminarse mayo;
Pero de aquel mayo á éste
¡Cuántas cosas han pasado!
Desde luego, un año entero;
Y á tu edad, Carmen, un año
Aumenta las ilusiones,
A mi edad los desengaños.
Mas si es verdad que en la vida
Los he tenido y amargos,
No soy de los que maldicen
Este mundo que habitamos.
Primero, porque no hay otro
(Hablo de tejas abajo),
Y luego, porque hay en él
Más de bueno que de malo.
En esto, Carmen, sucede
Como en otros muchos casos,
Que el infeliz alza el grito
Y el feliz se está callado.
Y aunque éstos sean los más,
Como no mueven los labios,
Parece que en este mundo
No hay más que desesperados.
Esta es, Carmen, la verdad:
No seas tú como tantos
Que en el umbral de la vida
Son viejos anticipados.
Toma la virtud por norte
Bajo el paternal amparo,
Y de las flores que brinda
Aspira el aroma grato.
Ni creas ni niegues todo:
Y aunque te cueste trabajo,

No entregues tu corazón
Si otro en prenda no te han dado
Pero en fin, ¿por qué pretendo
Darte consejos en vano,
Si todos ellos en uno
Puedo dejarte cifrados?
De tus penas y alegrías,
De tus risas y tus llantos
Elige por confidente
Al padre que Dios te ha dado.
Los amores de este mundo
Viven porque esperan algo:
El de un padre nada espera;
Ni siquiera ser pagado.
Pero ya quiero dar fin,
Que el sermón va siendo largo
Y quizá te estoy diciendo
Lo que tienes olvidado.
Perdona; y cuando amanezca
El día de San Fernando
Y de tu padre celebres
El feliz aniversario,
Lo que á tu hermana encargué
A ti de nuevo te encargo. –
Y Dios nos conceda á todos
Ver muchos meses de mayo:
A ti, Carmen, y á tu hermana
Para que le deis mi abrazo:
A él para recibirlo,
Y á mí para recordarlo.

Mayo de 1863.

EN EL ALBUM DE ROSA VALLARINO

Vertiendo aroma, al despuntar el día,
Nace la *rosa* en plácido pensil:
En el pensil de España, Andalucía,
Tú naciste también, *Rosa* gentil.
Nace; y tímida empieza y ruborosa
Su purpurino cáliz á entreabrir;
Capullo son también tus labios, Rosa,
Cuando comienzan dulces á reir.
Pastor incauto, del olor llevado,
Su tallo ¡ay, necio! se atrevió á tocar:
Aguda espina le dejó llagado,
Y largas horas consumió en llorar.
Rosa gentil, que á su pesar inclinas
A que te adore el que una vez te vió;
Dime si tienes cual la rosa espinas;
Que no quisiera lastimarme yo.

1830.

EN EL ALBUM DE ***

Cuando contemples la saña
Del mar que entre densa bruma,
Alzando montes de espuma,
Los riscos del puerto baña;
Piensa que igual conmoción,
Igual tormenta de horrores
Pueden causar tus rigores
A algún triste corazón;
Mas cuando en ondas de plata
Se tienda el mar mansamente,
Cual terso cristal luciente
Donde el cielo se retrata,
Gózate en mirarlo, y di:
«¡Al alma más angustiada
Sólo con una mirada
Puedo yo tornarla así!»

1838.

EN EL ALBUM DE ***

Amor, sacando un dardo
De su dorada aljaba,
Un álbum desplegaba
Y á mí se presentó.
«Para una hermosa, dijo,
Que hoy en mi templo vive,
En ese libro escribe
Con este agudo arpón.
Hijo de Apolo, canta
El triunfo de una hermosa,
Envidia de la rosa
Que empieza á despuntar.
Escribe; y no pretendas
Gozar de su presencia,
Si grata independencia
Anhelas conservar.
Abrasadora llama
Brilla en sus ojos bellos,
Mi antorcha enciendo en ellos,
Mil pechos hago arder;
Y es su negro cabello,
Rival de mis arpones,
De incautos corazones
Inevitable red.
Escribe.» – Yo temblando
Obedecerle intento,
Y entre mis dedos siento
Fuego el arpón brotar:
Llego á las blancas hojas
Su ardiente punta de oro,
Y «¡hermosa, yo te adoro!» –
Sólo acerté á grabar.
Amor el álbum toma,
Y vuela y desparece,
Y á la ninfa le ofrece
Que hermosa me pintó. –
¿Aceptará benigna
El don que la dirijo? –
Lo que la ninfa dijo
No me lo dijo Amor.

1828.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

PÁGINAS

Elogio fúnebre del Excmo. Sr. D. Ventura de la Vega, de la Real Academia Española, leído en la Junta del jueves 23 de febrero de 1866 por el general Pezuela, conde de Cheste. VII

PARTE DRAMÁTICA

El hombre de mundo, comedia. 1
Don Fernando el de Antequera, drama. 63
La muerte de César, tragedia. 123
La crítica de «El Sí de las Niñas,» comedia. 207
Fantasía dramática para el aniversario de Lope de Vega. 235
La tumba salvada, loa. 251

PARTE LÍRICA

A don Alberto Lista en sus días. 257
Al rey don Fernando VII en su vuelta á Madrid, después de pacificar la Cataluña. . 260
Cantata epitalámica. 265
Imitación de los Salmos. 272
El canto de la Esposa. 275
Villancicos que se cantaron en palacio la Nochebuena de 1844. 277
A mis amigos. 279
Al Excmo. Sr. duque de Frías. 281
A la reina doña María Cristina, en sus días. 284
A la misma, en la jura de la Constitución. 286
A la misma, visitando el Liceo Artístico y Literario de Madrid. 288
A don Mariano Roca de Togores. 291
Orillas del Pusa. 295
La agitación. 298
A don José Amador de los Ríos. 301
Al Excmo. Sr. conde de San Luis. 303
Al Excmo. Sr. marqués de Molíns. 305
La paz: al nacimiento del príncipe imperial de Francia. 307
A la Excma. señora condesa del Montijo. 309
La guerra de África. 310
Al Excmo. Sr. don Tomás de Corral. 313
Respuesta á una carta. 315
Al general Castaños, soneto. 316
A la toma de Tetuán, soneto. 317
Entre tierra y cielo. 318
Despedida á un amigo. 319
La cita. 320
Versos recitados en el teatro del Príncipe en una función de aniversario de Cervantes. 321
A Lope de Vega. 322
Barcarola cantada en la fiesta que dió S. M. en su Real Casino el 24 de julio de 1846, en celebridad de los días de su augusta madre doña María Cristina de Borbón.. . 323

PÁGINAS

Por encargo de una novia para su novio. 324
En el álbum de Carmen Agar. 325
– de Sofía Carondellet. 326
– de la duquesa de F. 327
– de Isidra Dupuy. 328
– de Ana Segovia. 329
– de la condesa de Fuenrubia. 330
– de Carmen Goyeneche. 331
– de la marquesa de Portugalete. 332
– de Blanca Rosa de Osma. 333
– de una desconocida. 334
– de Matilde Lamarca. 335
– de Genoveva Samaniego. 336
– de Teresa Coll. 337
– de Carmen Coll. 338
– de Rosa Vallarino. 340
– de ***.. 341
– de ***.. 342

675

a.

LS
V4218nv

l.1.

NAME OF BORROWER.

. Scott stud.

ie, stud.

Ter Stud.-grad.

Lamb, Staff/gr

Campbell (Staff)

BINDING SECT. NOV 28 1972